

CC1000

ZOLA

IANA



PQ2510

A58

1881

V.2



1020016805



NANA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ 2510

A 58

1881

FL



NANA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EMILIO ZOLA

PRIMERA VERSION CASTELLANA

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

SÉTIMA EDICION

TOMO II



FONDO LITERATURA

165963

MADRID

ALFREDO DE CÁRLOS HIERRO, EDITOR

Plaza de Colón, 2, entresuelo derecha

BIBLIOTECA RECREATIVA CONTEMPORANEA.

OBRAS PUBLICADAS.

	Madrid. — Pesetas.	Provincias. — Pesetas.
<i>El Médico de las Locas</i> (4. ^a edición), por Javier de Montepin.	3	3
<i>La Escuela del Gran Mundo</i> , por Guillermo Graell.	2	2,50
<i>La Cigarra</i> (2. ^a edición), por J. Ortega Munilla.	2,50	2,50
<i>Sor Lucila</i> (continuación de <i>La Cigarra</i>), 3. ^a edición, por J. Ortega Munilla.	2	2,50
<i>Una página de amor</i> , por Emilio Zola (agotada).	»	»
<i>Don Juan Solo</i> , por J. Ortega Munilla.	2	2,50
<i>El Fiacre número 13</i> , por Javier de Montepin; tres tomos.	4,50	4,50
<i>Solos de Clarín</i> (Leopoldo Alas).	2,50	2,50
<i>Teresa Raquin</i> (2. ^a edición), por Emilio Zola.	3	3
<i>La Reputación de una mujer</i> , por la Princesa Rattazzi.	1,50	1,50

EN PRENSA.

El Fondo del tonel, relación contemporánea, por J. Ortega Munilla.

MADRID, 1881.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(sucesores de Rivalta y C.). Duque de Osuna, 3.

NANA

TOMO SEGUNDO

VIII

Estamos en la calle Veron, en Montmartre, en el cuarto piso de una pequeña casa.

Nana y Fontan habían invitado á algunos amigos para celebrar la noche de Reyes.

Aun estaba incompleto el mueblaje, porque se habían instalado sólo desde hacía tres días.

Y esto se había hecho bruscamente, sin previo acuerdo de vivir juntos, en el primer fuego de su luna de miel.

Al día siguiente de su gran algarada, cuando puso tan francamente á la puerta al Conde y al banquero, Nana sintió que se desplomaba todo alrededor suyo.

Con una mirada juzgó la situación: los acreedores iban á caer en su antecámara, á mezclarse en sus asuntos íntimos, á hablar de venderlo todo, en fin, si no se mostraba razonable; y habría serias disputas, rompimientos de cabeza insostenibles, si intentaba retener sus cuatro muebles. Y prefirió abandonarlo todo.

Además, le cargaba su casa del boulevard Hausmann. Aquello era fuento, con sus grandes habitaciones doradas.

En su arrebatado de ternura por Fontan, volviendo á su antiguo ideal de florista, soñaba con una bonita alcoba clara, y

no pensaba sino en un armario de palisandro, de espejo, y en una cama colgada de reps azul.

En dos días vendió aquello de que pudo desprenderse, chucherías de valor y alhajas, y desapareció con una decena de miles de francos, sin de ir una palabra á la portera; una desaparición, una fuga, sin dejar una huella.

De este modo los hombres no vendrían á colgarse de sus enaguas.

Fontan fué muy asequible. No dijo que no, y la dejó hacer. Hasta se condujo como un buen camarada.

Por su parte tenía cerca de siete mil francos, que consintió en juntar con los diez mil de la jóven, bien que se le acusase de avaricia.

Esto les pareció un fondo sólido para establecerse, y marcharon de allí, llevando cada cual sus efectos, alquilando y amueblando las dos piezas de la calle Veron, dividiéndolo todo como viejos amigos. En un principio esto fué verdaderamente delicioso.

La noche de Reyes, la primera que llegó fué la señora Lerat con Luisito.

Como Fontan estaba fuera aún, se permitió expresar ciertos temores, porque temblaba al ver á su sobrina renunciar á la fortuna.

—¡Oh, tía, si le amo tanto!—gritó Nana poniendo ambas manos sobre su pecho con encantador ademán.

Estas palabras produjeron un efecto extraordinario sobre la señora Lerat. Sus ojos se humedecieron.

—Sí, la verdad es su punto—dijo con aire de profunda convicción—el amor ante todo.

Y se entusiasmó con la hermosura de las habitaciones. Nana le hizo visitar la alcoba, el comedor, la cocina. ¡Canastos! Esto no era inmenso, pero las pinturas eran nuevas, se había cambiado el papel, y el sol entraba allí alegremente.

Entonces la señora Lerat retuvo á la jóven en la alcoba, mientras que Luisito se instalaba en la cocina, detras de la criada, para ver asar un pollo.

Si se permitía reflexiones, era que Zoé acababa de salir de

su casa: Zoé permanecía valientemente sobre la brecha por cariño á la señora.

Más tarde la señora la pagaría; no se inquietaba por eso.

Y en la irrupción de la casa del boulevard Haussmann hacia frente á los acreedores, operaba una retirada digna, salvando lo que podía salvar y respondiendo siempre que la señora viajaba, sin dar jamás una dirección.

Hasta se privaba del placer de visitar á la señora, por miedo á que la siguieran.

Sin embargo, aquella mañana fué corriendo á casa de la señora Lerat, porque pasaba algo de nuevo.

La víspera se habían presentado varios acreedores: el tapicero, el carbonero, la modista, ofreciendo tiempo y áun proponiendo adelantar una fuerte suma á la señora si ésta quería volver á su casa y conducirse como persona inteligente. La tía repitió las palabras de Zoé. ¡Sin duda había un señor por enmedio!

—¡Jamás!—declaró Nana sublevada—¡Y bien! ¡Son decentes esos proveedores! Crean acaso que yo voy á venderme para pagar sus créditos.... Mira tú, preferiría morir de hambre á engañar á Fontan.

—Es lo que yo he respondido—dijo la señora Lerat;—mi sobrina tiene mucho corazón.

Nana, sin embargo, tuvo un gran disgusto al saber que se vendía la Mignotte, y que Labordette la compraba á un precio ridículo para Carolina Hegnet. Se encolerizó mucho contra esta intrigantuela, la más falsa de todas, á pesar de su aspecto.

—Hagan lo que hagan—concluyó—el dinero no les dará jamás la felicidad verdadera.... Yo me voy olvidando de todo ese mundo. Soy demasiado dichosa.

Precisamente entraba la señora Maloir con uno de esos sombreros extraños cuya forma encontraba sólo ella.

Fué un gozo volver á verse. La señora Maloir explicó que le intimidaban las grandezas; ahora, de cuando en cuando, iría allí á echar un tute.

Se visitó la casa por segunda vez, y en la cocina, ante la criada que rociaba el pollo, Nana habló de economías: dijo

que una doncella costaría demasiado cara, y que iba á ocuparse por sí misma en los asuntos caseros.

Luisito, embobado, miraba el asador.

Pero se oyó una voz estrepitosa.

Era Fontan, que llegaba con Bosc y Prullière.

Podían ya ponerse á la mesa.

Estaba servido el potaje cuando Nana, por tercera vez, enseñó las habitaciones.

—¡Ah, hijos míos, qué bien estais aquí!—repetía Bosc, con propósito simplemente de agradar á los camaradas que pagaban la comida; porque, en el fondo, la cuestion del nicho, como él decía, le importaba muy poco.

En el dormitorio esforzó aún la nota amable. De ordinario trataba á las mujeres de camellos, y la idea de que un hombre tomara con calor á una de estas estúpidas bestias sublevaba en él la sola indignacion de que era capaz, en el desden de borracho con que miraba al mundo.

—¡Ah! Los mocitos—repuso guiñando los ojos—lo han hecho solapadamente.... ¡Y bien! A la verdad, habeis tenido razon. Esto será delicioso, y nosotros vendremos á veros; ¡nombre de Dios!

Pero como en aquel momento llegase Luisito montado sobre un palo de escoba, Prullière dijo con una risa maligna:

—¡Tomal! ¿pero éste es vuestro bebé?

El dicho pareció muy gracioso.

La señora Lerat y la Maloir se retorcian de rabia.

Nana, léjos de incomodarse, se rió enternecida, diciendo que no, desgraciadamente; bien lo hubiese querido por el pequeño y por ella; pero quizá saldría ganando de todos modos.

Fontan, que hacia el hombre de bien, tomó á Luisito en sus brazos, jugando, ceceando.

—Eso no importa: me querrá como á un padre.... Llámame, papá, erápula.

—¡Papá.... papá!....—balbuocé el niño.

Todo el mundo le cubrió de caricias.

Bosc, aburrido, hablaba de ponerse á la mesa; sólo esto era serio.

Nana pidió que le permitieran sentar á Luisito cerca de sí. La comida fué muy alegre.

Bosc, sin embargo, sufrió con la proximidad del niño, contra el cual tenía que defender su plato.

La señora Lerat le molestó tambien.

La vieja se enternecia y le comunicaba por lo bajo cosas misteriosas, historias de señores muy bien portados que la peregrinaban aún; y en dos ocasiones tuvo que apartarla la rodilla, huyendo de ella, que se aproximaba cada vez más con los ojos encandilados.

Prullière se condujo como hombre grosero respecto á la señora Maloir, á la que no sirvió una sola vez.

Estaba ocupado únicamente con Nana, humillado de verla con Fontan.

Ademas, los tortolillos se iban poniendo muy fastidiosos; ¡de tal manera se abrazaban!

Contra todas las reglas habian querido colocarse uno al lado de otro.

—¡Qué diablo, comed, teneis bastante tiempo!—repetía Bosc con la boca llena.—Esperad á que nos marcheemos nosotros.

Pero Nana no podía contenerse. Estaba en un arrebato de amor, colorada como una virgen, con risas y miradas húmedas de ternura.

Los ojos fijos sobre Fontan, le colmaba de cariñosos nombres: mi perro, mi lobo, mi gato; y cuando le pasaba el agua ó la sal, se inclinaba, le besaba á la ventura sobre los ojos, sobre la nariz, sobre una oreja; despues, si se la reprendía, empleaba tácticas sábias, humildades y finezas de gata castigada, para insistir de nuevo, cogiéndole suavemente la mano y besándola aún.

Le era indispensable tocar algo de él.

Fontan hacía la vista gorda y se dejaba adorar lleno de condescendencia. Su gran nariz se agitaba con un goce sensual. Su hocico de macho cabrío, su fealdad de monstruo truhanesco se acentuaba en la adoracion devota de aquella soberbia niña, tan gorda y tan blanca. De cuando en cuando la devolvía un beso, como hombre que tiene en sí todo el placer, pero que quiere mostrarse amable.

—Pero, ¿no acabaréis?—grito Prullière.—Mira, cambiemos de sitio.

Y cambiando el cubierto, sacó de allí á Fontan para ocupar un sitio al lado de la joven. Esto arrancó exclamaciones, aplausos, palabras muy intencionadas. Fontan fingía desesperacion con sus ademanes chuscos de Vulcano llorando á Vénus.

En seguida Prullière se mostró galante; pero Nana, cuyo pié buscaba bajo la mesa, le alargó un golpe para mantenerle tranquilo. No, ciertamente, no habia que pensar en ello.

El mes anterior habia tenido como el comienzo de un capricho, á causa de su linda cabeza. Ahora le detestaba. Si la pellizcaba otra vez, fingiendo recoger su servilleta, le arrojaría un vaso á la cara.

En tanto, la velada trascurrió agradablemente, y, como era natural, la conversacion recayó sobre Variedades. Ese canalla de Bordenave, ¿pero no reventaría? Sus indignas enfermedades reaparecieron, y le hacian sufrir de tal modo, que era preciso cogerlo con tenazas.

La vispera, durante la repetición, no dejó de echar pestes contra Simona.

¡Hé aquí uno cuya muerte no llorarian mucho los artistas! Nana dijo que si la llamase para un papel, le enviaria á pasear bonitamente; además, hablaba de dejar las tablas, porque el teatro valia ménos que su casa.

Fontan, que no tomaba parte en la pieza nueva ni en la que se representaba entónces, exageraba también la dicha de gozar de libertad completa, de pasar las veladas con su pequeña gata arrojados al fuego. Y los demás lanzaban exclamaciones tratándoles de tórtolos enamorados, y afectando envidiar su suerte.

Se habia sacado el pastel de los Reyes, y la haba habia correspondido á la señora Lerat, que la puso en el vaso de Bose.

Entónces se lanzaron gritos de ¡el Rey bebel! ¡el Rey bebel! y Nana aprovechó esta explosion de alegría para ir á coger á Fontan por el cuello, besándole y diciéndole recaditos al oido.

Pero Prullière, con su risa de presumido, humillado, gritaba que esto no era del juego.

Luisito dormia sobre dos sillas. En fin, la sociedad no se separó hasta la una, y se despidió hasta la vista á lo largo de la escalera.

Y durante tres semanas la vida de los dos enamorados fué sentimental, dulcísima.

Nana creia haber vuelto á aquellos tiempos en que su primer traje de seda le habia causado tan grande júbilo.

Salía muy poco, jugando á la soledad y á la sencillez.

Una mañana muy temprano, cuando bajaba por sí misma á la compra en el mercado de la Rochefoucauld, quedó muy sorprendida al encontrarse frente á frente con Francisco, su antiguo peluquero.

Iba con su correccion habitual, camisa fina, gaban irreprochable, y sintió vergüenza al ser vista por él así, en peinador, desgrefada, arrastrando chancletas.

Pero él, con gran tacto, exageró aún su política.

No se permitió ninguna pregunta: afectaba creer que la señora estaba de viaje.

¡Ah! la señora habia hecho muchos desgraciados decidiéndose á viajar. Era una pérdida para todo el mundo.

La joven, sin embargo, acabó por interrogarle, movida de una curiosidad que le hacia olvidar su primer embarazo.

Como la muchedumbre les atropellaba, empujó á Nana bajo una puerta, donde se mantuvo en pié ante él con su pequeño cesto en la mano.

¿Qué se decia de su fuga? ¡Dios mio! las señoras á cuyas casas iba decian esto, decian aquello; en suma, un ruido enorme, un verdadero éxito.

¿Y Steiner? El señor Steiner estaba muy en baja; iba á concluir malamente si no encontraba alguna nueva operacion.

¿Y Dagenet? ¡Oh! este muchacho, muy bien: el señor Dagenet arreglaba su vida.

Nana, que se excitaba con todos estos recuerdos, abria la boca para preguntarle aún; pero no se atrevia á pronunciar el nombre de Muffat.

Entónces, Francisco, sonriendo, habló el primero. En cuanto al señor Conde, era una compasion: tanto habia sufrido despues de la partida de la señora, que parecia un alma en

pena: ¡se le veía en todos los sitios en que podía estar la señora!

En fin, habiéndole encontrado el señor Mignon, le había llevado á su casa. Esta noticia hizo reír mucho á Nana, pero con una risa violenta.

—¡Ahl está con Rosa ahora—dijo.—¡Y bien! ¿Sabeis, Francisco? ¡yo me río de eso!..... ¡No veis, ese gazmoño! ¡Ha cogido hábitos, y no puede ayunar ni siquiera ocho días! ¡Y él, que me juraba no hablar con otra mujer en su vida!

En el fondo estaba llena de rabia.

—Rosa coge mis desechos. ¡Oh, comprendo! quiere vengarse de que le haya quitado ese bruto de Steiner..... ¡Ja, ja! ¡traer á su casa á un hombre que yo planté á la puerta!

—El señor Mignon no cuenta las cosas de ese modo—dijo el peluquero.—Segun él, el señor Conde fué quien os dejó..... Sí, y de una manera bastante desagradable, dándoos un puntapié.....

Nana se puso muy pálida.

—¿Eh? ¡Cómo!—gritó—¿un puntapié?..... ¡Eso es demasiado fuerte! ¡Pero si he sido yo quien ha echado por las escaleras á ese cornudo! Porque es un cornudo: tú debes saber esto; su Condesa le hace cornudo con todo el mundo, hasta con el pillete Faucherie..... Y ese Mignon, que corre las calles por su pelandusca de mujer, á quien nadie quiere, ¡tan flaca está!..... ¡Qué gentel! ¡Qué gente más sucia!

Nana, que se ahogaba, hizo una pausa para tomar aliento.

—¡Ah! dicen eso..... Y bien, mi querido Francisco, yo voy á salirles al encuentro, yo..... ¿Quieres que vayamos ahora mismo juntos?..... Sí, yo ire allá, y veremos si tienen el descaro de hablar de puntapiés..... Jamas los toleraré de nadie. Y jamas los toleraré, mira tú, porque sería capaz de comer al hombre que me tocara al pelo.....

Sin embargo, se apaciguó.

Después de todo, podían decir lo que quisieran, porque ella no les daba más consideración que al lodo de sus zapatos.

Era mancharse ya hablar de estas gentes. Tenía su conciencia para sí.

Y Francisco, ya familiar, viéndola espontánearse así en su peñador casero, se permitió darle consejos al dejarla.

No tenía razón en sacrificarlo todo á un capricho; los caprichos dañaban la existencia.

Nana le escuchaba con la cabeza baja, en tanto que él proseguía con aire contristado, y como inteligente que sufría al ver á tan bella criatura echarse á perder de tal modo.

—Ese es negocio mio—acabó de decir la jóven.—De todos modos, gracias, querido.

Y le apretó la mano, que tenía siempre un poco grasienta, á pesar de su irreprochable corrección; después fué á hacer su compra.

Durante el día, esta historia del puntapié la preocupó bastante.

Hasta habló del caso á Fontan, expresándose otra vez como una mujer fuerte, que no soportaría que la tocáran con un dedo.

Fontan, espíritu verdaderamente superior, declaró que todos los hombres distinguidos eran unos canallas, y que se debía despreciarlos.

Nana desde entonces se llenó de un desden soberano.

Aquella noche, precisamente, fueron á los Bufos á ver debutar, en un papel de diez líneas, á una jóven que Fontan conocía.

Era cerca de la una cuando volvieron á pié por las alturas de Montmartre.

En la calle de la Chaussée-d'Antin habían comprado un pastel, un moka, y le comieron ya acostados, porque la noche estaba fría y no valía la pena de encender el fuego.

Sentados en la cama uno al lado del otro, cenaban.

Hablaron de la jóven.

Nana la encontraba fea y sin distinción.

Fontan, sentado en primer término, cogía los trozos del pastel colocados al borde de la mesa de noche, entre la bujía y los fósforos.

Pero el diálogo acabó en disputa.

—¡Oh, sí, se puede decir!—gritó Nana.—Tiene ojos hechos á punzon y cabellos de color de café.....

—¡Calla! no digas eso—repetía Fontan.—Una cabellera soberbia, miradas llenas de fuego..... ¡Buena cosa es que las mujeres os comais siempre unas á otras!

Tenía el aspecto de muy incomodado.

—¡Vamos, basta ya!—dijo en fin con una voz brutal.—Ya sabes, no me gusta que se me moleste..... Durmamos, ó esto va á acabar mal.

Y apagó la bujía. Nana, furiosa, continuaba: no quería que se la hablase en ese tono, porque tenía el hábito de ser respetada. Como él no respondía, tuvo que callarse, pero sin poder conciliar el sueño, daba vueltas y más vueltas.

—¡Nombre de Dios! ¿concluirás de moverte?—gritó Fontan de pronto con un brusco salto.

—No es culpa mía si hay migajas—dijo ella secamente.

En efecto, había migajas. La jóven las sentía hasta debajo de sus muslos: estaba devorada por todas partes.

Una sola migaja la molestaba horriblemente y la hacía rascarse hasta brotar sangre.

Ademas, cuando se come un pastel, no se sacude siempre la colcha. Fontan, con una rabia concentrada, encendió de nuevo la bujía.

Ambos se levantaron, y con los piés desnudos, en camisa, descubriendo el lecho, barrieron las migajas con las manos.

Él, que tiritaba, se acostó, contestando duramente á Nana al recomendarle que se limpiase bien los piés.

Por fin, ella volvió á ocupar su sitio; pero, apénas acostada, saltó de nuevo. Había migajas aún.

—¡Pardiez! estaba segura—repetía.—Las has subido con tus piés..... ¡Yo no puedo, te digo que no puedo!

Y se disponía á saltar en tierra por encima de él.

Entónces, exasperado hasta el extremo, queriendo dormir, Fontan le arrimó una bofetada á todo vuelo.

La bofetada fué tan grande, que tendió á Nana sobre el lecho, con la cabeza sobre la almohada. Quedó aturdida.

—¡Oh!—dijo simplemente, con un gran suspiro infantil.

Él la amenazó con otro golpe, preguntando si iba á menearse más todavía.

Después, apagando la luz, se instaló cómodamente á la larga, y pronto se oyeron sus ronquidos.

Nana lloraba y gemía, con la cara sobre la almohada. Era cobarde abusar así de su fuerza.

Pero había tenido un verdadero miedo, pues la máscara truhanesca de Fontan se había vuelto terrible.

Su cólera se desvanecía, como si el bofeton le hubiese calmado.

Nana le respetaba, y se aproximaba á la pared para dejarle todo el sitio posible.

Y ella misma concluyó por dormirse; la mejilla caliente, los ojos llenos de lágrimas, en una postración deliciosa, en una languidez tan sumisa, que no sentía ya miedo.

Por la mañana cuando se despertó tenía á Fontan entre sus brazos, apretado vigorosamente contra su garganta.

No volvería á hacerlo más, ¿no es así?

Ella le amaba demasiado, y hasta sus bofetadas le parecían bien.

Entónces comenzó una vida nueva.

Por un quitame allá esas pajas, Fontan repetía los bofetones.

A veces Nana gritaba, le amenazaba; pero él, sujetándola contra la pared, hablaba de estrangularla, y este la hacía muy dócil.

Generalmente se tendía sobre una silla, y sollozaba allí cinco minutos.

Después se olvidaba de todo muy alegre, con cantares, y risas, y carreras, que llenaban la casa del ruido de sus enaguas.

Lo peor era que, desde algún tiempo, Fontan estaba fuera todo el día y no regresaba jamás ántes de media noche; andaba por los cafés, donde se reunía á sus camaradas.

Nana lo toleraba todo, trémula, cariñosa, con el solo temor de no volver á verle si le dirigía algun reproche.

Pero en ciertos días, cuando no estaban allí ni la señora Maloir ni su tía con Luisito, se aburría mortalmente.

Así, un domingo, hallándose en el mercado de la Rochefoucauld ajustando unos pichones, se puso muy contenta al encontrar á Satin, que compraba rabanillos.

Desde la noche en que el Príncipe babió el champagne de Fontan, las dos amigas no habían vuelto á verse.

—¡Cómo! ¿eres tú, vives en el barrio?—dijo Satin, estupefacta de verla en la calle, en pantuflas, y á tales horas.—¡Ah, mi pobre niña, viniste muy á ménos! ¡Estás llena de grasa!

Nana la hizo callar con un fruncimiento de cejas, porque había otras mujeres allí en traje de casa, sin camisa, los cabellos sucios y en desórden.

Por la mañana todas las mujeres del barrio, apenas ponían á la puerta al hombre de la vispera, venían á hacer sus provisiones, los ojos hinchados de sueño, arrastrando sus chinelas con el mal humor y la fatiga de una noche de fastidio.

De cada una de aquellas calles bajaban hácia el mercado algunas jóvenes aun muy pálidas, encantadoras de abandono; otras, horribles, viejas y entumecidas, que se avergonzaban de ser vistas así fuera de las horas del trabajo; mientras que los transeúntes, al pasar, se volvían á mirarlas, sin que una sola se dignase sonreír, todas atareadísimas, con el aire desdofioso de mujeres de su casa, para quienes no existen ya los hombres.

Precisamente, cuando Satin pagaba sus rabanillos, un joven, algún empleado retardado, le dijo al oído: «Buenos días, querida.» Ella se enderezó de pronto, diciendo con una dignidad de reina ofendida:

—¿Por quién me tomará este indecente?

Después creyó reconocerlo.

Tres días ántes, hácia media noche, subiendo sola por el boulevard, le había hablado largo rato en el rincón de la calle Labruyère para decidirle.

Pero esto la sublevó todavía más.

—Se necesita poca vergüenza para decirle á una esas cosas en pleno día—repuso.—Cuando se va á sus negocios, ¿no es esto? es para que se os respete.

Nana había concluido por comprar sus pichones.

Entonces Satin quiso enseñarle la puerta de su casa; cabalmente vivía al lado, calle de la Rochefoucauld.

Y no bien estuvieron solas, Nana contó su pasión por Fontan.

Llegada ante su casa, la pequeña se había plantado con sus rabanillos bajo el brazo, enardecida por un último detalle que daba la otra, mintiendo á su vez, jurando que era ella quien había puesto á la puerta al Conde Muffat á patadas.

—¡Oh, bravísimo!—repetía Satin—¡bravísimo! Y él no ha

dicho nada, ¿no es eso? ¡Es tan cobardel! Hubiera querido estar allí para ver su facha.... ¡Querida, has hecho bien! ¡Y al diablo el dinero! Yo, cuando tengo un capricho, me importa un bledo lo demás.... ¿Eh? Vén á verme, prométemelo. La puerta de la izquierda. Llama con tres golpes, porque hay un montón de vecinos.

Desde aquel momento, cuando Nana se aburría mucho, bajaba á ver á Satin. Estaba siempre segura de encontrarla, porque ésta no salía jamás ántes de las seis de la tarde.

Satin ocupaba dos habitaciones, que un boticario le había amueblado para salvarla de la policía; pero en ménos de tres meses había roto los muebles y desfundado las sillas, manchándolo todo, en una tal rabia de suciedad y de desórden, que la casa parecía habitada por una banda de gatos frenéticos.

Las mañanas en que, disgustada ella misma, se proponía dar un limpión, le quedaban entre las manos travesaños de sillas y pedazos de colgadura, á fuerza de pelear con la grasa.

En aquellos días todo estaba más sucio, no se podía entrar allí, obstruida la puerta con multitud de cosas. De modo que concluía siempre por abandonar la limpieza.

Pero la lámpara, el armario de espejo, el péndulo y lo que quedaba de las cortinas producían aún ilusión en los hombres.

Además hacía seis meses que su propietario la amenazaba con expulsarla.

¿Para qué, pues, cuidar un mueble? ¿Para que se quedara él con ellos, como era lo probable?

Y cuando se levantaba de buen humor, solía gritar: «¡hurra!», dando grandes puntapiés al armario y á la cómoda, que crujián.

Nana la encontraba acostada casi siempre. Aun los días en que Satin bajaba para sus asuntos, estaba tan cansada al subir, que se dormía otra vez tendida al borde del lecho.

Durante el día parecía arrastrarse dormitando sobre las sillas, no saliendo de esta languidez más que hácia la noche, á la hora del gas.

Y Nana se encontraba muy bien en esta casa, sumida en un dulce far niente en medio del lecho revuelto, de los cacharros

esparcidos por tierra, de las enaguas sucias de la víspera, que manchaban los sillones con su lodo.

Era una charla continua de confidencias interminables, en tanto que Satin, en camisa, revolcándose, y con los pies más altos que la cabeza, la escuchaba fumando cigarrillos.

A veces se pagaban el ajenjo las tardes en que tenían pesares, para olvidar, decían, y sin molestarse en bajar, sin ponerse siquiera un jubon, Satin iba á inclinarse por encima de la escalera y hacía el encargo á voces á la chiquilla de la portería, una pilluela de diez años, que, al traer el ajenjo en un vaso, miraba con curiosidad las desnudas piernas de la señora.

Todas las conversaciones iban á parar en la indecencia de los hombres.

Nana estaba fastidiosa con su Fontan; no podía hablar diez palabras sin caer en repeticiones sobre lo que decía Fontan, sobre lo que hacía Fontan.

Pero Satin, de buena pasta, escuchaba sin aburrirse estas eternas historias de plantones á la ventana, de pendencias por un guiso requemado, de reconciliaciones nocturnas despues de un día de monos.

Era tal su necesidad de hablar de esto, que Nana llegó á contarle hasta las bofetadas que recibía; la semana pasada le había puesto un ojo como un puño; la víspera, sin ir más lejos, á causa de no encontrar sus pantuflas, la había arrojado de un pescozon sobre la mesa de noche; y Satin no se extrañaba lo más mínimo, haciendo espirales con el humo de su cigarro, interrumpiéndose sólo para decir que ella se agachaba siempre, enviando así á paseo al señor con su bofetada.

Á las dos les divertían estas historias de golpes; felices, entusiasmadas con los mismos hechos estúpidos repetidos cien veces, cediendo á la muelle y tibia laxitud de las cosas indignas de que hablaban.

Era un gozo saborear las bofetadas de Fontan, explicar á Fontan hasta en la manera de quitarse las botas. Satin simpatizaba con esto y citaba casos más fuertes: un pastelero que la dejaba por tierra medio muerta, y al que no por eso dejaba de amar.

Despues llegaban los días en que Nana lloraba, declarando que no podía continuar aquella vida.

Satin la acompañaba hasta la puerta, permaneciendo luégo una hora en la calle para ver si la asesinaba.

Y al día siguiente las dos mujeres gozaban con la reconciliación, prefiriendo, no obstante, sin decirlo, los días en que quedaban los golpes por el aire, cosa que las apasionaba más. Pronto fueron inseparables.

Sin embargo, Satin no iba nunca á casa de Nana, en vista de que Fontan declaró que no quería en ella barullos.

Salian juntas, y de este modo fué como Satin llevó un día á su amiga á casa de la señora Robert; justamente esta señora preocupaba á Nana y le causaba cierto respeto, desde que había rehusado asistir á su cena.

La señora Robert vivía en la calle Monier, una calle nueva y silenciosa del barrio de Europa, sin una tienda, y cuyas bellas casas, de pequeñas y lindas habitaciones, están pobladas de damas.

Eran las cinco: á lo largo de las desiertas calles, en la tranquilidad aristocrática de aquellas altas casas blancas, veíanse parados los coches de negociantes y bolsistas, mientras que los hombres se escurrían con presteza, levantando los ojos hácia las ventanas, en que parecían esperar mujeres envueltas en su peinador.

Nana primero se negó á subir, diciendo con aire afectado que no conocía á esta señora.

Pero Satin insistía.

Se podía siempre llevar una amiga consigo.

Además quería simplemente hacer una visita de urbanidad: la señora Robert, á quien había encontrado la víspera en un restaurant, se había mostrado muy amable, haciéndole jurar que iría á verla.

Y Nana acabó por ceder. Arriba ya, una criada medio dormida les dijo que la señora aún no había vuelto.

Sin embargo, quiso introducir las en el salon, donde las dejó.

—¡Diablo, esto es muy elegante!—murmuró Satin.

Era una severa habitación burguesa, de cortinajes oscu-

ros, con el buen gusto de un tendero parisien retirado despues de hecha su fortuna.

Nana, impresionada, quiso burlarse; pero Satin se incomodó: respondia de la virtud de la señora Robert.

Se la encontraba siempre en compañía de hombres de edad y serios, que le daban el brazo.

Por entónces tenía un antiguo chocolatero, espíritu grave. Cuando venia, encantado del buen aspecto de la casa, se hacía anunciar y la trataba con mucho comedimiento.

—Pero, mira, héla aquí—añadió Satin enseñando una fotografía colocada ante el péndulo.

Nana examinó el retrato un instante. Representaba una mujer muy morena, de rostro prolongado, de labios contraídos con una discreta sonrisa.

Con un poco más de gravedad, se diría que era una señora completa.

—Es gracioso—murmuró Nana por fin—yo he visto esta cabeza en alguna parte, seguramente. ¿En dónde? no lo sé. Pero no ha debido ser en sitio muy limpio.... ¡Oh! no, de seguro no fué en un sitio limpio.

Y añadió, volviéndose hácia su amiga:

—Vamos,—ella te ha hecho venir á verla. ¿Qué te quiere?

—¿Lo que me quiere? ¡Pardiez! Hablar, sin duda; estar un momento juntas.... Es para política.

Nana miraba á Satin fijamente; despues hizo con la lengua un ligero chasquido. En fin, esto le era igual.

Pero como la señora se retardaba mucho, dijo que no queria esperar más, y las dos partieron.

Al dia siguiente, como Fontan habia advertido á Nana que no le esperase, ésta fué á buscar á Satin muy temprano para comer juntas en un restaurant.

La eleccion del restaurant fué una gran cuestion, porque Satin proponia sitios que Nana encontraba infectos.

En fin, la decidió á comer en casa de Laura. Era una mesa redonda, calle de los Mártires, en que costaba tres francos la comida.

Cansadas de esperar la hora, no sabiendo qué hacerse por

las calles, subieron á casa de Laura con veinte minutos de anticipacion.

Los tres salones estaban aún vacíos.

Se colocaron á una mesa, en el salon mismo en que Laura Piedefér asentaba su trono sobre la alta banqueta de un mostrador.

Esta Laura era una señora de cincuenta años, de formas exhuberantes, oprimida por cinturones y corsés.

Las mujeres iban llegando una tras otra, y empinándose por encima de las bandejas, besaban en la boea á Laura con cierta familiaridad, mientras que este monstruo, con los ojos hundecidos, trataba, multiplicándose, de no dar origen á celos.

La criada, por el contrario, era una mujer alta y flaca, enfermiza, negros los párpados, y servia á tales señoras despidiendo de sus miradas un fuego sombrío.

Los tres salones se llenaron rápidamente.

Habia allí una centena de parroquianas, mezcladas al azar en las mesas, lindando la mayor parte con los cuarenta años, enormes, carnosas, con la hinchazon del vicio en las bocas lascivas; y en medio de estas prominencias de gargantas y de vientres, aparecian algunas lindas y esbeltas niñas, áun con aire ingénuo bajo el descaro de los gestos, principiantes reclutadas en algun baile público y traídas por una parroquiana á casa de Laura, donde una multitud de mujeres gordas acudía al olor de su juventud solícita, haciendo en torno de ellas una corte de inquietos viejos verdes, y pagándoles golosinas.

En cuanto á los hombres, eran poco numerosos, de diez á quince á lo más, y estaban en actitud humilde bajo la femineola invasora, á excepcion de cuatro mozos crudos, que bromeaban muy á sus anchas, llegados para ver lo que pasaba.

—Está muy bueno este guisado—decia Satin.—¿No es así?

Nana movía la cabeza satisfecha.

Era la antigua y sólida comida de un hotel de provincia: pasteles de carne á la financiére, gallinas en arroz, habichue. las á crema á la vainilla.

Dichas señoras caían particularmente sobre las gallinas en

arroz, reventando dentro de sus corsés y enjugándose los labios lentamente.

En un principio Nana tuvo miedo de encontrar antiguas amigas, que le hubieran hecho preguntas tontas; pero se tranquilizó; no viendo ninguna cara conocida entre aquella multitud tan abigarrada, en que los vestidos desteñidos, los sombreros lamentables, se ostentaban al lado de las más ricas *toilettes*, en la fraternidad de las mismas perversiones.

Un instante sintió interés por un joven de cabellos cortos y rizados, de rostro insolente, que tenía sin respiración, pendiente de sus menores caprichos, á toda una mesa de muchachas grasientas.

Pero como el joven riese, su pecho se hinchó.

—¡Toma, si es una mujer!—dijo Nana con un ligero grito.

Satin, que se atracaba de gallina, levantó la cabeza murmurando:

—¡Ah! sí, la conozco.... ¡Muy elegante! Se la disputan todos.

Nana hizo una mueca de disgusto. No comprendía esto. Sin embargo, añadió con su voz razonable, que no había que disputar sobre gustos y colores, porque nadie estaba seguro de lo que podía amar un día.

Y comía su crema filosóficamente, echando de ver que Satin sublevaba las mesas vecinas con sus grandes y virginales ojos azules.

Cerca de ella, sobre todo, estaba una robusta persona, rubia y muy amable; echaba llamas, y se aproximaba tanto, que Nana estuvo á punto de intervenir.

Pero en este momento una mujer que entraba le causó una sorpresa.

Había reconocido á la señora Robert. Esta se adelantó, dirigiendo un familiar signo de cabeza á la criada alta y flaca, y pasando despues á apoyarse en el mostrador de Laura.

Las dos se besaron largo tiempo. Nana encontró esta caricia muy graciosa por parte de una mujer tan distinguida, tanto más, cuanto que la señora Robert no tenía ahora su aire modesto, antes al contrario. Laura había vuelto á sentarse con la majestad de un viejo ídolo del vicio, la cara consumida y barnizada por los besos de sus fieles, y por encima de los pla-

tos llenos reinaba sobre su clientela abotagable, monstruosa entre las más robustas, dominándolo todo, como recompensa de cuarenta años de ejercicio.

Pero la señora Robert había divisado á Satin. Dejó, pues, á Laura y corrió hácia ella, mostrándose muy amable, diciendo cuánto sentía no haber sido encontrada en su casa la víspera; y como Satin, encantada, quisiera absolutamente hacerle un sitio á su lado, la señora juraba haber comido ya. Subía simplemente para ver. Mientras hablaba en pié tras de su nueva amiga, se apoyaba en sus hombros, sonriente y zalamera, repitiendo:

—Vamos, ¿cuándo podemos vernos? Si estuviésemos libre....

Nana, desgraciadamente, no podía oír más. Esta conversacion la ponía furiosa, ardia en deseos de decir cuatro verdades á esta mujer honrada; pero la vista de un grupo que llegaba la paralizó. Erau mujeres distinguidas en traje de etiqueta, con sus diamantes. Venian de partida á casa de Laura, á quien tuteaban todas, incitadas por un gusto perverso, paseando cien mil francos en pedrería sobre su piel para comer allí, á tres francos por cabeza, ante la admiracion celosa de estas pobres muchachas mal vestidas.

Cuando entraron, hablando en voz alta, con risas bulliciosas y alegres, trayendo de fuera como un rayo de sol, Nana había vuelto vivamente la cabeza, muy contrariada al reconocer entre ellas á Lucy Steward y María Blond.

Cerca de cinco minutos, durante el tiempo que estas señoras hablaron con Laura ántes de pasar al salon vecino, permaneció con la cabeza baja, muy ocupada en recoger migajas de pan sobre el mantel.

Despues, cuando pudo volverse, en fin, quedó estupefacta: la silla del lado estaba vacía, Satin había desaparecido.

—¡Y bien! ¿A dónde ha ido?—dejó escapar en voz alta.

La robusta persona rubia que había colmado á Satin de atenciones rió al oír esto, á pesar de su mal humor; y como Nana, irritada por esta risa, le dirigiese una mirada amenazadora, dijo lánguidamente y con voz reposada:

—No hay que echarme á mí la culpa: álguien se la ha llevado.

Entonces Nana, comprendiendo que iba á burlarse de ella, se calló. Y haciendo un grande esfuerzo, contuvo su cólera.

En el fondo del salón vecino oía las carcajadas de Lucy Steward, que obsequiaba á toda una mesa de jovencitas bajadas de los bailes de Montmartre y de la Chapelle.

Hacía mucho calor, la criada levantaba pilas de platos sucios, mientras que los cuatro señores habían acabado por echar vino de lo superior á media docena de muchachas, con intención de emborracharlas y oír sus ocurrencias.

Ahora lo que exasperaba á Nana era pagar la comida de Satin.

Hé aquí una sucia garza que se dejaba hartar, y que se escurría con el primer perro que la hacía cocos, sin dar siquiera las gracias.

Es verdad que no eran más que tres francos; pero aún así, le parecía duro ante un abandono tan grosero.

Pagó, sin embargo, y arrojó sus seis francos á Laura, á quien aborrecía ahora más que al cielo de los arroyos.

En la calle de los Mártires Nana sintió aún aumentarse su rencor.

Su velada había fracasado, y subió lentamente hácia Montmartre, furiosa, sobre todo, contra la señora Robert. ¡Y esta dama, que tenía el descaro de hacerse la mujer distinguida! Sí, ¡distinguida entre la basura!

En este momento estaba cierta ya de haberla encontrado en el *Papillon*, un infecto baile de la calle de *Poissonnière*, donde la subastaban los hombres por ménos de una peseta. Y esta mujer privaba entre algunos empleados sesudos, por su aire modesto, y rehusaba asistir á cenas con que la hacían mucha honra al invitarla, ¡todo para fingir virtud!

¡Y semejantes hipócritas se metían luego en agujeros innobles, que nadie conocía!

Entre tanto, Nana, pensando en estas cosas, llegó poco á poco hasta su casa, calle Veron.

Al ver luz se quedó muy sorprendida.

Fontan había vuelto de pésimo humor, abandonado también por el amigo que le pagó la fonda.

Escuchó con ademán de indiferencia las explicaciones que ella daba por el temor de una paliza, y llena de azoramiento al encontrarle allí, cuando no le esperaba hasta la una de la mañana; y mentía á medias, confesando haber gastado seis francos, pero con la señora Maloir.

Fontan, que permanecía muy digno, le entregó una carta con su dirección, cuyo sobre había roto tranquilamente. Era una carta de Jorge, siempre encerrado en las *Fondettes*, desahogándose todas las semanas en páginas abrasadoras.

Nana gustaba mucho de que se la escribiese, sobre todo, grandes frases de amor con protestas y juramentos. Leía esto á todo el mundo.

Fontan conocía el estilo de Jorge, y le apreciaba. Pero aquella noche la joven temía hasta tal punto una escena, que afectó indiferencia; recorrió la carta con aire mal humorado y la arrojó al mismo tiempo. Fontan se había puesto á tocar una marcha sobre un vidrio, aburrido de acostarse tan temprano, no sabiendo cómo emplear su velada. De pronto se volvió.

— Si se respondiese en seguida á ese pilluelo.....— dijo.

Ordinariamente era él quien escribía. Alardeaba de estilo. Después era dichoso cuando Nana, entusiasmada con la lectura de su carta, escrita por todo lo alto, le abrazaba, gritando que no había otro como él para encontrar cosas parecidas. Esto concluía por enardecerlos, y entonces se adoraban.

— Como tú quieras— respondió.— Voy á hacer té. Nos acostaremos en seguida.

Entonces Fontan se instaló sobre la mesa, con gran aparato de tintero, pluma y papel. Redondeaba su brazo, alargaba la barba.

— «Corazón mío»— comenzó en alta voz.

Y durante más de una hora se entregó á esta tarea, reflexionando á veces sobre una frase, con la cabeza entre las manos, puliendo lo escrito, riendo para sí cuando encontraba alguna expresión tierna.

Nana, silenciosamente, había ya tomado dos tazas de té. Por último, Fontan leyó la carta, como se lee en el teatro, á media voz, con expresivos gestos. En sus cinco páginas hablaba de «las horas deliciosas pasadas en la *Mignotte*, esas horas cuyo

recuerdo guardaba como un perfume sutil», jurando «una eterna fidelidad á esta primavera del amor», y concluía declarando que su único deseo era «volver á comenzar esta felicidad, si la felicidad puede comenzar de nuevo.»

— Ya sabes — explicó Fontan — digo todo esto por política. Como se trata de una broma.... Creo que está tierna, ¿eh?

El cómico triunfaba. Pero Nana, torpe, desconfiando siempre, cometió la falta de no saltar sobre su cuello entusiasmada. Se limitó á encontrar la carta muy bien; nada más.

Él entonces se consideró humillado. Si su carta no le agradaba, podía ella hacer otra; y en lugar de besarse, como de costumbre, despues de haber removido estas frases de amor, permanecieron frios á ambos lados de la mesa.

Sin embargo, Nana le había servido una taza de té.

— ¡Vaya una ineficacia! — gritó él cuando la hubo llevado á sus labios. — ¡Has echado aquí sal!

Nana, por su desgracia, se encogió de hombros. Él se puso furioso.

— ¡Ah! ¡Vamos á acabar mal esta noche!

Y la pendencia arrancó de aquí. El reloj no marcaba más que las diez: era una manera de matar el tiempo.

Fontan se excitaba lanzando al rostro de Nana, en una ola de injurias, toda especie de acusaciones, una sobre otra, sin permitirle defenderse.

Era una sucia, era una bestia, había rodado por todas partes.

Despues se encarnizó sobre la cuestion de dinero.

¿Acaso gastaba él seis francos cuando comía fuera? A él le pagaban la comida, ahorrándose su puchero; y convidar á esa vieja zurcidora de voluntades, á esa Maloir, una bruja que iba á poner á la puerta al día siguiente. ¡ Ah, muy bien!

De fijo que irían lejos si él y ella cada día arrojaban de este modo seis francos á la calle.

— En primer lugar, ¡quiero cuentas! — gritó. — Veamos, venga el dinero; ¿cómo estamos de fondos?

Parecian estallar todos sus instintos de sórdida avaricia. Nana, dominada, aturdida, se apresuró á tomar en el secreter el dinero que les quedaba, poniéndoselo delante.

Hasta aquí la llave estaba siempre sobre la silla comun, y ambos sacaban libremente lo que les parecia.

— ¡Cómo! — dijo despues de haber contado — quedan apenas siete mil francos de los diez y siete mil, y no estamos juntos sino hace tres meses.... Esto no es posible.

Él mismo se lanzó, trastornó el secreter, y tomó el cajon para escudriñar bajo la lámpara.

Peró no había más que seis mil ochocientos y algunos francos. Entónces aquello fué una tempestad.

— ¡Diez mil francos en tres meses — aullaba. — ¡Nombre de Dios! ¿qué has hecho de ellos? ¿Eh? ¡responde!.... Todo esto se lo tragó tu estafermo de tia, ¿eh? ¡O tú mantienes hombres, está claro!.... ¿Quieres responder?

— ¡Ah, si te encolerizas así! — dijo Nana. — El cálculo es bien fácil de hacer.... Tú no cuentas los muebles; despues, tuve que comprar lencería. Cuando se pone casa, el dinero se va muy pronto.

Peró al par que exigía explicaciones, Fontan no quería oirlas.

— Si, se va muy pronto — repuso más en calma — y mira qué vida; estoy ya cansado de esta cocina en comun.... Tú sabes que estos siete mil francos son míos. ¡Y bien! Puesto que están aquí, los guardo.... ¡Demonio! si tú eres una derrochadora, yo no tengo deseos de verme arruinado. A cada uno lo suyo.

Y maquinalmente metió su dinero en el bolsillo. Nana le miraba estupefacta.

Él continuaba con complacencia:

— Ya comprendes, no soy bastante tonto para mantener tías y muchachos que no son míos.... Si te agrada gastar tu dinero, gástalo en buen hora; pero el mio es sagrado.... En adelante, tú pones la comida y yo pagaré la mitad. Por la noche nos arreglaremos: hélo aquí todo.

Nana de pronto se sintió indignada, y no pudo contener este grito:

— Es decir, tú has comido mis diez mil francos.... ¡Qué decente es eso!

Peró él no se paró á discutir más. Por encima de la mesa, á todo vuelo, le alargó una bofetada, diciendo:

—¡Repítelo!

Nana lo repitió, á pesar del golpe, y él cayó sobre ella, dándole puntapiés y puñetazos.

No tardó en ponerla en un estado tal, que la jóven acabó, como de costumbre, por desnudarse y meterse en la cama llorando.

Fontan respiraba fuerte. Iba á acostarse á su vez, cuando apercibió sobre la mesa la carta que habia escrito á Jorge.

Entónces la plegó con cuidado, vuelto hácia el lecho, diciendo con un aire amenazador:

—La carta está perfectamente, y la pondré en el correo yo mismo, porque no me gustan los caprichos.... Y basta de lloriqueos; no quiero músicas.

Nana, que lloraba con pequeños suspiros, contuvo su aliento. Cuando Fontan se hubo acostado, la jóven se arrojó sobre su pecho entre sollozos.

Sus contienas acababan siempre por esto; ella temblaba de perderle, y sentia la cobarde necesidad de saber que era suyo, á pesar de todo.

Por dos veces Fontan la rechazó con un ademan soberbio.

Pero el abrazo tibio de esta mujer, que le suplicaba, con sus grandes ojos de bestia fiel humedecidos, comenzó á atizar en él un deseo.

Y se condujo como un buen príncipe, sin descender, no obstante, á ninguna demostracion; se dejó acariciar y adquirir fuerza, como hombre cuyo perdon vale la pena de ser ganado.

Después le asaltó una inquietud, temiendo que Nana no representase una comedia para recobrar la llave de la caja.

Habia apagado la bujía, cuando experimentó la necesidad de mantener su actitud.

—Ya sabes, hija mia, esto es muy sério: yo guardo el dinero.

Nana, que se adormecía en sus brazos, encontró una palabra sublime:

—Sí, no tengas miedo.... Yo trabajaré.

Pero, á partir de esta noche, la vida entre los dos se fué haciendo más y más difícil.

Desde el principio al fin de la semana habia allí un ruido

de bofetones, un verdadero tic-tac de reloj, que parecia regular su existencia.

Nana, á fuerza de palizas, adquiria una flexibilidad de lienzo fino, y esto le hacia delicada de piel, rosada y blanca de color, tan suave al tacto, tan diáfana á la vista, que parecia aumentarse en belleza.

Por eso Prullière la rondaba de continuo, viniendo cuando Fontan estaba fuera, y empujándola hácia los rincones para abrazarla.

Pero ella se defendía, muy indignada y con rubores de vergüenza: encontraba repugnante que quisiera engañar á un amigo. Entónces Prullière se reía con un aire forzado.

¡En verdad, se habia vuelto muy tonta! ¿Cómo podia ser tan fiel á semejante mono? Porque, en fin, Fontan era un verdadero mono, con gran nariz oscilando siempre. ¡Una cabeza asquerosa! ¡Y ademas, un hombre que la pegaba!

—Es posible, yo le amo así y todo— respondió con el aire tranquilo de una mujer que confiesa un gusto abominable.

Bosc se contentaba con comer lo más á menudo posible.

Encogíase de hombros detrás de Prullière, un guapo muchacho, pero un muchacho poco serio.

Él varias veces habia asistido á escenas entre los dos amantes; á los postres, cuando Fontan abofeteaba á Nana, continuaba comiendo gravemente, encontrando esto natural.

En agradecimiento de la comida, se extasiaba siempre ante el espectáculo de su felicidad.

Bosc se proclamaba filósofo: habia renunciado á todo, hasta á la gloria.

Prullière y Fontan, á veces tendidos sobre su silla, se contaban sus éxitos, hasta las dos de la mañana, con sus gestos y su voz de teatro; mientras que él, absorto, haciendo de cuando en cuando un mohin de desden, acababa silenciosamente la botella de cognac.

¿Qué quedaba de Taima?

Nada; pues entónces era tanto hablar del asunto.

Una noche encontró á Nana anegada en lágrimas. La jóven se quitó la camisa para enseñar su espalda y sus brazos, negros por los golpes.

Bosc le miró la piel, sin la más remota idea de abusar de la situación, como haría el imbécil Prullière en igual caso. Después, sentenciosamente:

—Hija mía, donde hay mujeres hay bofetadas. Napoleón es quien ha dicho esto, me parece.... Lávate con agua salada. El agua salada es excelente para esas cosas. Mira; has de recibir más, y no te quejes en tanto que no te rompa algo.... Ya sabes: me invito á comer, he visto un guisado que me apetece.

Pero la señora Lerat no tenía esta filosofía.

Cada vez que Nana le enseñaba un nuevo cardenal sobre su blanca piel, lanzaba grandes gritos.

Estaban matando á su sobrina; esto no podía durar.

A la verdad, Fontan había puesto á la puerta á la señora Lerat, diciendo que no quería verla más en su casa, y desde entonces, cuando estaba allí al entrar él, tenía que escurrirse por la cocina, lo que la humillaba horriblemente.

Así, no cesaba en sus diatribas contra este grosero personaje. Le reprochaba, sobre todo, el ser tan desatento con mujeres muy distinguidas, sobre cuya educación nadie podía decir una palabra.

—¡Oh! eso se ve desde luego, decía á Nana:—no tiene el sentimiento de las menores conveniencias. Su madre debía ser muy vulgar; ¡no digas que no, porque salta á la vista!.... Yo no hablo por mí, bien que una persona de mi edad tenga derecho á ciertas consideraciones.... Pero tú, verdaderamente, no me explico que soportes sus malas maneras; porque, sin lisonjearme, yo te he enseñado siempre compostura y has recibido en mi casa los mejores consejos. ¿Eh? No había nada que pedir en nuestra familia.

Nana no protestó, escuchando con la cabeza baja.

—Después—continuaba la tía—tú no has conocido más que personas distinguidas.... Precisamente hablábamos de esto ayer noche con Zoé en mi casa. Zoé tampoco lo comprende. «¿Cómo, decía, la señora, que tenía en un puño al Conde, un hombre tan perfecto—porque, entre nosotras, parece que tú abusabas de él—cómo la señora puede dejarse asesinar por ese polichinela?» Yo, yo añadí que los golpes casi podían soportarse; pero que jamás podría transigir con la falta de con-

sideraciones.... En fin, yo le detesto; no puedo verlo ni pintado. Y tú te arruinas por un pájaro como ése; sí, tú te arruinas, querida, cuando á una palabra tuya tendrías á tus pies hombres ricos y personajes del gobierno.... ¡Basta! No soy yo quien debe decir esas cosas. Pero á la primera grosería, yo, en tu lugar, le dejaba en blanco con un: «Caballero, ¿por quién me tomáis?» Ya sabes, con tu aire majestuoso, que le cortaría brazos y piernas.

Entonces Nana rompió en gemidos, balbuceando:

—¡Oh, tía, si le amo!

Lo cierto es que la señora Lerat se sentía inquieta viendo á su sobrina darle con gran trabajo, y á muy largos intervalos, cantidades insignificantes, como pago de la pensión del pequeño Luis.

Sin duda ella se sacrificaría y cuidaría al niño como siempre, esperando tiempos mejores.

Pero la idea de que Fontan les impidiese á ella, al chichuelo y á su madre nadar en oro, la enfurecía hasta el punto de hacerle negar el amor. Así concluyó por estas palabras severas:

—Escucha: el día en que te haya arrancado la piel de la espalda, vendrás á llamar á mi puerta, y yo te abriré.

Pronto el dinero vino á ser la grande preocupación de Nana.

Fontan había hecho desaparecer los siete mil francos; sin duda estaban en lugar seguro, y jamás Nana se hubiera atrevido á preguntarle; porque este pájaro, como le llamaba la señora Lerat, mostraba grandes pudores.

Temblaba ella ante la idea de que pudiese creerla capaz de vivir con él por sus cuatro cuartos.

Había prometido proveer las necesidades de la casa.

Los primeros días, cada mañana daba tres francos.

Pero tenía las exigencias del hombre que paga: con sus tres francos quería de todo; manteca, carne, primores; y si Nana arriesgaba alguna observación, si insinuaba que no se podían traer los mercados con aquel dinero, él se encolerizaba, la trataba de inútil, de derrochadora, amenazándola siempre además con marcharse á otra parte.

Más tarde, al cabo de un mes, muchas mañanas se olvidaba poner los tres francos sobre la cómoda.

Ella se había permitido pedirlos tímidamente y de un modo indirecto.

Entonces hubo tales pendencias, la trataba tan duramente al primer pretexto que surgía, que prefirió no contar más con él.

Por el contrario, cuando no había dejado las tres monedas y encontraba a pesar de eso su comida, estaba alegre como unas castañuelas, amable, besando á Nana, bailando con las sillas. Y ella, muy dichosa, llegó á desear que no dejara nada sobre la cómoda, á pesar de los apuros en que se veía.

En una ocasión, hasta le devolvió sus tres francos, contando una historia y diciendo tener aún el dinero de la víspera.

Pero como la víspera no había dado nada, Fontan quedó un instante perplejo, atribuyéndolo á una lección.

Ella, sin embargo, le miraba con sus ojos apasionados, le besaba en una consagración absoluta de toda su persona, y Fontan embolsó las piezas con el ligero temblor convulsivo de un avaro que recobra una suma comprometida.

A partir de este día no volvió ya á inquietarse, sin preguntar jamás de dónde procedía la moneda, con el rostro cejijunto cuando le presentaba patatas, riendo á mandíbula batiente ante los guisados y los pollos, sin perjuicio, no obstante, de algunas bofetadas que solía dar á Nana, aún en su dicha, para desentumecer la mano.

Nana había, pues, encontrado el medio de ocurrir á todo.

La casa en ciertos días rebosaba de alimentos.

Bosc cogía grandes indigestiones dos veces por semana.

Una noche, al retirarse la señora Lerat, furiosa de ver en el fuego una abundante cena, de que ella no comería, preguntó brutalmente á Nana quién pagaba esto.

La joven, sorprendida, se turbó completamente y se puso á llorar.

— ¡Y bien! es decente eso — dijo la tía, que comprendió.

Nana se había resignado á todo por tener paz en su casa.

Además, la culpa era de la Tricon, á quien había encontra-

do en la calle de Laval un día en que Fontan se marchara furioso á causa de un plato de abadejo.

Entonces había dicho que sí á la Tricon, quien justamente se hallaba en un apuro.

Como Fontan no venía jamás antes de las seis, ella disponía de sus tardes, y traía cuarenta francos, sesenta francos, más algunas veces.

Habría podido hablar de diez y de quince luises si hubiese sabido explotar la situación; pero quedaba muy satisfecha con ganar allí lo suficiente para hacer hervir la marmita.

Por la noche lo daba por bien empleado todo, cuando Bosc se hartaba hasta reventar, y Fontan, con los codos sobre la mesa, se dejaba besar los ojos, con el aire superior de un hombre que es amado desinteresadamente y por sí mismo.

Entonces, mientras adoraba á su querido, á su perro amado con una pasión tanto más ciega cuanto que ella pagaba el gusto, Nana se revolcó otra vez en el cieno de sus comienzos de niña.

Emprendió de nuevo sus correrías, y azotó el empedrado con sus antiguas chinelas á caza de un duro.

Un domingo, en el mercado de la Rochefoucauld había hecho las amistades con Satin, después de haberse arrojado sobre ella, echándole en cara furiosamente lo de la señora Robert.

Pero Satin se limitó á responder que, cuando no se amaba una cosa, no era esto una razón para querer que digustara á los demás.

Y Nana, de espíritu elevado, cediendo á esta idea filosófica de que nadie sabe jamás dónde ha de concluir, la perdonó.

Hasta, movida de la curiosidad, llegó á preguntarle sobre los rincones del vicio, estupefacta de aprender algo aún á sus años, después de todo lo que sabía, y en medio de risas y exclamaciones encontraba esto gracioso, un poco repugnante, sin embargo, porque en el fondo Nana era burguesa para lo que no entraba en sus costumbres.

Así, volvió á casa de Laura, comiendo allí cuando Fontan pasaba el día fuera.

Encontraba divertidas las historias de amores y de celos

que apasionaban á las parroquianas, sin que por eso se descuidaran en comer.

La gorda Laura, con su maternidad enternecida, le invitaba á menudo á pasar algunos días en su quinta de Amiers, una casa de campo donde habia alcobas para siete damas.

Nana rehusaba, tenía miedo. Pero habiéndole jurado Satin que estaba en un error, prometió ir allá más tarde, cuando le fuera posible ausentarse.

Nana atravesaba un período de grandes apuros. Estaba escasa de dinero.

Cuando la Tricon no necesitaba de ella, lo que sucedia muy á menudo, no sabia en dónde dar con su cuerpo.

Entonces, acompañada de Satin, hacia salidas rabiosas sobre el empedrado de París, en ese vicio bajo que rueda por las callejuelas bajo la claridad trémula del gas.

Nana volvió otra vez á los bailes de la Barrera, donde habia hecho saltar sus primeras enaguas sucias; volvió á los rincones negros de los boulevares excéntricos, donde la abrazaban los hombres á los quince años, cuando su padre la buscaba para darle azotes....

Ambas corrían, recorriendo los bailes y los cafés de un barrio, brincando escaleras húmedas de cerveza derramada y de inmundicias, ó bien caminaban suavemente subiendo las calles y plantándose de pié contra las puertas cocheras.

Satin, que habia comenzado su carrera en el barrio latino, condujo allí á Nana, á casa de Bullier y á las cervecerías del boulevard Saint-Michel.

Pero como se aproximaban las vacaciones, el barrio estaba desanimadísimo, y las jóvenes volvían siempre á las calles más céntricas.

Aquí, por lo ménos, tenían algunas probabilidades....

Desde las alturas de Montmartre á la meseta del Observatorio recorrían así la ciudad entera.

Noches de lluvia, en que se torcían los tacones de sus botas; noches cálidas, en que se pegaban las ropas á su piel; acechos prolongados, paseos sin fin, atropellos y pendencias, brutalidades últimas de un transeunte que bajaba de algun oscuro zaquizamí jurando y maldiciendo.

El verano tocaba á su término; un verano borrascoso, de noches ardientes. De ordinario salían juntas, despues de comer, hácia las nueve.

Sobre el empedrado de la calle Notre-Dame de Lorette, dea filas de mujeres, rasando las tiendas con las enaguas recogidas, los ojos en tierra, se precipitaban hácia los boulevares con apariencia de gran prisa, sin dirigir una mirada á los escaparates.

Era la bajada hambrienta de las muchachas del barrio Brode, á las primeras luces del gas.

Nana y Satin bordeaban la iglesia, tomando siempre por la calle Le Pelier. Despues, á cien metros del café Riche, cuando llegaban sobre el campo de operaciones, dejaban caer la cola de su vestido, recogida hasta allí con mano cuidadosa; y desde aquel momento, arrojando el polvo, abriendo la calle y balanceando el cuerpo, caminaban lentamente, acortando aún más el paso cuando atravesaban la zona de luz proyectada por un gran café.

Escotadas, riendo alto, echando miradas hácia atrás sobre los hombres que se volvían, estaban allí como en su casa. Sus rostros pintados, con su negro en los párpados y su rojo en la boca, tomaban á la sombra el turbador encanto de un bazar de Oriente á peseta, abandonado en medio del arroyo.

Hasta las once, entre los choques de la muchedumbre, permanecían muy alegres, lanzando simplemente un «¡quimalla!» de tarde en tarde, cuando algun transeunte torpe les arrancaba con el pié un volante del vestido; cambiaban pequeños saludos familiares con los mozos de café, se detenían á hablar delante de una mesa, y aceptaban copas, que bebían lentamente, muy contentas de poder sentarse para esperar la salida de los teatros.

Pero cuando se adelantaba la noche, volvían á la calle Larochefoucault, donde su caza se hacia más y más áspera.

Habia allí, al pié de los árboles, á lo largo de los boulevares sombríos, que iban quedando ya desiertos, regateos feroces, palabras fuertes y golpes; mientras que familias honradas, el padre, la madre y las hijas, habituadas á estos encuentros, pasaban tranquilamente, sin apresurar el paso.

Luégo, despues de haber ido diez veces de la Ópera al Gimnasio, Nana y Satin, cuando decididamente los hombres se desasian, escurriéndose en la oscuridad creciente, avanzaban hácia la calle del Faubourg-Montmartre.

Allí hasta las dos permanecian iluminadas las fondas, las cervecerías, las tabernas, y una turba de mujeres se apiñaba á las puertas de los cafés, último rincón encendido y vivo del París nocturno, último mercado abierto á las transacciones de una noche, en que los negocios se trataban crudamente entre los grupos, de un extremo á otro de la calle, como en el corredor abierto de una casa pública. Y las noches en que volvían sin pareja, aquellas mujeres disputaban entre sí.

La calle Notre-Dame de Lorette se extendía negra y desierta; las sombras de tanta desdichada parecían arrastrarse; era el regreso lento del barrio, en que las pobres niñas, exasperadas por una noche de huelga, discutían aún roncamente con algún borracho extraviado, al que intentaban detener en el ángulo de la calle Breda ó de la calle Fontaine.

Sin embargo, había allí muy buenas fortunas, luises ganados con algunos señores que subían, guardando en el bolsillo su condecoración.

Satin, sobre todo, tenía buena nariz.

Las noches húmedas, cuando París mojado exhalaba un olor insípido de gran alcoba poco limpia, sabía que este tiempo lánguido, esta fetidez de los rincones oscuros ponían furiosos á los hombres. Y solía acechar á los mejor portados, leyendo esto en sus pálidos ojos.

Era como una ráfaga de locura carnal pasando sobre la ciudad.

Satin, no obstante, tenía algún miedo, porque los más disguidos solían ser los más sucios.

Todo el barniz exterior desaparecía, y se mostraba sólo la bestia, exigente en sus gustos monstruosos, refuando su perversion.

Esta era la causa de que Satin careciese de todo respeto, declamando contra la dignidad de las gentes de coche; sus lacayos eran más decentes, porque á lo ménos respetaban á las mujeres, sin atormentarlas con ideas del otro mundo.

La sacudida de las gentes de buen tono en la crápula del vicio sorprendió hasta á Nana, que conservaba preocupaciones; Satin se las desvaneció completamente. Porque lo que ella decía: París, desde las nueve de la noche á las tres de la madrugada, estaría de ver en lo oscuro de las alcobas, especialmente tratándose de personajes.

Y ella, cuando hablaba gravemente, ¿acaso no tenía virtud? Pues la tenía de alto abajo.

Una noche, al ir á buscar á Satin, Nana reconoció al Marqués de Chouard, que bajaba la escalera, las piernas vacilantes, arrastrándose sobre el pasamano, la cara lívida.

La jóven fingió sonarse.

Despues, en lo alto, como encontrase á Satin en un desorden horrible, la casa abandonada hacía ocho dias, el techo infecto, los cacharros hacinados, mostró su extrañeza de que conociese al Marqués.

¡Ab, sí, ella le conocía, y bastante que les había molestado á ella y á su pastelero cuando estaban juntos!

Ahora venía de tiempo en tiempo; pero era muy pesado, metía la nariz en todos los sitios poco limpios, hasta en sus zapatillas.

—Sí, querida, en mis zapatillas.... ¡Oh, un viejo indecente! Pide á veces unas cosas....

Lo que inquietaba sobre todo á Nana, era la sinceridad de aquélla bajo su desenfreno.

Ademas, Satin le metía un miedo horrible con la policía.

A este propósito contaba una porcion de historias. En otro tiempo tenía amores con un agente de la policía, para que se la dejase en paz, y en dos ocasiones la había servido de mucho; pero ahora su negocio estaba claro si volvían á cogerla, y temblaba.

Los agentes, para obtener gratificaciones, detenían al mayor número de mujeres posible; agarraban de todo indistintamente, y las hacían callar de una bofetada, seguros de ser sostenidos y recompensados, aun cuando hubieran cogido en el monton una muchacha honrada.

En el verano, entre doce ó catorce, solían hacer un copo en

el boulevard, dejando limpias las calles y pescando hasta treinta mujeres en una noche.

Sólo Satin conocía el terreno: desde que divisaba la nariz de los agentes, ponía piés en polvorosa, escurriéndose por las callejuelas y á través de la turba de mujeres espantadas.

Era un pánico de la ley, un terror á la prefectura tan grande, que algunas quedaban paralizadas á la puerta de los cafés ante el golpe de fuerza que barria la avenida.

Pero Satin temía aún más las denuncias: su pastelero habia sido bastante canalla para amenazarla con esto cuando le habia dejado; si, los hombres vivían á costa de sus queridas con esta habilidad, sin contar las mujeres indignas que las entregaban por traicion y sólo por ser más bonitas que ellas.

Nana escuchaba estas cosas sobrecogida de un creciente pavor. Había temblado siempre ante la ley, esta potencia desconocida, esta venganza de los hombres, que podían suprimirla sin que nadie en el mundo la defendiese.

San Lázaro se le aparecía como una fosa, como un agujero negro, en que se enterraba á las mujeres vivas despues de haberles cortado los cabellos.

Decíase algunas veces que le hubiera bastado dejar á Fontan para encontrar protecciones. Satin habia tenido á bien hablarle de ciertas listas de mujeres, acompañadas de fotografías, que los agentes debían consultar, con prohibicion de tocar jamás en éstas: Nana no por eso dejaba de temblar, imaginándose siempre atropellada, arrastrada, conducida al día siguiente á la visita; y esto último de la visita la llenaba de angustia y de vergüenza, á ella, que habia salido de *Vénus* en Variedades.

Hacia el fin de Setiembre, justamente una noche que se paseaba con Satin sobre el boulevard Poissonnière, ésta de pronto se puso á galopar. Y como Nana la interrogase:

—Los agentes—dijo.—¡De prisa, corre!

Fué una carrera loca en medio de la muchedumbre.

Los vestidos, en aquella dispersion, se desgarraban. Hubo golpes y gritos. La multitud observaba con risas la brutal agresion de los agentes, que estrechaban rápidamente su circun-

lo. Entre tanto, Nana habia perdido á Satin. Sin poder correr más, iba sin duda alguna á ser detenida, cuando un hombre, cogiéndola del brazo, la arrancó á los agentes furiosos. Era Prullière, que acababa de reconocerla.

Silencioso volvió con ella á la calle Rougemont, entonces desierta, y Nana pudo respirar tan desfallecida, que su acompañante se vió obligado á sostenerla.

Ella no le dió siquiera las gracias.

—Veamos—dijo Prullière,—por fin, te hace falta reponerte.... Sube á mi casa.

El cómico vivía al lado, calle Bergère. Pero ella se irguió de pronto.

—No, no quiero.

Entonces, tornándose grosero, Prullière replicó:

—¿No estabas ahí para todo el mundo?... ¿Eh? ¿Por qué no quieres?

—Porque no.

Esto, en su opinion, lo expresaba todo. Quería demasiado á Fontan para hacerle traicion con un amigo. Los demás no entraban en cuenta.

Ante esta terquedad estúpida, Prullière cometió una cobardía de hombre presumido que se ve irritado en su amor propio.

—¡Y bien! Allá te las hayas—declaró.—Por mi parte, querida, no te acompaño más.... Sal del atolladero tú sola.

Y la abandonó. Su espanto la sobrecogió de nuevo: dió un rodeo enorme para entrar en Montmartre, deslizándose á lo largo de las tiendas y palideciendo en cuanto se aproximaba á ella un hombre.

Al día siguiente fué cuando, en la conmocion de los terrores de la vispera, Nana, al ir á casa de su tia, se encontró frente á frente con Labordette, en el fondo de una pequeña calle solitaria de Batignolles.

Al principio uno y otro parecieron contrariados. Él, complaciente siempre, tenía negocios que ocultaba.

Sin embargo, se repuso el primero, felicitándose del encuentro inesperado.

A la verdad, todo el mundo estaba aún estupefacto del

eclipse total de Nana. Se la reclamaba, y sus antiguos amigos se consumían de tristeza. Y haciéndose el paternal, concluyó por echarle un sermón.

—Aquí para entre nosotros, querida, esto va siendo tonto.... Se comprende un capricho. ¡Pero ser explotada hasta ese punto y no ganar más que bofetadas! ¿Acaso aspiras al premio de la virtud?

Nana escuchaba con aire cohibido. Sin embargo, cuando Labordette habló de Rosa, que se daba gran tono con la conquista del Conde Muffat, pasó una llama por sus ojos. La joven murmuró:

—¡Oh! si yo quisiera....

Él ofreció su mediación como amigo solícito, pero Nana rehusó. Entonces la atacó por otro lado; le dijo que Bordenave preparaba una pieza de Faucherie, donde había un papel soberbio para ella.

—¡Cómo! ¡Una pieza en que tengo un papel! — exclamó estupefacta; — ¡pero si él nada me ha dicho!

No nombraba nunca á Fontan.

Por otra parte, se calmó inmediatamente. No volvería á entrar jamás en el teatro. Sin duda Labordette no estaba convencido, porque insistía sonriendo.

—Sabes que nada tienes que temer conmigo. Preparo á tu Muffat, te lo traigo por la pata, y vuelves al teatro.

—¡No! — dijo ella enérgicamente.

Y se separó de él.

Su propio heroísmo la tenía entusiasmada.

No sería un canalla de hombre quien se sacrificara de esta suerte, sin pregonarlo por todas partes.

Sin embargo, una cosa la sorprendía.

Labordette acababa de darle exactamente los mismos consejos que Francisco.

Por la noche, cuando volvió Fontan, le interrogó sobre la pieza de Faucherie.

Él estaba en el teatro de Variedades hacía ya dos meses.

¿Por qué, pues, no le había hablado del papel?

—¿Qué papel? — dijo Fontan con su voz más desagradable.

¿Es el papel de gran señora acaso?.... ¡Ah, con que, tú crees

tener talento! Pero ese papel, hija mia, te va á aplastar.... La verdad, eres una gran cómica.

Nana se sintió ofendida mortalmente.

Fontan se burló de ella toda la noche, llamándola señorita Mars. Y cuanto más la maltrataba, mayor era el amargo placer que ella sentía en este heroísmo de sus amores, que á sus propios ojos la hacía más grande y más enamorada.

Desde que apelaba á los otros para mantenerle, le amaba más aún, entre las fatigas y disgustos que le acarrea este género de vida.

Fontan era su vicio, y le pagaba su necesidad, de que no podía prescindir, bajo el estímulo de las bofetadas.

Él, viéndola tan bestia, acababa por abusar.

Su querida le atacaba los nervios; sentía hacia ella un odio feroz, hasta el punto de no tener en cuenta sus intereses.

Cuando Bosc le dirigía observaciones, gritaba exasperado, sin que se supiese por qué, que no podía tragársela ni á ella ni á su dinero, y que la iba á poner á la puerta sólo por el gusto de regalar á otra mujer sus siete mil francos.

Y aquí llega el desenlace de sus amores.

Una noche, Nana, al volver á eso de las once, encontró la puerta cerrada con cerrojo.

Llamó una vez, y nadie respondió; llamó otra, y el mismo silencio.

Sin embargo, se veía luz bajo la puerta, y Fontan, en el interin, no se recataba para andar. Volvió á llamar aún, incomodándose. La voz de Fontan se dejó oír, por fin, lenta y grosera:

—¿No te cansarás?

Nana llamó á dos manos.

—¿Todavía estás allí?

Nana llamó más fuerte hasta hendir la madera.

—¡Véte al diablo!

Y durante un cuarto de hora, las mismas palabras duras respondían como un eco chocarrero á cada uno de los golpes con que la joven conmovía la puerta. Despues, viendo que no se marchaba, abrió bruscamente, plantándose sobre el umbral con los brazos cruzados y diciendo con la misma voz friamente brutal:

—¡Nombre de Dios! ¿habeis concluido?... ¿Qué es lo que quereis?... ¡Eh! ¿vais á dejarnos dormir? Bien veis que tengo gente.

No estaba solo, en efecto. Nana divisó á la jovencita de los Bufos, ya en camisa, con sus cabellos de cáñamo desgrefiados, sus ojos hechos á punzon, que se regodeaban en medio de los muebles que Nana habia pagado. Pero Fontan dió un paso hácia fuera, abriendo sus dedos gordos como grandes tenazas.

—¡Largo, ó te estrangulo!

Entónces Nana rompió en gemidos nerviosos. Tuvo miedo y se escapó. Esta vez era ella á quien ponian á la puerta. La idea de Muffat se le ocurrió de repente en su rabia; ¡Fontan la ponía á ella en una situacion parecida!

En la calle, su primer pensamiento fué correr en busca de Satin, por si estaba sola. La encontró ante su casa, arrojada tambien sobre el empedrado por su casero, quien acababa de atrancar la puerta con cadenas, contra todo derecho, puesto que ella tenía allí sus muebles; Satin juraba y hablaba de arastrarle á casa del comisario. Entre tanto daban las doce, y era preciso encontrar un lecho. Y Satin, no juzgando prudente mezclar á los agentes de policia en sus negocios, concluyó por llevar á Nana á la calle Laval en casa de una señora que tenía un pequeño hotel amueblado. Se les dió una estrecha alcoba en el primer piso, cuya ventana abria sobre el patio. Satin repetia:

—De buena gana hubiese ido á casa de la señora Robert. Allí hay siempre un rincon para mí... Pero contigo, no es posible.... Está ridícula de celos. La otra noche me ha pegado.

Cuando se encerraron en su aposento, Nana, que no se habia aliviado aún, se deshizo en lágrimas y contó veinte veces la indignidad de Fontan.

Satin la escuchaba con complacencia; la consolaba, se indignaba más que ella todavía, maldiciendo de los hombres.

—¡Oh! ¡los hombres! ¡Oh! ¡los indecentes!... ¡Mira tú, no necesitamos de esos indecentes!

Despues ayudó á Nana á desnudarse, conduciéndose con

ella como mujer prevenida y sumisa. Y repetia zalameramente:

—Acostémonos pronto, mi gata. Estarémos mejor.... ¡Ah! ¡qué tonto es tomarlo á pechos! ¡Te digo que son unos indecentes! No piensas más en ellos.... Yo, yo te amo mucho. No llores, haz esto por tu queridita.

Y en la cama tomó á Nana inmediatamente entre sus brazos á fin de calmarla.

Satin no queria oir el nombre de Fontan; cada vez que intentaba pronunciarlo su amiga la contenia con un beso, haciendo una mueca de cólera, los cabellos sueltos, con una belleza infantil y llena de enternecimiento.

Entónces, poco á poco, en este abrazo tan dulce, Nana enjugó sus lágrimas. Estaba conmovida y devolvía á Satin sus caricias.

Cuando dieron las dos, la bujía ardía aún; ambas lanzaban ligeras risas, sofocadas en medio de palabras de amor.

Pero bruscamente Satin se levantó, medio desnuda, prestando oido; se percibia una gran barandada en el hotel.

—¡La policia!—dijo muy pálida.—¡Ah! ¡suerte más negra! ¡por Cristo!... ¡Nos hemos fastidiado!

Al refugiarse esta noche en la calle Laval, lo hicieron sin la menor desconfianza.

A esta palabra de *policia*, Nana habia perdido la cabeza. Saltó del lecho, corrió á traves de la alcoba y abrió la ventana con el aire azorado de una loca que va á precipitarse. Pero, por fortuna, el pequeño patio estaba guarnecido de vidrios, con un ligero enrejado casi al nivel de la ventana. Entónces sin vacilar, se sirvió de aquel apoyo, desapareciendo en la oscuridad, la camisa en desórden, al aire los muslos.

—Quédate—repetia Satin espantada.—Vas á matarte.

Despues, al ver que llegaban á la puerta, se portó como buena muchacha, cerrando la ventana y metiendo en el fondo de un armario los vestidos de su amiga.

Por su parte estaba ya resignada, diciéndose que, despues de todo, si le daban cartilla, no volveria á tener este estúpido miedo.

Satin se fingió abrumada de sueño, bostezó, parlamentó, y acabó por abrir á un moceton de barba sucia, que le dijo :

— Enseñad vuestras manos.... No teneis picaduras; vos no trabajais. Vamos, vestios.

— Pero yo no soy costurera, soy planchadora— declaró Satin con descaro.

Por lo demas, se vistió dócilmente, sabiendo que no habia discusion posible. Se oian gritos en el hotel: una muchacha se agarraba fuertemente á las puertas, negándose á marchar; otra, que fué cogida con su amante, y de la que éste respondia, hacia la mujer honrada ultrajada, hablando de intentar un proceso contra el prefecto de policia. Durante cerca de una hora fué aquél un ruido de botas sobre las escaleras, de puertas casi derribadas á puñetazos, de disputas vehementes, que se ahogaban en sollozos; de vestidos que resbalaban rozando las paredes: todo el despertar brusco y la marcha azorada de un rebaño de mujeres, brutalmente conducidas por tres agentes á las órdenes de un comisario rubio y muy fino. Despues, el hotel quedó de nuevo en gran silencio.

Nadie la habia vendido. Nana estaba salvada. Volvió á entrar á tuestas en la alcoba, tiritando, muerta de miedo. Sus piés deenudos sangraban, heridos por el enrejado.

Durante mucho tiempo permaneció sentada al borde de la cama, escuchando siempre. Hacia la madrugada se durmió. Pero á las ocho, al despertarse, se escapó del hotel y corrió á casa de su tia.

Cuando la señora Lerat, que justamente estaba tomando con Zoé un café con leche, la divisó á esta hora, descompuesta y sucia, lo comprendió todo inmediatamente.

— ¿ Eh? ¡ Esto es hecho! — gritó. — Bien te decia que iba á arrancarte la piel de la espalda.... Vamos, entra; tú serás bien recibida siempre en mi casa.

Zoé se habia levantado, murmurando con una familiaridad respetuosa :

— En fin, la señora ha vuelto.... Yo esperaba á la señora.

Pero la tia quiso que Nana abrazase á Luisito, porque, segun

afirmaba, este niño no tenía otra esperanza de felicidad que la prudencia de su madre.

Luisito, enfermizo siempre, con la sangre pobre, dormia aún. Y cuando Nana se inclinó sobre su cara pálida y escrofulosa, creyó que todos sus disgustos de los últimos meses se le subian á la garganta y la estrangulaban.

— ¡ Oh! ¡ pobre hijo mio, pobre hijo mio! — balbuceó en una última crisis de sollozos.



IX

Se ensayaba en Variedades *La Dugesita*.

El primer acto acababa de ser desembrollado, y se iba á comenzar el segundo.

En la ante-escena, en viejos sillones, Faucherie y Bordenave discutian, mientras que el apuntador, el padre Cossard, un jorobado, sentado en una silla de paja, hojeaba el manuscrito y tenía un lápiz entre los labios.

— ¡Y bien! ¿Qué es lo que esperan?—gritó de pronto Bordenave, golpeando furiosamente el suelo con la contera de un gran bastón.— Barillot, ¿por qué no se comienza?

— Es que el señor Bosc ha desaparecido—respondió Barillot, en funciones de segundo director.

Entonces aquello fué una tempestad.— Todo el mundo llamaba á Bosc, y Bordenave juraba.

— ¡Nombre de Dios! ¡Que siempre ha de ser lo mismo! Cuando llega el momento de salir, están donde no hacen mal-dita la falta.... Y despues gruñen si se les retiene aqui hasta las cuatro....

Pero Bosc llegaba con gran tranquilidad.

— ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué se me quiere? ¡Ah! ¡Es á mí! Hay que decirlo.... ¡Buena! Simona da la réplica: «Por fin llegan los convidados», y yo entré.... ¿Por dónde tengo que entrar?

— ¡Tomal por la puerta—dijo Faucherie incomodado.

— Si, pero ¿dónde está la puerta?

Esta vez Bordenave cayó sobre Barillot, comenzando otra vez á jurar y hundiendo el suelo á bastonazos.

—¡Nombre de Dios! Ya tengo dicho que pongan aquí una silla para figurar la puerta. Y vuelta á decirlo todos los días.... Barillot; ¿dónde está Barillot? ¿Pero, qué tal? ¡Todos se escapan!

Barillot, él mismo, fué á colocar la silla, mudo, inclinando su espalda bajo la tempestad. Y el ensayo comenzó.

Simona, de sombrero, cubierta con su abrigo, tomaba el aire de una criada que ordena los muebles. La jóven se interrumpió para decir:

—Ya sabeis, yo no tengo calor; dejo mis manos en mi manguito.

Despues, mudando de tono, acogió á Bosc con un ligero grito.

—«¡Toma! es el señor Conde. Vos sois el primero, señor Conde, y la señora va á estar muy contenta.»

Bosc vestía un pantalon enlodado y una gran levita amarilla, con un inmenso tapaboca arrollado alrededor del cuello. Las manos en los bolsillos, un sombrero deteriorado en la cabeza, dijo con voz sorda, sin declamar, como arrastrándose:

—«No aviseis á vuestra señora, Isabel; quiero sorprenderla.»

El ensayo continuó.

Bordenave, ceñudo, hundido en el fondo de su sillón, escuchaba con ademán de cansancio.

Faucherie, nervioso, cambiaba de postura y sentía á cada instante gran comozon de interrumpir, aunque se reprimía.

Pero detras de él, en la sala vacía y negra, oyóse un cuchicheo.

—¿Está allí?— preguntó inclinándose hácia Bordenave.

Este respondió afirmativamente, con un movimiento de cabeza. Antes de aceptar el papel de Geraldina, que le había ofrecido, Nana quiso ver la pieza, porque titubeaba aún en representar un papel de *cocotte*.

Ella deseaba un papel de mujer honrada, y estaba oculta en la sombra de un palco con Labordette, de quien se servía para sus asuntos con Bordenave. Faucherie la buscó con los ojos, y prestó de nuevo atención al ensayo.

Sólo la ante-escena estaba iluminada. Una llama de gas, co-

locada en el empalme del declive, parecía un gran ojo amarillo abierto en la semi-oscuridad, donde flameaba tristemente.

Al pié de su delgado tubo, Cossard levantaba el manuscrito para ver claro, de lleno, bajo el rayo de luz que iluminaba su joroba.

En segundo término, Bordenave y Faucherie estaban ya en la oscuridad. Al fulgor de un farol, clavado á pocos metros en una viga en medio de la enorme nave, los actores tomaban el aspecto de visiones extravagantes, con sus sombras, que bailaban detras de ellos.

El resto de la escena se llenaba de humo, cual un depósito de ruinas, como un navío desfondado, y las decoraciones de pinturas desteñidas, y los bastidores, y las escaleras, semejabán un monton de escombros, mientras que en el aire los telones de fondo ofrecían la apariencia de andrajos colgados en los postes de algun gran almacén de trastos viejos. En lo más alto, un rayo del claro sol, penetrando por una ventana, surcaba con una barra de oro la oscuridad de la bóveda.

Entre tanto en el fondo de la escena los actores hablaban entre sí, esperando sus réplicas. Poco á poco habían elevado la voz.

—¡Ah! ¡Nombre de Dios! ¿Queréis callaros?— aulló Bordenave saltando rabiosamente en su asiento. No oigo una palabra.... Idos fuera si teneis que hablar: nosotros estamos trabajando.... Barillot, si se habla otra palabra, echad á todo el mundo una multa.

Reinó silencio un instante. Los actores formaban un pequeño grupo, sentados sobre un banco y en sillas rústicas, en un rincón del jardín, la primera decoracion de la noche, que estaba allí pronta á ser colocada.

Fontan y Prullière escuchaban á Rosa Mignon, á quien el director de Folies Dramatiques acababa de hacer proposiciones soberbias. Pero una voz gritó:

—¡La Duquesa!.... ¡San Fermín!.... ¡Vamos, la Duquesa y San Fermín!

Sólo al segundo llamamiento recordó Prullière que él era San Fermín. Rosa, que hacía de duquesa Elena, le esperaba ya para su entrada.

Lentamente, arrastrando los pies sobre las tablas vacías y sonoras, el viejo Bosc volvía á sentarse. Entónces Clarisa le ofreció la mitad del banco.

—¿Por qué ladrará de ese modo?—dijo la jóven hablando de Bordenave.—Vaya una urbanidad..... No se puede estrenar una pieza sin que tenga sus miembros alterados.

Bosc se encogió de hombros. Estaba por encima de todas las tempestades. Fontan murmuraba:

—Cree que huele un fracaso. Esta pieza me parece estúpida. Despues, dirigiéndose á Clarisa y volviendo á la historia de Rosa:

—¡Eh! ¿tú crees en las ofertas de Folies Dramatiques?..... Trescientos francos cada noche y durante cien representaciones. ¡Por qué no una casa de campo tambien!..... Si se le diesen trescientos francos á su mujer, Mignon dejaria á mi Bordenave en el aire.

Clarisa creia en los trescientos francos.

Este Fontan hacia siempre chistes á costa de sus camaradas. Pero Simona les interrumpió.

Estaba tiritando. Todos, abotonados y con pañuelos al cuello, miraron el rayo de sol que resplandecia en lo alto, sin que bajara á calentar el frio triste de la escena.

En la calle helaba, bajo un cielo claro de Noviembre.

—¡No hay ni un tizon en la chimenea!—dijo Simona.—Esto es atroz, ¡se va haciendo un miserable!..... Yo tengo ganas de irme, no quiero coger una enfermedad.

—¡Silencio!—gritó Bordenave con voz de trueno.

Entónces, durante algunos minutos, no se oyó sino el recitado confuso de los actores.

Apénas indicaban los ademanes. Hablaban á media voz para no fatigarse. Sin embargo, cuando marcaban una intencion, dirigan miradas á la sala.

Eta se ofrecia enfrente de ellos, semejante á un agujero oscuro en que flotaba una vaga sombra, como fino polvo encerrado en un alto granero sin ventanas.

El teatro sin luces, iluminado solamente por la semi-claridad de la escena, estaba sumido en un sueño, en un silencio profundo y melancólico.

En el techo, una oscuridad opaca invadia las pinturas.

De alto abajo de los proscenios, á derecha y á izquierda, caian inmensas colgaduras de tela gris para proteger las tapi-
cerías, y las fundas continuaban alrededor; sobre los terciopelos de las balaustradas se habian echado bandas de tela, cubriendo las galerías con un doble sudario, que hacia resaltar en las tinieblas sus pálidos tonos.

No se distinguía en la decoloracion general sino el fondo de los palcos, el último término, dibujando el esqueleto de las graderías con las manchas de los sillones, cuyo terciopelo rojo aparecia negro en la oscuridad.

La araña, que habia descendido en toda su longitud, llenaba la orquesta con sus colgantes de vidrio, y hacia pensar en una mudanza, en una marcha del público para un viaje de que no volveria jamas.

Y precisamente Rosa, en su papel de duquesita extraviada en casa de una mujer galante, se adelantaba hácia la concha en este momento.

Levantó las manos, hizo un mohin adorable á esta sala vacía y oscura, triste como una casa en duelo, y

—¡Dios mio, qué sociedad más original!—dijo, subrayando la frase, segura de producir efecto.

En el fondo del palco donde se ocultaba, Nana, envuelta en un gran chal, escuchaba la pieza, comiendo á Rosa con los ojos.

De repente se volvió hácia Labordette y le preguntó en voz baja:

—¿Estás seguro de que va á venir?

—Completamente seguro. Llegará, sin duda, con Mignon para tener un pretexto..... En cuanto se presente subirá al palco de Matilde, donde yo le conduciré.

Hablaban del Conde Muffat. Era una entrevista arreglada por Labordette sobre un terreno neutral. El intermediario tuvo tambien una conversacion seria con Bordenave, á quien dos descalabros consecutivos acababan de poner muy mal sus negocios. Así Bordenave se habia apresurado á ofrecer un papel á Nana, deseando poner de su parte al Conde, con la idea de un empréstito.

—Y este papel de Geraldina, ¿qué te parece?—repuso Labordette.

Pero Nana, inmóvil, no respondió. Después de un primer acto, en que el autor pintaba al Duque de Beauvige engañando á su mujer con la rubia Geraldina, una estrella de operetas, se veía en el segundo acto á la duquesa Elena venir á casa de la actriz una noche de baile de máscaras, para averiguar por qué mágico poder conquistaban y retenían á sus maridos estas damas. Un primo suyo, el hermoso Oscar de Saint-Fermin, era quien la introducía, esperando corromperla. Y como primera lección, con gran sorpresa suya, oía á Geraldina provocar una disputa de carretero con el Duque, muy suave y encantado, lo que arrancaba á Elena este grito: «¡Ah! ¡con que es así cómo hay que tratar á los hombres!» Geraldina apenas tenía más que esta escena en el acto. En cuanto á la Duquesa, no tardaría en ver castigada su curiosidad: un viejo verde, el Barón de Tardiveau, la tomaba por una *cocotte* y se mostraba demasiado vivo, mientras que de otro lado, sobre un canapé, Beauvige hacía las paces con Geraldina, abrazándola. Como el papel de esta última no estaba distribuido, el padre Cossard se había levantado para leerle y marcaba intenciones, á pesar suyo, allí donde no las había. Se había llegado á esta escena; el ensayo corría en un tono lánguido y desagradable, cuando Faucherie de pronto saltó sobre su asiento. Se había contenido hasta allí, pero sus nervios no podían resistir más.

—¡No es así!—gritó.

Los actores enmudecieron, y se quedaron con las manos colgando. Fontan preguntó con su eterno aire de burla:

—¿El qué no es así?

—¡Nada es así, nada absolutamente!—repuso Faucherie, que se puso á gesticular por sí mismo, recorriendo á grandes pasos las tablas y enseñando la mímica de la escena. Veamos vos, Fontan; comprended bien las posturas de Tardiveau; tenéis que inclinaros, con su gesto, para coger á la Duquesa.... Y tú, Rosa, pasas entónces vivamente, así; pero no te apresures; sólo cuando oigas el beso....

E interrumpiéndose, gritó á Cossard, en el fuego de sus explicaciones:

—¡Geraldina, dad el beso!.... ¡Fuerte, para que se oiga bien! El padre Cossard, volviéndose hácia Bosc, hizo crujir vigorosamente los labios.

—¡Bueno! Hé aquí el beso—dijo Faucherie triunfante.—Otra vez aún el beso.... Mira, Rosa, yo he tenido tiempo de pasar, y lanzo entónces un ligero grito: «¡Ah! ella le ha abrazado.» Mas para esto es preciso que Tardiveau suba de tono.... ¿Oís, Fontan? subiréis de tono.... Vamos, ensayad esto, y juntos.

Los actores repitieron la escena; pero Fontan tenía tan mala voluntad, que no se adelantó gran cosa.

Dos veces tuvo que volver Faucherie sobre sus indicaciones, haciendo cada vez con más calor su mímica.

Todos le escuchaban con aire mohino, mirándose un instante, como si les pudiese marchar con la cabeza baja; después ensayaban torpemente, para detenerse de pronto con la rigidez de actores de madera á los cuales se cortan los hilos.

—No, esto es demasiado fuerte para mí, no comprendo—acabó por decir Fontan con su voz insolente.

Bordenave no había despegado los labios.

Hundido completamente en el fondo de su sillón, no se veía ya en el fulgor ambiguo de la penumbra sino lo alto de su sombrero, caído sobre los ojos; se hubiera podido creer que dormía. Pero bruscamente se enderezó.

—Querido mío, esto es idiota—le dijo á Faucherie con aire tranquilo.

—¡Cómo idiota!—exclamó el autor, que se puso muy pálido.—¡Idiota lo sois vos, querido!

Poco á poco Bordenave comenzó á incomodarse.

Repitió la palabra *idiota*, y buscando algo más fuerte, encontró las de *imbécil* y *animal*.

Se le silbaria sin concluir el primer acto.

Y como Faucherie, exasperado, sin que por otra parte se sintiese más ofendido que en las pendencias que tenían lugar entre ellos á cada pieza nueva, le tratara redondamente de bruto, Bordenave perdió toda paciencia, y haciendo el molinete con su bastón, soplabla como un buey, gritando:

—¡Nombre de Dios! Tengamos la fiesta en paz.... Hemos

perdido un cuarto de hora en estupideces.... Si en estupideces. Esto no tiene sentido comun... ¡Y es muy sencillo, sin embargo! Tú, Fontan, tú no te mueves. Tú, Rosa, haz este pequeño movimiento, mira, esto solo, y luego echas á andar.... Veamos ahora. Dad el beso, Cossard.

Entonces aquello fué una baraunda. La escena no salió mejor.

A su vez Bordenave hacía la mímica con movimientos de elefante, mientras que Faucherie reía entre dientes, encogiéndose de hombros con compasion.

Después Fontan quiso mezclarse en ello, y Bosc mismo se permitió consejos.

Rosa, derregada, había concluido por sentarse en la silla que indicaba la puerta.

No sabían ya dónde estaban.

Para colmo de confusion, Simona, que había creído oír su réplica, hizo demasiado pronto su entrada en medio del desorden; lo que enfureció á Bordenave hasta tal punto, que el baston, agitado en un molinete terrible, dió á la jóven un gran golpe sobre las espaldas.

Simona se escapó, perseguida por este grito furioso:

—Tenlo muy presente, y ¡nombre de Dios! ¡voy á cerrar el teatro si se me apura más!

Faucherie acababa de calarle el sombrero sobre la cabeza, en disposicion de dejar el teatro; pero permaneció en el fondo de la escena, y bajó otra vez cuando vió á Bordenave volver á sentarse, nadando en sudor.

Él mismo ocupó su sitio en el otro asiento.

Quedaron un momento uno al lado de otro, sin pestañear, mientras que un pesado silencio se extendía por las sombras de la sala.

Los actores esperaron cerca de dos minutos.

Todos estaban postrados, como si saliesen de una tarea abrumadora.

—¡Y bien! Continuemos— dijo en fin Bordenave con su voz ordinaria, perfectamente tranquilo.

— Si, continuemos —repitió Faucherie— ya arreglaremos la escena mañana.

Y el ensayo siguió su curso con el tedio y la completa indiferencia de antes.

Durante la contienda entre el director y el autor, Fontan y los demás se habían sentado con cachaza en el fondo sobre el banco y las sillas rústicas.

Había entre ellos pequeñas risas, gruñidos, palabras feroces. Pero cuando se aproximó Simona con su bastonazo sobre la espalda, la voz cortada por las lágrimas, volvieron de nuevo al drama y dijeron que en su lugar hubieran estrangulado á aquel indecente.

Ella se enjugaba los ojos, aprobando con la cabeza; aquello había concluido; se marchaba definitivamente; tanto más, cuanto que Steiner la víspera le había ofrecido ponerle casa.

Clarisa quedó sorprendida; el banquero no tenía ya un cuarto; pero Prullière se echó á reír y recordó el golpe de mano de este maldito judío cuando se había enredado con Rosa, lanzando á la Bolsa su negocio de las salinas de las Landas.

Justamente tenía ahora un nuevo proyecto, un túnel bajo el Bósforo.

Simona escuchaba con mucho interes. En cuanto á Clarisa, estaba furiosa hacía una semana.

¡Pues no iba aquel animal de la Falaise, á quien ella había arrojado en los venerables brazos de Gaga, no iba á heredar ahora á un tío muy rico! Siempre le sucedía esto á ella; siempre le tocaba lavar los platos de segun la mesa.

¡Después este indecente de Bordenave, que le daba ahora un papelucho de cincuenta líneas, como si ella no fuese capaz de desempeñar el papel de Geradina!

Y esperando que Nana rehusara, soñaba todavía con este papel.

—¿Pero y yo?— dijo Prullière muy picado—yo no tengo doscientas líneas. De buena gana volvería el papel.... Es indigno hacerme representar este Saint-Firmin, ¡un verdadero chalecol! ¡Y qué estilo, hijos míos! Me parece que esto va á dar una gran costalada.

Pero Simona, que hablaba con el padre Barillot, se volvió para decir sofocada:

— A propósito de Nana; está allí, en la sala.

— ¿Dónde? ¿dónde?—preguntó vivamente Clarisa, levantándose para ver.

La noticia corrió inmediatamente. Todos se inclinaban. El ensayo quedó un instante como interrumpido. Pero Bordenave salió de su inmovilidad, gritando:

— ¿Qué, qué sucede? A ver si acabais el acto.... ¡Y silencio los del rincón; esto es insuportable!

En el palco, Nana escuchaba siempre la pieza. Dos veces intentó hablar Labordette; pero ella se había impacientado, empujándole con el codo para hacerle callar.

Terminaba el acto segundo, cuando en el fondo del teatro aparecieron dos sombras. Aunque bajaban de puntillas, evitando el ruido, Nana reconoció á Mignon y al Conde Muffat, que vinieron á saludar á Bordenave silenciosamente.

— ¡Ah! Hélos aquí—murmuró, como si se aliviara de un peso.

Rosa Mignon dió la última réplica. Entonces Bordenave dijo que era preciso volver á comenzar el segundo acto ántes de pasar al tercero, y abandonando el ensayo, acogió al Conde con aire de exagerada política, mientras que Faucherie afectaba consagrarse de lleno á sus actores, agrupados alrededor suyo. Mignon silbaba suavemente, con las manos detras de la espalda, mirando á su mujer, que parecia nerviosa.

— ¡Y bien! ¿Subimos?—preguntó Labordette á Nana.— Yo te dejo en el palco y bajo á cogerla.

Nana se levantó inmediatamente. El pasillo de las butacas de orquesta tuvo que recorrerlo á tientas.

Pero Bordenave la adivinó cuando se deslizaba en la sombra, y fué á cogerla al extremo del corredor que está detras del escenario, un estrecho pasadizo en que ardía el gas día y noche. Allí, para abordar el asunto, se entusiasmó con el papel de la *cocotte*.

— ¿Eh? ¡Qué papel! ¡Qué atrocidad! Está hecho para tí.... Ven á ensayar mañana.

Nana permaneció fría. Deseaba conocer el tercer acto.

— ¡Oh! ¡Soberbio el tercero!.... La Duquesa hace la *cocotte* en su casa, lo que disgusta á Beauverge, y le corrige. Con

esto, y un *quid pro quo* muy gracioso, Tardiveau, que llega y se cree en casa de una bailarina....

— ¿Y Geraldina, qué hace?—interrumpió Nana.

— ¿Geraldina?—repitió Bordenave algo indeciso.— Esta tiene sólo una escena, no muy larga, pero muy sustanciosa.... ¡Te digo que está hecho para tí! ¿Quieres firmar?

Ella le miraba fijamente. Por fin respondió:

— Más tarde veremos esto.

Y se juntó á Labordette, que la esperaba en la escalera.

Todo el teatro la había reconocido.

Se cuchicheaba: Prullière, escandalizado de esta vuelta, y Clarisa, muy inquieta por el papel.

En cuanto á Fontan, fingia indiferencia con ademan frío, porque no entraba en sus principios maltratar á una mujer á quien había amado, aunque en el fondo no conservaba de su antiguo capricho sino un rencor feroz de las abnegaciones, de la belleza de Nana, de aquella vida en comun que había desdénado por una perversión de sus gustos de monstruo.

Entre tanto, cuando Labordette reapareció y se aproximó al Conde, Rosa Mignon, puesta en guardia por la presencia de Nana, lo comprendió todo de repente.

Muffat no era de su agrado; pero el pensamiento de ser abandonada otra vez la puso fuera de sí. Y rompió el silencio que guardaba de ordinario sobre estas cosas con su marido, para decirle duramente:

— ¿No ves lo que pasa?.... ¡A fe mía, si vuelve á jugarme la tostada de Steiner, la arranco los ojos!

Mignon, tranquilo y soberbio, se encogió de hombros como quien lo ve todo.

— ¿Quieres callarte?—murmuró.— ¡Eh, hazme el favor de callarte!

Él sabia á qué atenerse. Había vaciado ya á su Conde, y no ignoraba que éste, á la menor señal de Nana, estaba pronto á echarse en el suelo para servirla de alfombra.

No se lucha contra pasiones semejantes. Así es que, conociendo á los hombres, no pensaba sino en sacar el mejor partido posible de la situación.

Era preciso ver. Esperaba.

—¡Bosa, á la escena!—gritó Bordenave;—comienza el duo.
—¡Vamos, véte!—repuso Mignon.—Déjame hacer.

Después, burlándose también, encontró chusco felicitar á Faucherie por su pieza.

Cosa muy admirable esta pieza; únicamente, ¿por qué era tan honrada su gran señora? Esto no era varonil. Y se reía entre dientes, preguntando quién había mediado entre el Duque de Beauverge y Geraldina.

Faucherie, lejos de incomodarse, sonrió. Pero Bordenave, echando una mirada hácia el lado de Muffat, pareció contrariado, lo que contuvo á Mignon, poniéndose grave de repente.

—Comencemos, ¡nombre de Dios!—aullaba el director.—¡Barillot, vamos, pues!... ¿Eh? ¿Bosc no está aquí? ¿Pero ese hombre quiere burlarse?

Bosc llegaba muy apaciblemente.

El ensayo volvió á comenzar en el momento en que Labordette llevaba consigo al Conde. Éste se hallaba tembloroso con la idea de ver de nuevo á Nana.

Después de su ruptura había experimentado un gran vacío, y se dejaba conducir á casa de Rosa sin saber qué hacerse, creyendo padecer por el cambio de sus costumbres. Además, en el aturdimiento en que vivía quiso ignorarlo todo, prohibiéndose buscar á Nana y eludiendo una explicación con la Condesa. Le parecía deber este olvido á su dignidad.

Pero se operaba en él un sordo trabajo, y Nana le reconquistaba lentamente por los recuerdos, por las cobardías de su carne, por sentimientos nuevos, exclusivos, casi paternales.

La escena abominable se iba borrando poco á poco; no veía ya á Fontan, no veía ya á Nana arrojarle fuera, escupiéndole á la cara el adulterio de su mujer.

Todo esto eran palabras que llevaba el aire, mientras que en el corazón le quedaba algo punzante y tierno, algo que le apretaba cada vez con más fuerza hasta ahogarle.

Se le ocurrían ideas candorosas, y se acusaba á sí mismo, imaginándose que no le habría hecho traición si él la hubiese amado realmente.

Su angustia se hizo intolerable y fué muy desgraciado. Era como el escozor de una herida antigua; no ya ese deseo ciego é inmediato, acomodándose á todo, sino una pasión celosa por esta mujer lo que le invadía, una necesidad de ella sola, de sus cabellos, de su boca, de su cuerpo....

Cuando recordaba el metal de su voz, un calofrío recorría todos sus miembros.

Y este amor se apoderó de él tan dolorosamente, que desde las primeras palabras de Labordette indicándole una cita, se había arrojado en sus brazos por un movimiento irresistible, avergonzado en seguida de un abandono tan ridículo en un hombre de su rango.

Pero Labordette sabía verlo todo, y dió otra prueba de su tacto dejando al Conde ante la escalera, con estas sencillas palabras deslizadas suavemente:

—Piso segundo, galería de la derecha; la puerta no está más que entornada.

Muffat estaba solo en el silencio de aquel rincón del teatro. Cuando pasaba ante el *foyer* de los artistas, había observado por las puertas abiertas en plena luz el destrozo de la vasta pieza, asquerosa de manchas y de vejez.

Pero lo que le sorprendía, al salir de la oscuridad y del tumulto de la escena, era la claridad trasparente, la calma profunda de esta escalera, que había visto una noche, ahumada de gas entre el circuito de un galope de mujeres corriendo á través de los pisos.

Se sentían los cuartos desiertos, los corredores vacíos, ni un alma, ni el menor ruido; mientras que, por las ventanas cuadradas, al nivel de los escalones, entraba el pálido sol de Noviembre arrojando cascadas de luz amarilla, en que bailaban nubes de polvo entre el silencio sepulcral que parecía caer de lo alto.

Muffat fué dichoso en medio de esta tranquilidad, y subió lentamente, tratando de tomar aliento; su corazón latía con gran violencia; tenía miedo de conducirse como un niño, con suspiros y lágrimas.

Entonces, en el descanso del primer piso, se arrimó contra la pared, seguro de que no le veía nadie; y con su pañuelo en

los labios miraba la angosta escalera, la barandilla de hierro gastada por el frotamiento de las manos, la pintura amarillenta rasñada, toda esta miseria de caseron inmundo, exhibida crudamente á aquella hora indecisa de la tarde en que las muchachas del teatro están dormidas.

Sin embargo, cuando llegaba al segundo tuvo que pasar por encima de un gran gato rojo, tendido en forma de bola sobre la escalera.

Con los ojos medio abiertos, este gato era el solo guardian de la casa, tocado de eterna soñolencia entre los olores tibios, y siempre encerrados allí, que las mujeres iban dejando cada noche.

En el corredor de la derecha, en efecto, la puerta del cuarto se encontraba simplemente entornada. Nana esperaba dentro. Esta jóven Matilde, una ingenua muy abandonada, tenía aquello completamente sucio, con montones de cacharros rotos, un tocador lleno de grasa, una silla manchada de rojo, como si hubieran sangrado sobre la paja.

El papel pegado á las paredes y al techo tenía de arriba abajo salpicaduras de agua de jabón.

Olia allí tan mal, había un perfume tan fuerte de espliego podrido, que Nana abrió la ventana. Y permaneció un minuto apoyando los codos en ella, respirando, inclinándose para ver á la señora Bron, cuya escoba se encarnizaba sobre las losas verduseas del estrecho patio, sumido en la sombra.

Un canario, cuya jaula pendía junto á una persiana, lanzaba penetrantes gorjeos.

No se oían los coches del boulevard ni de las calles vecinas; reinaba allí un silencio de provincias; era un largo espacio en que dormía el sol.

Al levantar los ojos divisó los pequeños edificios y las brillantes vidrieras de los edificios del pasaje, y más allá, enfrente de ella, las altas casas de la calle de Vivienne, cuyas fachadas traseras se elevaban mudas y como vacías.

Las azoteas se alzaban á manera de gradas, un fotógrafo había puesto á secar en un tejado una gran jaula azul. Esto era muy alegre.

Nana se olvidaba ya de todo, cuando le pareció que habían llamado á la puerta. Y se volvió gritando:

—¡Entrad!

Al ver al Conde, cerró la ventana. No hacía calor, y la curiosa señora Bron no tenía necesidad de oír. Ambos se miraron seriamente.

Después, como Muffat permanecía muy tieso, como un estrangulado, la jóven se echó á reír diciendo:

—¡Y bien! ¡ya estás aquí, gran bestia!

La emoción del Conde era tan fuerte, que parecía helado. La llamó señora, se consideraba feliz al volver á verla. Entónces, para abordar el asunto, Nana se mostró más familiar todavía.

—Basta de gravedad. Puesto que tú has deseado verme, no es cosa de estarnos mirando como dos perrillos de porcelana.... Los dos hemos tenido motivo de queja. ¡En cuanto á mí, yo te perdono!

Y convinieron en que no se hablaría más de esto. Él aprobaba con la cabeza. Poco á poco se iba calmando, pero aun no encontraba nada que decir en la ola tumultuosa que le subía á los labios. Sorprendida de esta frialdad, ella apeló á un recurso.

—Vamos, eres razonable—repuso con una fina sonrisa.—Ahora, que hemos hecho las paces, démonos un apretón de manos, y quedemos buenos amigos.

—¡Cómo! ¿buenos amigos? —murmuró él súbitamente inquieto.

—Sí, esto es acaso idiota, pero yo continuaba estimulándote.... Ahora nos hemos dado explicaciones, y á lo ménos, si nos encontramos alguna vez, no hay por qué tener el aire de dos cántares....

Muffat hizo un ademán para interrumpirla.

—Déjame concluir.... Ningun hombre, oyes tú, tiene una indecencia que reprocharla. ¡Y bien! me fastidia comenzar por tí.... Cada cual tiene su honor, querido.

—¡Pero si no es eso!—gritó él violentamente.—Siéntate, escúchame.

Y como si temiera verla partir, la sentó sobre la única silla. Él paseaba por el cuarto en una agitación creciente.

La pequeña pieza, cerrada y llena de sol, tenía una dulzura tibia, una paz húmida, que no turbaba ningún ruido de fuera.

En los momentos de silencio se oían solamente los gorjeos agudos del canario, semejantes á los trinos de una flauta lejana.

— Escucha — dijo plantándose delante de ella — yo he venido para encargarme de tí otra vez.... Sí, quiero volver á comenzar. Tú lo sabes bien; ¿por qué me hablas, pues, de ese modo?.... Responde. ¿Consientes?

Ella había bajado la cabeza, escarbando con la uña la paja roja, que parecía sangrar. Y al verle tan ansioso, no se apresuraba.

En fin, levantó su cara, que se había vuelto grave, y sus hermosos ojos, en que consiguió poner un tinte de tristeza.

— ¡Oh! imposible. Jamas volveré á unirme contigo.

— ¿Por qué? — balbuceó el Conde, mientras que una contracción de indecible sufrimiento pasaba sobre su rostro.

— ¿Por qué?... ¡Diantre! porque.... Eso es imposible, hé ahí por qué. Yo no quiero.

Muffat la miró algunos segundos aún ardentemente.

Después, con las piernas desfallecidas, se abatió sobre el suelo.

Ella, con aire de enojo, se limitó á añadir:

— ¡Bah, no hagas el niño!

Pero él lo hacía ya.

Caído á sus piés, la cogía por la cintura y la apretaba estrechamente con la cara entre sus rodillas, que se hundían hasta la carne.

Cuando llegó á sentirla, cuando tocó el terciopelo de sus miembros bajo la finísima tela de su túnica, le sacudió una convulsión y tiritaba con calofríos de fiebre, desatinado, martirizándose más contra sus piernas, como si hubiese querido entrar en ella.

La vieja silla crujía. Los sollozos de deseo se ahogaban bajo el techo, en aquel aire agriado por antiguos perfumes.

— ¡Y bien! ¿ahora? — decía Nana dejándole hacer. — Con todo eso no adelantas nada. Puesto que no es posible.... ¡Dios mio, qué niño eres!

Muffat se calmó. Pero seguía por tierra, no quería soltarla, diciendo con entrecortada voz:

— Escucha al ménos lo que venía á ofrecerte.... Mira, he visto un hotel, cerca del parque Monceau.... Yo realizaria todos tus deseos. Por tenerte exclusivamente daría mi fortuna.... Sí, ésta sería la única condicion: exclusivamente, ¿oyes? Y si tú consintieses en no ser más que mía, ¡oh! yo haría que fueses la más bella, la más rica, coches, diamantes, vestidos....

Nana á cada oferta decía que no con la cabeza, soberbiamente.

Después, como continuaba, como hablaba de poner dinero sobre ella, no sabiendo ya qué poner á sus piés, la joven pareció perder la paciencia.

— Veamos, ¿has concluido ya?... Pues bien, sí, seré buena un momento, puesto que te pones tan enfermo; pero me parece que basta, ¿no es así?... Déjame levantar. Me fatigas.

Por fin se desprendió. Y cuando estuvo de pié:

— No, no, no.... No quiero.

Entonces él se arrastró penosamente, y sin fuerza cayó sobre la silla, apoyado de codos en el respaldo, el rostro entre las manos.

Nana paseaba á su vez. Un momento miró el papel manchado, el tocador gracioso, aquel agujero sucio que se bañaba en un sol pálido.

Después, deteniéndose ante el Conde, habló con un descaro tranquilo.

— Esto es muy chusco: los hombres rien, y se imaginan que pueden tenerlo todo con su dinero.... ¡Y bien! yo no quiero dinero, yo me burlo de tus regalos. Aunque me dieras todo París, yo diría que no, que no siempre.... Mira, no es muy limpio esto que digamos; pues bien, si me agradase vivir contigo, viviríamos aquí deliciosamente. ¿Qué importan los palacios cuando el corazón no está allí?... ¡Ah, el dinero! Mi pobre perro, ¿qué me importa á mí el dinero!

Y tomaba un aire de disgusto. Después volvió al género sentimental, añadiendo en un tono melancólico:

—Yo sé que hay algo que vale más que el dinero.... ¡Ah, si se me diese lo que yo deseo!

Él levantó lentamente la cabeza; sus ojos despidieron un fulgor de esperanza.

—¡Oh! tú no puedes dármelo—repuso ella—esto no depende de tí, y hé aquí por qué te he hablado de ello.... En fin, conversemos un rato.... Quisiera tener el papel de mujer honrada en su embrollo.

—¿Qué mujer honrada?—murmuró él sorprendido.

—¡Su duquesa Helena, pues!.... ¡Si creen que voy á hacer de Geraldina, se equivocan! ¡Un papel sin papel, una escena, y gracias!.... Además, ya me aburre eso. Estoy llena de *cocottes*, siempre *cocottes*: se diría que no tengo más que *cocottes* en el vientre. Y en fin, esto es humillante, porque yo veo claro; no me creen con bastante educación. Sin embargo, si supieran.... cuando quiero ser distinguida lo soy como la que más. Por ejemplo, mírame.

Y retrocedió hasta la ventana; despues volvió irguiendo la cabeza, midiendo sus pasos con el aire circunspecto de un gallo que vacila al sacar sus patas. Él la seguía con los ojos áun llenos de lágrimas, atontado por esta brusca escena de comedia, que atravesaba su dolor.

Nana se pasó un instante para enseñarse bien en todas sus actitudes, con sonrisas finas, pulsaciones de párpados, balanceos de cintura, y plantada de nuevo ante él:

—¿Eh? ¡Esto se hace así, creo!

—¡Oh! exactamente—balbuceó, ahogado aún y con la mirada turbada.

—¡Cuando te digo que comprendo muy bien la mujer honrada! He ensayado en mi casa; ninguna tiene mi airecillo de duquesa que se burla de los hombres; ¿no te fijaste cuando pasé delante de tí? Ese aire se tiene en las venas.... Y, vamos, que yo quiero hacer de mujer honrada; he soñado con ello; soy muy desgraciada y necesito el papel, ¿entiendes?

Se había puesto muy seria; la voz clara, muy conmovida, sufriendo realmente con su estúpido deseo. Muffat, siempre aplanado por el golpe de su negativa, esperaba sin compren-

der. Hubo un silencio. Ni el vuelo de una mosca turbaba la paz de la casa vacía.

—Pero ¿no oyes?—repuso redondamente—vas á hacer que me den el papel.

Él quedó estupefacto. Despues con un desesperado ademán:

—¡Pero eso es imposible! Tú misma decías que no dependía de mí....

Nana le interrumpió, encogiéndose de hombros.

—Vas á bajar y á decir á Bordenave que quieres el papel.... ¡No seas tan inocente! Bordenave tiene necesidad de dinero. Y bien, tú se lo prestarás, ya que tienes bastante para arrojarlo por las ventanas.

Y como se oponía aún, ella se incomodó.

—Está bien, ya comprendo: temes que se enfade Rosa.... Yo no te he hablado de eso cuando llorabas ahí en tierra, pero hubiera tenido mucho que decir.... Sí, cuando se ha jurado á una mujer amarla siempre, no se toma al otro día á la primera que llega. ¡Oh, la herida está aquí, yo me acuerdo!.... Además, querido, ¡no debe tener nada de apetitoso lo que sobra á los Mignon! ¡Y ántes de hacer el tonto sobre mis rodillas, bien pudiste romper con esa indigna gente!

El Conde protestaba, acabando por poder decir una frase:

—¡Eh! yo me burlo de Rosa, voy á dejarla inmediatamente. Nana pareció satisfecha sobre este punto. Luégo repuso:

—Entonces, ¿qué es lo que te cohibe? Bordenave es el amo.... Tú me dirás que está allí Faucherie cerca de Bordenave....

Había bajado la voz, pues llegaba al punto delicado del negocio.

Muffat, con los ojos bajos, se callaba. Había permanecido en una ignorancia voluntaria respecto á las asiduidades de Faucherie cerca de la Condesa, tranquilizándose á la larga, esperando haberse engañado durante aquella horrible noche pasada bajo una puerta de la calle Taitbout. Pero conservaba contra el hombre una repugnancia, una cólera sorda.

—¡Y bien, qué, Faucherie!.... ¡No parece sino que es el diablo!—repetía Nana tanteando el terreno, queriendo saber á qué altura estaban las cosas entre el marido y el amante.—Se

avendrá á partido. En el fondo, te aseguro que es un buen muchacho.... ¿Eh? está convenido, le dirás que es para mí.

La idea de semejante comision sublevó al Conde.

— ¡No, no, jama! — gritó enérgicamente.

Nana esperó. Una frase le subía á los labios: « Faucherie no te puede negar nada »; pero conoció que esto sería un poco fuerte como argumento. Únicamente asomó á sus labios una sonrisa, y esta sonrisa, que era picaresca, decía la frase.

Muffat, levantando los ojos hácia ella, los bajó de nuevo, pálido y contrariado.

— ¡ Ah! qué poco complaciente eres — murmuró la jóven por fin.

— ¡ No puedo! — dijo él Neno de angustia. — Todo lo que tú quieras ménos eso, amor mio.... ¡ Oh! ¡ Yo te lo ruego!

Entonces Nana no se detuvo á discutir. Con sus pequeñas manos le cogió la cabeza, y despues, inclinándose, pegó su boca sobre su boca en un prolongado beso. Un calofrío le sacudió; se estremecía bajo ella, desatinado, con los ojos cerrados. Y Nana le puso en pié.

— Anda — dijo simplemente.

Muffat echó á andar, dirigiéndose hácia la puerta. Pero cuando salía, ella le volvió á coger en sus brazos, haciéndose rendida y zalamera, la cara levantada, frotando su cara de gata contra su chaleco.

— ¿ En dónde está el hotel? — preguntó en voz muy baja, con el aire confuso y sonriente de una niña que apetece cosas muy buenas, que rechazará ántes.

— En la avenida de Villiers.

— ¿ Y habrá coches?

— Sí.

— ¿ Encajes? ¿ diamantes?

— Sí.

— ¡ Oh, qué bueno eres, mi gato! Mira, todo lo que te dije era por celos.... Y esta vez, te lo juro, no será como la primera, puesto que ahora ya sabes lo que necesita una mujer. Tú lo das todo, ¿ no es verdad? Entonces no tengo necesidad de nadie.... ¡ Acércate! ¡ Toda soy tuya, sólo tuya!.... ¡ Toma, toma y toma!

— Cuando le habo empujado fuera, despues de escaldarle con una lluvia de besos en las manos y en la cara, la jóven respiró un momento.

— ¡ Dios mio! ¡ Qué mal olía este cuarto de la descuidada Matilde!

La temperatura era agradable, uno de esos tranquilos calores de las alcobas de Provenza, al sol de invierno; pero verdaderamente olía demasiado al agua de espliego podrido, con otras cosas ménos limpias.

Nana abrió la ventana y se apoyó en ella de nuevo, examinando las vidrieras del pasaje para distraerse mientras esperaba al Conde. En la escalera, Muffat bajaba tambaleándose, con un torbellino en la cabeza.

¿ Qué iba á decir? ¿ De qué manera abordar este negocio, que no le tocaba personalmente? Cuando llegaba al escenario escuchó una pendencia. Concluía el segundo acto, y Prullière se encolerizaba, habiendo querido Faucherie cortar una de sus réplicas.

— ¡ Cortadlo todo entonces! — gritaba el actor — ¡ prefiero esto!.... ¡ Cómo! ¡ No tengo más que doscientas líneas y se me corta aún!.... No, yo devuelvo el papel.

Y sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno arrugado, al que daba vueltas entre sus manos febriles, haciendo ademán de arrojarlo sobre las rodillas de Cossard.

Su vanidad herida ponía convulsa su cara amarillenta, los labios contraídos, los ojos inflamados, sin que pudiese ocultar esta revolución interior.

— ¡ El, Prullière, el ídolo del público, representar un papel de doscientas líneas!

— ¿ Por qué no hacerme traer cartas sobre una baudeja? — añadió con amargura.

— Veamos, Prullière, sed amable — dijo Bordenave, que le halagaba por el gran prestigio que tenía en los palcos. — No comencéis vuestras historias.... Ya se os buscarán efectos. ¿ No es así, Faucherie? Añadirémos algunos efectos.... En el tercer acto hasta se podrá alargar una escena.

— Entonces — declaró el cómico — exijo una palabra: yo quiero bajar el telón.... Bien se me debe esto.

Faucherie pareció consentir por su silencio, y Prullière metió de nuevo el papel en su bolsillo, bastante descontento aún.

Bosc y Fontan, durante la explicación, tomaron el aire de una profunda indiferencia: cada uno para sí, esto no les tocaba; nada tenían que ver en ello. Y todos los actores rodearon á Faucherie, preguntándole, mendigando elogios, mientras que Mignon escuchaba las últimas quejas de Prullière, sin perder de vista al Conde Muffat, cuyo regreso había acechado.

El Conde, en esta oscuridad en que entraba, se había detenido en el fondo de la escena, vacilando en aproximarse al sitio de la disputa. Pero Bordenave le divisó y se precipitó.

— ¿Eh? ¿Qué gente! — murmuró. — No podeis imaginaros, señor Conde, los disgustos que tengo aquí. Todos á cual más vanidoso, á cual más mezquino, malos como la sarna, siempre en chismes é historias y deseando que yo me hunda.... Perdon, me dejo arrebatar.

Y callándose, reinó un largo silencio.

Muffat buscaba una transición. Pero no encontrando nada, acabó por decir redondamente, para salir primero del apuro:

— Nana quiere el papel de la Duquesa.

Bordenave tuvo un sobresalto, y gritó:

— ¡Vamos, está loca!

Después, como mirase al Conde, le encontró tan pálido, tan trastornado, que se calmó casi al mismo tiempo.

— ¡Diablo! — dijo sencillamente.

Y hubo otra nueva pausa.

En el fondo, él se burlaba de tal pretensión. Estaría graciosa la gorda Nana en el papel de la Duquesa. Pero con esta historia agarraba á Muffat sólidamente. Así, tomó en seguida una determinación. Se volvió y llamó:

— ¡Faucherie!

El Conde había hecho un ademán para detenerle.

Faucherie no oía. Llevado á un rincón por Fontan, tenía que sufrir sus explicaciones sobre la forma en que el cómico comprendía á Tardiveau. Fontan veía en Tardiveau un marseles, con el acento, é imitaba el acento.

Recitaba réplicas enteras; ¿estaba bien así? Fontan no hacía más que someter ideas de que dudaba él mismo.

Pero como Faucherie se mostraba frío haciendo objeciones, se incomodó inmediatamente. ¡Muy bien! Desde el momento en que no alcanzaba el espíritu del papel, sería mejor para todos que no lo representase.

— ¡Faucherie! — gritó de nuevo Bordenave.

Entonces el joven se escapó, dichoso con huir del actor, que quedó ofendido de una tan pronto retirada.

— No permanezcamos aquí — repuso Bordenave. — Venid, señores.

Para sustraerse á los oídos curiosos, los llevó al almacén del atrezzo, detrás de la escena.

Mignon, sorprendido, los miró desaparecer.

Bajaron algunos escalones.

Era una pieza cuadrada, cuyas ventanas daban sobre el patio.

Una luz de cueva entraba por los sucios cristales, palidociendo aún más bajo el poco elevado techo. Veíanse allí, inclinados en la estantería desordenada que obstruía la pieza, montones de objetos de todas clases, las existencias de un revendedor de la calle de Lappe, que había liquidado; una mezcla sin nombre de platos, de recortaduras de cartón dorado, de viejos paraguas rojos, de loza italiana, de péndulos de todos los estilos, de bandejas y de tinteros, de armas de fuego y de jeringas, todo bajo una capa de polvo de una pulgada, desfigurado, abollado, roto, amontonado; y un insupportable olor de herrumbre, de trapos viejos, de cartonería húmeda, subía de este montón, en que los despojos de las obras representadas se iban acumulando desde hacía cincuenta años.

— Entrad — repetía Bordenave. — Aquí á lo ménos estaremos solos.

El Conde, muy inquieto, dió algunos pasos para que el empresario abordara por sí solo la proposición.

Faucherie se sorprendía.

— ¿Qué hay, pues? — preguntó.

— Hay esto — dijo en fin Bordenave. — Se nos ha ocurrido una idea.... Sobre todo, no salteis.... Es cosa muy seria. ¿Qué opinais de Nana haciendo el papel de la Duquesa?

El autor quedó estupefacto. Después estalló.

— ¡ Ah! no, eso es una broma.... Reirian demasiado.
 — ¡ Y bien, ya no es tan malo cuando creéis que se han de reir!.... Reflexionad, querido.... La idea agrada mucho al señor Conde.

Muffat, por hacer algo, acababa de coger sobre una tabla, en el polvo, un objeto que no parecía reconocer. Era un huevero cojo, cuyo pié se había rehecho con yeso. El Conde le guardó, sin conciencia de lo que hacía, y se adelantó para murmurar:

— Sí, sí; estaría muy bien.

Faucherie se volvió hácia él con un gesto de brusca impaciencia. El Conde nada tenía que ver en su obra. Y añadió redondamente:

— ¡ Jamas! Nana de *cocotte*, todo lo que se quiera; pero de mujer de mundo, ¡ no, de ningún modo!

— Os engañais, yo os lo juro—repuso Muffat, que iba tomando ánimos.— Precisamente acaba de hacer delante de mí la mujer honrada....

— ¿ Dónde? — preguntó Faucherie, cuya sorpresa iba en aumento.

— Arriba, en su cuarto.... ¡ Y bien! estaba perfectamente. ¡ Oh, una distinción! Tiene, sobre todo, un golpe de vista.... Si la vierais al pasar de esta manera....

Y con su huevero en la mano quiso imitar á Nana, olvidándose de todo en el deseo apasionado de convencer á estos señores. Faucherie le miraba asombrado.

Había comprendido: no se incomodaba ya.

El Conde, que sintió su mirada, en la que había bafa y compasión juntamente, se detuvo, ruborizándose.

— ¡ Eies miol es posible—murmuró el autor por complacencia.— Con que, estaría tan bien.... Pero el caso es que el papel está dado. No podemos quitárselo á Rosa.

— ¡ Oh! si no es más que eso—dijo Bordenave— yo me encargo de arreglar el asunto.

Pero entonces, al ver á los dos contra él, comprendiendo que Bordenave tenía un interés oculto, el joven, para no debilitarse, se revolvió con descompuesta violencia, intentando romper la conversacion.

— ¡ Eh, no, que no! Aún cuando el papel no estuviera comprometido, no se lo daría.... ¿ Hablo claro? Dejadme tranquilo.... No tengo deseos de matar mi obra.

Signió un silencio desagradable.

Bordenave, entendiendo que estaba allí de más, se alejó.

El Conde permanecía con la cabeza baja. Despues la levantó haciendo un esfuerzo, y dijo con una voz que se alteraba:

— Querido, ¿ si yo os pidiese esto como un servicio?

— No puedo, no puedo— repetía Faucherie resistiéndose.

La voz de Muffat se hizo más dura.

— Yo os lo suplico.... ¡ Yo lo quiero!

Y le miraba fijamente. Ante esta mirada negra, en que Faucherie leyó una amenaza, el joven cedió de repente, balbuceando palabras confusas:

— Haced lo que querais; despues de todo.... ¡ Ah! abusais de mí. Ya veréis, ya veréis....

La situación fué entonces más penosa.

Faucherie se había arrimado á un estante, golpeando nerviosamente con un pié. Muffat parecía examinar el huevero con atención, dándole vueltas siempre.

— Es un huevero— vino á decir solícitamente Bordenave.

— ¡ Toma! sí, es un huevero— repitió el Conde.

— Perdonadme; os habeis llenado de polvo— continuó el empresario volviendo á colocar el objeto sobre una tabla.— Ya comprendéis que si hubiera que cepillar todos los días, era cosa de no acabar nunca.... De modo que no hay gran limpieza. ¿ Eh? ¿ Qué barullo!.... Y, sin embargo, creed que hay aquí mucho dinero. Mirad, mirad todo esto.

Y paseó á Muffat ante los estantes, á la verdusca luz que venía del patio, nombrándole los utensilios, queriendo interesarle en su inventario de trastos viejos, como él decía riendo. Despues, con un tono ligero, cuando dieron la vuelta hácia Faucherie:

— Escuchad: puesto que estamos todos de acuerdo, vamos á terminar este negocio.... Precisamente aquí está Mignon.

Hacia un instante Mignon husmeaba en la galería. A las primeras palabras de Bordenave hablando de modificar lo

convenido, se encolerizó; esto era una infamia; se quería matar el porvenir de su mujer; se quejaría á los tribunales.

Sin embargo, Bordenave, muy tranquilo, daba razones: el papel no le parecía digno de Rosa, porque prefería reservar á ésta para una opereta que habria de seguir á la *Duquesita*.

Pero como el marido gritaba siempre, ofreció de pronto rescindir el contrato, hablando de las ofertas hechas á Rosa por las Folies Dramatiques.

Entonces Mignon, indeciso un momento, sin negar estas ofertas, afectó un gran desden hacia el dinero; se habia comprometido á su mujer para representar la duquesa Helena, y ella haria este papel aun cuando debiese él, Mignon, perder en ello su fortuna; esto era asunto de dignidad, de honor: llevada á este terreno, la discusion fué interminable.

El director insistía siempre en este razonamiento: puesto que las Folies ofrecen trescientos francos por noche á Rosa durante cien representaciones, cuando sólo tenía ciento cincuenta en su teatro, resultaban quince mil francos de ganancia para ella desde el momento en que la dejaba partir.

El marido no abandonaba el terreno del arte: ¿qué se diría si vieses arrancar el papel á su mujer? Que ella no era bastante capaz, que se habia tenido que reemplazarla: de aquí una pérdida considerable, un desprestigio para la artista. ¡No, no, jamás! ¡La gloria antes que la riqueza! Y de repente indicó una transacción: Rosa, por su contrato, tenía que pagar una indemnización de diez mil francos si se retiraba; ¡y bien! que se le diesen diez mil francos y se iría á las Folies Dramatiques.

Bordenave quedó aturdido, mientras que Mignon, que no habia separado los ojos del Conde, esperaba tranquilamente.

—Entonces todo se arreglará—murmuró Muffat muy aliviado—podemos entendernos.

—¡Ah, no, de ningún modo! ¡Eso sería demasiado necio! —gritó Bordenave, arrebatado por sus instintos de hombre de negocios. ¡Diez mil francos por dejar á Rosa! ¡Se burlarían de mí!

Pero el Conde le ordenaba aceptar, multiplicando los movimientos de cabeza. Él vaciló aún.

En fin, gruñendo, lamentando aquellos diez mil francos, bien que no hubiesen de salir de su bolsillo, repuso:

—Después de todo, lo deseaba mucho. Al menos, me verá libre de vosotros.

Hacia un cuarto de hora que Fontan escuchaba en el patio. Cuando llegó á comprender, subió de nuevo á la escena, y se proporcionó el gusto de poner á Rosa al corriente. ¡Y bien! Estaban haciendo un lío á costa suya, la estaban afeitando. Rosa corrió al almacén de los accesorios, y cuando entró, todos se callaron.

Ella miró á los cuatro hombres. Muffat bajó la cabeza: Faucherie respondió con un movimiento de hombros, desesperado ante la mirada interrogadora que le dirigía.

En cuanto á Mignon, discutía con Bordenave los términos del contrato.

—¿Qué hay?—preguntó Rosa con voz rápida.

—Nada—dijo su marido.—Bordenave que da diez mil francos por retirarte el papel.

Ella temblaba, muy pálida, apretados sus pequeños puños. Un momento le arañó el rostro con los ojos, en una sublevación de todo su ser; ella, que por costumbre se abandonaba dócilmente en las cuestiones de negocios, dejándole firmar las contratas con sus directores y sus amantes. Y no encontró más que este grito, con el que le azotó la cara, como quien da un latigazo.

—¡Ah! ¡Tú eres demasiado cobarde!

De pues se escapó. Mignon, estupefacto, corrió detrás de ella. ¿Qué tenía, pues? ¿Se habia vuelto loca? Y le explicaba á media voz que diez mil francos de un lado y quince mil de otro, hacían veinticinco mil. ¡Un negocio soberbio! De todas maneras Muffat la abandonaba, y era un bonito golpe haber sacado esta última pluma de su ala.

Pero Rosa, enfurecida, no contestaba. Entonces Mignon, desdenoso, la dejó entregada á su despecho de mujer. Y dijo á Bordenave, que volvía hacia la escena con Faucherie y Muffat:

—Firmaremos mañana. Traed el dinero.

Justamente Nana, prevenida por Labordette, bajaba en

aquel momento triunfante. Haría el papel de mujer honrada con gran distinción, para dejar con la boca abierta á la gente y probar á estos idiotas que, cuando quería, tenía su gracia aristocrática.

Pero estuvo á punto de comprometerse. Rosa, al divisarla, se había lanzado sobre ella, y gritóle en voz balbuciente:

—Oye, te volveré á encontrar..... Es preciso que esto concluya entre nosotras, ¿entiendes?

Nana, medio atardecida ante este brusco ataque, iba á poner los puños en las caderas y á llamarla indecente. Pero se contuvo, y exagerando el tono aflautado de su voz, con un gesto de marquesa que va á pisar una mondadura de naranja:

—¿Eh? ¿Qué?—dijo.—¡Estais foca, querida!

Después continuó sus gracias, mientras que Rosa partía, seguida de Mignon, quien no reconocía á su mujer.

Clarisa, encantada, acababa de obtener de Bordenave el papel de Geraldina.

Faucherie, muy sombrío, pateaba sin poder decidirse á dejar el teatro; su obra estaba perdida; buscaba un medio de salvación. Pero Nana vino á cogerle por las muñecas y le atrajo hacia sí preguntándole si la encontraba tan atroz. ¡De seguro no iba á conocer su pieza! Y acabó por hacerle reír, al paso que le daba á entender lo tonto que sería enfadarse con ella, dada su posición con los Muffat.

Si carecía de memoria, allí estaba el apuntador: además, se engañaba mucho respecto á sus facultades, y ya veía el efecto que causaba sobre el público. Entonces se convino en que el autor retocaría un poco el papel de la Duquesa para alargar más el de Prullière. El actor quedó muy contento.

En este gozo que Nana llevaba naturalmente consigo, sólo Fontan permaneció indiferente.

Plantado en medio del rayo amarillo de la claraboya, su perfil de macho cabrío se destacaba vivamente, afectando una postura abandonada. Y Nana, aproximándose, le dió un apretón de manos, muy tranquila.

—¿Cómo te va?

—Bien, ¿y á tí?

—Muy bien, gracias.

Esto fué todo.

Parecían haberse dejado la víspera á la puerta del teatro.

Entre tanto los actores esperaban; pero Bordenave dijo que no se ensayaría el tercer acto.

Exacto por casualidad, el viejo Bosc se marchó gruñendo: se les retenía sin necesidad; se les hacía perder tardes enteras.

Todo el mundo se marchó.

Abajo, en la calle, palpitaban sus párpados heridos por el sol de pleno día, con el entorpecimiento de gentes que han pasado tres horas en el fondo de una cueva disputando y en una tensión continua de los nervios.

El Conde, con los músculos quebrantados y la cabeza vacía, subió á un coche con Nana, mientras que Labordette se llevaba á Faucherie, á quien consolaba.

Un mes más tarde, la representación de la *Duquesita* fué un gran desastre para Nana. Estuvo atrozmente deplorable, con pretensiones á la alta comedia, que hicieron las delicias del público.

Tanto divertía el caso, que no se silbó.

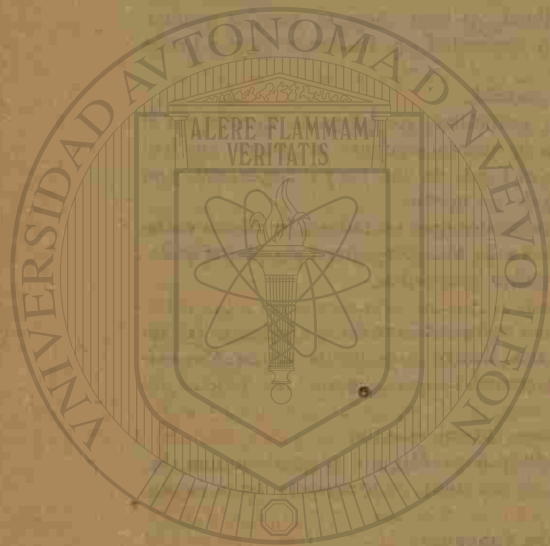
En un palco proscenio Rosa Mignon acogía con una risa aguda cada entrada de su rival, contagiando así á la sala entera.

Esta era una primera venganza.

Así, cuando Nana por la noche se encontró sola con Muffat, muy apesadumbrado, le dijo furiosamente:

—¿Eh? ¿qué cábala! ¡Todo esto no es más que celos!.....

¡Ah, si supiesen cómo me burlo! ¿Tengo yo acaso necesidad de ellos ahora?..... ¡Mira, cien luises á que traigo aquí á todos esos que hicieron chacota, y á que lamen la tierra á mis pies!..... Sí, voy á hacerles tragar la gran señora; voy á representar la *Duquesita* en París!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Nana se convirtió desde entonces en una mujer distinguida, sentida de la necesidad y de los malos instintos de los hombres, marquesa de los altos boulevares.

Fué un salto brusco y definitivo, una ascension en la celebridad de la galantería, entrando de lleno en las locuras del dinero y en las audacias derrochadoras de la belleza. Fué inmediatamente la primera entre las más caras.

Sus fotografías se ostentaban en los escaparates, y se la citaba en los periódicos. Cuando pasaba en coche sobre los boulevares, la muchedumbre se volvía y la nombraba con la emocion de un pueblo que saluda a su reina; mientras que, familiar, reclinaba entre sus flotantes adornos, sonreía con un aire alegre, bajo la lluvia de pequeños rizos rubios que envolvían el círculo azul de sus ojos y el pintado rojo de sus labios.

Y el prodigio fué que esta muchacha gorda, tan torpe en la escena, tan dura cuando quería hacer de mujer honrada, representaba en la ciudad los papeles de dama del gran mundo sin ningún esfuerzo.

Tenía flexibilidad de culebra, vestía con cierto abandono, como involuntario, pero exquisito de elegancia, y había en ella una distinción nerviosa de gata de raza, de aristócrata del vicio, soberbia, rebelde, poniendo el pié sobre París, como dominadora omnipotente. Ella daba el tono, y las altas damas la imitaban. ®

El hotel de Nana se encontraba en la avenida de Villiers,

á la esquina de la calle Cardinet, este barrio del lujo, que parece dispuesto á lanzarse en medio de los terrenos incultos de la antigua llanura Monceau.

Construido por un jóven pintor, embriagado por su primer éxito y que había tenido que revenderlo apenas concluido, era de estilo Renacimiento, con aspecto de palacio; una fantasía de distribución interior, comodidades modernas en un marco de gran originalidad un poco caprichosa.

El Conde Muffat había comprado el hotel completamente amueblado, lleno de un mundo de chucherías, de hermosos tapices de Oriente, de viejos divanes de madera tallada y de grandes sillones de Luis XIII; de medo que Nana era también propietaria de un mobiliario artístico, elegido con gran gusto entre las diferentes épocas.

Pero como el estudio, que ocupaba el centro de la casa, no podía servirle, había trastornado todo el hotel, dejando en el piso bajo un precioso invernadero, un gran salón y el comedor, y estableciendo en el principal un saloncito, cerca de su alcoba y de su tocador. Nana sorprendía al arquitecto con las ideas, entrando de un golpe en todos los refinamientos del lujo; era una hija del empedrado de París, que tenía el instinto de todas las elegancias. En fin, no podía decirse que echaba á perder el hotel, y aún añadió algunas riquezas al mobiliario, salvo algunas huellas de ternura cursi y de esplendor chillón, en que se veía á la antigua florista que había soñado ante los escaparates de las tiendas.

En el patio, bajo el gran cobertizo, la airosa gradería estaba cubierta de alfombra, y se sentía ya desde el vestíbulo un olor de violeta, un aire tibio encerrado entre las espesas colgaduras.

Una gran ventana de vidrios rosados y amarillos iluminaba con la palidez rubia de la carne la larga escalera.

Abajo, un negro de madera esculpida extendía una bandeja de plata, llena de tarjetas de visita; cuatro mujeres de mármol blanco, con el seno desnudo, sostenían entre sus manos artísticas lámparas, mientras que bronce y caprichos chinoscos llenos de flores, divanes forrados de antiguas alfombras persas, sillones de viejas tapicerías, amueblaban el vestíbulo,

adornaban los descansos de la escalera y hacían en el primer piso como una antecámara, donde se arrastraban siempre levitas y sombreros de hombre.

Las alfombras ahogaban todo ruido, reinaba el recogimiento, y se hubiera creído entrar en una capilla atravesada por un estremecimiento de devoción, y cuyo silencio detrás de las cerradas puertas guardaba un misterio.

Nana no abría el gran salón, el riquísimo salón Luis XVI, sino las noches de gala, cuando se recibía á los dignatarios de las Tullerías ó á personajes extranjeros.

De ordinario bajaba simplemente á las horas de comer, y se sentía como perdida los días en que almorzaba sola en aquel azul comedor, muy dorado, adornado de tapices de los Gobelines, y lleno de viejas porcelanas y de maravillosas piezas de orfebrería antigua.

Nana volvía á subir inmediatamente; sólo estaba bien en el primer piso, en sus tres piezas, la alcoba, el gabinete y el saloncito.

Ya en dos ocasiones había rehecho la alcoba; la primera de raso malva, y la segunda de seda azul con encajes, y todavía no estaba satisfecha; encontraba estooso, buscando otra cosa, sin que le ocurriera nada á su gusto.

Habría como unos veinte mil francos de punto de Venecia en el lecho festoneado, bajo como un sofá.

Los muebles eran de laca blanca y azul, incrustada de filetes de plata; por todas partes se veían pieles de oso blanco, tan numerosas, que cubrían la alfombra; un capricho, un refinamiento de Nana, que no había podido perder la costumbre de sentarse en tierra para quitarse los bajos.

Al lado de la alcoba, el saloncito ofrecía una mezcla pintoresca, de un arte exquisito; en contraste con las colgaduras de seda rosa pálido, un rosa turco marchito, bordado de hilos de oro, se destacaba un mundo de objetos de todos los países y de todos los estilos; papeleras italianas, cajas españolas y portuguesas, pagodas chinoscas, un quitasol japonés de remate precioso, y un sinnúmero de porcelanas, bronce, sedas bordadas, tapicerías finísimas; mientras que los sillones, largos como lechos, y los canapés, profundos como alcobas, espar-

oían allí una pereza muelle, una vida soñolienta de serrallo.

Dos estatuillas de porcelana que imitaban el mármol, una mujer en camisa buscándose las pulgas, y otra absolutamente desnuda andando sobre las manos con las piernas en el aire, manchaban el salón con una tontería original. Y por una puerta casi siempre abierta se veía el gabinete de tocador todo de mármol y espejos con la blanca pila de su baño, sus botes y sus jarritos de plata guarnecidos de cristal y de marfil.

Una persiana corrida dejaba la estancia á media luz, una luz blanquecina que parecía dormir como bañada de un perfume de violeta; ese perfume turbador de Nana, de que el hotel entero, hasta el patio, estaba saturado.

Pero la gran cuestión fué montar la casa. Nana tenía consi-go á Zoé, esta mujer ligada á su fortuna, que desde hacía dos meses esperaba tranquilamente, segura de su olfato, la brusca y brillante transformación.

Ahora Zoé estaba en sus glorias, dueña absoluta del hotel y haciendo su agosto, mientras servía á la señora lo más honradamente posible. Pero una doncella no bastaba ya. Era preciso un jefe de servicio, un cochero, un portero, una cocinera.

Por otra parte, se trataba de instalar las caballerizas. Entonces Labordette le fué muy útil, encargándose de aquellas diligencias enojosas para Muffat.

Él arregló la compra de los caballos; se entendió con los constructores de coches, y señaló á la jóven los proveedores que había de elagir. Hasta le trajo él mismo los criados: Carlos, un moceton cochero que salía de casa del Duque de Corbreuse; Julian, un jóven jefe de servicio, muy acicalado, de aire sonriente, y un matrimonio, cuya mujer, Victorina, era cocinera, y cuyo marido, Francisco, fué admitido en calidad de portero y de recadista.

Este último, de calzon corto, empolvado, llevando la librea de Nana, de azul claro y galon de plata, recibía á los visitantes en el vestíbulo.

Tenía apostura y corrección de príncipe.

La casa estuvo totalmente montada desde el segundo mes.

El tren excedía de trescientos mil francos.

Había ocho caballos en las cuadras y cinco carruajes en las

cocheras, de entre los cuales ocupó un instante la atención del todo París un landó guarnecido de plata. Y Nana, en medio de esta fortuna, se iba haciendo su agujero. Había dejado el teatro desde la tercera representación de la *Duquesita*, abandonando á Bordenave en un gran apuro, á pesar del dinero del Conde.

Sin embargo, la jóven conservaba como una amargura el recuerdo de su último fracaso artístico.

Esto venía á añadirse á la lección de Fontan, una indecencia de que hacía responsables á todos los hombres. Así ahora, decía ella con gran energía, estoy á prueba de amores caprichosos. Pero las ideas de venganza no llegaban á echar raíces en aquel casquivano cerebro de pájaro.

Lo que sí permanecía, aunque fuera de las horas de cólera, era un apetito de gastos siempre despierto, un desden natural del hombre que pagaba, un continuo capricho de insaciable derrochadora, orgullosa de la ruina de sus amantes.

En primer lugar, Nana puso al Conde sobre un buen pié.

Estableció claramente el programa de sus relaciones.

Él daba doce mil francos por mes, sin contar los regalos, y no pedía en cambio más que una fidelidad absoluta.

Ella juró la fidelidad. Pero exigió á su vez una libertad completa de ama de su casa, un respeto absoluto á su voluntad.

Así recibiría diariamente á sus amigos, el Conde vendría sólo á horas convenidas de antemano; en fin, y sobre todo, era preciso que tuviese una fe ciega en ella. Y cuando le veía vacilar, tocado de una inquietud celosa, afectaba una gran dignidad, amenazándole con devolverlo todo, y lo juraba por la vida de su pequeño Luis.

Esto debía bastar. No había amor donde no había estimación.

A fines del primer mes Muffat la respetaba.

Pero Nana quiso y obtuvo más. Muy pronto adquirió sobre él una influencia de mujer bondadosa.

Cuando llegaba mal humorado, ella le divertía y le daba consejos, después de hacerlo confesar los motivos de su disgusto.

Poco á poco Nana entró en las interioridades de su hogar, de su mujer, de su hijo, de sus asuntos de corazón y de dinero, muy razonable, llena de justicia y de honradez.

Una vez sola se dejó arrebatar por la pasión: el día en que el Conde le anunció que Dagnenet iba á pedir en matrimonio á su hija Estela. Desde que el Conde había hecho publicar sus relaciones con Nana, Dagnenet creyó hábil romper con ésta, tratándola de infame y jurando arrancar á su futuro suegro de las garras de esta criatura.

Así es que la jóven cortó un lindo sayo á su antiguo Mimi: era un perdis que había comido su fortuna con mujeres de la peor especie; carecía de sentido moral no se hacía dar dinero, pero se aprovechaba del dinero de los otros, pagando solamente de ramos á pascuas un *bouquet* de flores ó una comida; y como el Conde parecía excusar estas debilidades, Nana le hizo saber bruscamente que Dagnenet la había poseído, dando detalles enojosos.

Muffat se había puesto muy pálido. No había que pensar más en el jóven. Esto, le enseñaría á ser agradecido.

Entre tanto, no estaba aún el hotel enteramente amueblado cuando Nana, una noche en que prodigó á Muffat los pensamientos de fidelidad más enérgicos, retuvo al Conde Xavier de Vandebres, que desde hacía cinco días le venía haciendo una corte asidua de visitas y flores.

Ella cedió, no por cariño, sino más bien para probar que era libre.

La idea del interés se le ocurrió más tarde, cuando Vandebres al día siguiente la ayudó á pagar una cuenta de que no quería hablar al otro.

Desde aquel momento comenzó á sacarle de ocho á diez mil francos por mes; era un dinero para el bolsillo muy útil. Vandebres acababa entonces su fortuna en un arrebato de fiebre ardiente.

Sus caballos y Lucy le habían comido tres fincas: Nana iba á tragarse de un bocado su último castillo cerca de Amiens, y el Conde tenía como prisa de barrerlo todo, hasta los escambros de una vieja torre levantada por un Vandebres bajo Felipe Augusto, rabioso de un apetito de ruinas, encontrando

bello dejar las últimas piezas de oro de su blason entre las manos de esta mujer, á quien deseaba todo Paris.

El tambien aceptó las condiciones de Nana; una libertad entera, ternuras en días fijos, sin incurrir en la candidez apasionada de exigir juramentos.

Muffat nada sabía. En cuanto á Vandebres, de seguro lo sabía todo; pero jamás hacía la menor alusión, y afectaba ignorarlo con su fina sonrisa de vividor escéptico, que no pide imposibles, con tal que se le reserve su hora, y que Paris lo sepa.

Desde entonces Nana montó realmente su casa. El personal estaba completo en las caballerizas, en las dependencias de los criados y en la cámara de la señora.

Zoé lo organizaba todo, saliendo de las complicaciones más imprevistas; y el conjunto estaba dispuesto como en un teatro, ordenado como una gran administración: verificábanse allí todas las funciones con una precisión tal, que durante los primeros meses no hubo ningun choque ni trastorno.

Únicamente la señora daba muchos disgustos á Zoé, con imprudencias, terquedades y bravatas locas.

De modo que la doncella se iba relajando poco á poco, y habiase notado, por otra parte, que sacaba más producto en las ocasiones difíciles, cuando la señora había hecho una tontería que era preciso reparar. Entonces llovían los regalos, pescándose luises en el agua turbia.

Una mañana, cuando Muffat no había aún salido de la alcoba, Zoé introdujo á un señor todo trémulo en el gabinete de tocador, donde Nana se estaba mudando la camisa.

—¡Cómol ¡Zizi!—dijo la jóven estupefacta.

Era Jorge, en efecto. Pero al verla en camisa, con sus cabellos de oro sobre sus hombros desnudos, el jóven se había arrojado á su cuello, la había cogido y la besaba por todas partes. Ella se resistió espantada, ahogando su voz, balbuceando:

—¡Acaba, pues, que está allí! Esto es estúpido.... ¿Y vos, Zoé, estais loca? Llévalle abajo, yo intentaré bajar.

Zoé tuvo que arrancar de allí á Jorge. Abajo, en el comedor, cuando Nana pudo reunirlos, los reprendió á entrambos. Zoé se mordía los labios, y se retiró con el aire humillado, diciendo que había creído agradar á la señora.

Jorge miraba á Nana con tal júbilo de volver á verla, que sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas.

Ahora los malos días habían pasado; su madre le creía razonable, y le permitió dejar las Fondettes; así, al llegar á la estación, tomó inmediatamente un coche para abrazar más pronto á su inolvidable querida.

Hablaba de vivir en adelante cerca de ella, como allá abajo, cuando esperaba con los pies desnudos en la alcoba de la Mignote. Y en tanto que contaba su historia, adelantaba sus dedos por una necesidad de tocarla después de este cruel año de separación; se apoderaba de sus manos, escudriñando en las amplias mangas del peinador....

—¿Amas mucho á tu bebé?—preguntó con su voz de niño.

—¡Y mucho que le amo!—respondió Nana—desprendiéndose con un movimiento.—Pero tú caes sin decir alerta.... Sabes, mi pequeño, yo no soy libre. Hay que ser prudente.

Jorge, que bajó del coche con el desvanecimiento de un largo deseo, satisfecho en fin, no había visto aún el lugar en que entraba.

Entonces tuvo conciencia de un gran cambio alrededor suyo. Examinó el rico comedor con su alto techo decorado, sus Gobelinos, su aparador brillante con hermosa orfebrería.

—¡Ah! sí—dijo tristemente.

Y ella le hizo entender que no debía jamás venir por la mañana. Por las tardes, si quería, de cuatro á seis: era la hora de recibir.

Después, como el chico la mirase con aire suplicante de interrogación, Nana le besó á su vez en la frente, mostrándose muy buena.

—Sé muy prudente y yo haré lo posible—murmuró.

Pero la verdad era que esto ya no le interesaba lo más mínimo. Encontraba á Jorge muy hermoso; hubiera querido tenerle por camarada; pero nada más.

Sin embargo, cuando llegaba todos los días á las cuatro, parecía tan desgraciado, que ella acababa por ceder algunas veces, guardándole en sus armarios y dejándole recoger continuamente las migajas de su belleza.

Él no abandonaba el hotel; familiar como el falderillo Di-

jon, metido uno y otro entre las enaguas de Nana, teniendo un poco de ella aún cuando estuviese con otro, y ganando de cuando en cuando un terron de azúcar ó una caricia en las horas de hastío solitario.

Sin duda la señora Hugon supo la recaída del pequeño entre los brazos de esta mala mujer, porque vino corriendo á París, y reclamó el auxilio de su otro hijo, el subteniente Felipe, entonces de guarnición en Vincennes.

Jorge, que se escondía de su hermano mayor, se puso muy desesperado, temiendo alguna violencia; y como no podía ocultar nada, en la expansión nerviosa de su ternura, no supo ya hablar de otra cosa que de su hermano, un mocetón robusto, que se atrevía á todo.

—Mira—le decía á la jóven—mamá no vendrá á tu casa en tanto que pueda enviar á Felipe á buscarme.

La primera vez Nana quedó muy ofendida, contestando secamente:

—¡Hombre, quisiera ver eso! ¡Con que venga ese subteniente y Francisco le plante á la puerta, en paz!

Después, como el muchacho volvía siempre á hablar de su hermano, acabó también por preocuparse con Felipe. Al cabo de una semana le conoció desde los pies á la cabeza, muy alto, muy vigoroso, alegre, un poco brutal; y á más de esto, detalles íntimos, vellado por los brazos, un lunar en el hombro. Llegó un día en que, completamente llena de la imagen de este hombre, á quien iba á plantar á la puerta, no pudo menos de exclamar:

—Dí, pues, Zizi, ¿con que no viene tu hermano?.... ¡Me parece que es un cobarde!

Al siguiente día, cuando Jorge se encontraba solo con Nana, Francisco subía á preguntar si la señora recibía al subteniente Felipe Hugon, y Jorge se puso muy pálido, murmurando:

—No me cabía duda; mamá me ha hablado esta mañana.

Y suplicaba á la jóven que se excusara de recibirlo. Pero ella se había levantado ya toda encendida y diciendo:

—¿Por qué, pues? Creería que tengo miedo. ¡Y bien! va-

mos á reir un poco.... Francisco, dejad á ese señor un cuarto de hora en el salon. En seguida, traédmelo.

No volvió á sentarse y marchaba febrilmente, yendo del espejo de la chimenea á una luna de Venecia, colgada por encima de un cofrecito italiano; y á cada minuto se echaba una ojeada, ensayando una sonrisa, mientras que Jorge, sin fuerzas sobre un canapé, temblaba y se estremecía al pensar en la escena que se preparaba. Durante su paseo, Nana dejaba escapar frases breves.

— Eso le calmará á ese muchacho; que espere un cuarto de hora.... Y despues, si cree venir á casa de una cualquiera, el salon lo va á confundir.... Si, si, miralo bien todo, buen hombre. Eso le enseñará á respetar la burguesía. Ya ni respeto queda entre los hombres.... ¿Pasó el cuarto de hora? No, apenas van diez minutos. ¡Oh, áun tenemos tiempo!

Estaba muy inquieta.

Trascurridos los quince minutos, despidió á Jorge, haciéndole jurar que no escucharia á la puerta, cosa muy inconveniente si lo veían los criados. Cuando pasaba á la alcoba, Zizi arriesgó con voz ahogada:

— Ya sabes, es mi hermano....

— No tengas miedo — dijo ella con dignidad; — le hablaré en el mismo tono en que me hable.

Francisco introducía á Felipe Hugon, que vestía gaban.

En un principio Jorge atravesó la alcoba con la punta de los piés para obedecer á la jóven; pero las voces le detuvieron, vacilante, tan lleno de angustia, que sus piernas desfallecian.

El jóven se imaginaba catástrofes, bofetadas, algo de abominable, que le incomodaria para siempre con Nana. Así, no pudo resistir á la necesidad de pegar su oido contra la puerta. Oía muy mal: el espesor de los portiers ahogaba los ruidos. Sin embargo, sorprendió algunas frases pronunciadas por Felipe; frases duras, en que sonaban las palabras de niño, de familia, de honor.

En la ansiedad de lo que su querida iba á responder, su corazón latía, aturdiéndole con un zumbido confuso. Seguramente ella iba á decir algunas de sus inconveniencias. Pero

nada, ni un soplo; Nana estaba como muerta allá dentro. Muy pronto tambien la voz de su hermano se dulcificó. Jorge no comprendía ya; cuando un murmullo extraño vino á colmar su estupefaccion. Era Nana, que sollozaba.

Durante un momento fué presa de sentimientos contrarios: escaparse, caer sobre Felipe.

Pero precisamente entónces Zoé entró en la alcoba, y tuvo que retirarse de la puerta, avergonzado de ser sorprendido.

La doncella tranquilamente ordenaba la ropa blanca en un armario; mientras que, mudo, inmóvil, él apoyaba la frente contra un vidrio, devorado de incertidumbre.

Por fin, despues de un gran silencio, Zoé preguntó:

— ¿Es vuestro hermano el que está con la señora?

— Si — respondió el niño con voz de ahogo, y hubo un nuevo silencio.

— ¿Y eso os inquieta, no es así, señor Jorge?

— Si — repitió con la misma dificultad dolorosa.

Zoé no se apresuraba. Plegó los encajes, y dijo lentamente:

— Pues no hay motivo.... La señora arreglará ese asunto.

Y esto fué todo, no hablaron más. Pero la doncella no dejaba la alcoba. Un largo cuarto de hora permaneció aún allí, sin ver la exasperacion creciente del jóven, que palidecía de agitacion y de duda.

Jorge dirigía al salon miradas oblicuas. ¿Qué podían hacer durante tan largo tiempo? Acaso Nana continuaria llorando. ¡Puede que el bárbaro le hubiese dado pescozones!

Así, cuando Zoé se marchó en fin, corrió á la puerta, pegando de nuevo su oido.

Y quedó trastornado, la cabeza decididamente perdida, porque escuchaba una brusca algazara, voces tiernas en cariñoso cuchicheo, risas ahogadas de mujer á quien hacen cosquillas.

Poco despues Nana acompañó á Felipe hasta la escalera con un cambio de palabras cordiales y familiares.

Quando Jorge se atrevió á entrar en el salon, la jóven, en pie delante del espejo, se examinaba.

— ¿Y bien? — preguntó él atontado.

— ¿Y bien, qué? — dijo Nana sin volverse. Despues negligentemente:

— ¿Cómo decías tú? Si es muy amable tu hermano.

— ¿Entonces está eso arreglado?

— Seguramente, muy arreglado.... ¡Ah, qué asustado estás!

¿Crees que íbamos á batirnos?

Jorge no comprendía del todo. Despues balbuceó:

— Me había parecido oír.... ¿Tú no has llorado?

— ¡Llorado yo!—gritó ella mirándole fijamente.—Tú sueñas.

¿Por qué quieres que haya llorado?

Jorge quería saber más aún.

— Entonces, mi hermano....

— Tu hermano ha visto inmediatamente dónde se encontraba.... Ya comprendes; y yo hubiera podido ser una mujerzuela, en cuyo caso se explicaba su intervencion á causa de tu edad y del honor de tu familia. ¡Oh! yo comprendo estos sentimientos.... Pero una simple ojeada le ha bastado, y se condujo como un hombre de mundo.... Así, no te inquietes más; todo ha concluido, fué á tranquilizar á su mamá.

Y continuó riendo:

— Además, vas á ver á tu hermano aquí.... Le he invitado, y volverá....

— ¡Ah! volverá—dijo el joven palideciendo.

Jorge no añadió nada; no se habló más de Felipe. La jóven se vestía para salir, y le miraba con sus grandes ojos tristes.

Sin duda estaba muy contento de que las cosas se hubiesen arreglado, porque hubiese preferido la muerte á una ruptura; pero en el fondo sentía una angustia lenta, un dolor profundo que no conocía y de que no se atrevía á hablar.

No supo jamás de qué modo tranquilizó Felipe á su madre.

A los tres días la anciana regresaba á las Fondettes con aire satisfecho.

Aquella misma noche, en casa de Nana, se sintió estremecer cuando Francisco anunció al subteniente.

Éste, muy decididor, lo tomó á broma, tratándole como á un galopin á quien había protegido en una calaverada que no podía tener consecuencias.

El seguía con el corazón oprimido, sin atreverse á menearse, sintiendo rubores de niña á la palabra más insignificante.

Había vivido poco en la intimidad de Felipe, que le llevaba

diez años, y le causaba igual temor que un padre á quien se ocultan las historias de amores. Así, experimentaba una vergüenza llena de malestar al verle tan libremente al lado de Nana, riendo muy alto, sumido en el placer, con su magnífica salud. Sin embargo, como su hermano no tardó en presentarse todos los días, Jorge se fué acostumbrando poco á poco.

Nana resplandecía.

Era como el sello de su instalacion en el gran mundo galante, la coronacion insolente de su nueva vida en un hotel que reventaba de hombres y de muebles.

Una tarde en que los hermanos Hugon se encontraban allí, llegó el Conde Muffat fuera de las horas ordinarias. Pero habiéndole respondido Zoé que la señora tenía amigos en el salon, se retiró sin querer entrar, afectando una discrecion de hombre galante.

Cuando reapareció por la noche, Nana le acogió con la fria cólera de mujer ultrajada.

— Caballero—dijo—yo no os he dado ningun motivo para que me insulteis.... ¿Oís? Cuando esté en mi casa, os ruego que entreis como todo el mundo.

El Conde quedó con la boca abierta.

— Pero, querida....—comenzó, tratando de explicarse.

— ¡Porque tenía visitas, acaso! Sí, había aquí hombres. ¿Qué creéis que estoy haciendo con esos hombres?.... ¡Se deshonra una mujer tomando tales aires de amante discreto, y yo no quiero ser deshonrada, yo!

Le costó trabajo obtener su perdón.

En el fondo estaba encantado.

Con semejantes escenas le tenía sumiso y convencido.

Desde largo tiempo le había impuesto á Jorge, un pilluelo que la divertía mucho, segun afirmaba. Despues le hizo comer con Felipe, y el Conde se mostró amabilísimo; al levantarse de la mesa, tomó aparte al jóven y le preguntó noticias de su madre.

Desde entonces los hijos Hugon, Vandeubres y Muffat fueron abiertamente de la casa, donde se estrechaban la mano como íntimos. Esto era más cómodo.

Sólo Muffat ponía cierta discreción en venir demasiado á menudo, conservando el tono ceremonioso de un extraño en visita.

Por la noche, cuando Nana, sentada en el pavimento, sobre sus pieles de oso, se quitaba sus enaguas, el Conde hablaba amistosamente de estos señores, de Felipe sobre todo, que era la lealtad misma.

—Sí, es mucha verdad—decía la joven, mudándose la camisa.—Sólo que, como puedes suponer, ellos ven que yo.... Pero á la primer palabra los plantaría á todos á la puerta.

Sin embargo, con todo su lujo, en medio de esta corte, Nana se aburría hasta reventar. Tenía hombres para todos los minutos de la noche, y dinero hasta en los cajones de su tocador, mezclado con las brochas y los peines; pero esto no la contentaba; sentía como un vacío en alguna parte, un agujero que la hacía bostezar. Su vida se arrastraba ociosa, teniendo siempre las mismas horas monótonas un día y otro día. El mañana no existía para ella; vivía mano sobre mano, segura de comer y de que no había de faltarle nada; certidumbre que la hacía tenderse á la larga días enteros, adormecida en el fondo de esta ociosidad y de esta sumisión de convento, como encerrada en su oficio de entretenida. Como no salía más que en coche, perdió hasta el uso de sus piernas. Recobraba sus gustos de pilluela; besaba á Dijon desde la mañana hasta la noche; mataba el tiempo con placeres estúpidos, en su única espera del hombre á quien sufría con latitud complaciente; y en medio de este abandono de sí misma, apenas conservaba más que el cuidado de su belleza, un cuidado continuo de examinarse, de lavarse, de perfumarse por todas partes, con el orgullo de poder mostrarse desnuda en todos los instantes y ante quien quiera que fuese, sin tener que avergonzarse por ello.

Nana se levantaba á las diez.

Dijon, el perrillo escocés, la despertaba lamiéndole la cara; y entonces había un juego de cinco minutos, corriendo el perrillo por sus brazos y sus hombros, de lo cual, por cierto, se ofendía el Conde Muffat.

Dijon fué el primer hombrecillo de quien tuvo celos.

No era decente que un animalejo metiese de aquel modo la nariz bajo las sábanas.

Después Nana pasaba á su tocador, donde se daba un baño.

Hacia las once, Francisco venía á arreglarle los cabellos, en tanto que llegaba el complicadísimo peinado de la tarde.

Al almuerzo, odiando el comer sola, tenía casi siempre á la señora Maloir, que llegaba por la mañana, de lo desconocido, con sus sombreros extravagantes, y se marchaba por la tarde, hundiéndose otra vez en el misterio de su vida, de la que, por otra parte, nadie se inquietaba.

Pero las horas más duras eran las que mediaban entre el almuerzo y la *toilette*.

De ordinario proponía una partida de *écarté* á su amiga; otras veces leía el *Figaro*, cuyos ecos teatrales y noticias del gran mundo le interesaban; hasta se le ocurría en ocasiones abrir un libro, porque alardeaba de aficiones literarias.

En su *toilette* se ocupaba hasta cerca de las cinco.

Solamente entonces solía despertar de su larga somnolencia, saliendo en carruaje ó recibiendo en su casa á toda una cohorte de hombres, comiendo á menudo fuera, acostándose tarde para levantarse al siguiente día con la misma fatiga, y comenzar de nuevo en días eternamente semejantes.

Su gran distracción era ir á Batignolles, á ver á su Luisito en casa de su tía.

Durante algunas semanas llegaba á olvidarle, y después aquello era un frenesí: Nana corría á pié, llena de una modestia y de una ternura de buena madre, llevando varios regalos, tabaco para la tía, naranjas y bizcochos para el niño, ó bien iba en su landó, al volver del bosque, con trajes cuyo brillo amotinaba la solitaria calle.

Desde que su sobrina estaba en la cúspide de las grandezas, la señora Lerat no cabía en sí de vanidad.

Rara vez se presentaba en la avenida Villiers, afectando decir que no era aquél su sitio; pero en cambio triunfaba en su calle, dichosa cuando la joven venía con vestidos de cuatro ó cinco mil francos, empleando todo el día siguiente en enseñar sus regalos y en citar cifras que dejaban estupefactos á los vecinos.

Lo más á menudo, Nana reservaba sus domingos para la familia, y estos días, si Muffat la invitaba, solía rehusar con la sonrisa de una pequeña burguesa: no podía ser; comía con su tía, iba á ver á su bebé.

A pesar de esto, el pobre Luisito estaba siempre enfermo. Corría hácia sus tres años; pero tuvo un eczema sobre la nuca, y ahora se formaban depósitos en sus oídos, lo que hacía temer una caries de los huesos del cráneo.

Cuando Nana le veía tan pálido, con la sangre corrompida, con su carne blanda salpicada de manchas amarillas, se ponía muy seria, y en la expresion que tomaba su rostro habia principalmente extrañeza. ¿Qué podía tener este ángel suyo para enfermar así? ¿Ella, su madre, estaba tan buena!

Los días en que no se ocupaba en visitar á su niño, Nana volvía á caer en la monotonía ruidosa de su existencia: paseos en el bosque, primeras representaciones, comidas y cenas en la Maison-d'Or ó en el café Inglés; despues, todos los sitios públicos, todos los espectáculos en que la muchedumbre se codea: Mabelle, las revistas, las carreras. Y conservaba aún este vacío tonto, que le producía como calambres en el estómago.

A pesar de los continuos caprichos que habia tenido en el corazón, en el momento en que estaba sola estiraba los brazos con un gesto de fatiga inmensa.

La soledad la entristecía inmediatamente, porque se encontraba en ella con el vacío y el tedio de sí misma.

Muy alegre por oficio y por naturaleza, se volvía entónces lúgubre, resumiendo su vida en este grito, que le venía sin cesar entre los bostezos:

—¡Oh, cómo me fastidian los hombres!

Una tarde, al volver de un concierto, Nana notó en una acera de la calle de Montmartre una mujer que correteaba, con las botas torcidas, las enaguas sucias y un sombrero deteriorado por las lluvias.

De repente la jóven la reconoció.

—¡Parad, Carlos!—gritó al cochero.—Y llamado:

—¡Satin! ¡Satin!

Los transeuntes volvieron la cabeza; la calle entera miró.

Satin se habia aproximado, y se ensuciaba más aún contra las ruedas del coche.

—Sube, pues, hija mía —dijo Nana tranquilamente, burlándose de la gente.

Y la recogió, llevándola en su landó precioso, al lado de su traje de seda gris perla guarnecido de Chantilly, mientras que la calle sonreía de la alta dignidad del cochero.

Desde entónces Nana tuvo una pasion que la ocupó, Satin fue su vicio. Instalada en el hotel de la avenida Villiers, despues de bien lavada y vestida, durante tres días contó su San Lázaro y los fastidios con las hermanas, y esos indecentes de la policia, que la habian puesto en cartilla....

Nana se indignaba, la consolaba, juraba sacarla de allí aún cuando tuviese que ver al Ministro.

Entre tanto, no tenía por qué apresurarse, porque seguramente no la vendrían á buscar á su casa.

Y comenzaron largas siestas de ternura entre las dos mujeres, de palabras cariñosas, de besos cortados por risas. Era el mismo pequeño juego, interrumpido por la llegada de los agentes, calle de Laval, el que volvía á empezar entónces, en tono de broma.

Despues, una hermosa noche, esto se hizo serio. Nana, tan disgustada en casa de Laura, comprendia ahora. Se puso trastornada, rabiosa, tanto más, cuanto que, justamente en la mañana del cuarto día, Satin desapareció.

Nadie la habia visto salir. Se habia escapado con su traje nuevo, presa de una necesidad de aire, con la nostalgia de sus bulevares.

Este día hubo una tempestad tan ruda en el hotel, que todos los criados bajaban la cabeza sin pronunciar una palabra.

Nana estuvo á punto de pegar á Francisco, porque no se habia atravesado en la puerta.

Intentaba, sin embargo, contenerse, y trataba á Satin de indigna; esto la enseñaría á recoger semejantes basuras de medio del arroyo.

Por la tarde, como la señora se encerrase, Zoé la oyó gemir.

Por la noche pidió Nana bruscamente su carruaje, y se hizo conducir á casa de Laura.

Le había ocurrido la idea de que hallaría á Satin en la mesa redonda de la calle de los Mártires.

No era para volver á verla: era por ponerle los cinco dedos en la cara.

En efecto, Satin comía en una mesita con la señora Robert. Al divisar á Nana se echó á reír.

Esta, herida en el corazón, no provocó ninguna escena; antes al contrario, estuvo muy dulce y muy suave.

Pagó el champagne, emborrachó á cinco ó seis mesas, y despues se llevó á Satin mientras la señora Robert estaba en los gabinetes.

Sólo cuando estuvieron en el coche la mordió, y la amenazó, para otra vez, con matarla.

Pero Satin hacía continuamente esta jugarreta.

Veinte veces, trágica en sus furoros de mujer engañada, Nana corrió en persecucion de esta vagabunda, que se le escapaba por capricho, hastiada del bienestar del hotel.

Nana hablaba de abofetear á la señora Robert, y hasta llegó á soñar con un duelo.

Ahora, cuando comía en casa de Laura, se ponía sus diamantes, llevando á veces á Luisa Violaine, Maria Blond, Tantan Nené, todas resplandecientes, y en aquellas tres salas, entre el olor de la carne, bajo el gas amarillento, estas damas encanallaban su lujo; en tales dias Laura, muy ceñida y luciente, besaba á todas sus parroquianas con un aire de maternidad más cariñosa.

Satin, sin embargo, en medio de estas historias, conservaba su calma, con sus ojos azules y su puro rostro de virgen.

Mordida, golpeada, importunada entre las dos mujeres, decía simplemente que esto era muy gracioso y que harían muy bien en entenderse.

Con molestarla de este modo nada conseguían; ella no podía cortarse en dos, á pesar de su buena voluntad de ser amable para todo el mundo.

Al fin, Nana fué quien triunfó, colmando á Satin de ternura y de regalos; y para vengarse, la señora Robert escribió á su rival cartas abominables. Desde hacía algun tiempo el Conde Muffat parecia preocupado.

Una mañana, muy conmovido, puso bajo los ojos de Nana una carta anónima, en la cual, desde las primeras líneas, leyó que se la acusaba de engañar al Conde con Vandeubres y los hermanos Hugon.

—¡Es falso! ¡Es falso!—gritó enérgicamente con un acento de franqueza extraordinaria.

—¿Lo juras?—preguntó Muffat ya aliviado.

—¡Oh, sobre lo que tú quieras!.... ¡Mira, sobre la cabeza de mi hijo!

Pero la carta era larga.

En seguida se contaban allí sus relaciones con Satin en términos de una crudeza innoble.

Cuando hubo concluido, Nana sonrió.

—Ahora ya sé de dónde viene esto—dijo simplemente.

Y como Muffat queria otra negativa, repuso con tranquilidad:

—Esto, lobo mio, es una cosa aparte..... Nada tienes que ver en ello.

Nana no negaba. Hubo palabras de indignacion.

Entónces se encogió de hombros. ¿De dónde salía?

Esto se hacía en todas partes, y nombró á sus amigas, jurando que era cosa corriente entre las damas del gran mundo.

En fin, segun se explicaba, no había nada más comun ni más natural.

Lo que no era cierto, no era cierto; así, poco ántes, ya había visto cómo se indignaba respecto á lo de Vandeubres y los hijos Hugon.

¡Ah! Si esto fuera cierto, podría con mucha razon estrangularla.

Pero ¿á qué mentir sobre una cosa sin consecuencias?

Y repetía su frase:

—¿Qué puede importarte eso, veamos?

Despues, continuando la escena, cortó de pronto el diálogo con voz dura:

—Por lo demas, querido, si esto no te conviene, es muy sencillo..... Las puertas están abiertas..... ¡Ahí tienes! hay que tomarme como soy.

Él bajó la cabeza.

En el fondo estaba muy satisfecho de los juramentos de la joven.

Esta, viendo su omnimoda influencia, no se recataba ya.

Y desde entonces Satin fué instalada en la casa abiertamente ya, bajo el mismo pié que los señores.

Vandeubres no habia tenido necesidad de cartas anónimas para comprender, y bromeando, tenia con Satin pendencias celosas, mientras que Felipe y Jorge la trataban como camarada, con apretones de mano y familiaridades íntimas.

Una noche que, abandonada por su amiga, habia ido á comer á la calle de los Mártires, Nana tuvo una aventura.

Estando sola á la mesa, habia aparecido Daguinet; bien que hubiese modificado sus costumbrés, iba allí algunas veces arrastrado por una necesidad de vicio y esperando no ser reconocido en estos negros rincones de las indignidades de París.

Así, la presencia de Nana pareció turbarle desde luego.

Pero no era él hombre que se batiera en retirada.

Se aproximó con una sonrisa.

El joven preguntó si la señora tenia á bien permitirle comer á su mesa.

Y al verle bromear, Nana tomó su aire solemne y frio, y respondiéndole secamente:

—Coloçaos donde os plazca, caballero. Estamos en un sitio público.

Iniciada en este tono, la conversacion fué poco agradable. Pero á los postres, Nana, aburrida, ardiendo en deseos de saborear su triunfo, apoyó los codos sobre la mesa; despues, volviendo á tutearle:

—¿Y qué tal tu matrimonio, querido? Parece que eso marcha.

—No muy bien—confesó Daguinet.

Efectivamente, en el momento en que iba á arriesgar su petición en casa de los Muffat, habia encontrado tal frialdad en el Conde, que se abstuvo prudentemente. Le parecia un negocio fallido.

Nana le miraba fijamente con sus ojos penetrantes, la barba en la mano, y un pliegue irónico en los labios.

—¡Ah, yo soy una mala mujer!—repuso con lentitud.—¡Ah! Será preciso arrancar al futuro suegro de mis garras.... ¡Y bien! ¡A la verdad, para ser un muchacho listo, estuviste bonitamente tonto! ¡Cómo! ¡vas con esos cuentos á un hombre que me adora y que me lo repite todo!.... Escucha, sí: te casarás si yo quiero, pequeño.

Desde hacia un instante Daguinet lo comprendió muy bien; todo un proyecto de sumision habia cruzado por él repentinamente como única esperanza.

Sin embargo, continuaba en tono de broma, sin querer tratar el asunto por lo serio, y, despues de haberse puesto los guantes, le pidió con las formas estrictas la mano de la señorita Estela de Benville.

Nana concluyó por reir. ¡Oh, este Mimi! No habia medio de guardarle rencor.

Los grandes éxitos de Daguinet cerca de estas damas eran debidos á la dulzura de su voz; voz de una pureza y de una suavidad musicales, que le habia valido el apodo, entre las muchachas, de Boca de Terciopelo. Todas se dejaban vencer por la caricia sonora con que las envolvía.

Daguinet, teniendo conciencia de esta fuerza, la adormeció en un arrullo sin fin de palabras, contándole historias estúpidas.

Cuando abandonaron la mesa, Nana estaba toda encendida, vibrante en su brazo, reconquistada. Como hacia muy buen tiempo, despidió su coche, y él acompañóla á pié hasta su casa, subiendo despues, como era natural. Dos horas más tarde, la joven decia:

—Vamos, Mimi, ¿con que, te conviene este matrimonio?

—¡Diablo! Es lo mejor que podia sucederme.... Ya sabes que no tengo la bolsa muy repleta.

Nana le llamó para que le abrochára sus botas. Y despues de un rato de silencio:

—¡Dios mio! Yo no quiero más que tu bien.... Pero está seca como una horquilla esa muchacha. En fin, puesto que te conviene.... ¡Oh! yo soy muy complaciente, voy á precipitar ese asunto.

Despues, echándose á reir, con la garganta á un desnuda:

—Pero, ¿qué es lo que me vas á dar?

Dagnenet la habia cogido, besándola en los hombros, en un arrebato de agradecimiento. Ella retozaba muy alegre, resistiéndose y echándose hácia atras.

—¡Ah! ya, sí—gritó, excitada por este juego.—Escucha lo que quiero por mi comision.... El día de tu matrimonio me traerás el estreno de tu inocencia.... ántes que á tu mujer, ¿oyes?

—Eso es, eso es—dijo él riendo más fuerte todavía.

Este contrato les divirtió. Encontraban la historia muy graciosa.

Al día siguiente habia una comida en casa de Nana; era la comida habitual de los jóvenes: Muffat, Vandebres, los hermanos Hugon y Satin.

El Conde llegó muy temprano. Tenia necesidad de ochenta mil francos para librar á la joven de dos ó tres acreedores y darle un aderezo de zafiros que le hacia morir de envidia.

Como empezaba ya á atacar fuertemente su fortuna, buscaba un prestatamista, no atreviéndose aún á vender ninguna de sus propiedades. Por los consejos de Nana misma, se habia dirigido á Labordette; pero éste, encontrando el asunto demasiado pesado, quiso encargárselo al peluquero Francisco, quien con mucho gusto solia ocuparse en los negocios de sus clientes.

El Conde se puso en las manos de estos caballeros, con un deseo formal de no aparecer en nada; ambos se comprometian á guardar el pagaré de cien mil francos que Muffat firmaría, y se excusaban de estos veinte mil francos de interes declamando contra los malditos usureros, á quienes tuvieron que apelar, segun decian.

Cuando Muffat se hizo anunciar, Francisco concluia el peinado de Nana, y Labordette se encontraba tambien en el gabinete, con su familiaridad de amigo nada peligroso. Al ver al Conde puso discretamente un gran paquete de billetes de Banco entre los polvos y las pomadas, y el pagaré fué firmado sobre el mármol del mostrador.

Nana queria retener á Labordette para que comiese con

ella, pero él rehusó; tenia que acompañar por París á un rico extranjero.

Sin embargo, habiéndole tomado aparte Muffat para suplicarle que corriera á casa de Becker el joyista y trajese el aderezo de zafiros con el que queria dar una sorpresa aquella noche misma á la joven, Labordette se encargó con mucho gusto de la comision.

Media hora más tarde Julian remitia el estuche al Conde misteriosamente.

Durante la comida Nana estuvo nerviosa. La vista de los ochenta mil francos la habia agitado. ¡Decir que todo este dinero iba á pasar á los proveedores! Esto le disgustaba. Desde el primer plato, en este comedor soberbio, encendido por el reflejo de la vajilla de plata y de las copas de cristal finísimo, se entregó al sentimentalismo, celebrando las felicidades de la pobreza.

Los hombres vestian frac, ella misma llevaba una bata de raso blanco bordado, mientras que Satin, más modesta, de seda negra, tenia simplemente en el cuello un corazon de oro, regalo de su buena amiga. Y detras de los convidados, Julian y Francisco servian, ayudados por Zoé, los tres con mucha dignidad.

—A buen seguro que yo me divertiria más si no tuviese un cuarto, repetia Nana.

La joven habia colocado á Muffat á su derecha y á Vandebres á su izquierda; pero apenas los miraba, ocupada sólo con Satin, que se destacaba enfrente de ella, entre Felipe y Jorge.

—¿No es así, gata mia?—decia á cada frase.—Mucho nos hemos reido en aquella época, cuando íbamos á la pension de la madre Josse, calle Polonceau.

Se servia el asado. Las dos mujeres se lanzaron al mar de sus recuerdos. Eran como crisis de charlatanería, sintiendo como una brusca necesidad de remover el lodo de su juventud, y precisamente lo hacian siempre que habia allí hombres, cual si cediesen á una rabia de imponerles el estercolero en que habian crecido. Los caballeros palidecian, con miradas avergonzadas. Los hermanos Hugon trataban de reir, mién-

tras que Vandeubres rizaba nerviosamente su barba y Muffat redoblaba su gravedad.

—¿No te acuerdas de Vieter?—dijo Nana.—¡Un niño tan vicioso, que llevaba á las chiquillas á las bodegas!

—Perfectamente—respondió Satin.—Me acuerdo tambien del gran patio de tu casa. Habia allí una portera con una escoba.....

—La madre Bocdi; ha muerto.

—Y me parece ver aún vuestra tienda..... Tu madre era muy graca..... Una noche que estábamos allí, recuerdo que tu padre llegó borracho, pero muy borracho.....

En este momento Vandeubres intentó una desviación, arrojándose en medio de los recuerdos de las damas.

—Oid, queridas, tomaria con mucho gusto unas trufas..... Son exquisitas..... Ayer las comí en casa del Duque de Corbrense, que no valian la mitad de éstas.

—¡Julian, las trufas!—dijo rudamente Nana.

Después, volviendo á la conversacion:

—¡Ah! papá era poco razonable..... ¡De modo que la caída fué terrible! ¡Si hubiese visto dónde paramos, qué hundimiento tan espantoso!..... Yo puedo decir que he soportado todas las vergüenzas, y es un milagro que no haya dejado mi piel, como papá y mamá.

Esta vez Muffat, que jugaba con un cuchillo, enervado, se permitió intervenir.

—Pues no es muy alegre eso que contais.

—¿Eh? ¿qué? ¿que no es alegre?—gritó Nana con una mirada fulminante.—¡Ya lo creo que no es alegre!..... Tenian que darnos pan, querido mio..... ¡Oh! yo... yo soy una buena muchacha, yo digo las cosas como son. Mamá era lavandera, papá se emborrachaba y ha muerto. ¡Alí teneis! Si esto no os conviene..... si os avergonzais de mi familia.....

Todos protestaron. ¿A qué venía esto? Se respetaba á su familia. Pero ella continuaba:

—Si os avergonzais de mi familia..... ¡y bien! dejadme, porque yo no soy una de esas mujeres que reniegan de su padre y de su madre..... Hay que tomarme con ellos, ¿entendeis?

Todos lo aceptaban: aceptaban al papá, á la mamá, el pasado, lo que ella quisiera.

Con los ojos bajos, los cuatro se hacian ahora los chiquitos, mientras que Nana los tenia bajo sus viejos zapatos sucios de la calle de la Soutte-d'Or, con la cólera de su omnipotencia. Y no se calló todavía; bien pudieran darle fortunas, construirle palacios: ella echaria siempre de ménos la época en que comia patatas. ¡Una farsa el estúpido dinero! ¡Habia sido hecho para tenderos!

Después su acceso terminó con un deseo sentimental de vida sencilla, el corazón en la mano, en medio de una bondad universal. Pero en este momento echó de ver á Julian, que esperaba con los brazos colgando.

—¡Y bien! ¿qué? servid el champagne—le dijo.—¿Qué mirais de ese modo, como un ganso?

Durante la escena los criados no habian sonreído ni una vez.

Parecian no escuchar, más majestuosos á medida que la señora se abandonaba á aquellas confidencias.

Julian, sin tropezar, se puso á vertir el champagne. Por desgracia, Francisco, que presentaba las frutas, inclinó demasiado el frutero, y las manzanas, las peras, las uvas, rodaron sobre la mesa.

—¡Animal!—gritó Nana.

El criado cometió la injusticia de disculparse diciendo que las frutas no estaban colocadas sólidamente. Zoé las habia trastornado, cogiendo algunas naranjas.

—Entonces—dijo Nana—Zoé es una bestia.

—Pero, señora.....—murmuró la doncella, ofendida.

De pronto la señora se levantó, y con voz breve, con un ademán de régia autoridad:

—¡Basta!..... ¡Salid todos!..... No os necesitamos para nada.

Este golpe de energía la calmó. Inmediatamente se mostró muy dulce, muy amable.

Los postres fueron deliciosos: todos los caballeros se divertian con servirse á sí mismos. Pero Satin, que habia mondadado una pera, vino á comerla detrás de su querida, apoyada en sus hombros, diciéndole cosas al oído que la hacian reir fuertemente; después quiso partir con Nana su último pedazo,

ofreciéndoselo entre los dientes, y las dos se mordían los labios, acabando la fruta con un beso.

Entonces hubo una protesta cómica por parte de los señores: Felipe les gritó que no tuvieran reparo. Vandebres preguntaba si era necesario salir. Jorge había ido á coger á Satin por la cintura y la había llevado á su asiento.

—¡Qué tontos sois! — dijo Nana. — Estais ruborizando á esta pobre niña.... Anda, hija mía, déjalos burlarse. Estos son asuntillos nuestros.

Y volviéndose hácia Muffat, que miraba con aire serio:

—¿No es así, amigo mío?

—Sí, ciertamente — murmuró él, aprobando con un lento signo de cabeza.

Ya no hubo ninguna protesta.

En medio de estos caballeros, de estos grandes nombres, de esta antigua honradez, las dos muchachas, una enfrente de otra, cambiaban una mirada tierna, imponiéndose y reinando con el tranquilo abuso de su sexo y su desprecio manifiesto del hombre.

Ellos aplaudieron. Se subió á tomar el café al saloncillo.

Dos lámparas alumbraban con suave fulgor las colgaduras rosadas, las múltiples chucherías preciosas de laca y oro.

A estas horas de la noche, en medio de los cofrecitos, de los bronces, de las porcelanas, había una discreta combinación de luces iluminando las incrustaciones de plata ó de marfil, destacando el dorado de una moldura esculpida, ondulando en los cajines con un reflejo de seda.

El fuego de la tarde se extinguió en brasas; hacía mucho calor, un calor lleno de languidez, bajo los portières y las cortinas.

Y en esta estancia impregnada de la vida íntima de Nana, en donde rodaban sus guantes, una pluma caída, un libro abierto, se la encontraba medio desnuda, con su olor de violeta, en desorden amable, de un efecto encantador entre tantas riquezas; mientras que los sillones, largos como cedros, y los canapés, profundos como alcobas, invitaban á voluptuosas sofocencias, á terturas rientes, cuchicheadas en las sombras de los rincones.

Satin fué á tenderse cerca de la chimenea, en el fondo de un canapé.

Había encendido un cigarrillo; pero Vandebres se divertía provocando una escena atroz de celos, amenazándola con enviarle sus testigos si continuaba apartando á Nana de sus deberes.

Felipe y Jorge se ponían de su parte, la daban broma, la pellizcaban tan fuerte, que acabó por gritar:

—¡Querida! ¡querida! Oblígalos á estar tranquilos. Todavía están encima de mí.

—Veamos, dejadla — dijo Nana seriamente. — No quiero que la atormentéis.... Y tú, gata mía, ¿por qué te metes siempre entre ellos, sabiendo que son tan poco razonables?

Satin, toda encendida, sacando la lengua, se marchó al tocador, cuya gran puerta abierta dejaba ver la palidez de los mármoles, alumbrado por la blanquecina luz de un globo sin pulir, en que ardía una llama de gas.

Entonces Nana habló con los cuatro hombres como señora de casa, llena de encanto.

Acababa de leer una novela que hacía gran ruido, la historia de una cortesana, y se ponía furiosa, diciendo que todo esto era falso, expresando además una repugnancia llena de indignación contra esta literatura inmundada, cuya pretensión era sorprender la naturaleza. ¡Como si se pudiera mostrar todo! ¡Como si una novela no debiese ser escrita para pasar una hora agradable!

En asunto de libros y de dramas Nana tenía opiniones muy firmes: quería obras tiernas y nobles, cosas que la hicieran soñar y que engrandecieran su alma.

Después, habiendo caído la conversación sobre las inquietudes que agitaban á París, artículos incendiarios, principios de motín á consecuencia de llamamientos á las armas, lanzados cada noche en las reuniones públicas, se puso furiosa contra los republicanos.

¿Qué querían, pues, aquellos hombres sucios que no se lavaban jamás? ¿Acaso no eran dichosos? ¿Acaso el Emperador no lo había hecho todo por el pueblo? ¡Bonita porquería el pueblo!

Ella le conocía, podía hablar; y olvidando los respetos que acababa de exigir á la mesa para su sociedad de la calle de la Soutte d'Or, maltrataba á los suyos duramente.

Aquella tarde precisamente habia leído en *El Figaro* la reseña de una reunion pública, del género cómico, que la hacía reír aún á causa de las palabras dichas por un borracho que se habia hecho expulsar.

— ¡Oh! ¡Estos borrachos! — dijo con gran repugnancia. — No, ya veis, sería una gran desgracia para todo el mundo su república.... ¡ Ah, que Dios nos conserve el Emperador el más largo tiempo posible!

— Dios os oirá, querida — respondió gravemente Muffat. — Perded cuidado; el Emperador está sólido.

Le encantaba mucho ver estos buenos sentimientos. Muffat y ella se entendían en política.

Vandebres y el capitán Hugon tampoco cesaron en sus diatribas contra los demócratas, charlatanes que echaban á correr en cuanto veían una bayoneta.

Jorge estaba pálido, con aire sombrío.

— ¿Qué es lo que tiene este bebé? — preguntó Nana observando su malestar.

— ¿Yo? nada; escucho — murmuró.

Pero Jorge sufría.

Al levantarse de la mesa habia oído á Felipe bromear con la jóven; y ahora no era él, era Felipe quien se encontraba cerca de ella.

Todo su pecho parecia hincharse y estallar, sin saber por qué.

No podía soportar que estuvieran uno al lado de otro, y le oprimían la garganta tan infames ideas, que experimentaba una gran vergüenza en su angustia.

Él, que reía de Satin, que habia aceptado á Steiner, despues á Muffat, despues á todos los otros, se sublevaba, veía los objetos de color de sangre á la idea de que Felipe pudiese un día tocar á esta mujer.

— Toma, coge á Dijon — dijo ella para conrolarle, pasándole el perillo dormido sobre sus rodillas.

Y Jorge se puso muy alegre teniendo algo de ella; aquel animalejo, que estaba aún caliente de su contacto.

La conversacion habia recaído sobre una pérdida considerable experimentada por Vandebres la vispera en el Círculo Imperial.

Muffat no era jugador, y se extrañaba. Pero Vandebres, sonriendo, hizo una alusion á su ruina próxima, de que Paris hablaba ya; poco importaba el género de muerte; la cuestion era morir bien.

Desde hacia algun tiempo Nana le veía nervioso, con un pliegue especial en la boca y vacilantes fulgores en sus ojos claros. Conservaba su altivez aristocrática, la fina elegancia de su raza empobrecida, y aún los desfallecimientos observados por Nana no eran más que vértigos momentáneos que pasaban bajo aquel cráneo, vaciado por el juego y las mujeres.

Una noche, acostado cerca de ella, le habia espantado contándole una historia atroz: soñaba con encerrarse en su caballería y hacerse quemar con sus caballos cuando lo hubiera comido todo.

Su única esperanza en este momento se cifraba en un caballo, *Lusignan*, que preparaba para el premio de Paris.

Vivia sobre este caballo, que sostenía su vacilante crédito.

A cada exigencia de Nana la remitía siempre al mes de Junio, si *Lusignan* ganaba.

— ¡Bah! — dijo ella bromeando. — Bien puede perder, puesto que va á limpiarlos á todos en las carreras.

Él se limitó á responder con una fina sonrisa misteriosa. Despues ligeramente:

— A propósito, me he permitido dar vuestro nombre á mi yegua.... Nana, Nana, esto suena bien. ¿No os incomodáis?

— Incomodarme, ¿por qué? — dijo ella, muy contenta en el fondo.

La conversacion continuaba; se habló de una próxima ejecucion capital, á que la jóven ardía en deseos de ir, cuando Satin apareció á la puerta del tocador, llamándola con un tono de ruego.

Nana se levantó al mismo tiempo, y dejó á estos señores muellamente extendidos, acabando su cigarro, discutiendo una grave cuestion: la parte de responsabilidad de un homicidio alcanzado por alcoholismo crónico.

En el tocador, Zoé, tirada sobre una silla, lloraba á lágrima viva, mientras que Satin intentaba en vano consolarla.

—¿Qué ocurre, pues?—preguntó Nana sorprendida.

—¡Oh! Querida, háblala—dijo Satin.—Hace veinte minutos que quiero hacerla entrar en razon..... Llora porque tú la has llamado bestia.

—Sí, señora..... es muy duro..... es muy duro.....—baluceó Zoé, ahogada por una nueva crisis de sollozos.

De repente este espectáculo enterneció á la jóven. La consoló con buenas palabras. Y como la otra no se calmaba, se arrodilló delante de ella y la cogió la cintura, en un gesto de familiaridad afectuosa.

—Pero, tonta, yo he dicho bestia como hubiera podido decir cualquier cosa. ¡Qué sabía yo lo que me hacía! Estaba colérica..... Vamos, conozco que no tuve razon; cálmate.

—Yo, que amo tanto á la señora.....—baluceaba Zoé.—Después de lo que he hecho por la señora.....

Entonces Nana abrazó á la doncella.

Después, para demostrarle que no estaba incomodada, le regaló un vestido que se había puesto ella tres veces. Sus pendencias concluían siempre con regalos.

Zoé se tapaba los ojos con su pañuelo. Colocó el vestido sobre su brazo, y añadió aún que en la cocina estaban muy tristes; que Julian y Francisco no habían podido comer; de tal manera les quitaba el apetito la cólera de la señora. Y la señora les envió un luis, como prenda de reconciliación. El pesar alrededor de ella la hacía sufrir demasiado.

Nana regresaba al salón dichosa de haber arreglado esta riña, que la inquietaba para el día siguiente, cuando Satin la habló con vivacidad al oído.

Satin se quejaba y amenazaba con marcharse si estos hombres volvían á darle broma, y exigía que su querida los plantase á todos á la puerta esta misma noche. Así aprenderían. ¡Sería tan dulce quedar solas las dos!

Nana protestaba de que no era posible.

Entonces la otra la maltrató como niño irritado, imponiéndole su autoridad.

—¡Yo lo quiero, oyes!..... ¡Despídelos, ó soy yo quien se larga!

Y volvió á entrar en el salón, se extendió en el fondo de un diván, cerca de la ventana, silenciosa y como muerta, con sus grandes ojos fijos sobre Nana, esperando.

Los señores estaban de acuerdo en contra de las nuevas teorías criminalistas; con esta bella invención de irresponsabilidad en ciertos casos patológicos, no había ya criminales; había únicamente enfermos.

La jóven, que aprobaba con la cabeza, buscaba alguna manera de despedir al Conde. Los otros iban á partir; pero él se obstinaria seguramente.

En efecto, cuando Felipe se levantó para retirarse, Jorge le siguió al mismo tiempo; su única inquietud era dejar á su hermano detrás de él.

Vandenbres quedó algunos minutos aún; tanteaba el terreno, esperaba saber si por casualidad algún negocio obligaba á Muffat á cederle el puesto; después, cuando le vió instalarse redonda y definitivamente, no insistió más y se despidió como hombre de tacto. Pero cuando se dirigía hácia la puerta, divisó á Satin con su mirada fija, y comprendiendo, sin duda, fué á estrecharle la mano con muy buen humor.

—¿Eh? ¿Con que, nos hemos incomodado?—murmuró.—Perdóname..... ¡Tú eres la más distinguida; palabra de honor!

Satin no se dignó responder. No separaba sus ojos de Nana y el Conde que habían quedado solos. Como ya no tenían por qué contenerse, Muffat vino á sentarse cerca de la jóven y le cogió los dedos, que besaba.

Entonces ella, buscando una transición, preguntó si estaba mejor su hija Estela.

La vispera se había quejado de la tristeza de esta niña; no podía pasar un día dichoso en su casa, con su mujer siempre fuera y su hija encerrada en un silencio glacial.

Nana para estos asuntos de familia tenía siempre muy buenos consejos. Y como Muffat, con el cuerpo y el espíritu abatidos, comenzase otra vez sus clamores:

—¡Si tú la casases!—dijo ella acordándose de la promesa que había hecho.

En seguida se atrevió á hablar de Daguenet.

El Conde, á este nombre, hizo un gesto de disgusto. ¡Jamás, después de lo que le había contado!

Nana fingió extrañeza, estallando después en una carcajada, y cogiéndole por el cuello:

—¡Oh! ¡Miren el celoso!.... Pero sé razonable. Te habían hablado mal de mí, y yo estaba furiosa.... Hoy tendría un gran disgusto....

Pero por encima del hombro de Nana encontró la mirada de Satin. Inquieta, le soltó, continuando gravemente:

—Amigo mío, es preciso que este matrimonio se haga; yo no quiero impedir la felicidad de tu hija. Ese joven es muy bueno, y te sería difícil encontrar otro mejor.

Y se extendió en un elogio extraordinario de Daguenet. El Conde la había cogido las manos; no decía que no, ya vería, hablarían de esto.

Después, como indicara que iba á quedarse á pasar la noche, Nana bajó la voz y dió sus razones. Imposible, estaba indispueta; si la amaba un poco, no insistiría.

Sin embargo, él se empeñaba, rehusaba partir, y la joven iba ya cediendo, cuando nuevamente encontró la mirada de Satin. Entonces fué muy inflexible. No, no podía ser de ninguna manera.

El Conde, muy afectado, el aire dolorido, se levantó y buscó su sombrero. Pero á la puerta recordó el aderezo de zafiros, cuyo estuche sentía en su bolsillo; quería ocultarle en el fondo del lecho para que ella al acostarse lo encontrara con sus piernas; una gran sorpresa de niño, que meditaba desde que se sentó á la mesa. Y en su turbación, en su angustia de ser despedido así, le entregó bruscamente el estuche.

—¿Qué es esto?— preguntó Nana. —¡Toma! zafiros.... ¡Ah! sí, aquel aderezo. ¡Qué amable eres!.... Pero ¿estás seguro de que es el mismo, querido? En el escaparate hacía más efecto.

Estas fueron las gracias que le dió, y le dejó partir. El Conde acababa de divisar á Satin, acechando en su espera silenciosa.

Entonces miró á las dos mujeres, y no insistiendo más, sometiéndose, bajó.

Aun no estaba cerrada la puerta del vestíbulo, cuando Satin agarró á Nana por la cintura cantando y bailando. Después, yendo hacia la ventana:

—Voy á ver la facha que tiene sobre el empedrado.

Entre la sombra de las cortinas las dos mujeres miraron á la calle.

Daba la una. La avenida de Villiers, desierta, extendía la doble fila de sus mecheros de gas en el fondo de aquella noche húmeda de Marzo, que barrián grandes ráfagas de viento cargadas de lluvia.

Los terrenos incultos de los alrededores formaban agujeros de tinieblas; los hoteles en construcción elevaban sus andamios bajo el cielo negro.

Y ambas estallaron en una risa loca al ver la redonda espalda de Muffat, que se marchaba á lo largo de la mojada calle, con el reflejo trémulo de su sombra á través de esta llanura glacial y vacía del nuevo París. Pero Nana hizo callar á Satin.

—Ten cuidado: ¡los agentes!

Entonces ahogaron sus risas, mirando con un miedo raro, del otro lado de la avenida, dos figuras negras que marchaban acompasadamente.

Nana, en su lujo, en su majestad de mujer obedecida, había conservado un espanto de la policía, no queriendo oír hablar de ella más que de la muerte.

Cuando un agente levantaba los ojos sobre su hotel experimentaba un malestar. No se podía tener seguridad con estas gentes.

Si las oían reír á estas horas de la noche, podían muy bien tomarlas por mujerzuelas.

Satin se había estrechado contra Nana con un ligero calorífico.

Sin embargo, continuaban allí, interesadas por la aproximación de una linterna que bailaba en medio de los baches de agua de la calzada.

Era una vieja trapera, que escudriñaba los arroyos. Satin la reconoció.

—¡Toma!—dijo—, es la reina Pomaré con su cachemira de mimbres!

Y mientras que una ráfaga de viento y de menuda lluvia las azotaba la cara, puso al corriente á su querida de la historia de la reina Pomaré. ¡Oh! una mujer soberbia en otro tiempo, que ocupaba á todo París con su belleza; y un talento, una habilidad... los hombres conducidos como bestias, grandes personajes llorando en su escalera.

Ahora solía emborracharse: las mujeres del barrio, para reír un poco, la hacían beber ajeno, y después en las calles los pilluelos la perseguían á pedradas.

¡En fin, un verdadero hundimiento, una reina caída en el fango!

Nana escuchaba completamente fría.

—Vas á ver—añadió Satin.

Y silbó como un hombre

La trapera, que se hallaba bajo la ventana, levantó la cabeza y se mojó al amarillo fulgor de su linterna.

Entre aquel montón de harapos, bajo un pañuelo hecho trizas, se vió un rostro azulado, lleno de costurones, con el agujero desdentado de la boca y las orejas lividas inflamadas.

Y Nana, ante esta vejez horrible de cortesana hundida en el vicio, tuvo un brusco recuerdo: vió pasar en el fondo de las tinieblas la vision de Chaumont, aquella Irma d'Anglars, antigua mujer de la vida, colmada de años y de honores, subiéndola la gradería de su castillo en medio de un pueblo prosternado. Entonces, como Satin silbaba aún, riéndose de la vieja, que no la veía:

—¡Cállate, los agentes!—murmuró con voz conmovida.—
Entremos pronto, mi gata.

Los pasos acompasados se aproximaban.

Cerraron la ventana.

Al volverse Nana tiritando, los cabellos mojados, quedó un instante sobrecogida ante su salón, como si se hubiese olvidado y creyera entrar en un sitio desconocido. Encontraba aquí un aire tan tibio, tan perfumado, que experimentaba una sorpresa deliciosa. Las riquezas amontonadas, los muebles antiguos, los bordados de seda y de oro, los marfiles, los bronceos, dormían á la rosada luz de las lámparas, mientras que de todo el hotel mudo subía la sensación llena de un gran

lujo, la solemnidad de los salones de recepción, la amplitud confortable del comedor, el recogimiento de la vasta escalera con la blandura de las alfombras y de los asientos.

Era una dilatación brusca de sí misma, de sus necesidades de dominación y de goce, de su deseo de tenerlo todo para destruirlo todo.

Jamas había sentido tan profundamente la fuerza de su sexo.

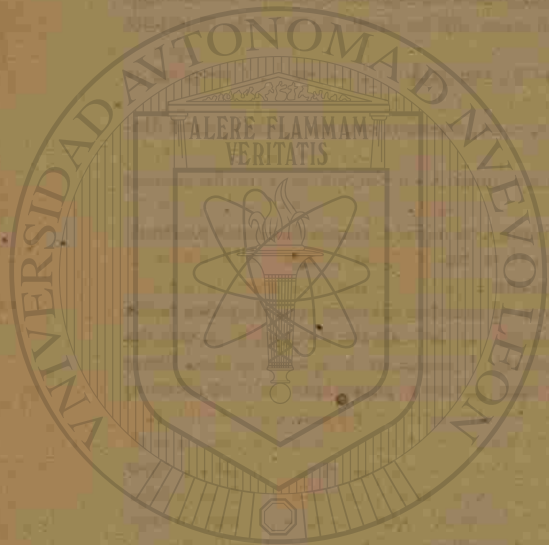
Paseó una lenta mirada, diciendo con un aire de grave filosofía:

—¡Y bien, es muy natural aprovecharse cuando una es joven!

Pero ya Satin se había echado á rodar sobre las pieles de oso de la alcoba y la llamaba.

—¡Vamos, vén pronto!

Nana se desnudó en el tocador. Para ir más de prisa, había cogido á dos manos su espesa cabellera rubia, y la sacudía por encima de la jofaina de plata, en la que cayó una lluvia de largos alfileres, que sonaban como una música sobre el blanco metal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

XI

El domingo siguiente, con un cielo agitado por los primeros calores de Junio, se corría el gran premio de París en el bosque de Boulogne. Por la mañana, el sol se había levantado entre un polvo rojizo. Pero hacía las once, en el momento en que los coches llegaban al hipódromo de Longchamps, un viento Sur había barrido las nubes; vapores grises, como grandes jirones, corrían por el espacio, surcando aquel cielo de un extremo á otro del horizonte largos trozos de un intenso azul; y á los rayos de sol, que caían de entre dos nubarrones, todo se iluminaba bruscamente: el campo, invadido poco á poco por una baraunda de trenes, de caballeros y de peatones; la pista aún vacía, con la garita del juez; el poste de llegada y los mástiles de cuadros indicadores; y enfrente, en medio del circuito en que se pesaban caballos y *jockeys*, las cinco tribunas simétricas que ostentaban sus galerías de madera y ladrillo. Hacia fuera se extendía la vasta llanura, envuelta en la luz del mediodía, con sus bordes cubiertos de pequeños árboles, cerrada al Oeste por las frondosas colinas de Saint-Cloud y de Suresnes, dominando el severo perfil del *Mont-Valerien*.

Nana, apasionada, como si el gran premio fuese á decidir de su fortuna, quiso colocarse contra la barrera, al lado del poste de llegada, Nana había llegado muy temprano, una de las primeras, en su landó á la Daumont, guarnecido de plata, tirado por cuatro caballos blancos magníficos: un regalo del Conde Muffat. Cuando se presentó á la entrada del circo, con



dos postillones que montaban los caballos de la izquierda, y dos lacayos inmóviles detras del coche, se produjo un rumor entre la muchedumbre, como al paso de una reina. Llevaba los colores de la caballeriza Vandebres, azul y blanco, en una *toilette* extraordinaria: la túnica de seda azul ceñida al cuerpo dibujaba atrevidamente los muslos, contrastando con los amplios vestidos de la época; despues llamaba la atencion la cola de raso blanco, las mangas de raso del mismo color, una banda de raso, blanco tambien, cruzada á la espalda, y adornado todo con un bordado de plata, que brillaba herido por el sol. Aparte de esto, para asemejarse más á un *jockey*, se habia puesto arrogantemente una toca azul de pluma blanca sobre sus cabellos, cuyos mechones de un rubio claro le caian por la espalda como una enorme serpiente metálica.

Daban las doce. Faltaban tres horas todavía para la carrera del gran premio. Cuando el landó estuvo colocado contra la barrera, Nana buscó una posicion cómoda, como si se hallára en su casa. Había tenido el capricho de llevar á Dijon y á Luisito. El perro, acostado entre sus enaguas, temblaba de frio á pesar del calor, mientras que el niño, cubierto todo de cintas y de encajes, estaba pálido y mudo, con su pobre carita de cera. Entre tanto, la jóven, sin inquietarse por sus vecinos, hablaba en voz muy alta con Jorge y Felipe Hugon, sentados ante ella sobre la otra banqueta, entre un monton tan grande de ramos de rosas blancas y de myosotis azules, que desaparecian hasta los hombros.

—Entónces—decia Nana, siguiendo una conversacion interrumpida, como me fastidiaba tanto, le enseñé la puerta.... Y hace dos dias que está de *monos*.

La jóven hablaba de Muffat, sólo que no confesaba á sus amigos la verdadera causa de esta primera querrela. Una noche el Conde habia encontrado en su alcoba un sombrero de hombre; ¡se trataba de uno de tantos caprichos de Nana!

—No podeis figuraros hasta qué punto es gracioso—continuó, divirtiéndose con los detalles que daba.—En el fondo es un santurrón rematado.... Todas las noches reza sus oraciones. Perfectamente. Él cree que yo no me hago cargo de nada porque me acuesto la primera para no cohibirle; pero le miro

de reajo, y le veo mascar su rezo, y hacer la señal de la cruz al volverse....

—¡Tiene gracia eso!—murmuró Felipe.—¿Y lo hace ántes y despues?

La jóven se echó á reir.

—Sí, ántes y despues. Cuando me quedo dormida, todavía oigo sus *pater noster*.... Pero lo más insoportable es que no podemos disputar sin que predique como un cura. Yo, por mi parte, siempre he tenido religion. Burlaos si quereis, pero esto no me impedirá creer lo que creo.... Sólo que él es demasiado fastidioso; solloza y habla de sus remordimientos. Así es que anteayer, despues de nuestra riña, ha tenido una verdadera crisis; yo no me consideraba del todo segura....

Pero se interrumpió para decir:

—Mirad, aquí llegan los Mignon. ¡Hola! han traído los niños... ¡y que están bien vestidos esos pequeños!

Los Mignon entraban en un landó de colores severos: un lujo sólido de burgueses enriquecidos. Rosa, en traje de seda gris, con lazos rojos, sonreía di hosa al ver el gozo de Enrique y de Carlos, sentados sobre la banqueta delantera y hundidos en sus anchas túnicas de colegiales, pero cuando el landó vino á colocarse cerca de la barrera y divisó á Nana, espléndida en medio de sus flores, con sus cuatro caballos y su librea, contrajo, los labios, y muy rígida, volvió la cabeza. Mignon, por el contrario, con mirada alegre y aspecto risueño, envió un saludo con la mano. Él, por principios, permanecia siempre ajeno á estas querellas de mujeres.

—A propósito—repuso Nana—¿conoceis á un viejecito muy limpio, de dientes podridos?.... Un señor Venot.... Ha venido á verme esta mañana.

—¡El señor Venot!—dijo Jorge estupefacto.—¡Es posible! ¡Si es un jesuita!

—Precisamente, ya me oí yo eso. ¡Oh, no teneis idea de la conversacion! ¡Ha sido muy chusca!.... Me ha hablado del Conde y de su hogar relajado, suplicándome que devolviera la felicidad á una familia.... Muy fino, por otra parte, muy sonriente.... Yo entónces le he respondido que no deseaba otra cosa, y me comprometí á unir al Conde con su mujer.... Ya

sabeis que esto no es una broma; tendré mucho gusto en ver dichas á esas gentes. Aparte de que me veré libre de un peso, porque, á la verdad, hay días en que me aburre demasiado.

Su laxitud de los últimos meses se traslucía en este grito de su corazón. Además, el Conde parecía hallarse en grandes apuros de dinero; estaba preocupado: el pagaré de Labor-dette corría peligro.

—Precisamente allí está la Condesa—dijo Jorge—cuyas miradas recorrían las tribunas.

—¿Dónde?—exclamó Nana.—¡Apénas tiene ojos este bebé! Tened mi sombrilla, Felipe.

Pero Jorge, con un movimiento brusco, se había adelantado á su hermano, afanoso de coger la sombrilla de seda azul con franja de plata. Nana recorría las tribunas con sus enormes gemelos.

—¡Ah! sí, ya la veo—dijo por fin.—En la tribuna de la derecha, cerca de un pilar, ¿no es esto? Viste color malva, y tiene á su hija al lado, de blanco.... Mirad, va á saludarlas Dagnenet.

Entonces Felipe habló del próximo matrimonio de Dagnenet con *aquella pèrtiga* de Estela. Era cosa hecha; se publicaban los edictos. La Condesa se opuso en un principio; pero el Conde, según rumores, había impuesto su voluntad. Nana sonreía.

—Ya sé, ya sé—murmuró.—Tanto mejor para Paul. Es un guapo muchacho, que merece eso y mucho más.

É inclinándose hácia Luisito, le dijo:

—¿Qué tal, te diviertes?... ¡Qué cara más seria!

El niño, sin sonreír, miraba á toda aquella gente con aire envejecido y como lleno de reflexiones tristes sobre lo que veía. Dijon, arrojado de entre las enaguas de la jóven, que se agitaba mucho, había ido á estrecharse temblando contra el pequeño.

Entre tanto el hipódromo se llenaba. Los coches llegaban continuamente por la puerta de la Cascada en una fila compacta, interminable. Eran grandes ómnibus á la Paulina, que venían del boulevard de los Italianos, cargados con sus cincuenta viajeros, y que iban á colocarse á la derecha de las tri-

binas; después *dog-carts* victorias, landós de una elegancia soberbia, confundidos con fiacres lamentables tira los por escuálidos rocines, y los *four-in-hand* empujando sus cuatro caballos, y los *mail-coachs* con los señores en el aire sobre las banquetas, dejando en el interior á los criados guardar las cestas del champagne, y las *arañas*, cuyas ruedas inmensas producían un rumor de acero; *tandems* ligeros, finos como piezas de relojería, que desfilaban en medio de un ruido de cascabeles. De cuando en cuando pasaba un jinete, y á través de los trenes corría una ola de gente espantada. El rodar estrepitoso de los coches que venían de las alamedas del Bosque se apagaba de repente sobre la hierba en un sordo frotamiento: no se oía sino la barandada de la creciente *mu-hedumbre*, gritos, llamadas, chasquidos de látigo estallando en el aire. Y cuando el sol, bajo las ráfagas de viento, reaparecía al borde de una nube, corría como un reguero de oro, iluminando arneses y penachos, brillando en los prendidos de las mujeres, mientras que entre aquel polvo luminoso los cocheros, sobre sus altos asientos, se destacaban con sus grandes látigos en la mano.

En tanto, Labor-dette bajaba de una carretela en que Gaga, Clarisa y Blanca de Sivry le habían reservado un sitio. Y como se apresurase para atravesar la pista y entrar en el departamento del peso, Nana le hizo llamar por Jorge. Después, cuando vino, le dirigió esta pregunta:

—¿Y cómo me cotizan?

Quería hablar de *Nana*, la yegua, aquella *Nana* que se había dejado derrotar vergonzosamente en el premio de Diana, y que en Abril y Mayo últimos ni siquiera había sido valorizada al correr el premio *Des Cars* y la *Grande Poule des Produits*, ganados por *Lusignan*, el otro potro de la caballeriza de Vandebres. De repente *Lusignan* había pasado á ser el prefiecto de todos: desde la víspera se le tomaba corrientemente á dos contra uno.

—Siempre á cincuenta—respondió Labor-dette.

—¡Diablo! No valgo muy cara—repuso Nana, á quien divertía este equívoco.—Ya me guardaré de tomar.... No, no pongo un luis sobre mí.

Labordette, muy atareado, trataba de marcharse; pero la jóven le llamó de nuevo. Quería un consejo. Él, que conservaba relaciones en el mundo de los caballistas y de los *jockeys*, tenía noticias particulares sobre las caballerizas. Veinte veces se habían realizado sus pronósticos. Se le llamaba el rey de los *tripoteurs*.

—Veamos: ¿sobre qué caballos debo tomar?— repetía la jóven.—¿A cómo está el inglés?

—¿*Spirit*? A tres.... *Valerio II*, á tres tambien.... En cuanto á los otros, *Cosinus*, á veinticinco; *Hassard*, á cuarenta; *Donu*, á treinta; *Pichenette*, á treinta y cinco; *Frangipane*, á diez....

—No, yo no apunto por el inglés, de ningun modo. Yo soy patriota.... ¿Eh? Quizás *Valerio II*.... El Duque de Corbreuse tenía poco há el aire radiante.... ¿Eh, no! Cincuenta luises sobre *Lusignan*: ¿qué opinas?

Labordette la miraba con un aire singular. Ella se inclinó, interrogándole en voz baja, porque no ignoraba que Vandebres se valia de él para tomar á los *bookmakers*, á fin de apostar más á su gusto. Él había comprendido alguna cosa, bien podia decirselo. Pero Labordette, sin explicarse, la decidió á que se confiara á su olfato: él colocaria los cincuenta luises como le pareciese, y acaso no tendria por qué arrepentirse.

—Todos los caballos que tú quieras —gritó la jóven alegremente al verle marchar;—pero nada de *Nana*: ¡está llena de mataduras!

Esto causó gran risa en el coche. Los jóvenes encontraban el equívoco muy gracioso, mientras que Luisito, sin comprender, levantaba sus ojos sin expresion hácia su madre, cuyas careajadas le sorprendian. Labordette, ademas, no pudo todavía escaparse. Rosa Mignon le habia hecho una señal y le daba órdenes, en tanto que él apuntaba cifras en una cartera. Despues le llamaron Clarisa y Gaga para cambiar sus apuestas; habian oido palabras entre la multitud; no querian ya á *Valerio II*, y tomaban á *Lusignan*; él, impasible, escribia. Por fin, logró escaparse y se le vió desaparecer del otro lado de la pista, entre dos tribunas.

Los coches seguian llegando sin interrupcion. Se iba for-

mando ahora una quinta fila, que se extendia á lo largo de la barrera, en una masa profunda, sembrada de caballos blancos. Despues, más allá, aquello era una dispersion de coches aislados ó confundidos, una mezcla de ruedas, de atalajes lanzados en todos sentidos, uno al lado de otro, de traves, frente á frente. Y en los trozos de prado que permanecian libres, trotaban los jinetes, y las gentes de á pié formaban grupos negros, continuamente en marcha. Por encima de este campo de feria, entre la aglomeracion de la muchedumbre, los puestos de bebidas alzaban sus tiendas de tela gris, que blanqueaban á los rayos del sol. Pero la baraunda, los montones de gente, los remolinos de sombreros estaban, sobre todo, alrededor de los *bookmakers* (1), subidos en coches descubiertos, gesticulando como dentistas, con sus cotizaciones cerca de ellos, pegadas sobre altas tablas.

—Es completamente tonto—decia Nana—no saber por qué caballo se apuesta. Quiero jugar algunas luises yo misma.

La jóven se habia puesto en pié para elegir un *bookmaker* que tuviese buena figura. Sin embargo, se olvidó de su deseo al divisar toda una muchedumbre de gente conocida. Ademas de los Mignon, Gaga, Clarisa y Blanca, habia allí, á derecha é izquierda, por detras y en medio de la masa de coches que rodeaban su landó, Tatan Nené, en compañía de María Blond, en una victoria; Carolina Heguet, con su madre y dos caballeros, en una carretela; Luisa Violaine completamente sola, conduciendo ella misma un canastillo adornado con los colores de la caballeriza Mediain, naranja y verde; Lea de Horn, sobre una alta banqueta de *mail-coach*, donde se albergaba un grupo de jóvenes. Más léjos, en un *huit-ressorts* (2) de corte aristocrático, Lucy Stewart, en traje de seda negra muy sencillo, ostentaba su aire de distincion al lado de un jóven alto, que

(1) *Bookmakers*, en el lenguaje especial de las carreras de caballos, son los agentes de las apuestas. Como el tecnicismo del *turf*, creado en Inglaterra, se ha aclimatado en todos los países de Europa, es completamente inútil verter al castellano ciertas voces, con las cuales están sin duda familiarizados nuestros lectores.

(2) Carruaje de ocho muelles.

llevaba el uniforme de aspirantes de marina. Pero lo que dejó estupefacta á Nana fué ver llegar á Simona en un *tandem*, que conducia Steiner, con un lacayo detras, inmóvil, los brazos cruzados; ella estaba deslumbradora, toda de raso blanco rayado de amarillo, cubierta de diamantes desde la cintura hasta el sombrero, mientras que el banquero, manejando un inmenso látigo, lanzaba los dos preciosos caballos, el primero, un pequeño alazan dorado, de trote de raton; el segundo, un gran bayo negro, un *stepper* de poderoso trote.

— ¡Diantre! — dijo Nana — ¡ Ese ladron de Steiner ha limpiado otra vez la bolsa!... ¿ Eh? ¡ Simona está elegantísima!

Sin embargo, cambió un saludo desde lejos. Agitaba la mano, sonreia, daba vueltas, no olvidaba á nadie, para hacerse ver de todos. Y continuaba hablando.

— ¿ Pero es su hijo ese que habla con Lucy? Está hermoso de uniforme... ¡ Hé aquí por qué ella se da tono! Ya sabes que tiene miedo de él, y se hace pasar por una actriz... ¡ Pobre jóven! Sin embargo, parece que se da cuenta de todo.

— ¡ Bah! — murmuró Felipe riendo — cuando quiera su madre, le encontrará una rica heredera en provincia.

Nana callaba. Acababa de divisar entre lo más espeso de los carruajes á la Tricon. Llegaba en un fiacre, desde el cual nada podia ver, pero la Tricon subió tranquilamente sobre el asiento del cochero. Y allá en lo alto, irguiendo su alta estatura, con su figura noble y su peinado á la inglesa, dominaba á la muchedumbre y parecia reinar sobre un pueblo de mujeres. Todas le sonreian discretamente. Ella, superior, afectaba no conocerlas. No iba allí para trabajar: seguía las carreras por placer, jugadora rabiosa por otra parte, y apasionada de los caballos.

— ¡ Mirad! ¡ el idiota de la Faloise! — dijo Jorge de repente.

Hubo una extrañeza general. Nana no reconocia ya á la Faloise. Desde que habia heredado, adquirió extraordinaria distincion. El cuello vacilante, vestido con un traje de un color indefinido, que se pegaba á sus flacos hombros, peinado con gran displicencia, afectaba movimientos de abandono, una

voz muelle, con palabras de *argot* y frases que no se tomaba el trabajo de concluir.

— ¡ Si está encantador! — declaró Nana seducida.

Gaga y Clarisa habian llamado á la Faloise, como arrojándose sobre él, tratando de engancharle de nuevo. Él las dejó inmediatamente con aire de desden. Nana le deslumbraba; miró hácia ella, apoyándose sobre el estribo del coche, y como la jóven le diese broma á propósito de Gaga, murmuró:

— ¡ Ah! ¡ no, la vieja acabó para siempre! Mi Julieta lo sois vos ahora....

Habia puesto la mano sobre el corazon. Nana reia mucho ante declaracion tan brusca al aire libre. Pero repuso:

— No se trata de eso tan sólo. Me haceis olvidar mis apuestas.... Jorge, ¿ ves ese *bookmaker* allá abajo, colorado y grueso, de cabellos encrespados? Tiene una cabeza de pillo que me agrada.... Vas á ir á llamarle á ése.... ¿ Eh? ¿ qué se puede apostar con él?

— Yo, nada de patriotismo, ¡ oh! ¡ no! — balbuceaba la Faloise; — yo, todo por el inglés.... ¡ Es más distinguido! ¡ Al diablo los franceses!

Nana quedó escandalizada. Entónces se discutieron los méritos de los caballos. La Faloise, para afectar que estaba muy al corriente, los trataba á todos de rocinos. *Fragipane*, del Barou Verdier, valia ménos que *The Truth et Lemaire*, un gran bayo, que habria tenido probabilidades si no se le hubiera castigado tanto. ¡ Oh! ¡ se ocultaba esto, pero él estaba seguro, palabra de honor! Y concluyó por recomendar á *Hasard*, un caballo de la caballeriza *Medwin*, el más defectuoso de todos, que nadie quería. ¡ Diablo! ¡ *Hasard*, una forma soberbia y una accion! ¡ Hé aquí un animal que iba á sorprender á todo el mundo!

— No — dijo Nana. — Voy á poner diez luises por *Lusignan* y cinco por *Boum*.

De repente la Faloise estalló:

— Pero, querida mía, *Boum* es asqueroso. ¡ Tened cuidado! Gasc mismo abandona su caballo.... Y vuestro *Lusignan* nunca, así como por *Lamb* y *Princess*: ¡ pensadlo bien! ¡ Jamas por *Lamb* y *Princess*! ¡ son demasiado cortos de piernas!

Estaba sofocado. Felipe hizo notar que, sin embargo, *Lusignan* había ganado el premio *Des Cars* y la *Grand Poule des Produits*. Pero el otro insistía. ¿Qué es lo que probaba esto? Nada absolutamente. Al contrario, había que desconfiar. Y además, era Gresham quien montaba á *Lusignan*, ¡de modo que era cosa segura! A Gresham le pasaria lo de siempre: jamás llegaba.

Y la discusión que se elevaba en el carruaje de Nana parecía extenderse de un extremo á otro. Se oían voces chillonas; la pasión del juego soplabá allí, encendiendo los rostros, descomponiendo los ademanes, mientras que los *bookmakers*, encaramados sobre sus coches, gritaban sus apuestas é inscribían cifras furiosamente. Allí no había más que cantidades menudas; las grandes apuestas se hacían junto al peso, y entre estos bolsillos limitados se despertaban todas las codicias ante la posible ganancia de algunos luises. En suma, la gran batalla se reñía entre *Spirit* y *Lusignan*. Algunos ingleses conocidos se paseaban entre los grupos como en su casa, con el rostro inflamado y triunfante. *Bramah*, un caballo de lord Reading, había ganado el gran premio el año precedente, derrota que hacía sangrar aún los corazones. Este año, si la Francia era vencida de nuevo, sería un verdadero desastre. De suerte que todas estas damas estaban apasionadísimas por orgullo nacional. La caballeriza de Vandebres era el escudo de nuestro honor: se exaltaba á *Lusignan*, se le defendía, se le aclamaba. Gaga, Blanca, Carolina y las otras apostaban por *Lusignan*. Lucy Stewart se abstenía á causa de su hijo; pero corrió el ruido de que Rosa Mignon había comisionado á Labordette para doscientos luises. Sólo la Tricon, sentada cerca de su cochero, esperaba el último minuto: muy fría en medio de las disputas, dominando el creciente rumor en que se oían sobre todo nombres de caballos, entre vivas frases parisienses mezcladas á las exclamaciones naturales de los ingleses; ella escuchaba y tomaba notas con aire de majestad.

— ¿Y Nana? — dijo Jorge. — ¿Nadie piensa en ella?

Nadie, en efecto, se acordaba de Nana. La yegua de la caballeriza Vandebres desaparecía en la popularidad de *Lusignan*. Pero la Faloise levantó los brazos al aire, diciendo:

— Tengo una inspiración.... Pongo un luis por Nana.

— ¡Bravo! Yo pongo dos luises — dijo Jorge.

— Yo tres — añadió Felipe.

Y fueron subiendo y lanzando cifras, como disputándose á Nana, haciendo su corte risueñamente. La Faloise hablaba de cubrirla de oro. Todo el mundo había de poner algo; se iban á reclutar jugadores. Pero cuando los tres jóvenes se alejaban para hacer propaganda, Nana les gritó:

— ¡Ya sabéis, yo no quiero, no! ¡Por nada del mundo!.... ¡Jorge, diez luises por *Lusignan* y cinco por *Valerio*!....

Sin embargo, ellos se habían lanzado. Nana, regocijada, los miraba escurrirse entre las ruedas, inclinarse al pasar bajo las cabezas de los caballos, recorrer el campo entero. En cuanto reconocían á uno en un coche, corrían á él y proponían á Nana. Y había grandes estallidos de risa, que pasaban sobre la muchedumbre cuando á veces se volvían triunfantes indicando números con el dedo, mientras que la joven, en pie, agitaba su sombrilla. Sin embargo, los reclutadores no hacían gran negocio. Algunas personas se dejaban convencer; por ejemplo, Steiner, á quien conmovía la presencia de Nana, arriesgó tres luises. Pero las mujeres se negaban absolutamente. Decían que para perder su dinero no valía la pena de apostar. Además, no querían contribuir al éxito de una mujer que las eclipsaba á todas, con sus cuatro caballos blancos, sus postillones y su aire de tragarse al mundo. Gaga y Clarisa, muy picadas, preguntaron á la Faloise si se burlaba de ellas. Cuando Jorge, atrevidamente, se presentó ante el coche de los Mignon, Rosa, exasperada, volvió la cabeza sin responder. ¡Se necesitaba poca vergüenza para dar su nombre á un caballo! Por el contrario, Mignon siguió al joven con aire divertido, diciendo que las mujeres atraen siempre la fortuna.

— ¿Y bien? — preguntó Nana cuando volvieron sus adoradores, después de una larga visita á los *bookmakers*.

— Estais á cuarenta — dijo la Faloise.

— ¡Cómo, á cuarenta! — gritó ella estupefacta. — Estaba á cincuenta.... ¿Qué pasa, pues?

Labordette, justamente, había reaparecido. Se cerraba la pista: un tañido de campana anunciaba la primera carrera. Y

en aquella ruidosa expectativa, Nana le interrogó sobre esta subida brusca. Pero él respondió evasivamente; sin duda se habían hecho demandas. La joven tuvo que contentarse con esta explicación. Además, Labordette, con aire preocupado, le anunció que Vandembres iba á llegar allí, si le era posible escaparse.

Concluía la carrera como inadvertida ante la expectación del gran premio, cuando un nublado apareció sobre el hipódromo. Desde hacía un instante el sol había desaparecido, y una luz livida envolvía á aquella muchedumbre. Se levantó un gran viento, y la nube se abrió en un brusco diluvio. Caían enormes gotas. Hubo un minuto de confusión, de gritos, de bromas, de juramentos, en medio del «sálvese el que pueda» de la gente de á pié, que corría á refugiarse bajo las tiendas de bebidas. En los coches, las mujeres se apresuraban á resguardarse, cubriéndose lo mejor que podían con sus sombrillas, mientras que los lacayos, azorados, corrían á los capotes. Pero el aguacero cesaba ya, el sol resplandecía en el polvo de lluvia que volaba aún. Un jirón azul se abría detrás de la nube, arrebatada por encima del Bosque. Y aquello fué como una alegría del cielo, alzándose otra vez las risas de las mujeres, tranquilas ya, mientras que la cascada de oro, entre el resplido de los caballos, entre la dispersión y el movimiento de aquella multitud empapada que se sacudía, vino á iluminar el campo, salpicado de gotas de cristal.

— ¡Ah, mi pobre Luisito! — dijo Nana. — ¿Te has mojado mucho, querido?

El pequeño, sin decir palabra, se dejó enjugar las manos. La joven había tomado su pañuelo. En seguida tapó á Dijon, que temblaba más fuerte. En cuanto al daño material, no había sido nada; algunas manchas sobre el raso blanco de sus vestidos; pero la tenía sin cuidado. Las flores, refrescadas por la lluvia, presentaban un brillo de nieve, y Nana, feliz en su negligencia, aspiraba un ramillete, mojando sus labios en aquel rocío.

Entre tanto, aquella lluvia repentina había llenado las tribunas bruscamente. Nana miraba con sus gemelos. A tal distancia sólo se distinguía una masa compacta y confusa, amon-

tonada sobre la gradería; un fondo sombrío, sobre el cual se destacaban los rostros como manchas pálidas. El sol se deslizaba por los rincones del techado, inundando á la muchedumbre en un limbo de luz, en que los adornos parecían palidecer. Pero á Nana le hacían gracia, sobre todo, las señoras á quienes el aguacero había arrojado de las bileras de sillas, alineadas sobre la arena al pié de las tribunas. Como la entrada al departamento del peso estaba absolutamente prohibida á cierta clase de mujeres, Nana hacía observaciones llenas de acritud sobre todas aquellas damas distinguidas, á quienes encontraba grotescas y de facha muy chusca.

Súbitamente corrió un rumor: la Emperatriz entraba en la pequeña tribuna central; un pabellón en forma de *chalet*, en cuyo largo balcon se veían varios sillones rojos.

— Sí, es él — dijo Jorge. — No le creía de servicio esta semana.

En efecto, la figura rígida y solemne del Conde Muffat había aparecido detrás de la Emperatriz. Entonces los jóvenes bromearon, sintiendo que no estuviese allí Satin para ir á pegarle sobre el vientre. Pero Nana, que miraba con sus gemelos, encontró la cabeza del Príncipe de Escocia en la tribuna imperial.

— ¡Allí está Carlos! — gritó.

Le encontraba más gordo. En diez y ocho meses había aumentado su volumen. Y dió todavía más detalles. ¡Oh! era un mozo muy sófido.

A su alrededor, en los coches de las damas, se cuchicheaba que el Conde la había abandonado. Era toda una historia. Las Tullerías se escandalizaban de la conducta del Chambelán, desde que había hecho públicas sus relaciones. Entonces, para conservar su posición, acababa de romperlas. La Faloise, lisa y llanamente, contó esta historia á la joven, ofreciéndose de nuevo y llamándola á su Julieta. Pero ella se echó á reír, diciéndole:

— Eso es estúpido.... Vos no le conceis; no tengo yo más que decir «¡vamos!», y él lo deja todo por mí.

Hacia un instante que examinaba á la Condesa Sabina y á Estela. Dagnenet estaba todavía al lado de estas señoras. Fau-

cherie, que llegaba, apartaba á la gente para saludarlas, y permaneció también allí sonriente. Entónces Nana continuó, mostrando las tribunas con un gesto desdefioso:

— ¡Ademas, ya sabeis, esas gentes me importan poco!.... ¡Las conozco demasiado! ¡Hay que ver eso por dentro!.... ¡No más respeto! ¡Acabó el respeto! Indecencia arriba, indecencia abajo; siempre indecencia y suciedad.... Hé aquí por qué no quiero que se me aburra con cuentos....

Y en su ademan irrespetuoso, comprendia desde los palafreneros que traían los caballos sobre la pista, hasta la Soberana, que hablaba con Carlos; un príncipe, pero un indecente también.

— ¡Bravo, Nana!.... ¡distinguidísima, Nana!.... — gritó la Faloise entusiasmado.

Los sonidos de la campanilla se perdian en el aire; continuaban las carreras. Se acababa de correr el premio de Jopahan, que había ganado *Berlingot*, un caballo de la caballeriza Mediam. Nana volvió á llamar á Labordette para pedirle noticia de sus cien luises; él se puso á reir, negándose á darle á conocer sus caballos, á fin de no espantar la suerte, según decia. Su dinero estaba bien colocado; iba á verlo muy pronto. Y como ella le confesase sus apuestas, Labordette se encogió de hombros, con la expresion del que cree que las mujeres hacen muchas tonterías. Esto la sorprendió; no comprendia una palabra.

En este momento el campo adquirió mayor animacion. Se organizaban *lunchs* al aire libre mientras se corria el gran premio. Se comía, se bebía más aún, en todas partes: sobre la hierba, sobre las elevadas banquetas de los *four-in-hand* y de los *mail-coachs*, en las victorias, los *cupés*, los landós. Era una exposicion de fiambres, una multitud de cestas de champagne, que los lacayos sacaban de los cajones de los coches. Los tapones saltaban con débiles detonaciones, llevadas por el viento; las bromas se sucedian; los ruidos de los vasos al romperse prestaban sus notas cascadas á esta alegría nerviosa. Guga y Clarisa hacian con Blanca una merienda sólida, comiendo *sandwichs* sobre una alfombra que extendieron sobre sus rodillas. Luisa Violaine, que bajó de su coche, vino á

juntarse con Carolina Heguet, y á sus piés, en el césped, varios caballeros instalaban las botellas de que bebían Tatan, Maria, Simona y las otras; mientras que, cerca de allí, en el aire, sobre el *mail-coach* de Lea de Horn, toda una banda se emborrachaba á la luz del sol, dominando aquella muchedumbre. Pero muy pronto se agruparon, sobre todo, ante el landó de Nana. Esta se habia puesto en pié, echando copas de champagne á los hombres que la saludaban. Uno de los lacayos, Francisco, pasaba las botellas, mientras que la Faloise, tratando de dar á su voz una entonacion canallesca, gritaba alegremente:

— ¡Aproximaos, señores!.... Hay para todos, aproximaos....

— Callaos, querido—acabó por decir Nana.— Parecemos saltimbanquis.

La jóven, que encontraba esto muy gracioso, se divertía mucho. Durante un momento tuvo la idea de enviar con Jorge una copa de champagne á Rosa Mignon, que afectaba no beber nunca. Enrique y Carlos se aburrían hasta reventar: el champagne atraía sus miradas. Pero Jorge apuró el vaso, temiendo una disputa. Entónces Nana se acordó de Luisito, olvidado detras de ella. Acaso tenia sed, y le obligó á tomar algunas gotas de vino, lo que le hizo toser horriblemente.

— ¡Aproximaos, aproximaos, señores!—repetía la Faloise.— Esto no cuesta dinero.... Lo damos gratis....

Pero Nana le interrumpió con una exclamacion:

— ¡Ehl! ¡Bordenave está allí!.... Llamadle, ¡ohl yo os lo niego: ¡corred!

Era Bordenave, en efecto, paseándose con las manos á la espalda, con un sombrero enrojecido por el sol, y un gaban grasiento, que blanqueaba por las costuras: un Bordenave decaído por la bancarota, pero siempre altanero, ostentando su miseria entre la alta sociedad, con la apostura de un hombre dispuesto á clavar la rueda de la fortuna.

— ¡Diablo! ¡Así me gusta!—dijo cuando Nana le tendió la mano bondadosamente.

Y despues de haber vaciado un vaso de champagne, exclamó con profundo pesar:

— ¡Ah, si yo fuese mujer!.... ¡Pero, voto á Luzbel, así no

se puede hacer nada! ¿Quieres volver al teatro? Tengo una idea; yo tomo la *Gaité*, y entre los dos hacemos estallar á París.... ¿Eh? Tú me debes esta reparación.

Y continuó gruñendo, dichoso, sin embargo, de volver á verla, porque decía: este diablo de Nana sólo con ponerse delante parece que vierte un bálsamo en mi corazón. Era su hija, su verdadera sangre.

El círculo iba creciendo. Ahora era la Faloise quien echaba vino: Felipe y Jorge reclutaban amigos. Una corriente lenta traía allí poco á poco el campo entero. Nana tenía para todos una sonrisa, una palabra amable. Los grupos de bebedores se aproximaban: todo el champagne convergía hacia ella, aproximándose la multitud alrededor de su landó, y la joven dominaba la baranda, entre los vasos que se extendían, con sus dorados cabellos sueltos, y su rostro de nieve bañado por el sol. Entonces, desde la cima, para irritar más á las mujeres, furiosas por su triunfo, levantó su vaso lleno, en su antigua postura de Venus victoriosa.

Pero á quien la tocaba por detrás, y al volverse, quedó muy sorprendida viendo á Mignon sobre la banqueta. Como venía á comunicarle una cosa grave, la joven se inclinó un instante y se sentó á su lado. Mignon decía por todas partes que su mujer cometía una ridiculez al querer mal á Nana: encontraba esto tonto é inútil.

—Ahí tienes, querida—murmuró.—No te fies, no exasperes demasiado á Rosa.... Ya comprendes; prefiero que estés prevenida.... Si, ella tiene un arma, y como no te ha perdonado jamás aquello de la *Duquesita*....

—Un arma—dijo Nana,—¿qué me importa á mí eso!

—Escucha, es una carta que debió encontrar en el bolsillo de Faucherie: una carta escrita á ese bruto por la Condesa Muffat. Y.... ¡diablo! esta carta lo canta todo.... Rosa quiere enviársela al Conde para vengarse de él.... y de tí.

—¿Y á mí qué me importa eso?—repitió Nana.—Pues tiene gracia.... ¡Y bien! tanto mejor, nos reiremos un poco.

—Pero yo no quiero—repuso Mignon vivamente.—¡Bonito escándalo se va á armar!.... Nada ganaremos con ello....

Se detuvo creyendo decir demasiado. Nana afirmaba que la

tenía sin cuidado. Pero, como él insistiese, le miró fijamente. Sin duda tenía miedo de ver á Fauchiere caer otra vez en su casa si rompía con la Condesa: esto era lo que Rosa quería, vengándose de paso, porque conservaba hacia el periodista una gran ternura. Y Nana se puso pensativa, reflexionando sobre la visita del señor Venot, mientras que germinaba en ella un plan, y en tanto que Mignon trataba de convencerla:

—Supongamos que Rosa envía la carta, ¿no es así? Habrá un escándalo. Tú estás mezclada en ello: se dice que tú eres la causa de todo.... En primer lugar, el Conde se separa de su mujer....

—¿Y por qué?—dijo la joven—al contrario....

A su vez ella se interrumpió. No tenía necesidad de pensar en voz alta. En fin, aparentó aceptar los puntos de vista de Mignon para desembarazarse de él; y como le aconsejara un acto de sumisión acerca de Rosa, por ejemplo, una visita allí mismo, en el campo de las carreras, delante de todos, Nana respondió que vería, que reflexionaría.

Un tumulto la hizo volver á levantarse. Sobre la pista, rápidos como el viento, llegaban los caballos. Era el premio de la ciudad de París, que ganaba *Cornepuse*. Dentro de un momento iba á ser corrido el gran premio: la fiebre iba en aumento; una ansiedad agitaba la muchedumbre, que, ondulante, inquieta, sentía como necesidad de precipitar los minutos. Y en esta última hora una sorpresa azoraba á los jugadores: el alza continua de la cotización de Nana, la yegua de la caballeriza de Vandebres. Los caballeros volvían á cada instante con una nota nueva: Nana estaba á treinta, Nana estaba á veinticinco, después á veinte, después á quince. Nadie comprendía ¡Una yegua vencida en todos los hipódromos; un animal que por la mañana ni á cincuenta le querían los jugadores! ¿Qué significaba aquel brusco cambio? Los unos se burlaban, hablando del negocio que iban á hacer los tontos. Otros, serios, inquietos, creían oler algo. Se trataba de un golpe quizá. Se hacían alusiones á historias, á robos tolerados en los campos de las carreras; pero esta vez el gran nombre de Vandebres detenía las acusaciones, y los escépticos debilita-

ban las sospechas, prediciendo que *Nana* llegaría bonitamente la última.

— ¿Quién es el *jockey* de *Nana*?—preguntó la Faloise.

Precisamente en aquel momento reaparecía la verdadera *Nana*. Entonces todos dieron á la pregunta el sentido ménos decente, estallando en exageradas risas. *Nana* saludaba.

— Price, respondió ella.

Y volvió á comenzar la discusión. Price era una celebridad inglesa desconocida en Francia. ¿Por qué Vandebres había hecho venir este *jockey*, cuando Gresham montaba á *Nana* de ordinario? Además, se extrañaban de verle confiar su *Lusignan* á ese mismo Gresham, que no ganaba jamás, según la Faloise. Pero todas estas observaciones se perdían entre las bromas, las negativas, el barullo de una confusión de opiniones extraordinarias. Se habían puesto á vaciar de nuevo botellas de champagne para matar el tiempo. Después se extendió un cuchicheo y se abrieron los grupos. Era Vandebres. *Nana* fingió estar incomodada.

— ¡Y bien, vaya una amabilidad, llegar á esta hora!.... Yo, que ardo en deseos de ver el peso.

— Entonces, venid—dijo el Conde—es tiempo aún. Daréis una vuelta. Tengo precisamente aquí una entrada de señora.

Y ella se colgó de su brazo, muy satisfecha de las miradas celosas con que Lucy, Carolina y las otras la seguían. Detrás de ella, los hermanos Hugon y la Faloise, que quedaron en el landó, continuaron haciendo los honores de su champagne. *Nana* les gritaba que volvía inmediatamente.

Pero Vandebres, habiendo divisado á Labordette, le llamó y cambiaron algunas breves palabras.

— ¿Lo habeis recogido todo?

— Sí.

— ¿Cuánto?

— Mil quinientos luises.

Como *Nana* inclinaba curiosamente el oído, se callaron. Vandebres, muy nervioso, tenía los ojos brillantes, surcados por aquellas pequeñas llamas que tanto la espantaban por la noche, cuando hablaba de hacerse quemar con sus caballos. Al atravesar la pista, la jóven bajó la voz y le tuteó.

— Dime, explícame.... ¿Por qué sube tanto tu yegua? ¡Es extraordinario!

Él se estremeció y dejó escapar:

— ¡Ah! con que, murmuran.... ¡Qué raza, estos jugadores! Cuando tengo un caballo predilecto, se arrojan todos encima y no dejan nada para mí. Después, cuando hay demandas en favor de un caballo que creen endeble, chillan y ladran como si se les llevase el dinero.

— Pero debiste prevenirme; yo he apostado—repuso *Nana*.— ¿Tiene algunas probabilidades?

Vandebres se sintió arrebatado por una cólera súbita.

— ¡Eh, déjame en paz!.... Todos los caballos tienen probabilidades. La yegua sube ¡pardiez! porque se han empeñado en que subiera. ¿Quién? Yo no lo sé.... Prefiero dejarte, si has de aburrirme con tus preguntas estúpidas.

Este tono no estaba ni en su temperamento ni en sus hábitos. La jóven quedó más admirada que ofendida. Por otra parte, él se sentía avergonzado; y como *Nana* le rogase secamente que fuese más fino, se excusó. Desde hacía algun tiempo tenía estos bruscos cambios de humor. Nadie ignoraba en el París galante y mundano que jugaba su última carta aquel día. Si no ganaban sus caballos, si le llevaban las sumas considerables apostadas sobre ellos, sería un verdadero desastre, un cataclismo; todo el edificio de su crédito, las grandes apariencias que sostenían su vida de lujo, vaciada por el desorden y la deuda, se hundían en una ruina estrepitosa. Y *Nana*, nadie lo ignoraba, era la devoradora de hombres que había acabado con éste, llegando la última á aquella fortuna quebrantada y dándole el golpe decisivo. Se contaban caprichos locos; el oro arrojado al viento; una partida en Baden, en que no le había dejado con qué pagar el hotel; un puñado de diamantes tirado al fuego en una noche de borrachera, para ver si ardían como el carbon. Poco á poco, con los encantos de su cuerpo y sus risas canalleas de antigua pasea-calleja, se había impuesto á este hombre, tan debilitado y tan fino, de una antigua raza. En este momento él lo arriacaba todo, y su enervamiento era tal, que perdió hasta la fuerza de su escepticismo. Ocho días ántes *Nana* se había hecho

prometer un castillo en la costa normanda, entre el Havre y Trouville, y Vandebres hacía cuestión de honor el sostener su palabra. Pero la veía tan estúpida, que la hubiera pegado en aquel instante de buena gana.

El guarda les había dejado entrar en el departamento del peso, no atreviéndose á detener á una mujer que iba del brazo del Conde. Nana, orgullosa de poner por fin el pié sobre esta tierra prohibida, media sus pasos, caminando con lentitud, ante las damas sentadas al pié de las tribunas. Había allí, sobre diez filas de sillas, una masa profunda de tocados y adornos, confundiendo sus vivos colores en la alegría del aire libre; se separaban las sillas, se formaban círculos familiares de gentes que se encontraban por casualidad, como bajo los árboles de un jardín público, corriendo los niños de un grupo á otro; y hacía arriba se veían las tribunas con sus gradas llenas de compacta muchedumbre, en que se destacaban los trajes de las señoras, á quienes Nana miraba descaradamente. También afectó mirar con fijeza á la Condesa Sabina. Después, al pasar ante la tribuna imperial, la vista de Muffat, en pié detrás de la Emperatriz, con su rigidez oficial, la divirtió mucho.

—¡Oh, qué aire tiene!— dijo en voz muy alta á Vandebres.

Quería visitarlo todo. Este extremo del parque, con sus musgos, sus espesuras de árboles, no le hacía ninguna gracia. Un nevero había instalado un gran *buffet* cerca de las verjas. Bajo una especie de cabaña rústica, con el techo cubierto de ranaje, muchas gentes discurrían y gesticulaban. Era el departamento del peso; pero aquello sólo le interesó un minuto. Total, sostenía Nana: no merecía la pena de incomodarse porque se os impidiese entrar allí dentro.

Daguenet y Faucherie, que pisaban, la saludaron. Ella les hizo una señal y tuvo ron que aproximarse. Nana les dijo su opinión sobre aquello. Después, interrumpiéndose:

—Mirad el Marqués de Chonard, ¿cómo ha envejecido! ¿Se va hundiendo ese viejo! ¿Continúa siempre tan rabioso?

Entonces Daguenet retiró el último golpe del Marqués: una historia de la antevíspera, que nadie sabía aún. Después de ha-

ber rondado durante meses, acababa de comprarle á Gaga su hija Amelia en treinta mil francos, según contaban.

—¡Y bien, eso es una infamia!— gritó Nana indignada.— ¡Tened hijas para eso!... Si, debe ser Lili aquella que está allá abajo en un cupé con una señora. También conozco esa cara... ¡Miren el viejo!

Vandebres no escuchaba, impaciente, deseoso de desembarazarse de ella. Pero habiéndole preguntado, Faucherie al marcharse, que si no había visto los *bookmakers* no había visto nada; el Conde tuvo que acompañarla á pesar de su repugnancia visible. Y de repente Nana se puso muy contenta; aquello, en efecto, era curioso.

Entre dos tapices de musgo, orillados por jóvenes castaños, se abría una rotonda; y allí, formando un vasto círculo, abrigados bajo las hojas de un verde claro, una apretada línea de *bookmakers* esperaba á los jugadores como en una feria. Para dominar la muchedumbre se alzaban sobre bancos de madera; tenían sus notas cerca de ellos, junto á los árboles, mientras que, con la mirada en acecho, inscribían las apuestas á un solo gesto, á una guiñada, tan rápidamente, que los curiosos con la boca abierta, los miraban sin comprender. Era una confusión; se gritaban cifras, se acogían con tumultos los cambios de cotización inesperados. Y por momentos, aumentando el ruido, los avisadores llegaban á escape, se detenían á la entrada de la rotonda, y lanzaban violentamente un grito: una partida, una llegada, que se acogía con largos rumores en esta fiebre de juego en pleno día.

—¡Están muy chuscos!— murmuró Nana divertidísima.— Tienen las caras patibularias.... Mira el alto que está allí.... No quisiera encontrarle sola en el fondo de un bosque.

Pero Vandebres le enseñó un *bookmaker*, un comerciante de novedades, que había ganado tres millones en dos años. Flaco, delicado y rubio, estaba rodeado de cierto respeto, se le hablaba sonriendo; la gente se paraba para verle.

En fin, abandonaban ya la rotonda cuando Vandebres dirigió un ligero signo de cabeza á otro *bookmaker*, que se permitió entonces llamarle. Era uno de sus antiguos cocheros, de hombros de buey, enorme, la cara de un color muy subido.

Ahora, que intentaba fortuna en las carreras, con fondos de origen dudoso, el Conde procuraba ayudarle y le encargaba sus apuestas secretas, tratándole siempre como criado á quien nada se le oculta. A pesar de esta proteccion, el hombre habia perdido sucesivamente sumas muy crecidas, y él tambien jugaba en este dia su carta suprema, con los ojos llenos de sangre, reventando de apoplegia....

—¡Y bien, Marechall—preguntó en voz baja Vandebres—¿hasta cuánto habeis dado?

—Hasta cinco mil luises, señor Conde—respondió el *book-maker* bajando igualmente la voz.—¿Eh? Buen negocio.... Os confesaré que he bajado la cotizacion; la he puesto á tres.

Vandebres hizo un gesto de contrariedad.

—No, no, yo no quiero; ponella á dos inmediatamente.... Ya no os diré más, Marechal.

—¡Oh! ahora ¿qué puede importarle al señor Conde?—replicó el otro con una sonrisa humilde de cómplice.—Me era preciso atraer á la gente para dar vuestros dos mil luises.

Entónces Vandebres le hizo callar. Pero cuando se alejaba, Marechal, asaltado por un recuerdo, sintió no haberle preguntado sobre el alza de su yegua. ¡Pues bonito iba á quedar él si la yegua tenía una poca de suerte, cuando acababa de admitir apuestas contrarias!

Nana, que no comprendia nada de la jerga cuchicheada por el Conde, no se atrevió, sin embargo, á pedirle nuevas explicaciones. Cada vez parecia más nervioso, y la confió brusca-mente á Labordette, al que encontraron ante el departamento del peso.

—Llevadla vos—dijo.—Yo tengo que hacer.... Hasta la vista.

Y el Conde entró en una pieza estrecha, baja de techo, con una gran balanza en el centro. Era como una sala de bagajes en una estacion de ferro-carril de cintura.

Nana experimentó allí una nueva decepcion; ella, que se habia figurado una cosa muy vasta, una máquina monumental para pesar los caballos. ¡Cómo! ¿no se pesaba más que á los *jockeys*? ¡Entónces esto no valia la pena de hacer tanto ruido con el peso! En la balanza, un *jockey* de aire estúpido, con el

galápago y los estribos sobre las rodillas, esperaba á que un hombre gordo, de gaban, comprobase su peso, mientras que un mozo de cuadra, á la puerta, sujetaba el caballo *Cosinus*, alrededor del cual se agrupaba la muchedumbre, absorta y silenciosa.

Se iba á cerrar la pista. Labordette daba prisa á Nana; pero volvió atrás para enseñarle un hombrequito que hablaba aparte con Vandebres.

Este es Price—dijo.

—¡Ah! sí, mi *jockey*—murmuró ella riendo.

Y le encontró lindamente feo. Todos los *jockeys* tenían el aire enclenque; sin duda, decia Nana, porque no los dejaban crecer. Este era un hombre de cuarenta años, parecido á un niño viejo disecado, con una larga cara flaca, llena de arrugas, apergamínada y como muerta. El cuerpo era tan nudoso, tan reducido, que la casaca azul, de mangas blancas, parecia ceñir un pedazo de madera.

—No, de fijo—repuso ella al marcharse—no haria mi felicidad.

La gente llenaba aún la pista, cuya hierba, mojada y pisada, se habia vuelto negra. Ante los dos cuadros indicadores en lo alto de la columna de hierro fundido, la muchedumbre se apretaba, levantando la cabeza, acogiendo con un rumor cada número de caballo que un hilo eléctrico, en comunicacion con la sala del peso, hacia aparecer. Algunos tomaban apuntes; *Pichenette*, retirado por su propietario, provocaba una exclamacion. Nana atravesó entre la gente, del brazo de Labordette. La campana colgada al mástil del oriflama sonaba con persistencia, para que se evacuase la pista.

—¡Ah! hijos míos—dijo al subir á su landó.—¡Vaya un chasco que me llevé con el peso!

Se la aclamaba batiendo palmas á su alrededor. «¡Bravo! ¡Nana!... ¡Ya está aquí Nana!...» Pero, ¡qué tontos eran! ¿La tomaban acaso por una pánfila? Volvia en el momento preciso. ¡Atencion! La cosa comenzaba. Ya se habia olvidado el champagne; todo el mundo cesó de beber.

Pero Nana tuvo una sorpresa al encontrar á Gaga en su coche con Dijon y Luisito sobre las rodillas; Gaga se habia de-

cido con objeto de aproximarse á la Faloise y disculpándose con que queria abrazar al bebé. Adoraba á los niños.

—A propósito, ¿y Lili?—preguntó Nana.—¿Es ella la que está allí abajo, en el cupé de ese viejo?.... Acaban de decirme una cosa indigna.

Gaga tomó un aspecto desconsolado.

¡Ay! querida, yo estoy enferma—dijo con dolor.—Ayer tuve que guardar cama en fuerza de llorar, y hoy no creia poder venir.... ¿Eh? ¿Sabes tú cuál era mi opinion? Yo no queria; yo la habia hecho educar en un convento para un buen matrimonio. Y mis consejos severos, y mi vigilancia continua.... Y bien, querida, se empeñó ella.... ¡Oh! fué una escena.... hubo lágrimas, palabras desagradables, hasta el punto de que la di un bofetón. Lili se aburría mucho, queria lanzarse á toda costa... Entónces, cuando dijo: «¿Eres tú, despues de todo, quien tiene el derecho de impedirme?», yo le contesté: «¡Tú eres una miserable, tú nos deshonoras, vétele!» Y cosa hecha, yo he consentido en arreglar el asunto.... ¡Pero hé aquí frustrada mi última esperanza, ¡ay! yo, que habia soñado cosas tan bellas!

El ruido de una pendencia las hizo levantarse. Era Jorge, que defendía á Vandebres contra rumores vagos que corrían en los grupos.

¿Por qué decir que abandona su caballo?—gritaba el jóven.—Ayer, en el salón de las carreras, ha tomado á *Lusignan* por mil luises.

—Sí, yo estaba allí—afirmó Felipe.—No ha puesto un solo luís sobre *Nana*.... Si *Nana* está á diez, él no intervino en ello para nada. Es ridículo atribuir tantos cálculos á la gente. ¿Qué interés puede tener en eso?

Labordette escuchaba con aire tranquilo y encogiéndose de hombros.

—Dejad que digan; algo se ha de hablar.... El Conde acaba ahora mismo de pagar quinientos luises lo ménos sobre *Lusignan*, y si pidió un centenar de luises sobre *Nana*, es porque un propietario debe aparentar siempre que cree en sus caballos.

—¡Silencio! ¿Qué nos importa eso?—exclamó la Faloise agi-

tando los brazos.—Quien va á ganar es *Spirit*.... ¡Hundida la Francia! ¡Bravo por la Inglaterra!

Un largo estremecimiento sacudía la muchedumbre, mientras que la campana, doblando de nuevo, anunciaba la llegada de los caballos á la pista. Entónces Nana, para ver bien, se puso en pié sobre una banqueta de su landó, pisando los ramos de myosotis y rosas. Con una mirada circular abrazaba el horizonte inmenso. En aquella hora, última de fiebre, se destacaba en primer término la pista vacía, cerrada con sus grises barreras, donde se alineaban los agentes de orden público, de dos en dos postes; y la extension de hierba, manchada por el lodo, parecia reverdecer, semeando á lo lejos una alfombra de suave terciopelo. Despues, en el centro, bajando los ojos, Nana veía el prado, en que bullía una muchedumbre que se empinaba sobre los piés, cogida á los coches, agitada y conmovida en un arrebató de pasión, con los caballos que relinchaban, las tiendas que erujían, los jinetes que lanzaban sus corceles entre la gente de á pié que corría á apoyarse contra las barreras; y del otro lado, cuando Nana se volvía hácia las tribunas, la multitud perdía sus proporciones, las masas profundas de cabezas no eran más que una mezola confusa, que llenaba las alamedas, las graderías, las alturas, destacándose un montón de jefes negros en el cielo. Y más allá aún, alrededor del hipódromo, sus ojos dominaban la llanura. Detras del molino, cubierto de hiedra, á la derecha, habia una hondonada de praderías cortadas por grandes sombras; enfrente, hasta el Sena, corriendo por bajo del ribazo en el cruce de las avenidas del parque, esperaban filas inmóviles de trenes; despues, hácia Boulogne, á la izquierda, el paisaje, prolongado de nuevo, abría como una brecha sobre las lontananzas azuladas de Meudon, que limitaba una alameda de pawlonias, cuyas rosadas copas, sin una hoja, formaban como una cascada de laca viva.

La gente continuaba llegando, y la línea, un hormiguero, venía de allá abajo por un camino estrecho, á través de las tierras; mientras que, muy lejos, del lado de París, el público que no pagaba, parecido á un rebaño acampado en los bosques, se movía bajo los árboles como una multitud de puntos negros.

Pero de pronto una gran alegría surgió de aquellas cien mil almas que llenaban este extremo del campo, bullendo como insectos que retozan bajo el vasto cielo. El sol, oculto hacía un cuarto de hora, reapareció, desparramándose en un lago de luz. Y todo relumbró de nuevo: las sombrillas de las mujeres, innumerables, parecían escudos de oro por encima de la muchedumbre. Se aplaudió al sol, saludándole con risas, y se extendían los brazos como para apartar las nubes.

En aquel momento un juez del *turf* se adelantó solo en medio de la pista desierta. Más arriba, hacía la izquierda, apareció un hombre con una bandera roja en la mano.

—Es el *starter*, el Baron de Maurice—respondió Labordette á una pregunta de Nana.

Al rededor de la jóven, entre los hombres que se oprimían hasta sobre el estribo de su coche, se elevaban exclamaciones, formándose una conversacion sin diálogo, de palabras lanzadas bajo el efecto inmediato de las impresiones. Felipe y Jorge, Bordenave, la Faloise, no podían callarse.

—¡No empujéis!.... Dejadme ver.... ¡Ah! el juez entra en su tienda.... ¿Decís que es el señor de Souvigny?.... ¿Eh? ya necesita buenos ojos.... Callaos, callaos.... se levanta el oriflama.... Hélos aquí: ¡atención!.... *Cosinus* es el primero.

Un oriflama amarillo y rojo se agitaba en el aire al extremo de un mástil. Los caballos llegaban uno á uno, conducidos por los mozos de las caballerizas, con los *jockeys* en las sillas, semejjando manchas brillantes á la luz del sol. Despues aparecieron *Cosinus*, *Hasard* y *Bom*. Luégo un murmullo acogió á *Spirit*, un soberbio bayo moreno, cuyos colores oscuros, uolím y negro, tenían una tristeza británica. *Valerio II*, pequeño, muy vivo, de un verde suave, bordado de rosa, obtuvo un éxito á su entrada. Los dos *Vandeubres* se hacían esperar. Por fin, detrás de *Frangipane* se dejaron ver los colores blancos y azules. Pero *Lusignan*, un bayo muy oscuro, de forma irreprochable, fué casi olvidado en la sorpresa que causó *Nana*. Nunca se la había visto así; los rayos del sol doraban la yegua alazana y la hacían brillar como un luis nuevo; el pecho, profundo; ligero el cuello, y la cabeza, nerviosa y fina.

—¡Mirad! ¡tiene mis mismos cabellos!—gritó Nana encantada.—¿Podréis creer que estoy orgullosa?

Se escalaba el landó. Bordenave estuvo á punto de poner el pié sobre Luisito, á quien olvidaba su madre. Bordenave le cogió con paternales gruñidos y lo alzó sobre sus hombros, murmurando:

—Este pobre chiquillo... Espera, voy á enseñarte á mamá... ¿Eh? Mirala allá abajo...

Y como Dijon le arañaba las piernas, cargó con él igualmente, mientras que Nana, dichosa con aquel animal que llevaba su nombre, echaba una mirada á las demas mujeres para ver la cara que ponían.... Todas estaban rabiosas. En este momento, sobre su fiacre, la Tricon, inmóvil hasta entónces, agitaba las manos, daba órdenes á un *bookmaker* por encima de la muchedumbre. Su olfato le decia algo; tomaba á *Nana*.

La Faloise, entre tanto, hacía un ruido insoportable. Ahora le dió por *Frangipane*.

—Tengo una inspiracion—repetía.—Mirad á *Frangipane*. ¿Eh? ¡qué accion!.... Tomo á *Frangipane* á ocho. ¿Quién tiene *Frangipane*?

—Estaos quieto—acabó por decirle Labordette.—Os agitaís mucho.

—*Frangipane*, un rocin—declaró Felipe.—Está lleno de sudor.... ¡Vais á verle!

Los caballos habían subido á la derecha, y partieron en un galope de ensayo, pasando desbandados ante las tribunas. Entónces se alteró apasionadamente, hablando todos á la vez.

—Muy largo de lomos es *Lusignan*, pero rápido.... Ya sabeis, ni un cuarto sobre *Valerio II*; es nervioso, galopa con la cabeza alta, es mal signo.... ¡Toma! *Burue* es quien monta á *Spirit*.... Os digo que no tiene espalda. Una buena espalda es el todo.... No, decididamente *Spirit* es demasiado caluroso.... Escuchad, yo he visto á *Nana* despues de la gran *Poule des Produits*, mojada, con el pelo caído y palpitándole los flancos horribilmente. ¡Veinte luises á que no llega!.... ¡Basta! ¡está pesado éste con su *Frangipane*! Ya no hay tiempo.... Ya parten,

Era la Faloise, que, llorando casi, se debatía para encontrar

un *bookmaker*. Hubo que hacerle entrar en razón. Todos los cuellos se estiraban. Pero el primer arranque no fué bueno: el *starter*, que se divisaba á lo lejos como un débil rasgo negro, no había bajado su bandera roja. Los caballos dieron la vuelta, despues de un ligero galope. Hubo aún dos falsas partidas. En fin, el *starter*, juntando los caballos, los lanzó con una destreza que arrancó gritos.

—¡Soberbio!.... ¡No, esto es casual!.... ¡No importa, ya están!

El clamor se ahogó en la ansiedad que comprimía los pechos. Ahora las apuestas se habían suspendido; la suerte se jugaba sobre la inmensa pista. Primero reinó un silencio como si se hubieran suspendido los alientos. Los rostros se alzaban pálidos, palpitantes. Al partir, *Hasard* y *Cosinus* habían hecho el juego poniéndose á la cabeza; *Valerio II* los seguía de cerca; los otros venían en un peloton confuso. Cuando pasaron ante las tribunas, estremeciendo el suelo con el brusco viento de la tempestad de su carrera, el peloton se adelantaba ya en más de cuarenta cuerpos de caballo.... *Frangipane* era el último; *Nana* se encontraba un poco detras de *Lusignan* y de *Spirit*.

—¡Diantre!—murmuró *Labordette*—¡qué bien se desenreda el inglés!

Todo el landó prurumpió en palabras, en vivas exclamaciones.

La emoción crecía; se seguía con los ojos á los *jockeys*, que desfilaban á la luz del sol como manchas brillantes. A la subida, *Valerio II* tomó la delantera, *Cosinus* y *Hasard* perdían terreno, mientras que *Lusignan* y *Spirit*, uno al lado del otro, llevaban siempre á *Nana* á sus alcances.

—¡Pardiez! el inglés ha ganado, es evidente—dijo *Bordenave*.—*Lusignan* se fatiga y *Valerio II* no puede sostenerse.

—¡Y bien, quedamos lucidos si el inglés gana!—exclamó *Felipe* en su arrebató de dolor patriótico.

Había un sentimiento de angustia, que comenzaba á embargar á toda esta gente amontonada. ¡Otra derrota! Y un voto ardiente, extraordinario, casi religioso, subía por *Lusignan*, mientras que se injuriaba á *Spirit* con su *jockey*, de una ale-

gría de seca muertos, entre la multitud esparcida en la hierba. Y *Nana*, que volvía lentamente sobre sí misma, veía á sus piés esta ola de caballos y de gentes, este mar de cabezas agitado y como arrastrado alrededor de la pista por el torbellino de la carrera, rayando el horizonte con el vivo relámpago de los *jockeys*. La jóven los había seguido de espaldas, al escape de las grupas, en la velocidad vertiginosa de las piernas, que desaparecían tomando la apariencia de finos cabellos.... Ahora, en el fondo, desfilaban de perfil, pequeños, delicados, sobre las lontananzas verdosas del bosque. Despues, bruscamente desaparecieron detras de un gran grupo de árboles plantados en medio del hipódromo.

—Sin embargo—gritó *Jorge*, siempre lleno de esperanza—esto no ha concluido.... El inglés afloja.

Pero la *Faloise*, con su desden nacional, llegó á estar escandaloso aclamando á *Spirit*. ¡Bravo! ¡Bien hecho! ¡La Francia tenía necesidad de esta eleccion! ¡*Spirit* el primero, y *Frangipane* el segundo! ¡Esto enseñaría á su patria! *Labordette*, exasperado, le amenazó seriamente con arrojarle del coche.

—Veamos cuántos minutos tardan—dijo apaciblemente *Bordenave*, que, mientras sostenía á *Luisito*, había sacado su reloj.

Los caballos reaparecieron uno á uno detras del grupo de árboles. Entonces se produjo un gran estupor: la muchedumbre prurumpió en un largo murmullo. *Valerio II* estaba aún á la cabeza; pero *Spirit* le iba adelantando, y detras de él *Lusignan* se había rezagado, mientras que otro caballo ocupaba su sitio. No se comprendió inmediatamente; se confundían las libreas. Partieron mil exclamaciones.

—¡Pero si es *Nana*!.... ¡Vamós, pues, *Nana*! Os digo que *Lusignan* no se ha movido.... ¡Eh, si, es *Nana*. Se la reconoce en su color de oro.... ¡Vedla ahora! ¡Qué fuego!.... ¡Bravo, *Nana*!.... Hace el juego de *Lusignan*. ¡Bah, esto no significa nada!

Durante algunos segundos, tal fué la opinion de todos. Pero, aunque lentamente, la yegua avanzaba siempre, en un esfuerzo continuo. Entonces se declaró una emoción inmensa. Los caballos rezagados perdieron todo su interés. Una lucha su-

prema se empeñaba entre *Spirit*, *Nana*, *Lusignan* y *Valerio II*. Se les llamaba por sus nombres; se hacían notar sus progresos ó sus desfallecimientos, con frases incompletas, balbuceadas.

Y *Nana*, que acababa de ocupar el sitio de su cochero, llena de agitacion, se habia puesto muy pálida, tan temblorosa y conmovida, que se calló. Cerca de ella, *Labordette* encontró de nuevo su sonrisa.

—¿Eh? el inglés se ha puesto malo —dijo gozosamente *Felipe*. —No va bien.

—En todo caso, *Lusignan* ha concluido —gritó la *Faloise*. *Valerio II* es quien llega.... ¡Mirad! Hé aquí los cuatro en peloton....

Una misma palabra salía de todas las bocas.

—¡Qué paso, hijos míos!.... ¡Un rudo paso, cuerpo de Cristo!

Ahora el peloton llegaba de frente entre una nube de polvo. Se sentía su aproximacion y casi su aliento; un rugido lejano, que crecía de segundo en segundo. Toda la multitud se habia arrojado impetuosamente á las barreras; y, precediendo á los caballos, un clamor profundo se escapaba de los pechos, corriendo de uno en otro, con el ruido de una ola que se rompe. Era la brutalidad última de una colosal partida; cien mil espectadores vueltos á su idea fija, y ardiendo en la misma necesidad de azar, detras de estos animales, cuyo galope arrastraba millones. Se oprimían, se estrujaban, con los puños cerrados, la boca abierta, cada cual para sí, cada cual azuzando á su caballo con la voz y el gesto. Y el grito de todo este pueblo, un grito salvaje, que reaparecía bajo el traje moderno, rodaba más y más distinto:

—¡Hélos aquí, hélos aquí, hélos aquí!

Pero *Nana* ganaba aún terreno; *Valerio II* se habia quedado atras y llevaba la delantera con *Spirit* á dos ó tres menos fogosos. El redoble de trueno habia crecido. Iban á llegar, y una tempestad de juramentos les acogía en el landó.

—¡Ah, *Lusignan*, gran cobarde, mal rociol!.... ¡Bien por el inglés! ¡Todavía, todavía, mi viejol!.... ¡Y este *Valerio*, qué chasco!.... ¡Ah, la carroñal! ¡Adios, mis diez luises!.... ¡No queda más que *Nana*! ¡Bravo, *Nana*! ¡Bravo, tunauta!

Y sobre su asiento, *Nana*, sin advertirlo, habia tomado un balanceo de caderas y muslos, como si fuera ella misma quien corriese. Parecía que ayudaba á la yegua con la voluptuosa oscilacion de su cuerpo.... A cada movimiento dejaba escapar un suspiro de fatiga, y decia con voz penosa y baja:

—Anda.... anda.... anda....

Se vió entónces una cosa soberbia. *Price*, de pié sobre los estribos, y látigo en alto, fustigaba á *Nana* con un brazo de hierro. Este viejo niño disecado, este rostro largo, duro y muerto, arrojaba llamas. Y en un arrebató de furiosa audacia, de voluntad triunfante, infundía su alma en la yegua, la sostenía, la arrastraba, mojada por la espuma, con los ojos sangrientos. Todo aquel tren pasó con un ruido de trueno, cortando las respiraciones, barriendo el aire, miéntras que el juez, con la mirada alerta, esperaba. Despues retumbó una inmensa aclamacion. Por un esfuerzo supremo, *Price* acababa de arrojar á *Nana* al poste.... venciendo á *Spirit* por un largo de cabeza.

Aquello fué como el clamor ascendente de una marea: ¡*Nana*! ¡*Nana*! ¡*Nana*! El grito rodaba, crecía, con una violencia de tempestad, llenando poco á poco el horizonte, las profundidades del bosque en el monte *Valerien*, las praderas de *Longchamps* en la llanura de *Boulogne*. Sobre el campo se habia declarado un entusiasmo loco:

—¡Viva *Nana*! ¡Viva la Francia! ¡Abajo la Inglaterra!

Las mujeres agitan sus sombrillas; los hombres saltaban y se volvían vociferando; algunos, con risas nerviosas, tiraban al aire sus sombreros. Y del otro lado de la pista respondía el apartado del peso, una agitacion removía las tribunas, sin que se viese distintamente otra cosa que un temblor del aire, como la llama invisible de un brasero, por encima de aquel monton viviente de figuras en desórden, con los brazos retorcidos, con los puntos negros de los ojos y la boca abierta. Esto no cesaba nunca, se hinchiaba más y más, volvía á comenzar en el fondo de las alamedas lejanas, entre el gentío que acampaba bajo los árboles para desparramarse y extenderse en la emocion de la tribuna imperial, donde la Emperatriz habia aplaudido. ¡*Nana*! ¡*Nana*! ¡*Nana*! El grito subía

entre los esplendores del sol, cuya lluvia de oro agitaba el vértigo de la muchedumbre.

Entonces Nana, de pié sobre el pescante de su landó, engrandecida, creyó que se le aclamaba á ella. Había quedado un instante inmóvil en el estupor de su triunfo, mirando la pista invadida por una oleada tan espesa, que no se veía el campo, cubierto por un mar de sombreros negros. Despues, cuando toda esta gente se hubo ordenado, formando una fila hasta la puerta de la salida, aclamando de nuevo á *Nana*, que se marcha con Price, quebrantado y como vacío, la jóven manoteó violentamente sobre sus muslos, olvidada de todo, expresando su triunfo en frases crudas:

— ¡Ah, nombre de Dios, he sido yo!.... ¡Ah, nombre de Dios, qué victoria!

Y no sabiendo cómo traducir el gozo que la trastornaba, abrazó y besó á Luisito, al que acababa de encontrar en el aire sobre los hombros de Bordenave.

— Tres minutos y catorce segundos—dijo éste metiendo su reloj en el bolsillo.

Nana continuaba escuchando su nombre, cuyo eco repercutía en toda la Hanura. Era su pueblo, que la aplandía, mientras que con sus cabellos de astro y su túnica blanca y azul, color del cielo, dominaba, bañada por el sol, aquella muchedumbre. Labordette, que se había marchado, acababa de anunciarle una ganancia de dos mil luises, porque había colocado sus cincuenta luises sobre *Nana*, á cuarenta. Pero este dinero la afectaba ménos que su victoria inesperada, cuyo brillante estrepito le hacía reina de París. Las mujeres habían perdido todas. Rosa Mignon, en un movimiento de rabia, había roto su sombrilla; y Carolina Heguet, y Clarisa, y Simona, y Lucy Stewart misma, á pesar de su hijo, juraban sordamente, exasperadas por la suerte de esta gruesa muchacha; mientras que la Tricon, que había hecho la señal de la cruz á la partida y á la llegada de los caballos, erguía su elevada talla por encima de ellas, satisfecha de su olfato y de su experiencia de matrona.

Entre tanto crecía la multitud de hombres alrededor del landó, y la turba había lanzando clamores feroces. Jorge, embria-

gado, continuaba gritando sólo desentonadamente. Como faltaba champagne, Felipe, llevando los lacayos, acababa de visitar las tiendas. Y la corte de Nana aumentaba siempre, su triunfo decidía á los rezagados, y el movimiento que había hecho de su coche el centro del campo terminaba en una apoteosis: la reina Vénus en el arrebato de locura de sus súbditos. Bordenave, detras de ella, mascaba juramentos con un enternecimiento de padre. Steiner misero, reconquistado, había abandonado á Simona y subía sobre uno de los estribos. Cuando llegó el champagne, cuando la jóven levantó su copa llena, fueron tales los aplausos, se gritaba tan fuerte: ¡Nana, Nana, Nana! que la muchedumbre, sorprendida, buscaba la yegua con los ojos, y no se sabía ya si era la bestia ó la mujer quien llenaba los corazones.

Entre tanto, y á pesar de las miradas terribles de Rosa, Mignon corria. Esta maldita muchacha le ponía fuera de sí, quería abrazarla. Luégo, despues de haberla besado sobre las dos mejillas paternalmente:

— Lo que me disgusta es que ahora Rosa va á enviar de seguro la carta.... Rabia demasiado.....

— ¡Tanto mejor, me conviene mucho!—dejó escapar Nana. Pero al verle estupefacto, se apresuró á responder:

— ¡Ah! No, ¿qué es lo que digo?.... ¡A la verdad, no sé lo que me digo!.... Estoy borracha.

Y borracha estaba, en efecto, pero borracha de gozo, borracha de sol: el vaso siempre levantado, se aclamó á si misma.

— ¡A *Nana*, á *Nana*!—gritó en medio de un recrudecimiento de desorden, de risas, de bravos, que poco á poco había ganado todo el hipódromo.

Las carreras se acababan, se corria el premio *Vaublanc*. Los coches partian uno á uno. En tanto, se oía el nombre de Vandebres entre acaloradas disputas. La cosa estaba clara: Vandebres hacia dos años preparaba su golpe, encargando á Gresham que refrenase á *Nana*, y él sólo había presentado á *Lusignan* para efectuar lo que se llama, en el tecnicismo del turf, el juego de la *pouliche*. ... Los perdidosos se incomodaban mientras que los que habían ganado se encogían de hombros. ¿Y qué? ¿No era esto lícito? Un propietario disponia sus ca-

ballerizas como le pareciese. ¡Cuántas veces se había visto esto! El mayor número excusaba á Vandebres, y despues de todo, se trataba de cifras que imponían respeto.

Pero otros ruidos, más graves, llegaban entre cuchicheos del apartado del peso. Los que venían de allí precisaban detalles, crecían las voces, se contaba públicamente un escándalo horrible. Este pobre Vandebres había concluido; su soberbio golpe había fracasado por una tontería incalificable, un robo estúpido, encargando á Marechal, un *bookmaker* tramposo, que diera por su cuenta dos mil luises contra *Lusignan*, con objeto de rescatar sus mil y pico de luises apostados abiertamente, una miseria; y esto probaba la mala fe en medio del último crujido de su fortuna. El *bookmaker*, prevenido de que no ganaría *Lusignan*, había realizado una ganancia de sesenta mil francos sobre este caballo. Únicamente Labordette, por falta de instrucciones exactas y detalladas, había ido justamente á tomarle doscientos luises sobre *Nana*, que el otro continuaba dando á cincuenta, en su ignorancia del verdadero golpe. Limpado de cien mil francos sobre la yegua, con pérdida de cuarenta mil, Marechal, que sentía hundirse todo bajo sus pies, había comprendido bruscamente, viendo á Labordette y al Conde hablar juntos despues de la carrera y ante la sala del peso; y en un furor de antiguo cochero, en una brutalidad de hombre robado, acababa de provocar públicamente una escena horrible, contando la historia con palabras atroces, concitando contra el Conde las iras generales. Se añadía que iba á reunirse el jurado de las carreras.

Nana, á quien Felipe y Jorge ponían al corriente en voz baja, hacía sus reflexiones sin cesar de reír y de beber. Era posible, despues de todo: ella recordaba ciertas cosas; además, este Marechal tenía una cabeza que no le abonaba. Sin embargo, chillaba aún, cuando apareció Labordette, y estaba atrozmente pálido.

—¿Y bien?—le preguntó á media voz.

—¡Hundido!—respondió él simplemente.

Y se encogió de hombros. ¡Un niño este Vandebres! Nana hizo un gesto de fastidio.

Por la noche, en Mabilie, Nana obtuvo un éxito colosal. Cuando se presentó, hácia las diez, el alboroto era ya formidable. Esta clásica velada de la locura había reunido toda la juventud galante, una sociedad de buen tono, que se codenaba violentamente en una brutalidad y una imbecilidad de lacayos. Se veían, al fulgor de aquellas luces de gas, trajes negros, mujeres descotadas con excesivos adornos, que daban vueltas en montón ó aullaban en medio de una embriaguez estúpida. A treinta pasos no se oían ya los instrumentos de la orquesta. Nadie bailaba. Palabras tontas, repetidas, no se sabía por qué, circulaban entre los grupos. Se hacían grandes esfuerzos para causar gracia. Siete mujeres, encerradas en el vestuario, lloraban por que se las abriese la puerta. Un ramo de lilas encontrado y vendido á puja había alcanzado el precio de dos luises. Precisamente en aquel momento llegaba Nana, vestida aún con su traje de carrera, blanco y azul. Se le regaló el ramo en medio de una tempestad de bravos. Se apoderaron de ella á pesar suyo; tres de aquellos señores la condujeron en triunfo al jardín, pisoteando el césped y las flores; y como la orquesta servía de obstáculo, se la tomó por asalto, rompiendo las sillas y los atriles. Una policía paternal organizaba el desórden.

Hasta el martes no se repuso Nana de las emociones de su victoria. Estaba en la mañana de dicho día con la señora Lerat, que había venido á darle noticias de Luisito, enfermo desde que asistió á las carreras. Toda una historia que ocupaba á París entero la apasionaba. Vandebres, excluido de los campos de las carreras, ejecutado la misma noche en el Círculo Imperial, se había hecho abrasar en su caballeriza con sus caballos.

—Bien me lo había dicho—repetía la jóven.—¡Este hombre era un verdadero loco!.... ¡Cuando me contaron eso ayer noche, tuve un miedo horrible! Ya comprendes, pudo muy bien asesinarme una noche.... Y despues, ¿no debía haberme prevenido respecto á su caballo? ¡Al ménos, ¿hubiera hecho mi fortuna!.... Pero, dijo á Labordette que si yo hubiese sabido el negocio, lo habría descubierto inmediatamente á mi peluquero y á un montón de hombres. ¡Qué fino es esto!.... ¡Ah! No, en verdad, no tengo por qué sentirlo mucho.

Después de reflexionar, se había puesto furiosa. Justamente Labordette entró entonces: había arreglado sus apuestas, y le traía una cuarentena de miles de francos. Esto no consiguió sino aumentar su mal humor, porque hubiera debido ganar un millón. Labordette, que se hacía el inocente en toda esta aventura, abandonaba redondamente á Vandebres. Estas antiguas familias estaban agotadas y concluían de una manera estúpida.

—¡Eh! No—dijo Nana;—eso no es estúpido, prenderse fuego de tal modo en una caballeriza. Yo encuentro que el Conde ha acabado magníficamente.... ¡Oh! Ya sabes, yo no defiendo su historia con Marechal. Eso es imbécil. ¡Cuando pienso en que Blanca ha tenido el descaro de colgarme el sambenito! Mi respuesta fué la siguiente: «¿Le he ordenado yo robar?» ¿No es esto? Se puede pedir dinero á un hombre sin lanzarle al crimen.... Si él me hubiera dicho: «Yo no tengo nada», yo le habría contestado: «Pues bien, sepárenos», y la cosa no hubiera pasado de ahí.

—Sin duda—dijo la tía gravemente.—¡Cuando los hombres se obstinan, tanto peor para ellos!

—Pero en cuanto á la pequeña fiesta final, ¡oh, admirable!—repuso Nana.—Parece que ha sido terrible. Había alejado á todo el mundo, y se encerró allá dentro con petróleo.... ¡Y era de ver cómo ardía! Imaginaos un gran monton de madera, de paja y de henó.... Las llamas subían como torres.... Lo más hermoso eran los caballos, que se resistían á dejarse tostar. Se les oía patear, arrojarse á las puertas, lanzar verdaderos gritos de persona....

Labordette hizo un ligero gesto de incredulidad. Él no creía en la muerte de Vandebres. Alguien juraba haberle visto escaparse por una ventana. Había prendido fuego á su caballeriza en una exaltación de su cerebro; sólo que al sentirse calentarse demasiado, hubo de ceder en sus ímpetus. Un hombre tan tonto con las mujeres, tan esquilado, no podía morir con esta magnificencia.

Nana le escuchaba, perdida la ilusión. Y no encontró más que esta frase:

—¡Oh! ¡El desgraciado! ¡Eso era tan hermoso!

XII

Hacia la una de la madrugada, en el gran lecho tapizado de punto de Venecia, Nana y el Conde no dormían aún. Había llegado la noche, después de una rabieta de tres días. La alcoba, débilmente iluminada por una lámpara, parecía dormir, caliente y húmeda de un olor de amor, con la vaga palidez de sus muebles de laca blanca incrustada de plata. Una cortina corrida envolvía el lecho en una ola de sombra. Hubo un suspiro; después un beso cortó el silencio, y Nana, escurriéndose entre las ropas, quedó un instante sentada al borde de las sábanas, con las piernas desnudas. El Conde, caída la cabeza sobre la almohada, permanecía en lo oscuro.

—Querido, ¿tú crees en el buen Dios?—preguntó la joven después de un momento de reflexión, la cara grave, invadida de un espanto religioso, al salir de los brazos de su amante.

Desde por la mañana se quejaba de cierto malestar, y todas sus ideas necias, como decía, ideas de muerte y de infierno, la preocupaban sordamente. Con frecuencia agitaban sus noches miedos infantiles, visiones espantables, y, con los ojos abiertos, solía tener pesadillas atroces. Nana repuso:

—¿Eh? ¿Crees que yo iré al cielo?

Y recorría su cuerpo un calofrío, mientras que el Conde, sorprendido por estas preguntas singulares en semejante momento, sentía despertarse sus remordimientos de católico. Pero deslizándose la camisa de sus hombros, desanudados los cabellos, Nana se dejó caer sobre el pecho de Muffat, sollozando y asiéndose á él con fuerza.

Después de reflexionar, se había puesto furiosa. Justamente Labordette entró entonces: había arreglado sus apuestas, y le traía una cuarentena de miles de francos. Esto no consiguió sino aumentar su mal humor, porque hubiera debido ganar un millón. Labordette, que se hacía el inocente en toda esta aventura, abandonaba redondamente á Vandebres. Estas antiguas familias estaban agotadas y concluían de una manera estúpida.

—¡Eh! No—dijo Nana;—eso no es estúpido, prenderse fuego de tal modo en una caballeriza. Yo encuentro que el Conde ha acabado magníficamente.... ¡Oh! Ya sabes, yo no defiendo su historia con Marechal. Eso es imbécil. ¡Cuando pienso en que Blanca ha tenido el descaro de colgarme el sambenito! Mi respuesta fué la siguiente: «¿Le he ordenado yo robar?» ¿No es esto? Se puede pedir dinero á un hombre sin lanzarle al crimen.... Si él me hubiera dicho: «Yo no tengo nada», yo le habría contestado: «Pues bien, sepárenos», y la cosa no hubiera pasado de ahí.

—Sin duda—dijo la tía gravemente.—¡Cuando los hombres se obstinan, tanto peor para ellos!

—Pero en cuanto á la pequeña fiesta final, ¡oh, admirable!—repuso Nana.—Parece que ha sido terrible. Había alejado á todo el mundo, y se encerró allá dentro con petróleo.... ¡Y era de ver cómo ardía! Imaginaos un gran monton de madera, de paja y de henó.... Las llamas subían como torres.... Lo más hermoso eran los caballos, que se resistían á dejarse tostar. Se les oía patear, arrojarse á las puertas, lanzar verdaderos gritos de persona....

Labordette hizo un ligero gesto de incredulidad. Él no creía en la muerte de Vandebres. Alguien juraba haberle visto escaparse por una ventana. Había prendido fuego á su caballeriza en una exaltación de su cerebro; sólo que al sentirse calentar demasiado, hubo de ceder en sus ímpetus. Un hombre tan tonto con las mujeres, tan esquilado, no podía morir con esta magnificencia.

Nana le escuchaba, perdida la ilusión. Y no encontró más que esta frase:

—¡Oh! ¡El desgraciado! ¡Eso era tan hermoso!

XII

Hacia la una de la madrugada, en el gran lecho tapizado de punto de Venecia, Nana y el Conde no dormían aún. Había llegado la noche, después de una rabieta de tres días. La alcoba, débilmente iluminada por una lámpara, parecía dormir, caliente y húmeda de un olor de amor, con la vaga palidez de sus muebles de laca blanca incrustada de plata. Una cortina corrida envolvía el lecho en una ola de sombra. Hubo un suspiro; después un beso cortó el silencio, y Nana, escurriéndose entre las ropas, quedó un instante sentada al borde de las sábanas, con las piernas desnudas. El Conde, caída la cabeza sobre la almohada, permanecía en lo oscuro.

—Querido, ¿tú crees en el buen Dios?—preguntó la joven después de un momento de reflexión, la cara grave, invadida de un espanto religioso, al salir de los brazos de su amante.

Desde por la mañana se quejaba de cierto malestar, y todas sus ideas necias, como decía, ideas de muerte y de infierno, la preocupaban sordamente. Con frecuencia agitaban sus noches miedos infantiles, visiones espantables, y, con los ojos abiertos, solía tener pesadillas atroces. Nana repuso:

—¿Eh? ¿Crees que yo iré al cielo?

Y recorría su cuerpo un calofrío, mientras que el Conde, sorprendido por estas preguntas singulares en semejante momento, sentía despertarse sus remordimientos de católico. Pero deslizándose la camisa de sus hombros, desanudados los cabellos, Nana se dejó caer sobre el pecho de Muffat, sollozando y asiéndose á él con fuerza.

— ¡Tengo miedo de morir!... ¡Tengo miedo de morir!

El Conde pasó los trabajos del mundo para consolarla. Él mismo tenía ceder al arrebato de locura de esta mujer, pegada á su cuerpo, en el terror contagioso de lo invisible, y la hacía reflexiones: ella se conducía muy bien, debiendo simplemente continuar así para merecer un día el perdón. Nana meneaba la cabeza; sin duda que no hacía daño á nadie, y aún llevaba siempre una medalla de la Virgen, que le enseñaban arregladas de antemano; ¡todas las mujeres no casadas que tenían hombres iban al infierno! Recordaba ahora los trozos de su Catecismo. ¡Ah, si se supiese todo con certeza!... Pero no se sabía nada; no había uno que trajese noticias, y si los curas decían tonterías, verdaderamente sería estúpido molestar. Sin embargo, besaba devotamente la medalla, tibia por el contacto de su piel, como un conjuro contra la muerte, cuya idea la llenaba de un horror frío.

Fué preciso que Muffat la acompañase al tocador; temblaba de estar allí un minuto sola, aún dejando la puerta abierta. Cuando el Conde se volvió á la cama, Nana recorrió aún toda la pieza, escudriñando los rincones, estremeciéndose al más ligero ruido. Un espejo la detuvo, olvidándose de todo, como otras veces, ante el espectáculo de su desnudez. Pero la vista de su garganta, de sus caderas y de sus muslos reducía su temor, y concluyó por tocarse los huesos de la cara durante mucho tiempo con las dos manos.

— ¡Qué fea es una cuando está muerta! — dijo con lenta voz. Y se apretaba las mejillas, agrandaba los ojos, contraía las mandíbulas para ver cómo estaría. Después, volviéndose hacia el Conde, desfigurada de este modo:

— Mirame; tendré la cabeza muy pequeña.

Entonces él se incomodó.

— Tú estás loca; vén á acostarte.

Muffat la veía en una fosa, con la descarnadura de un siglo de sueño, y sus manos se habían unido mientras balbuceaba una oración. Desde hacía algún tiempo la religión le había reconquistado; sus crisis de fe de día en día volvían á tomar esa violencia de las congestiones de la sangre, que le

dejaban como aniquilado. Los dedos de sus manos crujían, y repetía estas palabras continuamente: « ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... » Este era el grito de su impotencia, el grito de su pecado, contra el cual se sentía sin fuerzas, á pesar de la certeza de su condenación. Cuando Nana volvió, le encontró bajo la colcha, huraño, las uñas clavadas en el pecho, los ojos en el aire, como buscando el cielo. Y la joven se echó á llorar de nuevo, los dos se abrazaron, castañeteando sus dientes sin saber por qué, rodando hasta el fondo de una misma obsesión imbecil. Habían ya tenido una noche parecida; sólo que esta vez la cosa era completamente idiota, como declaró Nana cuando le hubo pasado el miedo. Una sospecha le hizo interrogar al Conde con prudencia: acaso Rosa Mignon había enviado la famosa carta...

Dos días más tarde, después de una nueva desaparición, Muffat se presentó en la madrugada, hora en la que no venía nunca. Estaba lívido, con los ojos enrojecidos, sacudido aún por una gran lucha interior. Pero Zoé, azorada también, no echó de ver su turbación.

— ¡Oh, señor, llegad, llegad! La señora estuvo anoche á punto de morir....

Y como él pidiese detalles:

— Es una cosa increíble.... ¡Un aborto, señor!

Nana estaba encinta de tres meses. Mucho tiempo había creído en una indisposición; el doctor Boutarel mismo dudaba. Después, cuando se indicó claramente, experimentó tal fastidio, que apeló á todos los medios para disimular su embarazo. Sus miedos nerviosos, sus humores negros provenían en parte de esta aventura, cuyo secreto guardaba con la vergüenza de una señorita que oculta algún desliz. Le parecía esto un accidente ridículo, algo que la rebajaba y de que todo el mundo haría chacota. Y no volvía de su sorpresa, como si hubiera logrado sustraerse á su sexo. ¿Se tenían, pues, niños aún cuando no se quisiera y aunque se trabajase para otros negocios? La naturaleza la exasperaba: esta maternidad grave levantándose entre sus placeres, esta vida dada en medio de todas las muertes que sembraba alrededor suyo. ¿Es que no podía disponer de sí á su gusto sin estas historias? ¿Pero

de dónde diablos caía este chiquillo? No podía decirlo siquiera. ¡ Ah! ¡ Dios! el que lo había hecho hubiera tenido una gran idea reclamándolo para sí, porque nadie se lo disputaba: servía á todo el mundo de estorbo, y no traía por cierto muchas probabilidades de ser feliz en esta existencia.

Sin embargo, Zoé contaba la catástrofe.

—La señora fué atacada de cólicos hácia las cuatro. Cuando entré en su tocador, alarmada de no verla salir, la encontré tendida en tierra, desvanecida. Sí, señor, en tierra, rodeada de un mar de sangre, como si la hubiesen asesinado..... Entonces, claro está, lo he comprendido. Yo estaba furiosa; la señora hubiera debido confiarme su desgracia. Precisamente estaba allí el señor Jorge. Me ayudó á levantarla, y á la primer palabra de aborto, hé aquí que se puso malo á su vez..... ¡ A la verdad, yo he tragado mucha bñis desde ayer!

En efecto, el hotel parecía trastornado. Todos los criados galopaban á través de la escalera y de las habitaciones. Jorge acababa de pasar la noche sobre un sofá del salón. Él era quien había anunciado la noticia á los amigos de la señora, por la noche, á la hora en que recibía, según costumbre. Estaba muy pálido, y contaba la historia lleno de estupor y de emoción. Steiner, la Faloise, Felipe y otros más aún se habían presentado. Desde la primera frase lanzaban una exclamación: ¡ es posible! debía ser una farsa. En seguida se ponían serios y miraban la puerta de la alcoba con aire contrariado, meneando la cabeza como si les hiciera muy poca gracia la cosa. Hasta media noche habían hablado en voz baja ante la chimenea una docena de señores, todos amigos, todos trabajados por la misma idea de paternidad. Parecían excusarse entre sí, rechazando confusamente cada cual semejante torpeza. Despues se encogían de hombros; esto no les tocaba, era cosa de ella; ¿ eh? sorprendente, ¡ Esta Nana! ¡ nunca se creería que iba á darles tal broma! Y se habían marchado uno á uno, de puntillas, como en la alcoba de un muerto, donde no se puede reír.

—Subid, sin embargo, señor—dijo Zoé á Muffat.—La señora va á recibirlos..... Estamos esperando al doctor, que ha prometido volver esta mañana.

La doncella había decidido á Jorge á que se fuera á su casa para dormir. Arriba, en el salón, no quedaba más que Satin, extendida sobre un diván, fumando un cigarrillo, los ojos en el aire.

Desde el accidente, en medio del espanto del hotel, ella mostraba una rabia fría con movimiento desdefioso y palabras feroces. En aquel momento, como Zoé pasaba delante de ella, repitiendo á Muffat que la pobre señora había sufrido mucho:

—¡ Bien hecho, esto la enseñará!—dijo con voz breve.

Ambos se volvieron sorprendidos. Satin no se había movido; los ojos siempre en el techo, su cigarro apretado nerviosamente entre sus labios.

—¡ Que vos seais buena!—dijo Zoé.

Pero Satin se incorporó, miró furiosamente al Conde, y le arrojó otra vez su frase en la cara:

—¡ Digo que está bien hecho; eso la enseñará!

Y se volvió á recostar, despidiendo un delgado surtidor de humo, como desentendiéndose y resuelta á no mezclarse en nada. No, esto era demasiado tonto.

Zoé, entre tanto, acababa de introducir á Muffat en la alcoba. Un olor de éter se percibía allí, en medio de un silencio que los escasos coches de la avenida de Villiers turbaban apenas con su ruido sordo. Nana, cuyo rostro, muy pálido, se destacaba sobre la almohada, no dormía, y sus grandes ojos estaban pensativos y abiertos. Al ver al Conde, sonrió sin moverse.

—¡ Ah, mi gato!—murmuró con voz lenta.—Bien creí que no volvía á verte más.

Despues, al inclinarse para besarla sobre los cabellos, la jóven se enterneció y le habló del niño, de buena fe, como si Muffat fuera su padre.

—Yo no me atreva á decírtelo..... ¡ Era tan dichosa! ¡ Oh! Me había forjado sueños, hubiera querido que fuese digno de tí. Y ahora ya no hay nada..... En fin, quizá más vale así. Yo no quiero poner un obstáculo en tu vida.

Él, sorprendido de esta paternidad, balbuceaba frases incoherentes. Había cogido una silla y se sentó junto á la cama;

con un brazo apoyado en la colcha. Entonces la joven echó de ver su rostro trastornado, la sangre que enrojecia sus ojos, la fiebre que hacía temblar sus labios.

—Pero ¿qué tienes?—preguntó.—¿Estás tú también enfermo?

—No—dijo penosamente.

Ella le miró de un modo profundo. Después, con una señal, despidió á Zoé, que se detenía á poner en orden los frascos. Y cuando estuvieron solos, le atrajo hacia sí repitiendo:

—¿Qué tienes, querido?.... Tus ojos se hinchan de lágrimas, lo veo muy bien.... Vamos, habla, tú has venido para decir alguna cosa.

—No, no, te lo juro—balbuceó Muffat.

Pero, ahogado por el sufrimiento, enternecido además por esta alcoba de enfermo, en que, sin esperarlo, había caído, el Conde estalló en sollozos, escondiendo su rostro entre las sábanas para ahogar la explosión de su dolor. Nana comprendió. Indudablemente Rosa Mignon se había decidido á enviar la carta. Le dejó llorar un instante, sacudido por convulsiones tan violentas, que la hacía tambalearse en su lecho. Por fin, con un acento de maternal compasión:

—¿Has tenido disgustos en tu casa?

El dijo que sí con la cabeza. Nana hizo una nueva pausa; después, en voz muy baja:

—Entonces, ¿lo sabes todo?

Volvió á decir que sí con la cabeza. Y el silencio, un silencio triste, reinó otra vez en la dolorida alcoba. La víspera, al volver de una velada en los salones de la Emperatriz, había recibido la carta escrita por Sabina á su amante. Después de una noche atroz, pasada en soñar mil venganzas, había salido de madrugada para resistir á la necesidad de matar á su mujer. Fuera de su casa, conmovido por la dulzura de una hermosa alborada de Junio, no pudo insistir en sus ideas, y había venido á casa de Nana, como venía siempre en todas las horas terribles de su vida. Sólo aquí se atrevía á mostrarse en toda su miseria, con el cobarde gozo de ser consolado.

—Veamos, cálmate—repuso la joven con las mejores intenciones.—Hace ya mucho tiempo que lo sé. Pero no habría

sido yo, seguramente, quien te hubiese abierto los ojos. Ya te acordarás de que el año último habías tenido dudas. Después, gracias á mi prudencia, las cosas se habían arreglado. En fin, tú carecías de pruebas.... ¡Diablo! hoy, sí, tienes una; eso es muy duro, lo comprendo. Sin embargo, es preciso entrar en razón. No te creerás deshonrado por eso.

El Conde no lloraba ya. La vergüenza le contenía, bien que desde largo tiempo venía haciendo á la joven las confidencias más íntimas sobre su hogar. Nana tuvo que estimularle. Veamos, ella era mujer, de consiguiente podía oírlo todo. Muffat dijo con sorda voz:

—Tú estás enferma. ¿Para qué fatigarte? Es estúpido haber venido. Yo me voy.

—De ningún modo—contestó vivamente.—Quédate. Acaso te daré un buen consejo. Sólo que no me hagas hablar demasiado; el médico lo ha prohibido.

El Conde se había levantado y paseaba por la alcoba. Entonces ella le interrogó.

—Y ahora ¿qué vas á hacer?

—Voy á abofetear á ese hombre, ¡pardiez!

Nana hizo un mohín de desaprobación.

—Eso, eso es muy fuerte.... ¿Y tu mujer?

—La llevaré á los tribunales; tengo una prueba.

—Eso es más fuerte aún, querido. Es hasta tonto.... Mira, jamás te dejaré hacer tal cosa.

Y pausadamente, con su voz débil, demostró el escándalo inútil de un duelo y un proceso. Durante ocho días sería la fábula de los periódicos; jugaba su existencia entera, su tranquilidad, su alta situación en la corte, el honor de su nombre; y ¿para qué? para que los burlones se pusieran en contra suya.

—¡Qué importa!—gritó—á lo ménos me habré vengado.

—Mira—dijo ella—cuando en estos líos no se venga uno inmediatamente, no se venga jamás.

Muffat se detuvo balbuciente, y en verdad él no era cobarde; pero comprendía que Nana tenía razón: un malestar creciente se apoderaba de él, algo de empobrecido y de vergonzoso, que venía á debilitarle en el entusiasmo de su cólera.

Ademas, Nana le dió un nuevo golpe, con una franqueza decidida á no ocultar nada.

—¿Y quieres saber lo que más te contraría, querido? Pues es que tú mismo engañas á tu mujer. ¿Eh? tú no duermes fuera de casa para ensartar perlas. Tu mujer lo sabe de sobra. ¿Cómo, pues, reprocharla? Ella te responderá que tú has dado el ejemplo, y esto te hará cerrar el pico.... Hé aquí la razon, querido mio, de que estés ahora tan nervioso, en vez de estar allá matándolos á entrambos.

Muffat habia caído de nuevo sobre la silla, abrumado bajo este brutal torrente de palabras. Nana se calló, tomando aliento; despues dijo á media voz:

—¡Oh! Estoy molida.... Ayúdame á incorporar un poco. Tengo la cabeza demasiado baja.

Cuando la hubo ayudado, la jóven suspiró, encontrándose más aliviada. Y volvió á hablar del bello espectáculo de un proceso de separacion. ¿No veia al abogado de la Condesa divertír al mundo hablando de Nana? Todo iba á salir allí, su cuarto de Variedades, su hotel, su vida. ¡Ah, no, de ningun modo; no necesitaba tanto reclamo! Ciertas mujeres quizá le impulsarian á ello para adquirir resonancia á costa suya; pero ella, ante todo, preferia su honor. Nana le habia atraído, sosteniéndole ahora con la cabeza al borde de la almohada, cerca de la suya, y un brazo pasado á su cuello. Despues con mucha suavidad:

—Escucha, gato mio, vas á volverte con tu mujer.

Muffat se sublevó. ¡Jamás! Su corazon estallaba; era demasiada vergüenza. Ella, sin embargo, insistia con ternura.

—Vas á volverte con tu mujer.... Vamos, ¿quieres oír por todas partes que yo he trastornado tu hogar y tu familia?.... Esto me daría una reputacion muy poco envidiable. ¿Qué pensarían de mí?.... Únicamente júrame que no dejarás de amarme, porque desde el momento en que te vas con otra....

Las lágrimas le sofocaban. Él la interrumpió cubriéndola de besos, y repitiendo:

—¡Tú estás loca, eso es imposible!

—Sí, sí—repuso la jóven—es preciso.... Yo me hago un

razonamiento. Despues de todo, ella es tu mujer. No es como si me engañaras con cualquiera otra.

Y continuó así, dándole los mejores consejos. Hasta le habló de Dios. El Conde creia oír al señor Venot, cuando el viejo le sermoneaba para arrancarle del pecado. Nana, sin embargo, no hablaba de romper; predicaba la complacencia, un turno razonable entre su mujer y su querida; una vida de tranquilidad, sin molestias para nadie, algo como un sueño dichoso en las contrariedades inevitables de la existencia. Esto no hacia cambiar la situacion; seguiria siendo un pequeño gato preferido, sólo que vendria un poco menos á menudo y consagraria á la Condesa las noches que no pasara con ella. Habia agotado sus fuerzas y acabó exhalando un leve suspiro.

—En fin, yo tendré la conciencia de haber hecho una buena accion Y tú me amarás más.

Reinó un silencio. Nana cerró los ojos, palideciendo aún sobre la almohada. El Conde no hacia más que escuchar, bajo pretexto de que no queria fatigarla. Despues de un largo minuto, sus ojos volvieron á abrirse, murmurando:

—¿Y el dinero, ademas? ¿De dónde has de sacar el dinero si te incomodas?.... Labordette ha venido ayer con el pagaré.... Yo, yo carezco de todo, no tengo nada que poner sobre mi cuerpo.

Despues, cerrando los párpados de nuevo, pareció como muerta. Una sombra de angustia profunda habia pasado sobre el rostro de Muffat. En el golpe que le heria, olvidaba desde la vispera sus apuros pecuniarios, de que no sabia cómo salir. A pesar de formales promesas, el pagaré de cien mil francos, renovado ya una vez, acababa de ser puesto en circulacion, y Labordette, fingiendo estar desesperado, echaba toda la responsabilidad sobre Francisco, diciendo que no volveria á comprometerse en ningun negocio con un hombre de poca educacion. Era preciso pagar; por nada del mundo dejaría el Conde protestar su firma. Despues, sobre las nuevas exigencias de Nana, tenia en su casa un cúmulo de gastos extraordinarios. A la vuelta de las Fondettes, la Condesa habia mostrado bruscamente una aficion al lujo, un apetito

de goces mundanos, que devoraban su fortuna. Se comenzaba á hablar de sus caprichos ruinosos; todo un nuevo tren de casa; quinientos mil francos derrochados en trasformar el viejo hotel de la calle Miromesnil, y alhajas á montones, y sumas considerables desaparecidas, fundidas, dadas quizá, sin que ella se cuidase de rendir cuentas. Dos veces Muffat se permitió ciertas observaciones, queriendo saber; pero la Condesa le habia mirado con un aire tan singular, sonriendo, que no se atrevió á interrogarla, por miedo á una respuesta demasiado explícita. Si aceptaba á Dagueuet, por medio de Nana, como yerno, era sobre todo con la idea de poder reducir la dote de Estela á doscientos mil francos, arreglándose en cuanto al resto con el joven, muy satisfecho de este matrimonio inesperado.

Muffat, hallándose desde hacia ocho dias en esta necesidad inmediata de encontrar los cien mil francos de Labordette, habia imaginado un solo expediente, ante el cual parecia retroceder. Era éste vender los Bordes, una magnífica propiedad, tasada en medio millon, que un tío acababa de legar á la Condesa. Únicamente era de necesidad la firma de ésta, y aun la Condesa misma, segun su contrato, no podia enajenar la propiedad sin la autorizacion del Conde. La víspera, en fin, habia resuelto hablar de esta firma con su mujer. Pero todo el proyecto vino á tierra; despues de lo ocurrido, jamas podria adoptar compromiso semejante. Este pensamiento ennegrecia más aún el horrible golpe del adulterio. Muffat comprendió muy bien la idea de Nana, porque en el abandono creciente que le impulsaba á enterarle de todo, se habia quejado de su situacion y la habia confiado sus apuros respecto á esta firma de la Condesa.

Sin embargo, Nana no pareció insistir. Seguia con los ojos cerrados. Al verla tan pálida, el Conde tuvo miedo, y la hizo tomar un poco de éter. Entónces suspiró, y sin nombrar á Dagueuet, dijo:

—¿Cuándo es el matrimonio?

—Dentro de cinco dias: el miércoles se firma el contrato.

La joven, con los párpados siempre cerrados, como si hablase en la noche de sus pensamientos, continuó:

—En fin, gato mio, piensa bien lo que vas á hacer.... Yo quiero que todo el mundo esté contento.

Él la calmó cogiéndole una mano. Si, ya veria: lo importante era que ella se restableciese. Y no se indignaba ya: esta alcoba de enferma, tan tibia y como adormecida, saturada de éter, habia acabado por debilitarle. Toda su virilidad, estimulada por la injuria, se desvaneció al calor de este lecho, cerca de esta mujer que sufría, y á quien cuidaba en la excitacion de su fiebre y el recuerdo de sus voluptuosidades. Muffat se inclinaba hácia ella y la estrechaba entre sus brazos, mientras que Nana, con la cara inmóvil, tenia en sus labios una fina sonrisa victoriosa.

El doctor Dontarel se presentó.

—¡Y bien! ¿Cómo va esta querida niña?—dijo familiarmente á Muffat, á quien trataba como á marido.—¡Diablo! ¡La habeis hecho hablar!

El doctor era un bello sujeto, joven aún, que tenia una soberbia clientela en el mundo galante. Muy alegre, riendo con estas damas como un camarada, pero sin hablarles jamas de amor, se hacia pagar muy caro y con la mayor exactitud. Por otra parte, acudia al primer llamamiento. Nana le enviaba á buscar dos ó tres veces por semana, temblando á la idea de la muerte, consultándole con ansiedad; monadas de nifa, que curaba el doctor haciéndola reir con chismografías é historietas graciosas. Todas las damas de esta clase le adoraban. Pero esta vez la niñería era seria.

Muffat se retiraba muy conmovido. No sentia ya sino un enternecimiento al ver á su pobre Nana tan débil.... Cuando salia, la joven le volvió á llamar con un signo, presentándole la frente, y en voz apenas perceptible, como quien amenaza cariñosamente, murmuró:

—¡Ya sabes lo que te he dicho.... ¡O te vuelves con tu mujer, ó me incomodo!

La Condesa Sabina habia querido que el contrato de su hija fuese inaugurado un miércoles para inaugurar con una fiesta el restaurado hotel, cuyas pinturas estaban aún mal secas. Se repartieron quinientas invitaciones á todas las clases de la sociedad. En la misma mañana los tapiceros clavaban todavia

las colgaduras, y en el momento de encender las arañas, hacia las nueve, el arquitecto, acompañado de la entusiasmada Condesa, daba las últimas órdenes.

Era una de esas fiestas de primavera, de tan dulces encantos. Las ardientes veladas de Junio habían permitido abrir las dos puertas del gran salón y prolongar el baile hasta sobre la arena del jardín. Cuando llegaron los primeros convidados, recibidos á la puerta por el Conde y la Condesa, sintieron un desvanecimiento. Era preciso recordar el salón antiguo, por el cual cruzaba el espectro glacial de la Condesa Muffat, aquella vieja pieza, impregnada de una severidad devota, con su mueblaje de estilo Imperio, de caoba maciza, sus colgaduras de amarillo terciopelo, su techo verdusco impregnado de humedad. Ahora, desde la entrada, en el vestíbulo, los mosaicos realzados de oro brillaban bajo altos candelabros, mientras que la escalera de mármol se desenvolvía entre finísimas ciuceladuras. Después, el salón, colgado de terciopelo de Génova, despedía vivos resplandores, presentando el techo un vasto trabajo de Boucher, que el arquitecto había pagado en cien mil francos á la venta del castillo de Dampierre. Las arañas, con sus bombillas de cristal, iluminaban allí un lujo de espejos y de muebles preciosos. Se hubiese dicho que el canapé de Sabina, este asiento único de seda roja, cuya blandura desentonaba en otro tiempo, se había multiplicado y extendido hasta llenar el hotel de voluptuosa pereza, de un placer agudo y vivísimo, que ardía con la violencia de los fuegos tardíos.

El baile había comenzado. La orquesta, colocada en el jardín, ante una de las ventanas abiertas, tocaba un vals, cuyo ritmo suave sonaba mucho más dulce entre las ráfagas del aire libre. Y el jardín se alargaba en una sombra transparente, iluminado por farolillos venecianos, con una tienda de púrpura plantada al borde del césped, bajo la cual se había instalado el *buffet*. Este vals, precisamente el vals canallesco de la *Rubia Venus*, que tenía la risa de una picardía, penetraba el hotel de una onda sonora, de un estremecimiento que abrazaba las viejas paredes. Parecía como algún viento de la carne, venido de fuera, barriendo toda una edad muerta en la altiva

morada, arrebatando el pasado de los Muffat: un siglo de honor y de fe adormecido bajo los techos.

Sin embargo, cerca de la chimenea, en su sitio habitual, se refugiaban los viejos amigos de la madre del Conde, desorientados, desvanecidos. Formaban un pequeño grupo en medio de aquella multitud invasora. La señora Du Joncquoy, no reconociendo ya las habitaciones, había atravesado el comedor. La señora Chantereau miraba con aire estupefacto el jardín, que le parecía inmenso. Muy pronto, en voz baja, se hicieron en este rincón toda especie de amargas reflexiones.

— Decidme—murmuraba la señora Chantereau—si la Condesa reapareciese.... ¿Eh? Imaginaos su entrada en medio de estas gentes, y todo este oro y esta baraunda.... ¡Es escandaloso!

— Sabina está loca—respondió la señora Du Joncquoy.— ¿La habéis visto á la puerta? Mirad, se la percibe desde aquí... Lleva sus diamantes.

Durante un momento se levantaron para examinar de lejos á la Condesa y al Conde. Sabina, de traje blanco, guarnecido de maravilloso encaje de Inglaterra, estaba triunfante de belleza, joven, alegre, con un asomo de embriaguez en su continua sonrisa. Cerca de ella, Muffat, envejecido, un poco pálido, sonreía también con su aire reposado y digno.

— ¡Y pensar que él era el árbitro!—añadió la señora Chantereau— ¡que ni el más pequeño banco hubiese entrado aquí sin que él diera su permiso! ¡Y bien! Sabina lo ha cambiado todo; está en su casa.... ¿No recordais cuando se negaba á restaurar su salón? El hotel es lo que ha restaurado.

Pero todos callaron; entraba la señora de Cheselles, seguida de una banda de caballeros, que se extasiaban, aprobando con ligeras exclamaciones.

— ¡Oh, delicioso!.... ¡Exquisito!.... ¡Esto es de un gusto!... Y ella les gritó desde lejos:

— ¿Qué decía yo? No hay nada como estos viejos caserones cuando se les arregla.... Tienen un no sé qué, ¿no es así? completamente del gran siglo.... En fin, Sabina ya puede recibir.

Las dos viejas señoras se habían sentado de nuevo, bajando la voz y hablando del matrimonio, que sorprendía á mucha

gente. Estela acababa de pasar en traje de seda rosa, siempre flaca y lisa, con su frío rostro de virgen. Había aceptado á Dagnenet apaciblemente; no expresaba gozo ni tristeza, tan fría, tan pálida como las noches de invierno, en que podía leña en el fuego. Toda esta fiesta dada por ella, estas luces, estas flores, esta música, no conseguían causarla una emoción.

— Un aventurero — decía la señora Du Joncquoy. — Yo, yo no le he visto jamás.

— Tened cuidado, hèle aquí — murmuró la señora Chantereau.

Dagnenet, que había divisado á la señora Hugon con sus hijos, se presentó apresuradamente á ofrecerla el brazo; y el jóven reia, demostrándole una efusión de ternura, como si ella hubiese contribuido en gran parte á la fortuna de su matrimonio.

— Gracias — dijo la anciana sentándose cerca de la chimenea. — Ved, éste es mi antiguo rincón.

— ¿ Vos le conociais? — preguntó la señora Du Joncquoy cuando hubo partido Dagnenet.

— Ciertamente, es un jóven encantador. Jorge le ama mucho. ¡ Oh! Una familia de las más honradas.

Y la buena señora le defendió contra una sorda hostilidad que observaba en el grupo. Su padre, muy estimado de Luis Felipe, había ocupado hasta su muerte una prefectura. Él era un poco disipado quizá. Se le suponía arruinado también. En todo caso, uno de sus tíos, un gran propietario, debía dejarle su fortuna. Pero las damas meneaban la cabeza, mientras que la señora Hugon, apurada ella misma, volvía siempre sobre la honorabilidad de la familia. Estaba muy cansada; se quejó de sus piernas. Desde hacía un mes habitaba su casa de la calle Richelieu, á causa de un montón de negocios que traía entre manos, según afirmó. Una sombra de tristeza velaba su maternal sonrisa.

— No importa — concluyó la señora Chantereau. — Estela hubiera podido aspirar á mucho más.

Se produjo un desórden. Era una cuadrilla: la gente refluía á los dos lados del salón para dejar espacio libre. Los vestidos claros pasaban, confundándose en medio de las manchas os-

curas de los fracs, mientras que la luz, cayendo á torrentes sobre las apiñadas cabezas, producía un resplandor de pedrerías, un estremecimiento de plumas blancas, una florescencia de lilas y de rosas. Hacía ya calor: un penetrante perfume subía de estos tules ligeros, de estas arrugas de la seda y del raso, en que palidecían los desnudos hombros bajo las notas vivas de la orquesta....

Entre tanto, en el fondo del jardín, bajo el rosado falgor de los farolillos venecianos, desaparecían algunas parejas, y las sombras de los femeniles trajes desfilaban al borde del musgo, como acompañadas por la música del baile, que tomaba, detrás de los árboles, una dulzura lejana.

Steiner acababa de encontrar aquí á Foucarment y la Faloise, bebiendo una copa de champagne ante el buffet.

— Esto es muy poco distinguido — decía la Faloise examinando la tienda de púrpura sostenida sobre lanzas doradas. — Se parece á la feria de los pasteles.... ¿ Eh? ¡ Esto es! la feria de los pasteles.

Ahora afectaba una broma continua pechándolas de hombre que, en fuerza de abusar de todo, no encuentra ya nada digno de ser tomado por lo serio.

— Quien quedaria sorprendido seria ese pobre Vandebres si viniese — murmuró Foucarment. — Ya os acordais cuando réventaba de aburrimiento allá abajo ante la chimenea. ¡ Diablo! ¡ no habia de reir!

— ¡ Vandebres! quitad de ahí.... ¡ un iluso! — repuso desdeñosamente la Faloise. — Nadie habla de él ya. Afeitado, concluido, enterrado por siempre el tal Vandebres.... ¡ A otra cosa!

Después, como Steiner le apretase la mano:

— ¿ No sabeis? Nana acaba de llegar.... ¡ Oh! ¡ una entrada, hijos míos! ¡ algo piramidal!.... Primero ha abrazado á la Condesa. En seguida, cuando se aproximaron los chicos, les echó su bendición diciendo á Dagnenet: « Escucha, Paul, si le das algun desgusto, tendrás que entenderte conmigo.... » ¡ Cómo! ¡ no habeis visto esto! ¡ Oh, pues fué lo mejor de la fiesta!

Los otros dos le escuchaban con la boca abierta. Por fin, se

echaron á reír. Él, encantado, se encontraba muy ingenioso.

—¿Eh? ¿Cristéis que habia sucedido esto?... ¡Diablo! como que es Nana quien ha hecho el matrimonio. Además, ella es de la familia.

En aquel momento pasaban los hijos de la señora Hugon, y Felipe le hizo callar. Entonces, entre hombres, se habló del matrimonio. Jorge se incomodó con la Faloise, que contaba la historia. Nana, sin género de duda, habia colgado á Muffat uno de sus antiguos amantes para yerno.

El *buffet* se fué llenando poco á poco. Entonces tuvieron que ceder su sitio, sin separarse por eso. La Faloise miraba á las mujeres descaradamente, como si se hubiese creído en Mabilly. En el fondo de una calle de árboles tuvieron una gran sorpresa al encontrar al señor Venot en conferencia íntima con Daguinet, y se oyeron ocurrencias felices; le estaba confesando quizá, ó le daría consejos para la primera noche. Después volvieron ante una de las puertas del salón, en donde una polka arrebatada á las parejas con un balanceo que dejaba un espacio libre entre los bailarines y los hombres que permanecían de pié. Al soplo de las brisas venidas de fuera ardian con más fuerza las bujías. Cuando pasaba un traje con los ligeros crujidos de la cadencia, refrescaba con una pequeña ráfaga de viento el ardiente calor que caía de las arañas.

—¡Diantre! ¡no hace frío ahí dentro!—murmuró la Faloise.

Sus ojos hacían guiños cuando veía volver las sombras misteriosas del jardín, y se mostraron al Marqués de Chouard, aislado, dominando con su alta talla los hombros desnudos que le rodeaban. Tenía una cara pálida, muy severa, un aire de altiva dignidad, bajo su corona de raros cabellos blancos. Escandalizado por la conducta del Conde Muffat, acababa de romper públicamente, y afectaba no poner los piés en el hotel.

Si consintió en presentarse allí esta noche, habia sido á instancias de su nieta, cuyo matrimonio, por otra parte, desaprobaba con palabras indignas contra la desorganización de clases, dirigidas por los vergonzosos compromisos del libertinaje moderno.

—¡Ah! éste es el fin—decía cerca de la chimenea la señora

Du Joncquoy al oído de la señora Chantereau.—Esta mujer ha hechizado á este desdichado.... ¡Nosotras, que le hemos conocido tan creyente, tan noble!

—Parece que se arruina—continuó la señora Chantereau.—Mi marido tuvo entre las manos un pagaré.... Vive ahora en ese hotel de la avenida de Villiers. Todo París habla de ello....

Pero una voz dulce las interrumpió. Era el señor Venot. Había venido á sentarse detras de ellas, como deseoso de desaparecer, é inclinándose murmuraba:

—¿Por qué desesperar? Dios se manifiesta cuando todo parece perdido.

Él asistía apaciblemente al desarreglo de esta casa, que gobernaba en otro tiempo. Desde su permanencia en las Fontettes dejaba crear la locura, con la conciencia clara de su impotencia. Lo habia aceptado todo: la pasión rabiosa del Conde por Nana, la presencia de Faucherie cerca de la Condesa, hasta el matrimonio de Estela y de Daguinet. ¡Qué importaban estas cosas!

—Nuestro amigo—continuó en voz baja—está siempre animado de los mejores sentimientos religiosos.... Me ha dado las pruebas más dulces de ello.

—¡Y bien!—dijo la señora Du Joncquoy—deberia primero unirse con su mujer.

—Sin duda.... Justamente tengo la esperanza de que esa reconciliación no ha de tardar.

Entonces las dos viejas señoras le preguntaron. Pero él se volvió más humilde; era preciso dejar obrar al cielo. Todo su deseo, al reprochar al Conde y á la Condesa, era evitar un escándalo público. La religion toleraba muchas debilidades, pero á condicion de guardar las conveniencias.

—En fin—repuso la señora Du Joncquoy—vos hubierais debido impedir ese matrimonio con un aventurero....

El viejecito habia tomado un aife de profunda extrañeza.

—Os engañais; el señor Daguinet es un jóven del mayor mérito.... Conozco sus ideas. Quiere hacer olvidar los errores de su juventud. Estela le conducirá por el buen camino; estoy seguro de ello.

— ¡Oh, Estela! — murmuró desdenosamente la señora Chantreaux. — Yo creo á la pobrecita incapaz de tener voluntad. ¡Es tan insignificante!

Esta opinión hizo sonreír al señor Venot. Por lo demás, nada añadió sobre la recién casada. Cerrando los párpados, como para abstraerse de todo, se perdió de nuevo en su rincón entre los vestidos de las damas. La señora Hugon, en medio de su laxitud distraída, había cogido algunas palabras. Intervino, pues, y concluyó dirigiéndose al Marqués de Chouard, que la saludaba:

— Estas señoras son demasiado severas. La existencia es tan difícil para todo el mundo.... ¿No es verdad, amigo mío, que hay que perdonar mucho á los otros cuando se quiere ser digno de perdon?

El Marqués quedó algunos segundos indeciso, temiendo una alusión. Pero la buena señora tenía una sonrisa tan triste, que se repuso inmediatamente, y dijo:

— No, no hay perdón para ciertas faltas.... Esas complacencias llevan á una sociedad á los abismos.

El baile había adquirido animación. Una nueva cuadrilla imprimía en el piso del salón un ligero balanceo, como si la vieja morada se hubiese doblegado bajo el vaiven de la fiesta. De cuando en cuando, entre la palidez confusa de las cabezas, se destacaba un rostro de mujer, arrebatado por la danza, de ojos brillantes, de labios entreabiertos, con el torrente de luz de la araña sobre la blanca piel....

Todo el lujo de este fin de invierno estaba allí; el mundo del placer con sus tolerancias; una sociedad en que se codeaban grandes nombres y grandes vergüenzas en el mismo apetito de placeres. El calor iba en aumento; la cuadrilla desarrollaba la cadenciosa simetría de sus figuras en medio de los salones atestados.

— ¡Muy distinguida la Condesa! — repuso la Faloise á la puerta del jardín; — representa diez años menos que su hija.... A propósito, Foucarmont, vais á decirnos esto: Vandeubres apostaba á que no tenía muslos.

Tal alarde de cinismo causaba tedio á los que le escuchaban. Foucarmont se limitó á responder:

— Preguntádselo á vuestro primo, querido. Precisamente ahí le tenéis.

— ¡Toma! es una idea — gritó la Faloise. — Yo apuesto diez luises á que tiene muslos.

Faucherie llegaba, en efecto. Como habituado ya á la casa, había dado la vuelta por el comedor, para evitar el estorbo de las puertas....

— Escucha una noticia — repetía la Faloise, apretando el brazo de su primo. — ¿Ves esta dama, la del traje blanco de seda?

Desde que su herencia le había dado un aplomo insolente, afectaba fanfarronear con Faucherie, teniendo un antiguo rencor que satisfacer: el de vengarse de sus burlas de otro tiempo, cuando acababa de llegar de su provincia.

— Sí, esta dama que lleva encajes.

El periodista se encogió de hombros, no comprendiendo aún.

— ¿La Condesa? — acabó por decir.

— Justamente, querido.... He apostado diez luises. ¿Tiene ó no tiene muslos?

Y se puso á reír, encantado de haber dado esta broma al mismo á quien tanto se había burlado de él en otro tiempo, cuando le preguntaba si la Condesa no tenía ningun amante conocido. Pero Faucherie, sin extrañarse lo más mínimo, le miraba fijamente.

— ¡Anda, idiota! — dijo en fin, con profundo desdeno.

Después distribuyó apretones de mano entre aquellos caballeros, mientras que la Faloise, aturdido, no estaba muy seguro de haber dicho una gracia. Se conversó. Desde las carreras, el banquero y Foucarmont formaban parte de la banda, en la avenida de Villiers. Nana seguía mucho mejor, el Conde iba todas las noches á adquirir noticias. Sin embargo, Faucherie, que escuchaba, parecía preocupado. Aquella mañana, en una disputa, Rosa le había confesado redondamente el envío de la carta; sí, él podía presentarse en casa de su señora del gran mundo, donde sería bien recibido. Después de largas vacilaciones, se decidió á venir intrépidamente. Pero la imbécil broma de la Faloise le había trastornado, bajo su aparente tranquilidad.

—¿Qué tenéis?—le preguntó Felipe.—Parecís enfermo.

—¿Yo? Nada de eso..... He trabajado: por eso vengo tan tarde.

Después, friamente, con uno de esos heroísmos ignorados que desenlazan las vulgares tragedias de la existencia:

—No he saludado todavía á los señores de la casa. Hay que ser políticos.

Hasta se atrevió á burlarse todavía, volviéndose hácia la Faloise:

—¿No es así, idiota?

Y se abrió paso por enmedio de la muchedumbre. La voz sonora del criado no anunciaba ya ningún nombre. Sin embargo, cerca de la puerta, el Conde y la Condesa hablaban aún, retenidos por las señoras que entraban. Por último, Faucherie llegó hasta ellos, mientras que los que habian quedado sobre las gradas del jardín se empinaban para ver la escena. Nana debia haber charlado.

—El Conde no le ha visto todavía—murmuró Jorge.—¡Atencion! Ahora se vuelve..... ¡Zás, ya está!

La orquesta volvió á tocar el wals de la *Rubia Venus*. En primer término, Faucherie habia saludado á la Condesa, que sonreia siempre con una serenidad meditabunda. Después permaneció un instante inmóvil á espaldas del Conde, esperando muy tranquilo. El Conde esta noche estaba revestido de su más alta gravedad, erguida la cabeza oficial de gran dignatario. Cuando, por fin, bajó los ojos sobre el periodista, exageró aún su actitud majestuosa. Durante algunos segundos, aquellos dos hombres se miraron. Y Faucherie fué quien tendió la mano primero. Muffat dió la saya. Sus manos estaban la una en la otra; la Condesa Sabina sonreia ante ellos, con los ojos bajos, mientras que el wals continuamente desarrollaba su ritmo de picaresca truhanería.

—¿Pero esto se queda así? dijo Steiner.

—¿Estarán pegadas sus manos?—preguntó Foucarimont muy sorprendido.

Un invencible recuerdo señalaba con fulgor rosado las pálidas mejillas de Faucherie. Se le representaba el almacén del atrezzo, en el teatro de Variedades, con su luz verdusca, sus

muebles cubiertos de polvo, y Muffat estaba allí con la huevera en la mano, mientras que él abusaba de sus dudas. Ahora Muffat ya no dudaba; era un último rincón de dignidad que se hundia. Faucherie, aliviado en su miedo, viendo la alegría franca de la Condesa, sintió grandes deseos de reir. Esto le parecia cómico.

—¡Ah! ¡esta vez sí que es ella!—gritó la Faloise, que no perdonaba una gracia cuando la creia buena.—¿No veis entrar á Nana por allí?....

—¡Cállate, idiota!—murmuró Felipe.

—¡Cuando os digo!.... ¡Se está tocando su wals, pardiez! Es que llega. Y después, forma parte de la reconciliación, ¡qué diablo!.... ¡Cómo! ¿No la veis? Nana los estrecha á los tres sobre su corazón; á mi primo, á mi prima y á su esposo, llamándolos sus pequeños gatos. Me continúen estas escenas de familia.

Estela se habia aproximado. Faucherie le daba su enhorabuena, mientras que, rígida en su traje rosado, ella le miraba con su aire sorprendido de niña silenciosa, dirigiendo rápidas ojeadas á su padre y á su madre. Dagnenet cambiaba también un cariñoso apretón de manos con el periodista. Entre todos formaban un grupo sonriente, y detrás de ellos se deslizaba el señor Venot, cobijándolos con su mirada beata, envolviéndolos en su dulzura devota, satisfecho de estos últimos abandonos, que preparaban los caminos de la Providencia.

Pero el wals seguia desarrollando siempre su balanceo de burlona voluptuosidad. Era una nueva acometida del placer, golpeando sobre el viejo edificio como una marea que se desborda. La orquesta hinchaba los trinos de sus pequeñas flautas, los suspiros lánguidos de sus violines; bajo los terciopelos de Génova, los dorados y las pinturas, las arañas despedian un calor ardiente, un polvo de sol, mientras que la muchedumbre de convidados, multiplicada en los espejos, parecia prolongarse con el murmullo creciente de sus voces.

.....
La noche del matrimonio, el Conde Muffat se presentó en la alcoba de su mujer, donde no habia entrado hacia dos años.

La Condesa, muy sorprendida, retrocedió desde luego. Pero sonreía como de costumbre, con la sonrisa de embriaguez que no la abandonaba jamás. Él, con gran embarazo, balbuceaba. Entonces Sabina le habló un poco de moral. Por lo demás, ninguno de los dos se arriesgó a una explicación clara. La religión quería este perdón mutuo, y se convino entre ambos, por un acuerdo tácito, que seguirían conservando su libertad. Antes de acostarse, como la Condesa parecía vacilar aún, hablaron de negocios. Muffat habló de vender los Bordes. Ella consintió inmediatamente. Tenían grandes necesidades, y se repartirían el producto. Estó selló la reconciliación. El Conde sentía un verdadero alivio en medio de sus remordimientos.

Justamente en este día, cuando Nana dormitaba á eso de las dos, Zoé se permitió llamar á la puerta de la alcoba. Las cortinas estaban corridas; un soplo ardiente entraba por la ventana en la frescura silenciosa de la semi-claridad. Por lo demás, la joven se levantaba ya, aunque un poco débil todavía.

—¿Quién es?

Zoé iba á responder. Pero Dagnenet, forzando la entrada, se anunció él mismo. De pronto Nana se incorporó, apoyando los codos sobre la almohada, y despidiendo á la doncella:

—¡Cómo! ¿eres tú? ¡el día en que te casas!..... ¿Qué ocurre?

Él, sorprendido por la oscuridad, permanecía en medio de la alcoba. No obstante, se iba habituando, y avanzaba en su traje de etiqueta. Dagnenet, por fin, dijo:

—¡Y bien! sí, soy yo..... ¿No te acuerdas ya?

No, ella no se acordaba de nada. Tuvo que explicarse recondadamente, con su aire de burla.

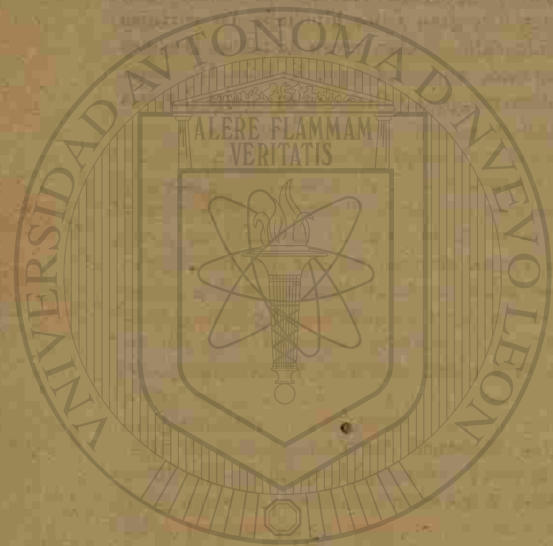
—Vamos, es tu corretaje. Te traigo el estreno de mi inocencia.

Entonces, como estaba al borde del lecho, Nana le abrazó con sus brazos desnudos, sacudida de una gran risa, y llorando casi: tan delicado encontraba esto de parte suya.

—¡Ah! ¡este Mimí es gracioso! ¡Ha pensado en ello! ¡Y yo, que no me acordaba ya! Entonces, tú te has escapado, tú sales de la iglesia..... Y es verdad, ¡das un olor á incienso!.....

¡Pero bésame! ¡Oh! ¡Más fuerte todavía! Acaso sea por la última vez.

Su risa tierna espiró en la oscura alcoba, donde flotaba aún un vago olor de éter. Un gran calor hinchaba las cortinas de las ventanas; en la calle se oían voces de niños. Después bromearon un corto rato, apremiados por la hora. Dagnenet se marchó inmediatamente, para unirse con su mujer después del lunch.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

XIII

Hacia fines de Setiembre el Conde Muffat, que debía comer en casa de Nana por la noche, fué á advertirla, al oscurecer, que habia recibido una orden inesperada para presentarse en las Tullerías.

El hotel no estaba aún alumbrado; los criados reian á carcajadas en sus dependencias; subió el Conde la escalera pausadamente, envuelto en una sombra cálida y guiándose sólo por la débil luz de las claraboyas.

Ya arriba, abrió la puerta del salon sin el menor ruido.

Una claridad rosada se iba extinguiendo en el techo de la ancha pieza; las colgaduras rojas, los divanes profundos, los muebles de laca, aquel monton de bordadas telas, de porcelanas y de broncees, dormía ya bajo una lenta lluvia de tinieblas, que inundaba todos los ángulos, sin que brillára un reverbero de marfil ni un reflejo de oro.

Y allí, en esta oscuridad, sobre la blancura de unas eaguas, única cosa que se distinguía desde luégo, divisó á Nana entre los brazos de Jorge.....

Era imposible negarlo.

Lanzó un grito ahogado y quedó atónito.

Nana se habia levantado de un salto, y le empujaba hácia la alcoba para dar al muchacho tiempo de escurrirse.

—Entra—murmuró toda azorada—voy á decirte.....

Esta sorpresa la habia llenado de exasperacion.

Habia sido precisa toda una historia, una sentida queja de Jorge, rabioso de celos contra Felipe; tanto habia sollozado,

colgándose á su cuello, que por fin se habia dejado hacer, no sabiendo cómo calmarle, muy apiadada en el fondo.

Y por una vez que cometía semejante necedad con un galopin que ni siquiera podia traerle ramos de violetas, de tal modo le ataba su madre, precisamente el Conde llegaba á tan buena ocasion y caía sobre ellos.

¡A la verdad, esto era demasiado! ¡Hé aquí lo que se ganaba con ser bondadosa!

En la alcoba donde habia metido á Muffat la oscuridad era completa.

Entonces, á tientas, llamó furiosamente para pedir una lámpara.

¡La culpa de todo la tenía Julian! Si hubiese habido una lámpara en el salón, de fijo no habria pasado nada de eso.

Esta estúpida noche que caía le habia trastornado el cerebro.

—Yo te lo ruego, gato mio, sé razonable—dijo cuando Zoé hubo traído la luz.

El Conde, sentado, las manos sobre las rodillas, clavaba los ojos en tierra, atontado aún por lo que acababa de ver.

Este dolor mudo conmovió á la jóven. Trataba de consolarle.

—¡Y bien, sí, no tengo razon!.... Es muy malo eso que he hecho.... Ya ves, lamento mi falta. Tengo un pesar muy grande por haberte disgustado... Vamos, sé amable tú tambien; perdóname....

Y se habia acurrucado á sus piés, buscando su mirada con aire de ternura sumisa, preguntándole si la queria mucho; despues, cuando Muffat volvió en sí suspirando largamente, ella se hizo más zalamera y dió una última razon con una bondad grave:

—Ya ves, querido, hay que comprender.... Yo no puedo negar eso á mis amigos pobres....

El Conde se dejó aplacar. Exigió solamente que se despidiera á Jorge. Pero toda ilusion estaba muerta; no podia ya creer en la fidelidad jurada.

Al dia siguiente Nana le engañaría de nuevo.

Y no continuaba en el tormento de su posesion sino por

una necesidad indigna, por el terror que le inspiraba la vida con la idea de vivir sin ella. Este fué el período álgido de Nana, la época de su existencia en que iluminó á París con sus más brillantes esplendores.

Los horizontes del vicio parecieron ensancharse á su impulso, y dominó la ciudad con la insolencia ostentosa de su lujo, de su desprecio por el dinero, que le hacia derretir públicamente montones de oro.

El hotel parecia edificado sobre una sima; los hombres, con sus fortunas, sus cuerpos, hasta sus nombres, eran engullidos allí, sin dejar ni la huella de un poco de polvo.

Esta niña, de gustos de cotorra, cascando almendras y comiendo rabanillos, tanteando la carne sin comerla, presentaba cada mes cuentas de cinco mil francos para su mesa.

Habia en su bodega unas averías feroces, un despilfarro desenfrenado, que desfondaba las barricas de vino, que hacia rodar las cuentas, aumentadas sucesivamente por tres ó cuatro manos.

Victorina y Francisco mandaban como amos en la cocina, allí invitaban gente, aparte de una colonia de parientes mantenidos á domicilio con carnes frescas y otros alimentos sustanciosos; Julian exigia remesas en casa de los proveedores, y hasta los vidrieros no enviaban un cristal de á peseta sin que se hiciese añadir dos reales para él; Carlos comia la avena de los caballos, doblando las provisiones y revendiendo por la puerta trasera lo que entraba por la principal, mientras que en medio de este pillaje unánime, de este saqueo de ciudad tomada por asalto, Zoé, á fuerza de arte, conseguia salvar las apariencias, encubriendo los robos de todos para tapar mejor los suyos.

Despues, arriba, en las habitaciones de la señora, la anarquía soplaba con más fuerza: trajes de diez mil francos puestos dos veces y vendidos por Zoé; alhajas que desaparecian como disueltas en el fondo de los cajones; compras estúpidas, novedades del dia, y al siguiente olvidadas en los rincones y barridas á la calle.

Luégo llegaban los presupuestos gordos en medio de este derroche menudo: veinte mil francos á la modista, treinta mil

para gastos de lencería, doce mil en casa del zapatero; su caballeriza le comía cincuenta mil, y en seis meses tuvo en su costurero una cuenta de ciento veinte mil francos.

Sin que hubiese aumentado su tren, evaluado por Labor-dette en cuatrocientos mil francos próximamente, llegó este año al millon, espantada ella misma de esta cifra, incapaz de decir cómo había podido gastar semejante suma.

Los hombres, amontonándose unos sobre otros, vaciando el oro á carretadas, no llegaban á cegar el agujero que, siempre más hondo, se abría bajo el embaldosado de su hotel entre las vicisitudes de su lujo.

Entre tanto, Nana alimentaba su último capricho.

Trabajada una vez más por la idea de reformar su alcoba, creía haber acertado: una alcoba de terciopelo rosa-té, con pequeñas listas plateadas, colgada hasta el techo en forma de tienda y guarnecida de un encaje de oro.

Pero la alcoba, además, estaba simplemente hecha para servir de marco al lecho, un prodigio, un desvanecimiento.

Nana soñaba un lecho como no había existido nunca, un trono, un altar, en el que París vendría á adorar su desnudez soberana.

Sería todo de plata y oro, semejante á una gran alhaja; rosas de oro brotando en una enredadera de plata; la cabecera, una banda de amoreillos, entre las flores, se inclinaria con una sonrisa, acechando las voluptuosidades en la sombra de las cortinas.

Nana se había dirigido á Labor-dette, quien le trajo artistas á propósito. Se ocupaban ya de los dibujos. El lecho costaría cincuenta mil francos, y Muffat debía darle para su estreno.

Lo que más extrañaba á la joven era que en este río de oro, cuya ola bañaba sus miembros, estaba sin cesar muy escasa de recursos.

Ciertos días se encontraba muy apurada por sumas ridículas de algunos luises.

Le era preciso pedir prestado á Zoé, ó bien hacer dinero ella misma como pudiese. Pero ántes de resignarse á los medios extremos, tanteaba á sus amigos, sacando á los hombres

lo que llevaban sobre sí, hasta la calderilla, con aire de broma. Hacía tres meses que, sobre todo, vaciaba así los bolsillos de Felipe. Este no venía ya en los momentos de crisis sin dejar su portamonedas.

Muy pronto, tomando ánimos, le fué pidiendo algunas sumas, doscientos francos, trescientos francos, nada más que esto para deudas menudas; y Felipe, nombrado en Julio capitán-cajero, traía el dinero al día siguiente, excusándose de no ser bastante rico, porque la buena mamá Hugón trataba ahora á sus hijos con una severidad singular.

Al cabo de tres meses estos pequeños préstamos, á menudo renovados, subían á una decena de miles de francos.

El capitán tenía siempre su alegre risa sonora. Sin embargo enflaquecía, distrayéndose muchas veces, y con una sombra de sufrimiento en su rostro. Pero una mirada de Nana le trasturaba en una especie de éxtasis sensual.

Una noche, habiendo dicho Nana que ella se llamaba también Teresa y que sus días eran el 15 de Octubre, muchos señores le enviaron regalos. El capitán Felipe llevó el suyo, una antigua cajita de confituras, de porcelana de Sajonia, montada sobre oro.

—¡Oh! ¡Eres muy amable!—dijo Nana.—¿Qué es esto? Enseña un poco.... ¡Qué niño eres, emplear tu dinero en chucherías como ésta!

Y siguió reprendiéndole, puesto que no era rico, pero muy contenta en el fondo de verle gastar tanto para ella, única prueba de amor que la conmovía.

Entre tanto daba vueltas á la cajita, y quería conocer su mecanismo abriéndola y cerrándola.

—Ten cuidado—murmuró Felipe—es frágil.

Pero ella se encogió de hombros. ¿Creía, pues, que sus manos eran las manos de un ganapan? Y de repente, la cubier-ta le quedó entre los dedos, cayendo y rompiéndose lo demás. Nana permanecía estupefacta, con los ojos sobre los pedazos, diciendo:

—¡Oh! ¡Se ha roto!

Después se puso á reír. Le parecía esto chistosísimo.

Felipe tuvo un momento de ira: la desgraciada ignoraba

que este juguete le había costado muchas angustias. Cuando le vio tan trastornado, procuró contenerse.

—Pero si no fué culpa mía.... Estaba cascado.... No hay por dónde coger estas chucherías.... ¡Vaya con tu caja! ¿Has visto la cabriola?

Y rompió de nuevo en una risa loca. Pero como los ojos del jóven se humedecían, á pesar de sus esfuerzos, Nana se arrojó á su cuello tiernamente.

—¡Qué tonto eres! ¿No ves que te amo lo mismo? Si no se rompiera nada, los comerciantes cerrarian sus tiendas. Todo esto se hizo para ser roto.... ¡Mira, este abanico está solamente encolado!

Había cogido un abanico y á un ligero tiron la seda se desgarró en dos. Esto pareció excitarla. Para hacer ver que se burlaba de los otros regalos desde el momento en que había roto el suyo, se proporcionó el placer de un destrozo, golpeando los objetos, probando que no había allí nada sólido, destruyéndolos todos.

Un fulgor se encendía en sus ojos vacíos; sus labios, levemente entreabiertos, enseñaban los blancos dientes. Despues, cuando todo estuvo hecho pedazos, muy encendida, riendo de nuevo, hirió la mesa con sus pequeñas manos, ceceando con una voz de pilluela:

—¡Esto se acabó! ¡Ya no hay nada!

Entónces Felipe, contagiado por esta embriaguez, se reanimó también y la besó en la garganta, acariciándola la frente. Ella se dejó hacer y se colgaba á sus hombros tan dichosa, que no recordaba haberse divertido tanto hacia mucho tiempo. Y sin soltarle, con un tono muy dulce:

—Oye, querido, mañana me hacían falta diez luises.... Quiero pagar una cuenta de mi panadero, que me atormenta: es un posma.

Él se puso pálido, mas depositando en la frente de Nana su último beso, dijo simplemente:

—Lo intentaré.

Hubo una pausa. Nana se vestía. Él apoyaba la frente en un cristal. Al cabo de un minuto volvió y repuso con lentitud:

—Nana, tú debías casarte conmigo.

Esa idea, emitida así, de pronto, hizo tanta gracia á la jóven, que ésta no podía acabar de ponerse las enaguas.

—¡Pero tú estás malo, mi pobre perrol.... ¿Porque te pido diez luises me ofreces tu mano?.... ¡Nunca! Yo te amo demasiado. Esa sería una barbaridad.

Y como Zoé entraba para calzarla, suspendieron la conversacion.

Este mismo dia, Jorge, á pesar de la prohibicion de Nana, se había introducido en el hotel. Francisco le había visto muy bien pasar, pero los criados se divertían con poner en algun compromiso á la señora.

Acababa de deslizarse hasta el saloncito, cuando le detuvo la voz de su hermano, y clavado detras de la puerta, presencié toda la escena, los besos, la oferta de matrimonio.

Quedó helado de horror y se marchó de allí como un imbecil, con la sensacion de un gran vacío bajo el cráneo. Sólo despues, cuando llegó á la calle Richelieu, al subir á su alcoba, que estaba encima de la habitacion de su madre, sintió que su corazón se rompía estallando en furiosos gemidos.

Esta vez no era posible dudar. Una imágen abominable se levantaba eternamente ante sus ojos: Nana en los brazos de Felipe, y esto le parecia un incesto. Cuando se creía ya calmado, le asaltaba nuevamente el recuerdo, y una crisis de rabia celosa le arrojaba sobre su lecho, mordiéndole las sábanas, articulando palabras infames, que más y más le enloquecían. Todo el dia lo pasó de esta suerte. Habló de una jaqueca para permanecer encerrado. Pero la noche fué más terrible aún; una fiebre homicida le agitaba con pesadillas continuas. Si su hermano habitase en la casa, habría ido á matarlo de una cuchillada.

Al llegar el dia, quiso razonar. Era él quien debía morir: se arrojaría por la ventana al pasar un ómnibus.

Sin embargo, salió á eso de las diez; recorrió París, rodó sobre los puentes, experimentando hasta en el último instante la invencible necesidad de volver á verla. Acaso con una palabra le salvaría. Y daban las tres cuando entraba en el hotel de la avenida de Villiers.

Hacia mediodía, una noticia horrible había aniquilado á la señora Hugon: Felipe estaba preso desde la víspera por la noche; se le acusaba de haber robado doce mil francos á la caja de su regimiento.

Desde hacia tres meses distraía pequeñas sumas, esperando reponerlas y disimulando el déficit con partidas falsas, y este fraude le salía bien siempre, merced á las negligencias del Consejo de Administración.

La anciana señora, aterrada ante el crimen de su hijo, tuvo un primer grito de cólera contra Nana; conocía los amores de Felipe, y sus tristezas procedían de esta desgracia, que la obligaba á permanecer en París, previendo una catástrofe; pero nunca llegó á tener tanta vergüenza, y ahora se reprochaba sus negativas de dinero como una complicidad.

Tendida sobre un sillón, las piernas atacadas por la parálisis, la anciana se sentía inútil, incapaz de dar un paso, clavada allí para morir.

Sin embargo, el pensamiento braseo de Jorge la consoló: le quedaba aún Jorge, y éste podría obrar, salvarlos quizá.

Entonces, sin pedir la ayuda de nadie, deseando que estas cosas quedáran entre ellos, la anciana se arrastró y subió al otro piso, acariciando la idea de que aún tenía una ternura cerca de sí. Pero, ya arriba, encontró la alcoba vacía: el portero le dijo que el señorito Jorge había salido muy temprano. Una segunda desgracia aleteaba en esta alcoba; el lecho, con sus sábanas mordidas, contaba toda una angustia; una silla, derribada en tierra, entre vestidos, parecía muerta....

Jorge debía estar en casa de aquella mujer. Y la señora Hugon, con los ojos secos, las piernas fuertes, bajó. ¡Quería sus hijos, é iba á reclamarlos!

Aquel día Nana estaba muy abrumada. En primer lugar, este panadero, que desde las nueve se presentó con su cuenta, una miseria, ciento treinta y tres francos de pan, que no había podido pagar en medio del tren regio de su hotel. Se había presentado veinte veces, irritado de que le reemplazarán el día mismo en que suspendió el crédito, y los criados se ponían de su parte; Francisco afirmaba que la señora no le pagaría jamás si no armaba un escándalo; Carlos hablaba de

subir también para arreglar una vieja cuenta de paja que se había retrasado; Victorina, empero, cayendo de súbito en la conversacion, aconsejaba esperar la presencia de un señor y sacarle el dinero.

La cocina se apasionaba, y todos los proveedores estaban puestos al corriente.

Sólo Julian, el jefe del servicio, afectaba defender á la señora: sea lo que quiera, no podía negarse su distincion, y cuando los demás le acusaban de que se entendía con ella, reía con aire fatuo.

Francisco, con mala intencion, había apostado al panadero en el vestibulo, sin advertir á la señora, y cuando bajaba ésta, le encontró ante sí, á la hora del almuerzo.

Nana tomó la cuenta y le dijo que volviese hacia las tres.

Entonces, pronunciando palabras groseras, se marchó, jurando ser exacto y pagarse por sí mismo, no importa cómo.

Nana almorzó muy mal, humillada por tal escena.

Esta vez era preciso desembarazarse de tal hombre.

En diez ocasiones distintas había pæsto á un lado su dinero, y siempre lo había liquidado: un día, para comprar flores; otro, para una suscripcion hecha en favor de un viejo gendarme.

Ademas, Nana confiaba en Felipe, y ya se extrañaba de no verle con sus doscientos francos.

Era una verdadera desgracia; la antevíspera aún había provisto á Satin de todo un equipo, cerca de mil doscientos francos en vestidos y lencería, y no le quedaba ni un luis en casa.

Hacia las dos, cuando Nana comenzaba á estar inquieta, se presentó Labordette.

Traía los dibujos de la cama.

Esto fué una diversion, un alborozo súbito, que hizo olvidarlo todo.... La jóven batía las palmas, bailaba.

Después, henchida de curiosidad, inclinada sobre un velador, examinó los dibujos que le iba explicando Labordette.

—Mira, ésta es la barquilla; en medio una espesura de rosas entreabiertas; después, una guirnalda de flores y de botones; en los follajes se empleará el oro verde, y en las rosas el

oro rojo.... Y hé aquí la gran pieza de la cabecera, un grupo de amores sobre un entrejaño de plata....

Pero Nana le interrumpió, arrebatada de entusiasmo :

— ¡Oh! ¡Qué lindo es este amorcillo del rincón, que aparece desnudo en el aire!... ¿Eh? ¡Y esta risa maligna! ¡Todos tienen ojos de picaros!... ¿Sabes, querido, que jamás me atreveré á hacer tonterías delante de ellos?

Tenia una extraordinaria satisfacción de orgullo.

Los plateros habían dicho que ni una reina se acostaba en un lecho parecido. Sólo que se presentaba una complicación.

Labordette le enseñó dos dibujos para la pieza de los pies, uno que reproducía el motivo de las barquillas; otro que era todo un asunto: la Noche envuelta en sus velos, y un Fauno que los descorría, descubriendo su desnudez brillante.

Añadió que, si elegía este asunto, los plateros tenían la intención de dar á la Noche su parecido, retratándola allí.

Esta idea, de gusto arriesgado, la hizo palidecer de gozo.

Se veía en estatua de plata, en el símbolo de las tibias voluptuosidades de la sombra.

— Exceso decirte que no necesitas enseñar más que la cabeza y los hombros— dijo Labordette.

Ella le miró tranquilamente.

— ¿Por qué?... Desde el momento en que se trata de una obra de arte, me importa muy poco el escultor.

Cosa convenida, Nana elegía el asunto.

Pero Labordette la detuvo.

— Espera.... Esto cuesta seis mil francos más.

— ¡Eso es lo que me tiene sin cuidado!— gritó ella rompiendo á reír. — ¿Acaso no tiene bien repleto el saco mi pequeño *mufito*?

Entre sus íntimos designaba así al Conde de Muffat; y estos señores la preguntaban siempre, empleando la misma fórmula: «Has visto á tu pequeño *muf* ayer noche?— ¡Toma! ¡Y yo, que creía encontrar aquí al pequeño *muf*!»

Labordette arrollaba los dibujos, dando las últimas explicaciones: los plateros se comprometían á entregar el lecho en el término de dos meses, hacía el 25 de Diciembre; desde la semana siguiente vendría un escultor á bosquejar la Noche.

Cuando se despidieron, Nana se acordó del panadero. Y bruscamente :

— A propósito: ¿no traes diez luises contigo?

Un principio de Labordette, con el que le iba muy bien, era no prestar jamás dinero á las mujeres. Daba siempre la misma respuesta.

— No, hija mía, estoy desplumado.... Pero ¿quieres que vaya á casa de tu pequeño *muf*?

Ella rehusó: era inútil. Dos días ántes había sacado cinco mil francos al Conde. Sin embargo, lamentó su discreción.

Detras de Labordette, bien que apenas fuesen las dos y media, reapareció el panadero, y se instaló brutalemente sobre una banqueta del vestíbulo, jurando muy alto.

La jóven le escuchaba desde el primer piso, y palidecía, sufriendo, sobre todo, al oír elevarse hasta ella el júbilo sordo de los criados.

En la cocina se reventaba de risa: el cochero miraba desde el fondo del patio; Francisco atravesaba, sin tener por qué, el vestíbulo, y se apresuraba á llevar noticias, despues de haber lanzado al panadero una mirada de inteligencia.

Entónces, como había tenido la idea de pedir prestados los trescientos francos á Zoé, la abandonó desde luégo: la debía ya varias cantidades, y era demasiado orgullosa para exponerse á una negativa. Tal emoción se apoderó de ella, que volvió á entrar en su alcoba hablando en voz alta.

— ¡Bah, bah! hija mía, no cuentes más que contigo.... Tu cuerpo te pertenece, y es preferible servirte de él á sufrir una afrenta. Y, sin llamar siquiera á Zoé, se vestía febrilmente para ir á casa de la Tricon.

Era éste su recurso supremo en las horas de grandes apuros. Muy solicitada por esta vieja, Nana rehusaba ó se resignaba, segun sus necesidades, y los días, cada vez más frecuentes, en que había que tapar algún agujero de su regio boato, estaba segura de encontrar siempre allí veinticinco luises que la estaban esperando.

Iba, pues, á casa de la Tricon con la facilidad del hábito, como van los pobres al Monte de Piedad.

Pero al dejar su alcoba tropezó con Jorge, de pié en medio

del salón. Nana no observó su palidez de cirio, el fuego sombrío de sus ojos agrandados. Al verle exhaló un suspiro, como si se viese libre de un gran peso.

— ¡Ah! ¿Vienes de parte de tu hermano?

— No — dijo el pequeño palideciendo más.

Entonces Nana hizo un gesto desesperado. ¿Qué es lo que quería? ¿Por qué le estorbaba el paso? Veamos, ella tenía prisa. Después, volviendo:

— ¿Tú no tienes dinero?

— No.

— Es verdad, ¡qué tonta soy! Ni una almendra, ni los seis cuartos del ómnibus.... Mamá no quiere.... ¡Qué hombres!

Y se escapaba. Pero él la retuvo: quería hablarla. Ella, exasperada, repetía que era perder el tiempo, cuando Jorge con una palabra consiguió detenerla.

— Escucha, ya sé que te vas á casar con mi hermano.

¡Pero esto era cómico! Nana se dejó caer en una silla para reír á sus anchas.

— Si — continuó el muchacho. — Y yo no quiero.... Con quien te vas á casar es conmigo.... A eso vengo.

— ¿Eh? ¿Cómo? ¡Tú también! — gritó; — ¿es, pues, una enfermedad de familia?.... ¡Pero, vaya un gusto! ¡Jamás! ¿Acaso os he pedido yo semejante indecencia?.... Ni el uno ni el otro: ¡jamás!

La cara de Jorge pareció iluminarse. ¿Si se habria engañado tal vez?

— Entonces júrame que no abrazas á mi hermano.

— ¡Ah! ¡Tú me aburres al fin! — dijo Nana, que se habia levantado llena de impaciencia. — Esto es gracioso un momento; ¡pero cuando te repito que tengo prisa!.... Si, yo abrazo á tu hermano cuando me da la gana. ¿Me mantienes tú acaso, pagas algo tú, para exigir cuentas? Si, yo abrazo á tu hermano....

Él la habia cogido el brazo, y le apretaba hasta romperselo, balbuceando!

— No digas eso.... no digas eso....

Pero ella, dándole un empujon, consiguió desprenderse.

— ¡Y me pega ahora! ¡Veis este pilluelo!.... Pequeño mio, vas á largarte, é inmediatamente.... Yo te aguantaba por bon-

dad. ¡Perfectamente! ¡Cómo abres los ojos!.... Creo que no esperarías tenerme por mamá hasta la muerte. Tengo más que hacer que criar chiquillos.

Jorge escuchaba con gran angustia, rígido, sin una protesta. Cada palabra le heria en el corazón con un gran golpe, y se sentia morir.

Ella, sin advertir siquiera su dolor, continuaba, dichosa de desahogar sobre él todas sus contrariedades del día.

— ¡Como su hermano, que es un bonito coco también!.... Me habia prometido doscientos francos. ¡Ah! Puedo esperar sentada.... Si tuviera que vivir de su dinero.... Para comprar pomada escasamente.... ¡Pero me deja hoy en un apuro!.... Oye, ¿quieres que te lo diga? Pues á causa de tu hermano salgo para ir á ganar veinticinco lises....

Entonces, perdida la cabeza, Jorge obstruyó la puerta; y allí lloraba, la suplicaba, juntando las manos y balbuceando:

— ¡Oh! no, ¡oh! no.

— Pues yo quiero, sí — dijo ella — ¿Tienes tú dinero?

No, él no tenia dinero. ¡Hubiera dado su vida por tener dinero! Jamas se habia sentido tan miserable, tan inútil, tan pequeño. Todo su pobre sér, sacudido por el llanto, expresaba un dolor tan grande, que Nana acabó por verlo y enternecerse. Se separó suavemente.

— Veamos, gato mio, déjame pasar. Es preciso.... sé razonable. Tú eres un bebé, y esto fué muy bueno una semana; pero hoy debo pensar en mis negocios. Reflexiona un poco.... Tu hermano siquiera es un hombre. Yo no digo con él.... ¡Ah! Hazme un favor, es inútil que le cuentes todo esto. No tiene necesidad de saber adónde voy. Siempre hablo más de la cuenta cuando me encolerizo.

Y se reía. Después, cogiéndole y besándole en la frente:

— Adiós, bebé; esto ha concluido, concluido del todo, ¿entiendes?... Yo escapo.

Y le dejó. Quedaba él en pié en medio del salón.

Las últimas palabras sonaban como un sonaten en sus oídos: esto ha concluido, concluido del todo, y creia que la tierra se abria bajo sus piés.

En el vacío de su cerebro, el hombre que esperaba á Nana

había desaparecido; sólo quedaba eternamente Felipe en los brazos desnudos de la joven. Ella no negaba, ella le amaba, puesto que quería evitarle el pesar de una infidelidad. ¡Esto había concluido, concluido del todo!

Entonces, esto era el fin, no podía ya vivir.

Su vicio se había templado en una ternura infinita, en una adoración sensual, en que se entregaba todo su ser.

Después, ¿cómo olvidar, cuando su hermano quedaba allí? Su hermano, un poco de su sangre, un otro yo en el placer, le ponía rabioso de celos. Este era el fin, quería morir.

Todas las puertas permanecían abiertas en la desbandada ruidosa de los criados, que habían visto á la señora salir á pié.

Abajo, sobre la banquetta del vestíbulo, el panadero reía con Carlos y Francisco.

Como Zoé atravesaba el salón corriendo, pareció sorprenderla de ver á Jorge, y le preguntó si esperaba á la señora.

Sí; la esperaba, había olvidado darle una respuesta.

Y cuando estuvo solo, se puso á buscar.

No encontrando ninguna otra cosa, cogió en el tocador unas tijeras muy puntiagudas, de que se servía Nana continuamente para arreglar su persona en los pequeños detalles de su piel y de su peinado.

Entonces, durante una hora, esperó, los dedos pegados nerviosamente á las tijeras, la mano en el bolsillo.

—Aquí está la señora—dijo volviendo Zoé, que debió accharla por la ventana de la cámara.

Hubo carreras en el hotel; las risas se extinguieron; se cerraron las puertas.

Jorge oyó á Nana, que pagaba al panadero, con una voz breve; después subió.

—¡Cómo, todavía estás aquí!—dijo al divisarle—¡Ah, tememos que incomodarnos, buen hombre!

Él la siguió cuando se dirigía hacia la alcoba.

—Nana, ¿quieres casarte conmigo?

Nana cerró la puerta. Con una mano Jorge volvió á abrirla mientras que sacaba la otra del bolsillo con las tijeras. Y sencillamente, con un gran golpe se las hundió en el pecho.

Entre tanto, Nana tuvo el presentimiento de una desgracia;

se había vuelto. Cuando le vió herirse, sintió una indignación.

—¡Pero esto es bárbaro, esto es bárbaro! ¡Y con mis propias tijeras!.... ¡Tú quieres matarte, malvado pilluelo!.... ¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!

Estaba azorada. El muchacho, caído sobre las rodillas, acababa de darse un segundo golpe, que le había arrojado á la larga en la alfombra. Tendido en el umbral de la alcoba obstruía el paso.

Entonces ella perdió completamente la cabeza, gritando con todas sus fuerzas, no atreviéndose á pasar por encima de aquel cuerpo, que la encerraba y la impedía correr en busca de socorro.

—¡Zoé, Zoé, vén de prisal.... ¡Se va á morir!.... ¡Pero esto es estúpido, un niño como éste!.... ¡Y héle aquí que se mata ahora, y en mi casa! ¡Se ha visto jamás nada igual!

Le daba miedo.

Estaba muy pálido, con los ojos cerrados.

No sangraba casi: apenas un poco de sangre, como delgado hilo, iba á perderse bajo el chaleco.

Nana se decidía á pasar sobre el cuerpo, cuando una aparición la hizo retroceder.... En frente de ella, por la puerta del salón, que había quedado abierta de par en par, avanzaba una señora anciana. Y reconoció á la señora Hugon, terrificada, no explicándose su presencia.

Nana retrocedía siempre; aún no se había quitado sus guantes y su sombrero.

Su terror era tal, que se defendió con voz balbuciente.

—Señora, no he sido yo, os lo juro.... Quiera casarse conmigo, he dicho que no, y se ha matado.

La señora Hugon se aproximaba lentamente, vestida de negro, el rostro pálido, con sus cabellos blancos.

En el coche, la idea de Jorge se había desvanecido; la falta de Felipe se apoderó de ella por entero.

Acaso esta mujer expondría á los jueces explicaciones que les convovieran; y le ocurría el proyecto de suplicarla para que depusiera en favor de su hijo.

Abajo, las puertas del hotel estaban abiertas, y vacilaba en

la escalera, con sus piernas decrépidas, cuando de pronto unos gritos de espanto la habían servido de orientación.

Después, arriba, vió un hombre tendido en tierra, la camisa manchada de sangre!.... ¡Era Jorge, era su otro hijo!

Nana repetía con un tono de imbécil:

—Quería casarse conmigo, yo he dicho que no, y se ha matado.

Sin lanzar un grito, la señora Hugon se bajó. Sí, era el otro, era Jorge. ¡El uno deshonrado; el otro asesinado!

Esto no la sorprendía en el desmoronamiento de su casa.

Arrodillada sobre la alfombra, ignorante del lugar en que estaba, no viendo á nadie, miraba fijamente el rostro de Jorge y escuchaba con una mano puesta sobre su corazón.

Después exhaló un débil suspiro.

Había sentido latir su corazón.

Entonces levantó la cabeza, examinó esta alcoba y esta mujer, y pareció acordarse.

Una llama brilló en sus ojos vacíos, y era tan grande y tan terrible su silencio, que Nana temblaba, continuando en su defensa por encima de aquel cuerpo que las separaba.

—Oa lo juro, señora.... Si su hermano estuviera aquí, él podría explicarnos....

—Su hermano ha robado, está preso—dijo la madre duramente.

Nana quedó como estrangulada. Pero, ¿por qué todo esto? ¡El otro había robado ahora! ¡Estaban, pues, locos en esta familia! No se meneaba; no parecía estar en su casa; dejando á la señora Hugon dar órdenes.

Los criados habían concluido por acudir; la anciana quiso absolutamente que bajasen á Jorge desvanecido á su coche.

Nana, con sus miradas estupefactas, siguió á los criados que llevaban á este pobre Zizi por los hombros y por las piernas. La madre marchaba detrás, postrada ahora, apoyándose en los muebles, como sumida en el aniquilamiento de todo lo que amaba. Sobre la meseta de la escalera lanzó un gemido; se volvió y dijo, interrumpiéndose para tomar aliento:

—¡Ah, nos habeis hecho mucho mal!.... ¡Nos habeis hecho mucho mal!

Esto fué todo. Nana se había sentado, en su estupor, á un enguantada, y con su sombrero en la cabeza.

El hotel caía de nuevo en un silencio triste, el coche acababa de partir, y ella permanecía inmóvil....

Un cuarto de hora después Muffat la encontró en aquel mismo sitio. Pero entonces se desahogó en un desbordado flujo de palabras, contándole la desgracia, volviendo veinte veces sobre los mismos detalles, cogiendo las tijeras manchadas de sangre para imitar el gesto de Zizi cuando se había herido.

Y ponía empeño, sobre todo, en probar su inocencia.

—Veamos, querido, ¿ha sido culpa mía? Si fueses la justicia, ¿me condenarías tú?.... Yo no he dicho á Felipe que se comiera los fondos, seguramente; tampoco impulsé á ese pobre chico á que se matara.... En todo esto la más desgraciada soy yo. Se acaban de hacer atrocidades en mi casa, se me causan disgustos, se me trata como á una infame....

Una presión nerviosa la ahogaba y se sentía muy enternecida; su pesar era inmenso.

—Tú también, tú tienes el aire de no estar contento.... Preguntas un poco á Zoé, pregúntale si estoy para algo.... Zoé, hablada, pues, explicad al señor....

La doncella, que había cogido en el gabinete una toalla y una cubeta de agua, frotaba hacia rato la alfombra para borrar una mancha de sangre, ahora, que estaba reciente.

—¡Oh! señor—dijo—la señora está bastante desolada.

Muffat permanecía sobrecogido, helado, por este drama, el pensamiento lleno de aquella madre llorando á sus hijos....

Ahora la imagen de Zizi, tendido en tierra, con un agujero rojo sobre su camisa, la ponía fuera de sí.

—Era tan afectuoso, tan dulce, tan amable.... ¡Ah! gato mio, ¡tanto peor si esto te molesta! ¡yo le amaba á ese bebé! No puedo contenerme, es más fuerte que yo mi emoción.... Aparte de que ahora te deba ser indiferente. Ya no existe. Has conseguido lo que querías, y en adelante puedes estar seguro de no sorprendernos....

Esta última idea le produjo tal sentimiento, que el Conde acabó por consolarla. Vamos, debía mostrarse fuerte; tenía mucha razón, no era suya la culpa.

Pero ella se detuvo de repente, y dijo:

—Escucha, vas á correr para traerme noticias.... ¡En seguida, yo lo quiero!

Muffat cogió su sombrero y fué á buscar noticias de Jorge.

Al cabo de tres cuartos de hora, cuando volvió, divisó á Nana inclinada ansiosamente á una ventana, y le gritó desde la calle que el chico no había muerto, y que aún se tenían esperanzas de salvarle.

Entonces Nana pegó un salto con gran júbilo, y cantaba, y bailaba, encontrando hermosa la existencia.

Zoé, entre tanto, no estaba satisfecha de su lavadura.

Miraba siempre la mancha, y cada vez que pasaba, repetía:

—Mirad, señora; esto no se ha quitado.

En efecto, la mancha reaparecía con un rojo pálido sobre un roseton blanco de la alfombra.

En el umbral mismo de la alcoba parecía una huella de sangre que cerraba el paso de la puerta.

—¡Bah! —dijo Nana gozosa.—Eso se borrará bajo los piés.

Desde el día siguiente el Conde Muffat había también olvidado la aventura.

Un instante, en el fiacre que le conducía á la calle Richelieu, se había jurado no volver á casa de esta mujer.

El cielo le daba un aviso: miraba la desgracia de Felipe y de Jorge como el anuncio de su propia pérdida.

Pero ni el espectáculo de la señora Hugon llorando, ni la vista del niño abrasado por la fiebre, habían tenido fuerza bastante para hacerle sostener su juramento; y del breve calofrío de este drama, le quedaba no más que el sordo júbilo de haberse desembarazado de un rival, cuya encantadora juventud le había exasperado siempre.

Llegaba ahora á una pasión exclusiva, á una de esas pasiones del hombre que no ha tenido juventud.

Amaba á Nana con una necesidad de saber que era únicamente suya, de oírla, de tocarla, de beber su aliento.

Era una ternura que se elevaba por encima de los sentidos hasta el sentimiento puro; una afecion inquieta, celosa del pasado, soñando á veces la redencion, el perdon recibido, arrodillados ambos ante el Dios Padre....

La religion de dia en dia echaba en él mayores raíces.

Practicaba de nuevo, se confesaba y comulgaba, sin cesar combatido, duplicando con sus remordimientos los goces del pecado y de la penitencia.

Una mañana, en que vió salir á Foucarmont de su casa, á hora muy singular, hubo entre ambos una escena borrascosa. De pronto Nana se incomodó, cansada de sus celos.

Ya se había mostrado hartamente amable. La noche en que la sorprendió con Jorge había sido la primera en reconocerse culpada, confesando su sinrazon, colmándole de caricias y de palabras amables para hacerle tragar su infidelidad.

Pero, por fin, llegó á abrumarle con su obstinacion, empeñado en no comprender á las mujeres, y estuvo brutal.

—¡Pues bien! Si, he estado con Foucarmont. ¿Y ahora?.... ¿Eh? ¿Esto no te hace gracia, *mufito*?

Era la vez primera que le lanzaba á la cara su *mufito*. El Conde estaba indignado por la imprudencia de su confesion, y al verle apretar los puños, Nana marchó hácia él y le miró de frente.

—¿Te parece mucho, eh?.... Pues mira, si esto no te conviene, me vas á hacer el favor de salir.... No quiero que grites en mi casa.... Convéncete de que yo bago lo que me place. Cuando un hombre me gusta, no hay más que decir. Con que, decidete ahora mismo: sí ó no; puedes marcharte.

Nana había ido á abrir la puerta. Él no salió. Desde entonces ésta fué su manera de sujetarlo más; por nada, á la menor querella, le enseñaba el camino con reflexiones abominables.

—¡Y bien! Siempre encontraría otro mejor que él, le sobraba dónde elegir, tenía fuera los hombres á montones, todos los que quisiera, y hombres ménos enclenques que él, con sangre que bullia en sus venas.

Muffat bajaba la cabeza, esperando horas más bonancibles.

Su reconciliacion con su mujer le había hecho insoportable la vida del hogar.

La Condesa, abandonada por Faucherie, quien caía otra vez bajo el dominio de Rosa, se aturdira con otros amores, impul-

sada por la inquieta fiebre de los cuarenta años, llenando el hotel con el torbellino mareante de su vida.

Estela, después de su matrimonio, no veía ya á su padre; en esta niña, insignificante y flaca, había aparecido bruscamente una voluntad de hierro, tan absoluta, que Daguenet temblaba delante de ella.

Y Muffat, miserable y arrojado de la suya por el tedio y la vergüenza, prefería aún vivir en la avenida Villiers en medio de toda clase de injurias.

Muy pronto una sola cuestión quedó en pié entre Nana y el Conde: el dinero.

Un día, después de haberle prometido formalmente diez mil francos, se atrevió á presentarse con las manos vacías á la hora convenida.

—¿Eh? Conque, no traes dinero.... ¡Vamos, *mufito*, larga de aquí más pronto que la vista! ¡Vaya un camello! ¡Y aún quería abrazarme!.... ¡A nada de dinero, nada de nada! ¿Entiendes?

El daba explicaciones, tendría la suma á los dos días. Pero Nana le interrumpió violentamente:

—¿Y mis deudas? ¿Y mis vencimientos? ¿No conoces que se me va á embargar, mientras que el señor viene aquí con las manos en los bolsillos?.... ¡Ah! Escucha. ¿Acaso te imaginas que te amo por tus formas? Cuando se tiene una facha como la tuya, es preciso pagar á las mujeres que tienen á bien toleraros.... ¡Nombre de Dios! como no traigas los diez mil francos esta noche, desgraciado de tí si me tocas á la punta del dedo.... ¡Mira, te voy á enviar á tu mujer!

Por la noche llevó los diez mil francos. Nana extendió los labios, y él recogió allí un prolongado beso, que le consoló de todo un día de angustia. Lo que cargaba bastante á la jóven era tenerle sin cesar entre sus faldas.

Nana se quejaba al señor Venot, suplicándole que llevara á su *mufito* á casa de la Condesa; es decir, que no servía para nada su reconciliación; y se lamentaba de estar mezclada en esto, ya que de todos modos el Conde no la dejaba respirar.

Los días en que, á impulsos de la cólera, se olvidaba de sus intereses, juraba hacerle tan gran indecencia, que no volvería

á poner los piés en su casa. Pero aún cuando le escupiese en la cara, Muffat no se hubiera marchado por eso, y acaso le daría las gracias.

Continuamente surgían escenas sobre cuestiones de dinero. Ella se lo exigía con brutalidad, y le insultaba por sumas miserables; era una avaricia odiosa de cada minuto, repitiéndole cruelmente que le quería por su dinero, no por otra cosa; que no la divertía lo más mínimo; que amaba á otro, y que era muy desgraciada al tener necesidad de un idiota de su especie. El mismo aprecio le tenían en la corte, donde se hablaba de exigir su dimisión.

La Emperatriz había dicho: «Es demasiado fastidioso.» Y esto era muy cierto. Nana repetía también la frase al terminar todas sus querellas.

—¡Mira, me fastidias!

Ya no se reprimía; había reconquistado una libertad completa.

Todos los días daba su paseo por el lago, iniciando allí relaciones que luego tenían su desenlace en otra parte.

Era la gran novedad, el astro del día, la crema de las cortesanas ilustres, ostentándose entre la sonrisa tolerante y el lujo esplendoroso de París.

El personal de las embajadas desfilaba ante ella; comía con Lucy Stewart, Carolina Heguet y Maria-Blond, en compañía de señoras que chapurreaban el francés, pagando para que los divirtiesen, alquilándolas con obligación de estar graciosas, tan extenuados y vacíos, que ni las tocaban siquiera.

Y ellas llamaban á esto «ir de diversion», y muy dichosas con sus desdenes, se marchaban luego á concluir la noche en brazos de algún amante del alma.

El Conde Muffat fingía ignorarlo todo cuando ella le arrojaba al rostro sus hombres.

Además, sufría mucho con las pequeñas vergüenzas de la existencia cotidiana.

El hotel de la avenida Villiers se había convertido en un infierno, en una casa de locos, en la que toda clase de insensateces provocaba de continuo crisis odiosas.

Nana llegaba á pegarse con sus criados.

Siempre armaba disputas por la paja, por el salvado, por la avena; y á pesar de su amor á los animales, encontraba que sus caballos comían demasiado.

Un día, al arreglar una cuenta, como acensase á Carlos de robarla, éste se encolerizó y la llamó sucia cruelmente: á buen seguro sus caballos valían más que ella; á lo ménos no servían para todo el mundo.

Nana respondió en el mismo tono, y el Conde tuvo que separarlos y poner el cochero á la puerta.

Pero éste fué el comienzo de una revolución entre los criados: Victorina y Francisco se marcharon también, á continuación de un robo de diamantes; Julian mismo desapareció, y corría la historia de que se había ido á instancias del Conde, que le dió una gran suma, celoso de sus relaciones con la señora: cada ocho días se veían en las dependencias de los criados caras nuevas; jamás se había visto tanto abandono; la casa era como un pasaje, por el que desfilaban los desechos de las agencias en una galop de destrozos.

Sólo quedaba Zoé con su aire limpio y su cuidado único de organizar este desórden, en tanto que pudiera establecerse por su cuenta; plan cuya idea maduraba largo tiempo hacia.

Y no eran éstos los únicos engorros. El Conde soportaba la estupidez de la señora Maloír, jugando al tresillo con ella, á pesar de su olor de bruja; soportaba á la señora Lerat con sus ridiculeces, y al pequeño Luis con sus quejas tristes de niño roído por la escrófula, alguna podredumbre legada por un padre desconocido.

Desde que Zoé se descuidaba por cálculo, la administración del hotel se había desarreglado hasta el punto de que Muffat no osaba empujar una puerta, tirar de una cortina, abrir un armario; las habilidades no funcionaban ya, se encontraban señores en todas partes, y á cada instante tropezaban los unos con los otros.

Ahora tosía ántes de entrar, habiendo estado á punto de encontrar á la joven abrazada á Francisco una noche que se había ausentado del tocador dos minutos para decir que enganchasen, mientras que el peluquero daba á la señora un último golpe de peine.

Eran abandonos bruscos á sus espaldas, el placer recogido vivamente en todos los rincones, en camisa ó en traje de etiqueta, con el primer intruso.

Y volvía á su lado toda encendida, feliz con este robo; pero con él, una frialdad abominable. En la angustia de sus celos, el desgraciado llegaba á estar tranquilo cuando dejaba juntas á Satin y Nana.

Sólo que la armonía era poco duradera: Satin estaba endemoniada también.

En ciertos días le daba por romperlo todo, con humor desordenado, abismándose en rabia de cólera y de ternura. Zoé debía remontarle la cabeza, porque hablaba con ella en los rincones, como si hubiese querido engancharla para un gran negocio, aquel plan de que no hablaba á nadie todavía.

Sin embargo, el Conde Muffat se sublevaba á veces con revoluciones singulares.

Él, que toleraba á Satin hacía dos meses; que había concluido por aceptar á los desconocidos, á todo aquel rebañío de hombres que galopaba á través de la alcoba de Nana, se encolerizaba á la idea de ser engañado por alguno de su sociedad, ó simplemente de su conocimiento.

Cuando ella le confesó sus relaciones con Foucarmont, sufrió de tal manera, encontró la traición del joven tan abominable, que quiso provocarle y batirse.

Como no sabía dónde buscar testigos para semejante negocio, se dirigió á Labordette.

Este, estupefacto, no pudo contener su risa.

— Un duelo por Nana.... Pero, querido señor, todo París se burlaría de vos. No se bate nadie por Nana; eso es ridículo.

El Conde se puso muy pálido y tuvo un gesto de violencia.

— Entonces le abofetearé en plena calle.

Durante una hora Labordette le hizo reflexiones.

Una bofetada haría la historia odiosa; por la noche todo el mundo sabría la verdadera causa del encuentro, y sería la fábula de los periódicos.

Labordette llegaba siempre á esta conclusión:

— ¡Imposible! eso es ridículo.

Esta palabra caía sobre Muffat cortante y fina, como si le claváran un cuchillo.

Ni siquiera podía batirse por la mujer que amaba; se reíría todo el mundo.

Jamás había sentido más dolorosamente la miseria de su amor, esta gravedad de su corazón perdida en la mentira del placer.

Fué su rebelión última; se dejó convencer y asistió desde entonces á la desfilada de los amigos, de todos los hombres que vivían allí en la intimidad del hotel.

Nana, en algunos meses los comió vorazmente, unos despues de otros.

Las crecientes necesidades de su lujo excitaban hasta la rabia de sus apetitos, y devoraba un hombre de una dentellada.

Primero tuvo á Foucarmont, que no duró quince días.

Pensaba en dejar la marina; había ahorrado en diez años de viajes una treintena de miles de francos, que quería arriesgar en los Estados- Unidos; pero dió al traste con sus instintos de prudencia, casi de avaricia, y lo entregó todo, hasta firmas, empeñando su porvenir.

Cuando Nana le puso en la calle, estaba desnudo.

En seguida ella se puso sobre Steiner sin disgusto, pero sin ternura.

Le trataba de viejo judío, y parecía saciar en él un odio antiguo, de que no se daba exacta cuenta. Era muy gordo, era muy bruto, y le atropellaba comiendo por él á dos carrillos, para acabar lo más pronto posible con este prusiano. Él había dejado á Simona. Su negocio del Bósforo comenzaba á peligrar. Nana precipitó el hundimiento con exigencias locas. Durante un mes se defendió aún haciendo milagros; llenaba la Europa de una publicidad colosal, carteles, anuncios, prospectos, y tiraba el dinero en los países más lejanos.

Despues era engullido todo en la avenida de Villiers.

Por otra parte, se asoció con un dueño de forjas en Alsacia; había allí abajo, en un rincón de provincia, obreros negros por el carbon, mojados de sudor, que noche y día estiraban sus músculos y hacían crujir sus huesos para atender á los placeres de Nana.

Ella lo devoraba todo como una gran hoguera: los robos del ágío, los frutos del trabajo.

Esta vez concluyó con Steiner, devolviéndole á las calles chupado hasta los huesos, y tan vaciado, que hasta quedó incapaz de inventar una pillada nueva.

En el hundimiento de su casa de banca lloraba cual un niño, y temblaba ante la idea de la policía.

Entonces Nana, inmediatamente, comenzó con la Faloise.

Este mendigaba hacia mucho tiempo el honor de verse arruinado por ella, á fin de ser perfectamente distinguido. Esto le hacía falta: era preciso que una mujer le lanzase al mundo. En dos meses le conocería todo París y leería su nombre en los periódicos. Su legítima estaba en propiedades, tierras, prados, bosques, cortijos. Tuvo que vender rápidamente, sin interrupcion.

A cada bocado, Nana devoraba una fanega.

Los follajes estremeciéndose bajo el sol, los altos trigos maduros, las viñas doradas en Setiembre, la espesura en que se hundían las vacas hasta el vientre, todo pasaba allí en un engullimiento de abismo; y llegaron despues un salto de agua, una cantera de yeso, tres molinos, que desaparecieron.

La Faloise reía como un idiota, chupando el puño de su bastón.

La deuda le aplastaba, no poseía ya cien francos de renta, y se veía obligado á volver á la provincia, para vivir en casa de un tío maniático; pero esto no importaba, era un chico distinguido, el *Figaro* había impreso dos veces su nombre; y con el flaco pescuezo entre las puntas inclinadas de su cuello postizo, el talle apretado bajo un chaqué muy corto, se balanceaba con exclamaciones de cotarro y afectadas laxitudes de sacandil que no ha tenido jamás una emoción.

Nana, á quien causaba dentera, acabó por pegarle.

En tanto, Faucherie había vuelto, traído por su primo.

Este desgraciado Faucherie, á la sazón, tenía un arreglo.

Despues de haber roto con la Condesa, se encontraba entre las manos de Rosa, que usaba de él como un marido verdadero.

Mignon continuaba siendo simplemente el mayordomo de la señora.

Instalado como dueño, el periodista mentía á Rosa, tomaba toda especie de precauciones cuando la engañaba, lleno de los escrúpulos de un buen esposo que desea corregirse.

El triunfo de Nana fué cogerle y comerle un periódico que había fundado con el dinero de un amigo: ella no pregonó el caso, complaciéndose, por el contrario, en tratarle como á señor que debe ocultarse mucho; y cuando hablaba de Rosa, decía: «esta pobre Rosa». El periódico le dió para flores durante dos meses; tenía abonados en provincia, y ella lo cogía todo, desde la crónica hasta los ecos de teatro; más tarde, después de haber dislocado la redacción y desbaratado la administración, se contentó con un gran capricho, un jardín de invierno en un rincón de su hotel, que tragó tras de sí la imprenta.

Por lo demás, esto era sencillamente una bicoca.

Cuando Mignon, feliz con la aventura, corrió á ver si podía colgarle á Faucherie completamente, Nana preguntó si se burlaba: ¡un mozo sin un cuarto, que vivía de sus artículos y de sus piezas, no por Dios! Esta tontería era buena para una mujer de talento como esta pobre Rosa. Y desconfiada, temiendo alguna traición por parte de Mignon, muy capaz de denunciarlos á su mujer, despidió á Faucherie, que no le pagaba más que en publicidad.

Pero guardaba de él un buen recuerdo: se habían divertido mucho juntos con el idiota la Faloise.

Acaso no hubieran tenido jamás la idea de volver á verse si no les excitara el placer de burlarse de tan gran mentecato.

Esto les parecía un sainete: se abrazaban en sus barbas, celebraban fiestas con su dinero, enviándole á escape al otro extremo de París para quedar solos; después, cuando volvía, todo eran chistes, alusiones que él no podía comprender.

Un día, acosada por el periodista, apostó á que daba una bofetada á la Faloise; la misma noche le dió la bofetada, después continuó pegándole, encontrando esto muy gracioso, satisfecha con demostrar lo cobardes que eran los hombres.

Nana le llamaba «su cajón de los cachetes», invitándole á que se adelantara para recibirlos, y las bofetadas le enrojecían la mano por la falta de hábito.

La Faloise reía con su aire de paleta y con lágrimas en los ojos.

Esta familiaridad le encantaba, aunque le parecía un poco dura.

—Oye— dijo una noche muy encendido, después de unos cuantos pescozones— tú debías casarte conmigo.... ¿Eh? ¡Seríamos muy dichosos los dos!

Estas no eran palabras al aire.

Él había proyectado solapadamente este matrimonio, con el deseo de dar golpe en París. El marido de Nana, ¿eh? ¡qué distinción! ¡Una apoteosis envidiable! Pero Nana destruyó sus ilusiones.

—¡Casarme contigo!.... ¡Y bien, si me halagará esta idea, hace tiempo que hubiera encontrado un esposo! Y un hombre que valiera veinte veces más que tú, querido.... Me han hecho un montón de proposiciones. Mira, cuenta conmigo: Felipe, Jorge, Foucarmont, Steiner, van cuatro, sin los otros que tú no conoces.... Es el estribillo de todos. Yo no puedo ser amable, sin que al mismo tiempo se pongan á caddar: ¿Quieres casarte conmigo? ¿quieres casarte conmigo?....»

En seguida estalló en una hermosa indignación:

—¿Eh? ¡No quiero!.... ¿He sido yo hecha acaso para una broma como ésa? Mirame un poco: dejaría de ser Nana si me colgara un hombre á las espaldas.... Y además, eso es demasiado sucio....»

Y Nana escupía con un hipo de asco, como si hubiera visto á sus pies la porquería de toda la tierra.

Una noche la Faloise desapareció.

Ocho días más tarde se supo que estaba en la provincia, en casa de su tío, que tenía la manía de herborizar; él le arreglaba los herbarios, y corría la contingencia de casarse con una prima muy fea y muy devota.

Nana apenas le lloró, diciendo simplemente al Conde:

—¿Eh? otro rival de ménos, *muñito*. Un jubilado.... ¡Pero esto era serio ya! Quería casarse conmigo.

Y como palideciese, se inclinó á su cnello, risueña, envolviendo en una caricia cada una de sus crueldades.

—¿No es verdad? ¡Esto es lo que te inquieta á tí! Tú no

puedes casarte con Nana.... Cuando todos son á fastidiarme con su matrimonio, tú rabias en un rincón.... Pero no es posible: hay que esperar que tu mujer castañetee.... ¡Ah! si tu mujer muriese, ¡cómo vendrías de prisa, cómo te arrojarías por tierra, cómo me ofrecerías eso con gran aparato, con suspiros, con lágrimas, con juramentos! ¿Eh? Querido, ¡qué bueno sería!

Nana había sacado una voz dulce, engañándole con un aire de feroz zalamería. Él, muy conmovido, llegó devolviéndole sus besos. Entonces ella gritó:

—¡Nombre de Dios! ¡Decir que he adivinado! Este hombre ha pensado en ello: espera que su mujer reviente.... ¡Vamos! Esto es el colmo; es aún más infame que los otros.

Muffat había aceptado á los demás. Ahora cifraba su última dignidad en ser el «señor» para los criados y los familiares de la casa; el hombre que, dando más, era el amante oficial.

Y su pasión se encarnizaba. Él se mantenía pagando, comprando muy caras hasta las sonrisas, y robado también en su dinero; pero esto era como una enfermedad que le roía y que le hacía sufrir fatalmente.

Cuando entraba en la alcoba de Nana, se contentaba con abrir un instante las ventanas para que se marchara el olor de los otros y el humo de cigarro, cuya acritud le sofocaba.

Esta alcoba era una especie de encrucijada: continuamente las botas se enjugaban en el umbral, y nadie se había detenido ante la huella de sangre que se veía á la puerta.

Zoé había conservado una preocupación de esta mancha, una simple manía de mujer limpia, estimulada por la continua presencia: sus ojos la miraban, y no entraba en la alcoba de la señora sin decir:

—Esto es atroz: no se borra nunca.... Y sin embargo, viene bastante gente.

Nana, que recibía mejores noticias de Jorge, ya convaleciente en las Fondettes con su madre, daba siempre la misma respuesta:

—¡Ah, querida! es preciso tiempo.... Ya se borrará bajo los pies.

En efecto, cada uno de estos señores, Foucaumont, Steiner, la Faloise, Faucherie, habían llevado un poco de la mancha en sus botas.

Y Muffat, á quien la huella de sangre preocupaba como á Zoé, la examinaba á pesar suyo, para leer en su color decreciente el número de hombres que pasaba.

Y tenía un miedo atroz: siempre cruzaba por encima, con el brusco temor de pisar alguna cosa viviente, un miembro desnudo caído en tierra....

Después, allí, en esta alcoba, le embriagaba un vértigo. Lo olvidaba todo: la baranda de hombres que la atravesaban, el luto que cerraba su puerta.

Fuera, á veces, y al aire libre de la calle, lloraba de vergüenza y de indignación, jurando no volver á entrar allí jamás. Y desde que caía la *portière* estaba cogido de nuevo: se sentía fundir al tibio calor de esta estancia, penetrada la carne de un perfume, invadido de un deseo voluptuoso de anadamiento. Él, devoto, habituado á los éxtasis de las ricas capillas, encontraba allí exactamente sus mismas sensaciones de católico que cuando, arrodillado bajo la ventana de colores, sucumbía á la embriaguez de los órganos y de los incensarios.

La mujer le poseía con el despotismo celoso de un Dios de cólera, terrificándole, dándole momentos de gozos agudos, como espasmos, por horas de terribles tormentos, de visiones de infierno y de eternos suplicios.

Y siempre, á pesar de las luchas de su razón, esta alcoba de Nana despertaba en él una extraña locura, y desaparecía titirando ante la omnipotencia del sexo, de igual modo que se desvanecía ante lo desconocido del vasto cielo.

Entonces, cuando le sintió tan humilde, Nana fué tiránica en su triunfo. Ella, por instinto, se entregaba con rabia á la tarea de envilecerle. No le bastaba destruir las cosas, había que ensuciarlas. Sus manos tan finas dejaban abominables huellas y descomponían por sí mismas todo lo que habían roto.

Y él, imbecil, se prestaba á este juego, con el vago recuerdo de los santos devorados por piojos....

Cuando le tenía en su alcoba, con las puertas cerradas, Nana se daba allí el regalo de la infamia del hombre.

Después de bromas de todo género, le pegaba ligeros golpes, le imponía voluntades extravagantes, le hacía cecear como un niño y repetir finales de frase:

—Di como yo: «..... ¡dut, que viene el coco!»

Él se mostraba dócil hasta reproducir su acento:

—«..... ¡Dut, que viene el coco!»

O bien hacía el oso á cuatro patas sobre la alfombra, en camisa, girando con gruñidos, como si hubiese querido devorarlo; y aun solía morderle en las pantorrillas para reír.

Después, poniéndose en pié:

—Ahora, tú haz el oso un momento..... Apuesto á que no lo haces como yo.

Encontraba esto delicioso.

El Conde se reía, poniéndose también á cuatro patas; gruñía, le mordía las pantorrillas, y Nana escapaba de él, afectando gestos de espanto.

—Somos muy tontos, ¿eh?—acababa por decir siempre.—No puedes formarte idea de lo feo que estás, mi gato. ¡Y bien, si te viesen en las Tullerías!.....

Pero estos pequeños juegos se echaron á perder muy pronto. Y no era crueldad en ella, que continuaba siendo una pobre muchacha; fué como un soplo de demencia, que pasó y creció poco á poco en la cerrada alcoba. Una atroz lujuria les lanzaba á los mayores desórdenes, á las más delirantes imaginaciones de la carne. Los antiguos terrores devotos de sus noches de insomnio volvían ahora con una sed de bestialidad, con un furor de ponerse á cuatro patas, de gruñir y de morder. Más tarde, haciendo un día el oso, Nana le empujó tan rudamente, que se estrelló contra un mueble, y ella rompió en una risa involuntaria, viéndole un chichón en la frente.

Desde entonces, y habiendo tomado el gusto á la broma por su ensayo sobre la Faloise, le trató como á un animal, y le zurraba de lo lindo, persiguiéndole á patadas.

—¡Hup!..... ¡hup!... Tú eres el caballo..... Éa ¡hup! ¡Diablo de bestial! ¿quieres andar?

Otras veces Muffat hacía de perro.

Nana le tiraba su pañuelo perfumado al extremo de la habitación, y él corría á recogerlo con los dientes, arrastrándose sobre las manos y las rodillas.

—¡Vén aquí, César!..... ¡Ouidado con gandulear!..... ¡Muy bien, César! ¡Obediente!..... ¡Carinosos!..... ¡Eres un buen perro! Y el Conde amaba su bajeza, gustando el goce de ser un bruto.....

Nana tuvo un capricho, y exigió que viniese una noche vestido con su traje de chambelan. Grande fué la risa y la chacota cuando se presentó en todo su aparato, con la espada, el sombrero, los calzones blancos, el frac de paño rojo recamado de oro, llevando la llave simbólica colgada sobre el faldón izquierdo.

Esta llave, sobre todo, la divertía mucho, lanzándola á una fantasía loca de explicaciones no muy limpias.

Biendo siempre, tocada por la irreverencia de las grandezas, por el gozo de envilecerle bajo la pompa oficial de este traje, Nana le sacudió, le pinchó, y acompañaba sus interjecciones de ¡eh! ¡hurra, chambelan! con sendos puntapiés en el trasero; y estos puntapiés los daba en su interior á las Tullerías, á la majestad de la corte imperial, dominante en la cumbre, sobre el miedo y el aplanamiento de todos.

¡He aquí lo que pensaba de la sociedad!

Esta era su revancha, un rencor inconsciente de familia legado con la sangre.

Nana rompía un chambelan como rompía una caja ó un frasco, y hacía de sus pedazos un montón de basura, que arrojaba en el rincón de una callejuela.

Entre tanto, los plateros habían faltado á su palabra; no entregaron el lecho hasta mediados de Enero.

Precisamente Muffat se encontraba entonces en Normandía, adonde había ido para vender unas marismas; Nana exigía cuatro mil francos inmediatamente.

El viaje debía durar dos días; pero habiendo ultimado el negocio, apresuró su regreso, y sin pasar siquiera por la calle Miromesnil, se dirigió á la avenida Villiers.

Daban las diez en aquel momento. Como tenía la llave de una puertecita que daba á la calle Cardinet, subió libremente.

Ya arriba, en el salón, Zoé, que limpiaba los bronceos, quedó sobrecogida, y no sabiendo cómo detenerlo, se puso á contarle muy por extenso que el señor Venot le buscaba desde la víspera con aire trastornado, y que había ya venido dos veces á suplicarle que si el señor Conde bajaba primero en casa de la señora, le enviara desde luego á la suya.

Muffat la escuchaba sin entender nada de esta historia; después, advirtiendo su turbación, sintió de pronto una rabia celosa, de que no se creía ya capaz, y se arrojó á la puerta de la alcoba, en la que se oían risas.

La puerta cedió; las dos hojas se abrieron violentamente, mientras que Zoé se retiraba encogiéndose de hombros.

¡Tanto peor! Puesto que la señora se volvía loca, que se arreglára sola como pudiese.

Y Muffat, presentándose en el umbral, lanzó un grito ante lo que veía.

¡Dios mío!... ¡Dios mío!

En su regio lujo, la nueva alcoba estaba resplandeciente: adornos de plata sembraban de estrellas vivas el terciopelo rosa-té de las colgaduras, ese rosa de carne que toma el cielo en las noches hermosas, cuando aparece Vénus en el horizonte sobre el fondo claro del moribundo día, mientras que los cordoncillos de oro, cayendo de los ángulos, y los ricos encajes que festoneaban las molduras, simulaban llamas ligeras, cabelleras sueltas y encendidas, cubriendo á medias la gran desnudez de la estancia y realzando su palidez voluptuosa.

Después, enfrente, estaba el lecho de plata y oro, que resplandecía con el brillo deslumbrador de sus cinceladuras; un trono bastante amplio, para que Nana pudiese extender allí la majestad de sus desnudos miembros; un altar de riqueza bizantina, digno de la omnipotencia de su sexo, y en el que se ostentaba en aquel momento mismo con pagano impudor su ídolo temido y formidable.

Y cerca de ella, bajo el reflejo niveo de su garganta, en medio de su triunfo de diosa, se revolcaba una vergüenza, una decrepitud, una ruina cómica y lamentable: el Marqués de Chouard en camisa.

El Conde había juntado las manos. Atravesado de un gran estremecimiento, repetía:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Por él, por el Marqués de Chouard habían florecido las rosas de oro del lujoso lecho, todas aquellas rosas de oro que se abrían entre artístico follaje; por él se inclinaban los amores, aquel delicioso grupo asomado á las celosías de plata con sonrisas picarescas de amor; y á sus piés, por él descubría un fauno el sueño de la ninfa de la voluptuosidad, esta figura de la Noche copiada sobre el desnudo célebre de Nana, hasta en los muslos demasiado robustos, que la hacían reconocer de todos.

Arrojado allí como un pingajo humano, descompuesto y corrompido por sesenta años de desórdenes, aquel monton de huesos contrastaba con las brillantes carnes de la mujer. Cuando Chouard vió abrirse la puerta, se había incorporado, con el terror de un viejo poco presentable; esta última noche de amor le tenía como imbecil, y no encontrando palabras, paralizado á medias, balbuciente, trémulo, permanecía en actitud de fuga, la camisa arrollada á su cuerpo de esqueleto, una pierna fuera de las colchas, ¡una pobre pierna lívida, cubierta de pelos grises!

Nana, á pesar de su contrariedad, no pudo contener la risa.

—Tápate, pues, arrópate— dijo cubriéndole y enterrándole bajo las mantas, como una porquería que no se puede enseñar.

Y saltó del lecho para cerrar la puerta.

¡Decididamente, no era afortunada con su *muffito*!

Llegaba siempre en los momentos menos oportunos: el viejo le había llevado los cuatro mil francos, y la dejaba hacer...

Rechazó las hojas de la puerta y gritó:

—¡Tanto peor! tuya es la culpa. ¿A quién se le ocurre entrar de ese modo?

Muffat permanecía ante esta puerta cerrada, como aniquilado por lo que acababa de ver.

Después, como un árbol sacudido por un huracán, se bamboleó y cayó sobre sus rodillas, con un crujido de todos los miembros. Y extendiendo las manos desesperadamente, balbuceó:

—¡Esto es demasiado, Dios mío, es demasiado!

Con un arrebato extraordinario, las manos elevadas y juntas, buscaba al cielo, llamaba á Dios.

—¡Oh, no, no quiero!... ¡Oh, venid á mí, Dios mío! ¡Socorredme, hacedme morir primero!... ¡Oh, no, este hombre no, Dios mío! Todo ha concluido; tomadme, llevadme, que yo no vea más, que yo no oiga más.... ¡Oh, yo os pertenezco, Dios mío! Padre nuestro, que estás en los cielos....

Y Muffat continuaba, abrasado de fe, y una oración ardiente se escapó de sus labios. Pero álguien le tocó en el hombro. Levantó los ojos: era el señor Venot, muy sorprendido de encontrarle rezando ante esta puerta cerrada.

Entonces, como si Dios mismo hubiese respondido á su llamamiento, el Conde se arrojó en los brazos del viejecillo. Por fin, podía llorar, y sollozaba repitiendo:

—Hermano mío... hermano mío....

Toda su humanidad doliente parecía aliviarse en este grito:

—¡Oh, hermano mío, cuánto sufrí!... Vos solo me quedais, hermano.... Arrancadme de aquí para siempre. ¡Oh! por favor, arrancadme....

Entonces el señor Venot le estrechó contra su pecho, y le llamaba también su hermano.

Pero tenía que darle un nuevo golpe: desde la víspera le andaba buscando para decirle que la Condesa Sabina, en una ofuscación suprema, acababa de escaparse con el principal dependiente de un gran almacén de novedades; escándalo horrible, de que hablaba ya todo París.

Y otra vez angustiado, mirando con aire de terror la puerta, las paredes, el techo, repetía siempre su fervorosa súplica:

—¡Llevadme, señor!... Yo no puedo más, llevadme.

El señor Venot le sacó de allí como á un niño, y desde entonces le perteneció por entero.

Muffat volvió á los estrictos deberes de la religión. Su vida estaba destruída. Había presentado su dimisión de chambelán ante los pudores sublevados de las Tullerías.

Estela, su hija, le envolvía en un proceso por una suma de sesenta mil francos; la herencia de una tía, que debió haber recibido á su matrimonio.

Arruinado, viviendo estrechamente con los restos de su gran fortuna, se dejaba rematar poco á poco por la Condesa, que comía los despojos que Nana desdenaría.

Sabina, corrompida por la promiscuidad de esta mujer, y lanzada á todo, fué como el hundimiento final.

Después de sus aventuras volvió al hogar abandonado, y el Conde la recibió con resignación.... Pero Muffat había llegado al punto de indiferencia en que no hacen sufrir estas cosas.

El cielo le arrebatava de las manos de la mujer para trasportarle á los brazos mismos de Dios.

La noche de la ruptura, Mignon se presentó en la avenida Villiers.

Iba allí, aconsejado por Faucherie, é intentaba quitar á Nana su doncella, cuya inteligencia nada vulgar había apreciado el periodista: Rosa estaba desolada, porque hacía un mes que iba cayendo en manos de muchachas sin experiencia, que la ponían en continuos apuros.

A la primera palabra de Mignon, Zoé sonrió expresivamente: ¡imposible! dejaba á la señora, pero iba á establecerse por su cuenta; y añadió, con un aire de discreta vanidad, que diariamente recibía propinas, que se la disputaban las damas, y que la señora Blanca le hacía un puente de oro para que se volviese con ella.

Zoé tomaba el establecimiento de la Tricon, realizando un antiguo proyecto largo tiempo inventado, una ambición de fortuna, adonde iban á parar sus economías.

Estaba llena de ideas elevadas; soñaba con dar más proporciones á la cosa; alquilar un hotel y reunir allí todos los atractivos, y á este propósito había tratado ya de enganchar á Sartin, una tonta que se moría en el hospital, según lo poco que se estimaba.

Mignon insistía, hablando de los riesgos que se corren en el comercio; pero Zoé, sin explicarse sobre el género de su establecimiento, se limitó á decir con una sonrisa penetrante, como si tratara de tomar una confitería:

—¡Oh! las cosas de lujo marchan bien siempre.... Mirad: hace mucho tiempo que estoy en casa de las otras, y quiero que las otras estén en mi casa.

Y una especie de ferocidad hinchaba sus labios: iba á ser por fin «la señora», y tendria á sus piés por algunos luises á estas mujeres, cuyas jofainas lavaba hacía quince años.

Mignon quiso hacerse anunciar, y Zoé le dejó un instante, despues de haber dicho que la señora habia pasado muy mal día.

Habia venido una sola vez, y no conocia el hotel.

Esta maldita Nana le asombraba.

En medio del desórden del hotel, entre las averías y destrozos de los criados, habia allí un hacinamiento tal de riquezas, que tapaba los agujeros y cubria las ruinas.

Y Mignon, enfrente de este monumento magistral, se acordaba de las grandes obras.

Cerca de Marsella le habian enseñado un acueducto, cuya arcada de piedra pasaba por encima de un abismo; obra ciclópea, que habia costado millones y diez años de luchas.

En Cherbourg habia visto el nuevo puerto, una cantera inmensa, centenares de hombres sudando al sol, máquinas colmando el mar de rocas ó alzando una muralla, en que á veces quedaban aplastados los obreros como masa sangrienta.

Pero esto le parecia pequeño: Nana le exaltaba más, y experimentaba ante su obra la misma sensacion de respeto que una noche de fiesta sintió en el castillo de un refinador, un palacio cuyo esplendor regio habia sido pagado con una sola materia: el azúcar.

Nana lo habia hecho con otra cosa, una pequeña tontería que inspiraba risa, un poco de su desnudez delicada, una nimiedad vergonzosa, y tan potente, de tanta influencia en el mundo, que sola, sin operarios, sin máquinas inventadas por los ingenieros, acababa de conmover á París y de edificar esta fortuna, en que flotaban cadáveres....

Nana habia caído poco á poco en un hondo pesar.

Primeramente, el encuentro del Marqués y del Conde la habia sacudido de una fiebre nerviosa, en que casi entraba la alegría.

Despues, el pensamiento de este viejo que partia en un fiacre, medio muerto, y de su pobre *mufito*, á quien no volveria á

ver más despues de haberle mortificado tanto, le causó un principio de melancolia sentimental.

En seguida se disgustó mucho al saber la enfermedad de Satin, desaparecida quince días ántes....

Cuando hacia enganchar para ver una vez más á esta pobre desastrada, Zoé vino tranquilamente á darle sus ocho días de plazo.

Nana se desesperó de pronto; parecíale que perdía una persona de su familia.

¡Dios mio! ¿Qué iba á ser de ella, completamente sola? Y suplicaba á Zoé, que, muy halagada por la desesperacion de la señora, acabó por abrazarla para mostrar que no se iba incomodada con ella; pero era preciso, el corazon callaba ante los negocios.

Nana, llena de disgusto, no pensaba ya en salir, arrastrándose en su saloncito, cuando Labordette, que subió para hablarle de una compra de lance, unos encajes magníficos, se dejó decir entre dos frases, á propósito de nada, que Jorge habia muerto.

Esta noticia la heló.

— ¡Zizi muerto! — dijo.

Y su mirada, por un movimiento involuntario, buscó sobre la alfombra la mancha roja; pero ésta habia al fin desaparecido: ¡los piés la habian borrado!

Entre tanto Labordette daba detalles: no se sabia á punto fijo; unos hablaban de una herida enconada; otros se hacian eco de un suicidio, un chapuzon del muchacho en un pozo de las Fondettes, Nana repetía:

— ¡Muerto, muerto!

Tenia un nudo en el cuello desde por la mañana; estalló en sollozos, y se alivió.

Era una tristeza infinita, algo de profundo y de inmenso que la abrumaba.

Habiendo intentado Labordette consolarla de la muerte de Jorge, Nana le hizo callar con la mano, balbuceando:

— No es solamente él; es todo, es todo.... Yo soy muy desgraciada.... ¡Oh, comprendo ya! Ahora dirá la gente que soy una infame.... Esta madre afligida allá abajo, y este pobre hombre, que gimoteaba esta mañana ante mi puerta, y los

otros arruinados á estas horas, despues de haber comido su fortuna conmigo.... ¡Eso es, cebaos sobre Nana, cebaos sobre la bestia!... ¡Oh! parece que los estoy oyendo : esa indigna mujer, la querida de todo el mundo, que limpia á los unos, que hace matarse á los otros, que causa penas á tanta gente....

Y tuvo que interrumpirse, sofocada por las lágrimas, caída de dolor á través de un diván, la cabeza hundida en un cojín.

Las desgracias que sentía alrededor de ella, estas miserias á que había dado origen, la inundaban en una ola tibia y continua de ternura, y su voz se perdía en una queja sorda de niña desolada.

— ¡Oh, yo me muero! ¡Oh, estoy enferma!.... No puedo más, esto me ahoga.... Es muy duro no ser comprendida, ver á todo el mundo ponerse en contra vuestra, porque son los más fuertes.... Sin embargo, cuando no se tiene nada que reprocharse, cuando está la conciencia tranquila.... ¡Y bien, no!

Había una indignación en su cólera. Nana se levantó, enjugó sus lágrimas y paseó con agitación.

— ¡Y bien, no: digan lo que quieran, no es culpa mía! ¿Soy yo acaso una infame? Yo doy todo lo que tengo, pero no mataría una mosca.... ¡Son ellos, sí, han sido ellos!.... Yo nunca les he contrariado. Se colgaban de mis vestidos, y hoy hélos ahí que revientan, que mendigan, que se arrojan todos á la desesperación.

Se puso de nuevo á pasear, y dió un violento puñetazo sobre un velador.

— ¡Nombre de Dios, esto no es justo! La sociedad está mal hecha. Todos culpan á las mujeres, cuando son los hombres los que exigen cosas.... ¡Y bien! esto no me hacía ninguna gracia, ninguna absolutamente. Me aburría, palabra de honor.... ¡Vamos, yo te pregunto si tengo algo que ver en eso!... ¡Ah, sí, me han hundido! Sin ellos, sin lo que ellos han hecho de mí, estaría en un convento rezando al buen Dios, porque yo siempre tuve religión.... ¡En fin, si han dejado su moneda y su piel, suya es la culpa! Yo no tengo que ver en eso.

— Indudablemente — dijo Labordette convencido.

Zoé introducía á Mignon, y Nana le recibió sonriendo; había llorado bastante, era tiempo de concluir.

Mignon la felicitó por tanta elegancia, rebosando entusiasmo aún; pero ella dejó traslucir que estaba cansada de su hotel, y que ahora pensaba otra cosa: iba á venderlo todo uno de estos días.

Despues, como daba un pretexto á su visita, hablando de una representación á beneficio del viejo Bosc, clavado en un sillón por una parálisis, ella se apiadó mucho y le tomó dos palcos. En aquel momento Zoé advirtió que el coche esperaba á la señora; Nana pidió su sombrero, y mientras desataba las cintas contó la aventura de la pobre Satin, añadiendo despues:

— Voy al hospital.... Nadie me amó como ella. ¡Ah! ¡con razón se acusa á los hombres de no tener alma!.... ¿Quién sabe? Acaso no la encuentre ya.... No importa, solicitaré verla. Quiero abrazarla....

Labordette y Mignon se sonrieron.

Ella no estaba ya triste, y sonrió también.

Y los dos la admiraban en un silencio recogido, mientras que acababa de abotonar sus guantes.

Permaneció en pie, sola, en medio de las riquezas de su hotel amontonadas, con un pueblo de hombres rendidos á sus pies.

Como esos monstruos antiguos, cuyos dominios pavorosos estaban cubiertos de osamentas, Nana ponía los pies sobre cráneos, y la rodeaban las catástrofes: la llama furiosa de Vandebres; la melancolía de Foucarmont, perdido en los mares de la China; el desaire de Steiner, reducido á vivir honradamente; la imbecilidad satisfecha de la Faloise; el trágico hundimiento de Muffat y el blanco cadáver de Jorge, velado por Felipe, que había salido de la prisión el día anterior.

Su obra de ruina y de muerte estaba hecha: la mosca escapada de las inmundicias de las calles, llevando el fermento de las podredumbres sociales, había envenenado á estos hombres sólo con posarse sobre ellos.

Esto era bueno, esto era justo; había vengado á los suyos, los miseros y los abandonados.

Y mientras que en una apoteosis de su sexo se elevaba y resplandecía sobre sus víctimas extendidas, semejante á un naciente sol que ilumina campos de matanza, conservaba su

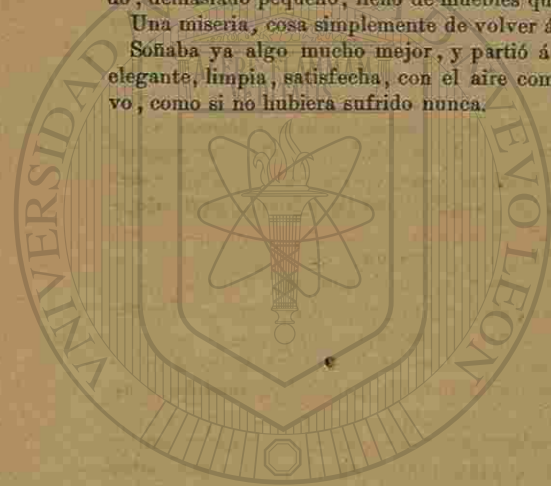
inconsciencia de bestia orgullosa, ignorante de su obra, ¡buena muchacha siempre!

Continuaba gorda y rolliza, con bella salud y buen humor.

Ya no daba importancia á esto, y su hotel le parecía estúpido, demasiado pequeño, lleno de muebles que la molestaban.

Una miseria, cosa simplemente de volver á empezar.

Sonaba ya algo mucho mejor, y partió á abrazar á Satin, elegante, limpia, satisfecha, con el aire completamente nuevo, como si no hubiera sufrido nunca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XIV

Nana desapareció bruscamente: era una nueva inmersión, una fuga, una escapatoria á países extravagantes.

Antes de su partida se había proporcionado la emoción de una venta, deshaciéndose de todo, hotel, muebles, alhajas, hasta de su ropa blanca y objetos de tocador.

Citábanse cifras: en cinco días la subasta produjo más de seiscientos mil francos.

Todavía, por última vez, París la vió en una comedia de magia: *Melusina*, en el teatro de la Gaité, el cual Bordenave, sin un cuarto, acababa de tomar en un arranque de audacia; Nana se encontró allí con Prullière y Fontan, y su papel estaba reducido á una simple exhibición, á tres posturas plásticas de hada poderosa y muda.

Después de este gran éxito, cuando Bordenave, arrebatado por la fiebre del reclamo, iluminaba á París con colosales anuncios, se supo á lo mejor que debía haber partido la víspera para el Cairo; una simple discusión con su director, una palabra que no le agradó, el capricho de una mujer bastante rica para no tolerar imposiciones.

¡Pasaron los meses y se la iba olvidando. Cuando se pronunciaba su nombre corrían las más extrañas historias, dando cada cual noticias opuestas y sorprendentes. Había hecho la conquista del Virey, y reinaba en el fondo de un palacio, sobre doscientos esclavos, á quienes cortaba la cabeza para reír un poco, ó bien se había arruinado con un gran negro, una asquerosa pasión, que la dejaba sin camisa en aquella desenfrenada

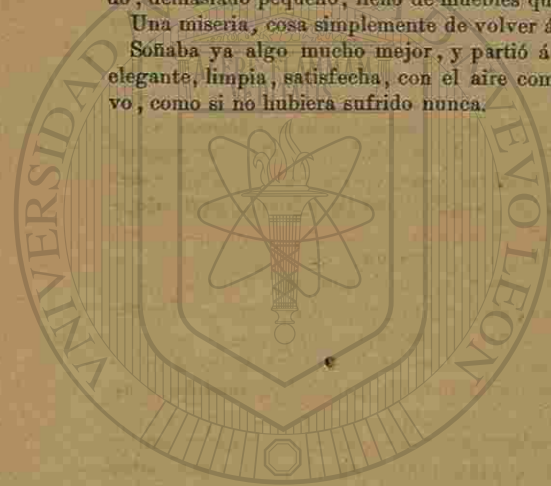
inconsciencia de bestia orgullosa, ignorante de su obra, ¡buena muchacha siempre!

Continuaba gorda y rolliza, con bella salud y buen humor.

Ya no daba importancia á esto, y su hotel le parecía estúpido, demasiado pequeño, lleno de muebles que la molestaban.

Una miseria, cosa simplemente de volver á empezar.

Sonaba ya algo mucho mejor, y partió á abrazar á Satin, elegante, limpia, satisfecha, con el aire completamente nuevo, como si no hubiera sufrido nunca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XIV

Nana desapareció bruscamente: era una nueva inmersión, una fuga, una escapatoria á países extravagantes.

Antes de su partida se había proporcionado la emoción de una venta, deshaciéndose de todo, hotel, muebles, alhajas, hasta de su ropa blanca y objetos de tocador.

Citábanse cifras: en cinco días la subasta produjo más de seiscientos mil francos.

Todavía, por última vez, París la vió en una comedia de magia: *Melusina*, en el teatro de la Gaité, el cual Bordenave, sin un cuarto, acababa de tomar en un arranque de audacia; Nana se encontró allí con Prullière y Fontan, y su papel estaba reducido á una simple exhibición, á tres posturas plásticas de hada poderosa y muda.

Después de este gran éxito, cuando Bordenave, arrebatado por la fiebre del reclamo, iluminaba á París con colosales anuncios, se supo á lo mejor que debía haber partido la víspera para el Cairo; una simple discusión con su director, una palabra que no le agradó, el capricho de una mujer bastante rica para no tolerar imposiciones.

¡Pasaron los meses y se la iba olvidando. Cuando se pronunciaba su nombre corrían las más extrañas historias, dando cada cual noticias opuestas y sorprendentes. Había hecho la conquista del Virey, y reinaba en el fondo de un palacio, sobre doscientos esclavos, á quienes cortaba la cabeza para reír un poco, ó bien se había arruinado con un gran negro, una asquerosa pasión, que la dejaba sin camisa en aquella desenfren-

nada crápula del Cairo. Quince días más tarde, causando admiración, alguien juraba haberla encontrado en Rusia. Íbase formando una leyenda: era la querida de un príncipe, y se hablaba de sus diamantes. Todas las mujeres los conocieron al poco tiempo por las descripciones que corrían, sin que nadie pudiese citar un origen exacto: sortijas, pendientes, brazaletes, un collar de diamantes de dos dedos de ancho, una diadema de reina coronada, de un brillante central, gordo como una nuez....

Una noche de Julio, hacia las ocho, Lucy, que bajaba en coche por la calle del Faubourg-Saint-Honoré, divisó á Carolina Heguet, á tiempo que ésta se dirigía á una tienda de la vecindad. La llamó, é inmediatamente:

—¿Has comido, estás libre?... ¡Oh! entonces, vénte conmigo, querida.... Nana está de vuelta.

La otra subió al instante. Lucy continuaba:

—¿Y no sabes? Acaso se esté muriendo mientras nosotras charlamos aquí.

—¡Muriendo! ¡vaya una idea!—gritó Carolina estupefacta.

—¿En dónde está pues, y qué tiene?

—En el Gran Hotel.... la viruela negra.... ¡Oh! es una historia.

Lucy había dicho á su cochero que marchara á buen paso. Entonces, al trote rápido de los caballos, á lo largo de la calle Royale y de los boulevares, contó la aventura de Nana, con palabras entrecortadas, sin tomar aliento.

—No puedes imaginarte.... Nana llega de Rusia, yo no sé por qué; alguna trapisonda con su príncipe.... Deja sus equipajes en la Estación, baja en casa de su tía.... ya recuerdas, aquella vieja.... ¡Bueno! cae sobre su bebé, que tenía la viruela; el bebé muere al día siguiente, y ella se agarra con la tía, á propósito del dinero que debía enviarle, y de que la otra no vió nunca un cuarto.... Parece que el niño murió de esto; en fin, un niño abandonado, mal cuidado.... ¡Muy bien! Nana sale, se dirige á un hotel, despues encuentra á Mignon, precisamente cuando pensaba en sus equipajes.... La pobre no se siente bien, tiene calofríos, ganas de vomitar, y Mignon la acompaña á su casa, prometiendo velar sobre sus negocios....

¿Eh? es gracioso y está bien urdido. Pero aquí entra lo mejor. Rosa tiene noticia de la enfermedad de Nana; se indigna al saber que está sola en un cuarto alquilado, y corre á cuidarla llorando.... ¡Tú recuerdas cómo se detestaban; dos verdaderas furias! Y bien, querida, Rosa ha hecho trasportar á Nana al Gran Hotel, para que muriese al ménos en un sitio decente, y ha pasado ya allí tres días y tres noches al lado de la moribunda.... Labordette es quien me ha contado todo esto. Entonces, yo he querido ver....

—Si, sí—interrumpió Carolina muy excitada—vamos á subir.

Habían llegado. Sobre el boulevard el cochero tuvo que contener sus caballos en medio de una multitud de coches y de transeúntes. El Cuerpo Legislativo acababa de votar la guerra; de todas las calles afluía la gente en oleadas, que se extendían por el boulevard, obstruyendo el paso.

Hacia la Magdalena, el sol poniente se ocultaba tras de sangrienta nube, iluminando las altas ventanas con reflejos de un incendio. El crepúsculo caía lentamente; un crepúsculo pesado y melancólico, que extendía sus sombras á lo lejos, en la profundidad de las calles, aún no surcadas por los resplandores del gas. Y entre este pueblo agitado se levantaba un sordo rumor; brillaban las miradas en los pálidos rostros, mientras que un gran aliento de angustia y á la vez de estupor embargaba á la muchedumbre.

—Aquí está Mignon—dijo Lucy.—Este nos dará noticias.

Mignon estaba de pié bajo el vasto pórtico del Gran Hotel.

A las primeras preguntas de Lucy se encolerizó, gritando:

—¿Yo qué sé? Hace dos días que no puedo sacar de ahí á Rosa.... ¡Vaya una estupidez, arriesgar la piel de ese modo! Y estaría bonito que saliera con unos cuantos agujeros en la cara.... Seguramente, esto nos venía bien.

La idea de que Rosa pudiera perder su belleza le exasperaba.

Pero en aquel momento llegó Faucherio, inquieto, atravesando el boulevard y pidiendo también noticias.

—Siempre tan obstinada, querido—declaró Mignon.—Debias subir tú y obligarla á seguirte.

—Vamos—dijo el periodista.—¿Por qué no subes tú mismo?

Entonces, como Lucy preguntase el número, la suplicaron ambos que hiciese bajar á Rosa.

Sin embargo, Lucy y Carolina no subieron inmediatamente. Habían dividido á Fontan con las manos en los bolsillos, matando el tiempo y muy divertido con las botaratas de la multitud. Cuando supo que Nana estaba arriba enferma, dijo, aparentando sentimiento:

— ¡La pobre niña!.... Voy á apretarle la mano.... ¿Y qué es lo que tiene?

— Viruela.... —respondió Mignon.

El actor había ya dado un paso hácia el patio; pero al oír esto se volvió, murmurando simplemente con recelo:

— ¡Ah, diablo!

No era cosa agradable las viruelas. Fontan hubiera querido tenerlas á los cinco años. Mignon contaba la historia de una de sus sobrinas que se había muerto. En cuanto á Faucherie, él sí que podía hablar, que aún tenía las señales, tres agujeros en el nacimiento de la nariz; y como Mignon le instase de nuevo, bajo pretexto de que jamás se tenía dos veces la viruela, combatió violentamente esta teoría, citando casos y tratando á los médicos de brutos. Pero Lucy y Carolina les interrumpieron, sorprendidas de la creciente agitacion.

— ¡Mirad pues! ¡Mirad! ¡Cuánta gente!

La noche avanzaba; los faroles del gas á lo léjos se iban encendiendo uno á uno. Entre tanto, se distinguía en las ventanas multitud de curiosos, mientras que, bajo los árboles, aquella ola humana se hinchaba de minuto en minuto, en un remolino creciente, enorme, desde la Magdalena á la Bastilla. Los coches rodaban con lentitud. De esta masa compacta, muda aún, se desprendía como un rugido, porque todos se abrasaban en una misma fiebre. Pero un gran movimiento hizo refluir la muchedumbre: en medio del desorden, entre los grupos que se desviaban á su paso, apareció un grupo de hombres, de gorra y blusa blanca, lanzando este grito, como sujeto á un compás de martillos batiendo el yunque:

— ¡A Berlín, á Berlín, á Berlín!

Y la multitud miraba con una desconfianza sombría, evocando imágenes heroicas como al paso de una música militar.

— Sí, sí.... ¡Id á haceros romper la cabeza! —murmuró Mignon en un acceso de filosofía.

Pero Fontan encontraba esto magnífico. Hablaba de alistarse. Cuando el enemigo amenazaba las fronteras, todos los ciudadanos debían levantarse para defender la patria.

— Vamos, ¿subís con nosotros? — le preguntó Lucy.

— ¡Ah! no — dijo — una enfermedad se atrapa fácilmente.

Ante el Gran Hotel, sobre un banco, un hombre ocultaba su rostro en un pañuelo. Faucherie, al llegar, lo había mostrado á Mignon con una guiñada expresiva. Aquel hombre estaba siempre allí; si, ¡ estaba siempre allí! Y el periodista detuvo aún á las dos mujeres para señalarlo. Como había levantado la cabeza, le reconocieron y dejaron escapar una exclamacion. Era el Conde Muffat, que dirigía su mirada á una de las ventanas.

— Está ahí desde esta mañana — contó Mignon. — Yo le he visto á las seis; no se ha meneado.... Desde las primeras palabras de Labordette ha venido aquí con su pañuelo sobre el rostro.... Cada media hora se arrastra hasta la puerta para preguntar si la persona de arriba está mejor, y vuelve á sentarse....

El Conde, con los ojos levantados, no parecía tener conciencia de lo que pasaba al rededor suyo. Ignoraba sin duda la declaración de guerra, y no sentía ni oía á la muchedumbre.

— ¡Miradle! — dijo Faucherie. — Aquí viene; vais á verle.

En efecto, el Conde había dejado el banco y entraba bajo la alta puerta. Pero el portero, que le había conocido, no le dejó tiempo á formular su pregunta. Y con tono brusco dijo:

— Caballero, en este momento acaba de morir.

¡Nana muerta! Esta fué una sorpresa para todo el mundo. Muffat, sin decir palabra, había vuelto á su banco, con su pañuelo en la cara. Los demás lanzaban exclamaciones. Pero cortó su palabra un nuevo grupo que pasaba aullando:

— ¡A Berlín, á Berlín, á Berlín!

— ¡Nana muerta! ¡Una muchacha tan hermosa! Mignon suspiró como libre de un peso; por fin, Rosa iba á bajar. Tuvo una especie de frío. Fontan, que se imaginó un papel trágico

co, había tomado una expresión de dolor, contrayendo los extremos de la boca y desencajando los ojos, mientras que Faucherie, realmente conmovido, en medio de su frivolidad de pequeño periodista, mascaba el cigarro nerviosamente. Las dos mujeres continuaban lamentándose. La última vez que Lucy la había visto fué en la Gaité; igualmente Blanca, en *Melusina*. ¡Oh! sí, ¡deslumbradora cuando aparecía en el fondo de la gruta de cristal! Estas señoras la recordaban muy bien. Fontan hacía de príncipe Cocórico. Y despertando recuerdos, se dieron detalles interminables. ¿Eh? ¡En la gruta de cristal, qué elegancia en toda su figura! Ciertamente que no decía una palabra, y aún los autores tuvieron que suprimir una réplica por no molestarla; pero ella no necesitaba de esto, se bastaba por sí sola, y nada más que con enseñarse se apoderaba del público. ¡Un cuerpo como no se volvería á encontrar otro; unos hombros, unas piernas y un talle! ¡Era una desgracia que hubiese muerto! Se recordaba que por encima de sus gasas tenía simplemente un cinto de oro que la tapaba apenas.... En derredor, la gruta, toda de cristal, se veía bañada de fina claridad; las cascadas de diamantes caían á borbotones; de entre las estalactitas de la bóveda brotaban collares de blancas perlas; y en esta transparencia, en este rico manantial, surcado por un rayo de luz eléctrica, Nana parecía un sol con su cutis de rosa y sus cabellos de fuego. París la veía siempre de este modo, iluminada en medio del cristal, en el aire, lo mismo que un buen Dios. ¡No, era una tontería dejarse morir en semejante posición! ¡Ahora debía estar bonita allí en lo alto!

— ¡Y cuántos placeres destruidos! — dijo Mignon.

Luégo tanteó á Lucy y Carolina para saber si subían, á pesar de todo. A buen seguro, ellas subirían; su curiosidad se había agrandado. Precisamente Blanca llegaba en aquel momento, sofocada, exasperada contra la muchedumbre que obstruía las calles; y cuando supó la noticia volvieron á comenzar las exclamaciones, dirigiéndose estas damas hácia la escalera, con un gran ruido de enaguas. Mignon las seguía gritando:

— Decid á Rosa que la espero.... En el acto, ¿estamos?

La muchedumbre aumentaba siempre. En el torrente de luz de las tiendas, bajo las movibles sábanas que proyectaba el gas, se distinguía la doble corriente de los boulevares que arrastraba los sombreros. En aquella hora la fiebre se trasmitía ya de un transeunte á otro; la gente se lanzaba detras de los grupos de blusa; un eterno flujo y reflujo barria la ancha calle, y estallaba el grito otra vez, saliendo de todos los pechos irregular, obstinado:

— ¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

En lo alto, en el cuarto piso, la habitacion costaba doce francos diarios, habiendo querido Rosa algo decente; sin lujo, sin embargo, porque no se necesita lujo para sufrir. Colgada de cretona Luis XIII con grandes flores, la alcoba tenía el mobiliario de nogal que tienen todos los hoteles, con una alfombra roja sembrada de un follaje negro. Un triste silencio reinaba allí, entrecortado por un cuchicheo, cuando se oyeron voces en el corredor.

— Te aseguro que nos hemos extraviado. El mozo ha dicho que volviésemos á la derecha.... ¡Está es un cuartel!

— Espera; es preciso ver.... Cuarto 401, cuarto 401....

— ¡Eh! por aquí.... 405, 403.... Debemos estar cerca.... ¡Ah! ¡Por fin, 401! ¡Llegad despacio, despacio!

Las voces se callaron. Se tosió, y hubo un instante de recogimiento. Despues, abierta la puerta con lentitud, Lucy entró, seguida de Carolina y de Blanca. Pero se detuvieron; había ya cinco mujeres en la alcoba. Gaga estaba extendida en el fondo del único sillón, un *Voltaire* de terciopelo rojo. Delante de la chimenea, Simona y Clarisa, de pié, conversaban con Lea de Horn, sentada en una silla, mientras que junto al lecho, á la derecha de la puerta, Rosa Mignon, colocada al extremo de un cofre de madera, miraba fijamente el cuerpo perdido entre la sombra de las cortinas. Todas tenían sus sombreros y sus guantes como señoras en visita, y sola, con las manos desnudas, despeinada, pálida por la fatiga de tres noches de vela, permanecía estúpida y henchida de tristeza, enfrente de esta muerte tan brusca. En el ángulo de la cómoda, una lámpara, cubierta con pantalla, iluminaba á Gaga con un golpe de viva luz.

— ¿Eh? ¡Qué desgracia! — murmuró Lucy estrechando la mano de Rosa. — Veniamos á decirle adios.

Y alargaba la cabeza tratando de verla: pero la lámpara estaba demasiado lejos y no se atrevió á aproximarla. Sobre el lecho estaba extendida una masa gris, de la que se distinguía tan solo el rojo inundado por una mancha pálida, que debía ser la cara.... Lucy añadió:

— Yo no la había visto desde la Gaité, en el fondo de la gruta....

En aquel momento Rosa, saliendo de su estupor, encontró una sonrisa diciendo:

— ¡Ah! está cambiada, muy cambiada....

Después volvió á su muda contemplación, sin un gesto, sin una palabra. Luego podrian verla quizás; y las tres mujeres se unieron á las otras ante la chimenea. Simona y Clarisa discutian en voz baja sobre los diamantes de la muerta. Francamente, ¿existian estos diamantes? Nadie los había visto; debía ser una mentira. Pero Lea de Horn conocia á alguno que los conocia. ¡Oh! ¡Piedras monstruosas! ¡Ademas, no era esto todo: había traido también otras riquezas de Rusia, telas bordadas, chucherías preciosas, un servicio de mesa, todo de oro, hasta muebles; sí, querida, cincuenta y dos fardos, cajas enormes, que bastaban para cargar tres wagones. Esto estaba en la Estación. Y morir sin tiempo siquiera para arreglar sus negocios; aparte de que también tenía en metálico una cosa como un millon. Lucy preguntó quién heredaba. Parientes lejanos, la tía sin duda. ¡Una buena pedrada para esta vieja! Ella no sabia nada aún; la enferma se había obstinado en que no la previnieran, guardándola rencor por la muerte de su niño. Entonces todas se apiadaron de la suerte del pobre niño, acordándose de haberle visto dar los primeros pasos: un bebé lleno de malos humores, que tenía el aire tan viejo y tan triste; en fin, una de esas desdichadas criaturas que no han solicitado nacer.

— Es más dichoso bajo tierra — dijo Blanca.

— ¡Bah! ella también — añadió Carolina. — Esta vida no es muy agradable.

Negras ideas las asaltaban en la severidad de esta alcoba.

Tenian miedo, y era estúpido charlar allí tan largo espacio; pero una necesidad de ver las clavaba sobre la alfombra.

— ¿Ha sufrido mucho? — preguntó Lucy, que estaba absorta ante las figuras del péndulo: las tres Gracias, desnudas, con sonrisas de bailarinas.

Gaga pareció despertarse.

— ¡Ah! sí, bastante.... Yo estaba aquí cuando sucedió.... Os respondo de que esto no es agradable.... La acometieron unas sacudidas....

Pero no pudo continuar su explicación: un grito se elevaba:

— ¡A Berlin, á Berlin!

Y Lucy, que no podía respirar, abrió de par en par la ventana y apoyó los codos en ella. Allí no se estaba mal: una grata fresca caía del estrellado cielo. Enfrente brillaban las ventanas: los reflejos del gas corrian de aquí para allá sobre las letras de oro de las muestras. Después, por debajo, aquello era muy divertido: se veían las corrientes de la muchedumbre rodar como un torrente por calles y plazas, en medio de una confusión de coches, entre las grandes sombras movibles cruzadas por los resplandores de las linternas y los reverberos del gas. Pero el grupo que llegaba vociferando alumbraba su marcha con antorchas: un fulgor rojo venía de la Magdalena; atravesaba la turba con un reguero de fuego, y se ostentaba á lo lejos, sobre las cabezas, como una inmensa sábana de sangre. Lucy llamó á Blanca y á Carolina, gritando:

— Venid, venid.... Se ven cosas muy buenas desde esta ventana.

Las tres se inclinaron interesadísimas. Los árboles estorbaban mucho, desapareciendo las antorchas con frecuencia bajo las hojas. Trataron de ver á los señores que habían quedado abajo; pero la saliente de un balcon ocultaba la puerta, y sólo distinguieron al Conde Muffat, tendido sobre el banco, como un fardo sombrío, siempre con su pañuelo en la cara. Un coche se detuvo, y Lucy reconoció á María Blond: otra que acudia. No llegaba sola: un hombre gordo bajaba detrás de ella.

— Es ese ladron de Steiner — dijo Carolina. — ¡Cómo! ¡To-

davía no le han enviado á Colonia!.... Quiero ver su cara cuando éntre.

Todas se volvieron. Pero al cabo de diez minutos, cuando María Blond apareció, despues de haber equivocado dos veces la escalera, estaba sola. Y como Lucy, sorprendida, la interrogase:

— ¡El! ¡Y creiais que iba á subir!.... Bastante hizo acompañándome hasta la puerta.... Son cerca de una docena los que están fumando cigarros.

En efecto, todos aquellos señores se habían reunido. Llegados allí para matar el tiempo, viendo lo que pasaba en los boulevares, se llamaban unos á otros, lamentando la muerte de esta pobre niña; despues hablaban de política y de estrategia. Bordenave, Dagnenet, Labordette, Prullière, algunos más aún, habían engrosado el grupo.

Entre tanto, María Blond, enternecida también ante el lecho, murmuraba como las otras:

— ¡Pobre niña!.... La última vez que la he visto fué en la Gaité, en la gruta....

— ¡Ah! está cambiada, muy cambiada—repitió Rosa Mignon con su sonrisa de postración melancólica.

Dos mujeres llegaron aún: Tatan Nené y Luisa Violaine. Éstas recorrían el Gran Hotel hacía veinte minutos, conducidas de mozo en mozo; habían subido y bajado más de treinta pisos, en medio de una baraunda de viajeros, que se apresuraban á dejar á Paris, en el pánico de la guerra....

— Veamos, es preciso marchar—dijo Clarisa.— Nosotras no hemos de resucitarla.... ¿Vienes, Simona?

Todas miraban el lecho á hurtadillas, sin moverse.

La multitud se aturdía á sí propia; los gritos estallaban en la embriaguez de su fiebre, lanzándose á lo desconocido allá abajo, detras del negro muro del horizonte.

— ¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

Lucy se volvió arrimada á la ventana y muy pálida.

— ¡Dios mío! ¿qué va á ser de nosotros?

Las damas menearon la cabeza. Estaban graves, muy preocupadas de los acontecimientos.

— Yo—dijo Carolina Heguet con su aire pausado—salgo

pasado mañana para Lóndres.... Mamá se marchó ya á preparar un hotel.... Yo no quiero dejar que me degüellen en Paris.

Su madre, como mujer prudente, le había hecho colocar toda su fortuna en el extranjero. No se sabe nunca cómo puede concluir una guerra. Pero María Blond se incomodó; ella era patriota y hablaba de seguir al ejército.

— ¡Sí, estoy dispuesta!.... Yo me vestiré de hombre y andaré á tiros con esos indecentes de prusianos.... Hay que abofetearlos á todos.... ¡Y despues les arrancaremos la piel!

Blanca de Sivry se exasperó mucho.

— ¡No hables mal de los prusianos!.... Son hombres parecidos á los demas, sólo que no se cuelgan de las mujeres como los franceses.... Acaban de expulsar al prusiano que estaba conmigo, un muchacho muy rico, muy dulce, incapaz de hacer daño á nadie. Esto es una indignidad, esto es mi ruina....

Mientras disputaban las dos, Gaga murmuró con voz dolorida:

— Está visto que yo no tengo suerte.... Hace ocho dias que acabé de pagar mi casita de Jubisy, ¡eh! ¡Dios sabe con cuánto trabajo! Lili ha tenido que ayudarme.... Y hé aquí declarada la guerra, los prusianos van á venir, lo quemarán todo.... ¿Cómo se quiere que yo vuelva á comenzar á mi edad?

— ¡Bah!—dijo Clarisa—yo me burlo de eso! Pienso encontrar siempre.

— De seguro—añadió Simona.— Esto va á ser gracioso.... ¿Quién sabe si, al contrario, se marchará mejor?....

Y con una sonrisa completó su pensamiento. Tatan Nené y Luisa Violaine eran de esta opinion; la primera contó que había tenido bromas divertidísimas con militares, ¡oh! muy buenos muchachos, y que hubieran cometido las mil y una barbaridades por las mujeres. Pero como estas damas elevaban demasiado la voz, Rosa Mignon, siempre sobre su cofre delante del lecho, las hizo callar con un ¡chist! emitido suavemente.

Todas quedaron sobrecogidas, dirigiendo una mirada oblicua hácia la muerta, como si esta súplica hubiera salido de la sombra misma de las cortinas; y en el triste silencio que siguió, ese silencio de la nada, en que se sentía la rigidez del

cadáver extendido cerca de ellas, los gritos de la muchedumbre estallaron de nuevo:

—¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

Pero las señoras volvieron á olvidarse del sitio en que estaban. Lea de Horn, que tenía un salón político, en que antiguos ministros de Luis Felipe se entregaban á finos epigramas, repuso muy bajo, encogiéndose de hombros:

—¡Qué error tan grande esta guerra! ¡qué sangrienta tontería!

Entonces Lucy tomó inmediatamente la defensa del Imperio. Había estado enredada con un príncipe de la casa imperial, y era para ella como un asunto de familia.

—Callad, por Dios, querida; no podemos dejarnos insultar más: esta guerra es el honor de la Francia.... ¡Oh! ya sabeis, no digo esto á causa del Príncipe. ¡Su alteza era una rata! Figúraos que por la noche al acostarse guardaba su dinero en las botas, y cuando jugábamos al monte, apuntaba con habichuelas desde que un día le cogí su postura en broma.... Pero esto no impide ser justa. El Emperador ha tenido razón.

Lea movía la cabeza con aire de superioridad, como mujer que repite la opinión de personajes importantes. Y alzando la voz:

—Este es el fin. Están locos en las Tullerías. La Francia hubiera debido expulsarlos antes que....

Todas la interrumpieron violentamente. ¿Qué es lo que tenía con el Emperador esta furiosa?... ¿Acaso el mundo no era feliz? ¿Acaso no marchaban bien los negocios? París jamás se había divertido tanto.

Gaga, indignada, se encolerizó.

—¡Callaos! ¡esto es estúpido; no sabeis lo que os decís!....

Yo, yo he visto á Luis Felipe: una época de avaros y de miserables, querida. Y despues ha venido el 48. ¡Ah! ¡cosa muy bonita aquella insupportable república! ¡Despues de Febrero yo he pasado hambre, yo, que os hablo!.... Pero si hubierais conocido todo esto, os pondriais de rodillas ante el Emperador, que ha sido nuestro padre, sí, nuestro padre....

Se tuvo que calmarla. Gaga añadió en un arrebatado religioso:

—¡Oh Dios mio, dad la victoria al Emperador! ¡Conservadnos el Imperio!

Todas repitieron este voto. Blanca confesó que encendía cirios por el Emperador. Carolina, dominada por un capricho, se había cruzado por espacio de dos meses en su camino, sin poder atraer su atención. Y las demas estallaban en palabras furibundas contra los republicanos, hablaban de exterminarlos en la frontera, á fin de que Napoleón III, despues de haber batido al enemigo, reinase tranquilamente en medio del jubilo universal.

—¡Ese sucio de Bismarck, hé ahí un bucn canalla! —hizo notar Maria Blond.

—¡Y decir que yo le he conocido! —gritó Simona. —Si hubiese podido prever esto, de fijo que le echaba alguna droga en el vaso.

Pero Blanca, teniendo siempre sobre el alma la expulsión de su prusiano, se atrevió á defender á Bismarck. Acaso no era un malvado. Cada cual tiene su oficio. Y añadió:

—Ya sabeis que adora á las mujeres.

—¡Qué nos importa eso! —dijo Clarisa. —Nosotras no queremos nada con él.

Y la discusión continuó. Se desollaba á Bismarck: cada una le alargaba un puntapié en su celo bonapartista, mientras que Tatan Nené repetía con aire humillado:

—¡Bismarck! ¡Bien se me ha hecho rabiar con éste!....

—¡Oh! ¡Yo nada le debo!.... Ni siquiera conozco á ese Bismarck! No es posible conocer á todo el mundo.

—No importa —dijo Lea de Horn para concluir; —ese Bismarck nos va á jugar una buena tostada....

—¡Chist! —repitió Rosa Mignon, lastimada de tal barullo.

El frío del cadáver se volvió á apoderar de ellas: todas se detuvieron á la vez cohibidas, viéndose enfrente de la muerte, con el miedo cerval del contagio. Sobre el boulevard pasaba otra vez el grito penetrante, ronco:

—¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

Entonces, cuando se decidían á partir, una voz llamó desde el corredor:

—¡Rosa, Rosa!

Sorprendida, Gaga abrió la puerta, desapareciendo un instante. Despues, cuando volvió :

—Querida, es Faucherie, que está ahí abajo en el fondo.... No quiere venir más acá : está fuera de sí al ver que seguía junto al cadáver.

Mignon había concluido por obligar al periodista á subir. Lucy, siempre á la ventana, se inclinó y divisó á aquellos señores en la calle mirando hácia arriba, haciéndole señales y gestos. Mignon, exasperado, extendía los puños. Steiner, Fontan, Bordenave y los demas abrian los brazos con aire de inquietud y reproche, mientras que Dagnanet, por no comprometerse, fumaba tranquilamente su cigarro con las manos á la espalda.

—Es verdad, querida—dijo Lucy, dejando la ventana abierta,—había prometido haceros bajar.... Todos nos están llamando.

Rosa abandonó penosamente el cofre, mientras murmuraba :
—Sí, bajemos, bajemos.... Ya no tiene necesidad de mí.... Una hermana menos....

Y daba vueltas, sin poder encontrar su sombrero y su chal.
—Yo no sé; esto para mí es un golpe fatal.... En vida, apenas fuimos amables la una con la otra. ¡Y bien! ya veis, soy una imbécil.... ¡Oh! toda especie de ideas, un deseo de morir yo misma, el fin del mundo.... Sí, tengo necesidad de aire.

El cadáver comenzaba á corromper la alcoba....

—Vámonos, vámonos, mis gatitas—repetía Gaga.—Esto no es saludable.

Salieron vivamente, lanzando una mirada sobre el lecho. Pero como Lucy, Blanca y Carolina permanecian aún allí, Rosa echó una última ojeada para dejar la habitación convenientemente. Tendió una cortina ante la ventana; despues pensó que la lámpara debía ser sustituida por un cirio, y habiendo encendido uno de los candelabros de cobre de la chimenea, le puso sobre la mesa de noche al lado del cadáver. Una luz viva iluminó bruscamente el rostro de la muerta. ¡Fué un horror! ¡Todas temblaron y huyeron!....

—¡Ah! está cambiada, muy cambiada—decía Rosa Mignon, que salió la última.

Al marchar cerró la puerta. Nana quedaba sola, la cara destapada y á la claridad de la bujía. Era un osario, un montón de sangre y de humores, una paletada de carne corrompida y arrojada allí sobre un colchon. Las pústulas habían invadido toda la cara; los tumores se tocaban y se confundian, y hundidos y pálidos, con ese aspecto pardusco del lodo, parecian ya un enmohecimiento de la tierra sobre la informe masa de su cara, en que era imposible distinguir las facciones. Un ojo, el izquierdo, había desaparecido en aquel purulento hervor; el otro, medio abierto, se hundia como un agujero negro y corrompido. La nariz supuraba aún. Una costra rojiza partía de la mejilla é invadía la boca, que se destacaba con una sonrisa abominable. Y sobre esta máscara horrible y grotesca de la nada, los cabellos; los hermosos cabellos, conservando sus reflejos de sol, corrian como un arroyo de oro. Vénus se descomponía. Parecía que el virus recogido por ella en medio de la calle, sobre la podredumbre de los caminos, ese fermento con que había emponzoñado á un pueblo, acababa de subir á su rostro y la había corrompido también....

La alcoba estaba vacía. Una gran bocanada de desesperación subió del boulevard é hinchó la cortina :

—¡A Berlin, á Berlin, á Berlin!

FIN DE LA NOVELA.

BLIO EC
1
Y